
STAR WARS
CONTRACORRIENTE
EL SABOTAJE PUEDE TRAERTE UNA SORPRESA LETAL DESDE UN DISTANTE PASADO
PAUL S. KEMP

Una antigua nave Sith se precipita hacia el futuro llevando una carga letal que podría destruir para siempre las esperanzas de paz de Luke Skywalker.

La Guerra Civil casi ha terminado, cuando el caballero Jedi Jaden Korr experimenta una visión de la Fuerza tan perturbadora, que le hace ponerse en acción. Tras enrolar dos expertos en salvamento y su nave, Jaden parte hacia el espacio. Alguien —o algo— parece estar en peligro.

Pero lo que Jaden y su tripulación encuentran, les confunde. Un acorazado de cinco mil años —con una fuerza completa de Sith y un sólo Jedi— ha sido catapultado varios eones desde el pasado hasta el momento presente. Las armas de la nave no tienen tecnología actualizada, pero su cargamento, un mineral especial que hace a quienes emplean el lado oscuro, casi invencibles, es insuperable. El antiguo Jedi a bordo está decidido a destruir a los Sith, pero para Jaden, hay incluso algo más en juego: su visión le ha llevado a descubrir una amenaza potencialmente indestructible para todo lo que la Orden Jedi representa.



Contracorriente

Paul S. Kemp



LEYENDAS

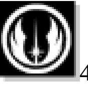
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: Crosscurrent*

Autor: Paul S. Kemp

Arte de portada: Dave Seeley

Publicación del original: 2010

41 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

27.07.19

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

DRAMATIS PERSONAE

Drev Hassin; Padawan Jedi (macho askajiano).
Jaden Korr; Caballero Jedi (macho humano).
Kell Douro; asesino/espía (macho anzat).
Khedryn Faal; capitán del *Junker* (macho humano).
Marr Idi-Shael; primer oficial del *Junker* (macho cereano).
Relin Druur; Maestro Jedi (macho humano).
Saes Rrogon; Lord Sith, capitán del *Harbinger* (macho kaleesh).

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana….

Para mis dos pequeños Padawans,
Roarke y Riordan

CAPÍTULO I

EL PASADO: 5000 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

La corteza de la más grande de las lunas de Phaegon III ardía en llamas, se retorcía, y se desmoronaba bajo aquel furioso embate. Sesenta y cuatro cruceros especialmente equipados —poco más que sistemas de armas de bombardeo planetario, con algo de naves espaciales recubriéndolos por completo—, volaban en una formación longitudinal sub-orbitaria. Los resplandecientes cruceros plateados, cuyas partes inferiores brillaban, reflejando la destrucción, conmovían a Saes con su inesperada belleza. Cuán extraño era que pudieran desencadenar semejante aniquilación con unos cálidos colores tan gloriosos.

Las descargas de plasma chirriaban desde la proa de cada uno de los cruceros, e impactaban sobre la arbórea superficie de la luna, describiendo trazos como cordones umbilicales; éstos dibujaban siluetas de destrucción a lo largo de toda la superficie, saturando la atmósfera del enorme cuerpo celeste, con oleadas de fuego y de dolor. El denso polvo y una espesa humareda de color negro, se revolvían en medio de la atmósfera, a medida que los cruceros, de manera metódica, iban vaporizando grandes franjas de la superficie de la luna.

La brillante luminiscencia de las descargas, y el negro humo de la destrucción, copaban todo la pantalla visora delantera del *Harbinger*, eclipsando la luz de color naranja procedente de la estrella principal del sistema. Excepto por el ocasional pitido de un droide, o el murmullo que dejaba escuchar algunas palabras aparentemente inconexas, la tripulación del puente se encontraba sentada presenciando el dantesco espectáculo en silencio, con los ojos fijos de manera alternativa, entre sus instrumentos y la pantalla visora delantera. Unas inevitables conversaciones de fondo, procedentes de los múltiples canales de comunicación abiertos, zumbaban en los diversos altavoces del puente, un sereno contrapunto frente al caos de la muerte que empezaba a atenazar la luna. El desarrollado sentido olfatorio de Saes, parecía captar una vaharada de sudor procedente de los seres humanos que conformaban su tripulación, salpicada con un toque de adrenalina.

Observando la forma en que los cruceros realizaban su labor, y la manera en que la luna empezaba a agonizar, Saes empezó a recordar las frutas dael[1] que había disfrutado en su juventud. Había pasado muchas tardes bajo el cálido sol de su planeta natal retirando la gruesa envoltura de color marrón de las frutas dael, hasta llegar a su pálida pulpa de sabor dulce.

Ahora se encontraba pelando no una fruta, sino toda una luna entera.

[1] Daelfruits: frutas dael, procedentes del planeta Kalee. Tenían una dura corteza de color marrón que debía ser pelada con el fin de llegar hasta la pálida y dulce carnosidad de la fruta. N. del T.

La pulpa debajo de la corteza de la luna —el cristal lignan[2] que querían explotar—, les aseguraría a los Sith la victoria en la batalla de Kirrek, y mejoraría la posición de rango que poseía Saes dentro de la jerarquía de los Sith. Por supuesto, todavía no pensaba desafiar a Shar Dakhon de manera inmediata. Todavía era demasiado nuevo en la Orden de los Sith como para pensar en hacerlo. Pero no tendría que conformarse con esperar demasiado tiempo.

La maldad está arraigada en la más desenfrenada de las ambiciones, le había dicho Relin alguna vez.

Saes sonrió. Qué tonto era el que alguna vez había sido su Maestro. En cambio, Naga Sadow solía recompensar a los que demostraban ser ambiciosos.

—¿Cuál es nuestro status? —le preguntó a su droide científico, 8K6.

El reflejo de los disparos en el ventanal delantero, bailaba sobre la plateada superficie reflectora del antropomórfico droide, a medida que éste se dirigía hacia su consola de instrumentos para poder contestarle.

—El treinta y siete por ciento de la corteza de la luna ha sido destruido.

Habiéndose conectado de manera inalámbrica al lector de la consola, el droide ya no tendría necesidad de volver a mirarla en busca de actualizaciones de información, mientras el crucero continuaba desempeñando las labores para las que había sido enviado hasta ese lugar.

—Treinta y ocho por ciento. Treinta y nueve.

Saes asintió, y volvió a prestar su atención a la pantalla visora delantera. El droide se quedó en silencio

A pesar de la distancia que separaba al *Harbinger* de la corteza de la luna, la Fuerza le hacía llegar a Saes todo el horror de los primates pre-sintientes que poblaban la superficie de la luna. Saes imaginaba a aquellas pequeñas criaturas huyendo a través de los árboles, chillando, perseguidos implacablemente, y terminando siendo consumidos por el fuego. Representaban una cantidad que llegaba a cientos de miles. El miedo que demostraban, parecía acariciar su mente, como si se tratase de una leve, efímera y placentera neblina matutina.

Sus compañeros Sith a borde del *Harbinger* y del *Omen*, seguramente estarían sintiendo lo mismo, a medida que el genocidio iba progresando hasta su inexorable conclusión. Quizás incluso los massassi[3], que también se encontraban embarcados en ambas naves, en medio de su forma primitiva, podrían percibir los susurros de la masacre a través de la Fuerza.

---

[2] Cristales Lignan: poderosos cristales de los sables de luz, fabricados a partir del mineral de lignan, los cuales permitían que la hoja de un sable de luz durase más tiempo, y quemase las cosas de manera más ardiente que los cristales normales. N. del T.

[3] Massassi: constituían una sub-especie de la antigua raza de los Sith, que fue esclavizada por los Jedi Oscuros exiliados en Korriban. Eran temibles, leales y formidables guerreros, que conformaban la clase combatiente en el sistema de castas de los Sith. Vivían solamente para servir a sus Amos Sith, pero cuando se encontraban por su cuenta, llevaban la vida que consideraban más adecuada. N. del T.

Hacía tiempo atrás, cuando Saes todavía era un Jedi, antes de que hubiese llegado a entender el poder del Lado Oscuro, semejante destrucción masiva de vidas le hubiese parecido algo incorrecto. Ahora, sabía que las cosas iban más allá de todo eso. No había nada que fuera absolutamente correcto o incorrecto. Tan sólo existía el poder. Y aquellos que lo detentaban, eran lo que definían lo que era correcto o incorrecto para sí mismos y para los demás. Aquella comprensión era la libertad que le había sido ofrecida por el Lado Oscuro, y la razón por la cual los Jedi terminarían siendo derrotados, primero en Kirrek[4], después en Coruscant, y luego, a lo largo de toda la galaxia.

—¿Cuál es la temperatura en la estela? —le preguntó.

El droide científico consultó los datos de los sensores en la pantalla de su computadora.

—Dentro del rango de tolerancia de los droides recolectores.

Saes observó mientras los cruceros se deslizaban a través de la atmósfera, iluminando el campo gravitatorio de la luna que estaba en llamas. Sentado sobre su sillón del puente, se volvió para mirar a su segundo al mando, Los Dor. La moteada piel de un color rojizo intenso de Dor, se veía casi negra en medio de la tenue iluminación que se esparcía por el puente. Sus ojos amarillentos reflejaban la luna en llamas. Él nunca parecía mirar directamente a los ojos de Saes, y en lugar de ello, enfocaba su mirada en los cuernos gemelos que sobresalían de los costados de la quijada de su capitán.

Saes sabía que Dor era, en la misma medida, tanto un espía para Naga Sadow, como una ostensible ayuda para sí mismo. Entre otras cosas, Dor estaba allí para asegurarse que Saes hiciera llegar el lignan —*todo* el lignan—, a los contingentes de tropas de Sadow destacados en Primus Goluud.

Los tentáculos del rostro de Dor empezaron a retorcerse, y las cartilaginosas crestas por encima de sus ojos, se elevaron como parte de una muda interrogante.

—Coronel, dé la orden de lanzar los droides recolectores —le dijo Saes—. Los del *Harbinger* y los del *Omen*.

—Sí, capitán —le respondió Dor.

Volviéndose hacia su consola, transmitió la orden a ambas naves.

El título honorífico de *capitán*, todavía resonaba en los oídos de Saes de manera extraña. Estaba acostumbrado a conducir sus partidas de caza como un *Primado*, no a dirigir naves como capitán.

En cuestión de segundos, cientos de dispositivos cilíndricos fueron arrojados de la bahía de lanzamiento del *Harbinger*, y cientos más volaron desde su nave gemela, el *Omen*, y todos ellos atravesaron su ventanal delantero. Golpearon la atmósfera, y liberaron ígneas estelas a medida que iban descendiendo a la superficie. A Saes, el espectáculo le hizo parecer una exhibición pirotécnica.

—Droides recolectores lanzados —entonó 8K6.

---

[4] Kirrek: Mundo del Núcleo Interior, perteneciente al sistema Empresa Teta. Fue el asentamiento de dos importantes batallas: la primera, durante las Guerras de Unificación, y la segunda, durante la Gran Guerra Hiperespacial. N. del T.

—Mantengan la imagen sobre los droides, y magnifíquenla —dijo Saes.

—Copiado —le respondió Dor, y asintió hacia el joven timonel humano que controlaba el ventanal delantero.

La trayectoria de los droides recolectores, los dejó asentados a decenas de kilómetros por detrás de la destrucción desencadenada por los cruceros de perforación de minas. La mayoría de ellos se perdieron de vista en medio de las humaredas, pero el timonel mantuvo la perspectiva de la pantalla visora sobre aproximadamente una docena de los que descendían sobre una apertura constante en medio del cielo.

—El desgaste de los droides producto de la entrada en la atmósfera, es despreciable —exclamó 8K6—. Punto cero tres por ciento.

El timonel agrandó otra vez la pantalla visora, y luego, una vez más.

A cinco kilómetros por encima de la superficie, los droides amenguaron su descenso con sus propulsores, desplegaron sus formas insectoides, y cayeron delicadamente sobre la carbonizada superficie que todavía permanecía estando demasiado caliente. Los servo-motores anti-gravitacionales, y las plantillas en forma de plataformas localizadas en sus seis piernas, les permitieron desplazarse a través del ruinoso y humeante caos, sin que aparentemente se sintieran afectados.

—Proyecten el campo visual de alguno de los droides.

—Copiado, señor —le dijo Dor.

El oficial realizó algunos cambios en su consola, y la mitad de la pantalla visora cambió para ofrecer la perspectiva del punto de vista de uno de los droides con respecto al panorama imperante en la luna. Un murmullo recorrió toda la tripulación del puente, una exhalación de asombro. Incluso 8K6 levantó la mirada de sus instrumentos.

La voz del capitán Korsin, comandante de la nave gemela del *Harbinger,* el *Omen*, rompió a hablar por encima de las charlas del canal de comunicaciones, y resonó por todos los altavoces del puente.

—Eso sí que es una vista panorámica.

—Lo es —le respondió Saes.

El humo se elevaba en ráfagas por encima de la expuesta sub-corteza de la luna. El calor de las descargas de plasma, había transformado la carbonizada superficie en algo duro y brillante como el vidrio. Profundas fisuras y abismos atravesaban la sub-corteza, venas a través de las cuales sólo fluía humo y cenizas. Oleadas de calor se elevaban desde la superficie, distorsionando la visibilidad, y dando a la luna, un aspecto como de un mundo surrealista, como si la estuvieran contemplando en medio de un sueño… o más propiamente, en medio de una pesadilla.

Cientos de droides recolectores salpicaban la superficie, metálicas moscas que se pegoteaban al chamuscado cadáver de la luna. Desplazándose con su torpe forma insectoide de caminar, lograban ingeniárselas para distribuirse en hileras ordenadas, mientras los pronunciados ruidos que desprendían al hacerlo, opacaban todas las conversaciones sin importancia que se escuchaban como ruido de fondo en el puente.

—Activando sensores —entonó 8K6.

Como si fueran uno, todas las largas probóscides se desplegaron desde cada uno de los rostros de los androides. Empezaron a caminar amblando a lo largo de la estela de la destrucción, tanteando la superficie con sus probóscides, como si fueran varillas de radiestesia, explorando la sub-corteza en busca de la firma molecular característica del lignan.

Pensando en el lignan, Saes se relamió los labios, y pudo percibir un ligero sabor a fósforo. Había manipulado un pequeño cristal lignan hacía muchos años atrás, y todavía lograba recordar la impresión que había sentido al sostenerlo entre sus manos. Su conexión con aquel cristal, había sido la primera señal de su afinidad por el Lado Oscuro.

La inusual estructura molecular del lignan sintonizaba con el Lado Oscuro, y potenciaba el poder de un Sith, cuando éste empleaba la Fuerza. Los Sith no habían sido capaces de localizar depósitos significativos de dichos cristales en las últimas décadas, hasta ahora, justo antes de la batalla por Kirrek. Y era Saes quien lo había conseguido.

Unos pocos meses estándar atrás, Naga Sadow le había encargado a Saes la misión e localizar algunos depósitos del raro cristal para su uso en la guerra. Se trataba de una prueba, Saes lo sabía. Y Los Dor, su ostensible ayudante, estaba sometiéndolo a una evaluación. La Fuerza le había dado a Saes su respuesta, eventualmente lo había conducido —en el último momento posible antes de que el conflicto se desatase—, hacia Phaegon III. La Fuerza lo había empleado como un instrumento para asegurar la victoria de los Sith.

La comprensión de ese hecho lo puso en alerta. Su escamosa piel empezó a crujir mientras distribuía su peso sobre su sillón de mando.

Recolectaría tanta cantidad de lignan de la luna de Phaegon III, que sería casi suficiente como para equipar a todos los Señores Sith y guerreros massassi existentes, en preparación para el asalto a Kirrek. Si hubiese tenido una mayor cantidad de tiempo, habría podido realizar las perforaciones mineras de la luna de una manera más metódica, y menos destructiva. Pero no tenía tiempo, y sabía que Sadow no toleraría ninguna demora.

De tal forma que Saes había establecido allí, cuál era su modo correcto e incorrecto de hacer las cosas, y los primates y las otras formas de vida sobre la luna de Phaegon III, habían terminado sucumbiendo por dicha razón.

Golpeteó con su dedo índice la empuñadura de su sable de luz —con su curvada forma que hacía recordar a una garra—, impaciente por ver los resultados de los escaneos de los sensores de los droides. Estaba inclinándose hacia adelante en su sillón de mando, cuando un excitado pitido anunció el primer descubrimiento de una veta de lignan. Otro pitido se unió al primero. Y otro. Compartió una mirada cómplice con Dor, pero no supo decir, después de apreciar la falta de movimiento de la boca de Dor —parcialmente

enmascarada como estaba por una barba compuesta de tentáculos—, si el coronel que le había sido asignado, se encontraba complacido o disgustado.

—Allí está, Saes —prorrumpió Korsin desde el *Omen*—. Lo hemos logrado.

En verdad, Saes lo había logrado. Korsin simplemente había seguido a su líder.

—Así es.

—Parece ser un gran depósito —declaró 8K6.

Una cantidad cada vez mayor de los droides recolectores empezaron a chirriar las nuevas de sus descubrimientos a través del canal de comunicaciones.

—Quizás sea más de lo que tengamos tiempo de apoderarnos —dijo Dor—. ¿Debo hacer volver a los cruceros de perforación de minas, capitán? Una mayor destrucción parecería ser… algo injustificado.

Saes logró captar la intención detrás de la pregunta, y sacudió su cabeza. Dor no lograría hallar compasión en Saes.

—No. Incineren toda la superficie. Lo que no podamos llevarnos antes de la batalla en Kirrek, lo tomaremos a nuestra vuelta, después de nuestra victoria.

Dor asintió, y una tenue sonrisa alborotó sus tentáculos.

—Sí, señor.

Saes fijó sus ojos sobre su coronel, y la mirada de Dor cayó hacia los cuernos de la quijada de Saes.

—Y cuando le haga llegar su reporte a Lord Sadow, le contará todo lo que ha visto aquí.

Dor levantó sus ojos, sosteniendo la mirada de Saes por tan sólo por un momento, antes de que sus tentáculos se retorcieran, y se diera vuelta.

Saes se permitió a sí mismo un momento de satisfacción, mientras las sondas perforadoras se extendían del abdomen de los droides, y empezaban a extraer el raro cristal del ardiente cadáver de la luna. La Fuerza continuaba haciendo llegar el terror de los primates hasta la consciencia de Saes, pero en una menor medida. Tan sólo quedaba una cantidad minoritaria. No pudo evitar sonreír.

—Empleen las lanzaderas para recuperar el mineral —le ordenó a Dor—. También las del *Omen*. Debemos recolectar tanto como podamos, y en el tiempo más corto que se pueda.

—Copiado.

Varias horas estándar más tarde, la humeante luna de Phaegon III y sus habitantes, se encontraban todos muertos. Los cruceros de perforación de minas habían finalizado con su cometido, y habían saltado fuera del sistema. Una corriente sostenida de lanzaderas de transporte, realizaba la travesía entre la luna y las bahías de cargo del *Omen* y del *Harbinger*, llenando ambas naves con el mineral de lignan sin refinar. La presencia de tanta cantidad de cristales tan cerca, ocasionó que Saes empezara a sentirse mareado, casi

embriagado. Dor y los otros seres sensibles a la Fuerza que estaban a bordo del *Harbinger* y del *Omen,* con seguridad deberían estar sintiéndose de la misma manera.

—Despliegue una mayor disciplina con los massassi —le ordenó Saes a Dor.

El lignan terminaría por provocarles una gran agitación. Deseaba evitar los brotes de violencia. O al menos, deseaba que la violencia fuera dirigida apropiadamente.

—Voy a informar a los equipos de seguridad —le aseguró Dor—. ¿Puede sentir… eso, capitán?

Saes asintió, sintiéndose poseído por el Lado Oscuro. La atmósfera en la nave, se sentía viva con su potencial. Su piel la percibía afiebrada, pero su cabeza se sentía ligera.

Con un esfuerzo de voluntad, volvió a enfocarse en su objetivo. Tenía poco tiempo antes de que debiera reunirse con Naga Sadow y el resto de la fuerza Sith que estaba dirigiéndose contra Kirrek. Abrió un canal de comunicación con el *Omen*.

—Una hora más, Korsin —le dijo.

—De acuerdo —le respondió Korsin, y Saes sintió el júbilo del humano a través de la conexión—. ¿Puedes sentir el poder alrededor de nosotros, Saes? Kirrek va a *ser devorado por las llamas*.

Saes contemplaba la incinerada luna en su pantalla visora, la cual se había transformado en un cuerpo celeste oscuro y muerto en medio del vacío del espacio.

—Lo será —le contestó, y cortó la comunicación.

Relin contemplaba el espacio a través de la gran ventana en forma de burbuja hecha de transpari-acero, que estaba en la parte frontal de la cabina de su caza estelar. A su lado, su padawan, Drev, digitaba algunas fórmulas en la computadora de navegación, para poder saltar al hiperespacio. El cuerpo de Drev desafiaba la resistencia del asiento con su gran circunferencia. Su traje de vuelo comprimía el tejido adiposo de su cuello y de sus muñecas, dándole a su cabeza y a sus manos, el aspecto de unas salchichas escapadas de su empaque. Aun así, Drev era casi delgado para los parámetros de los askajianos. Y Relin nunca había encontrado un askajiano en quien la Fuerza fuese tan poderosa.

Su Infiltrator[5] andaba a la deriva en medio de la nube de color rojo y anaranjado de la Nebulosa de Remmon. La pequeña nave —con su mínimo y deliberadamente errático patrón de emisiones, su perfil afilado, y sus pantallas deflectoras de señales—, era casi invisible a los sensores por fuera de aquel torbellino.

Vetas de luz de color amarillo y anaranjado, atravesaban el gas súper caliente que los rodeaba, como si se tratara de terrenales rayos de tormenta congelados en el tiempo. Relin contemplaba la nube que lentamente iba revolviéndose a causa de los ventarrones magnéticos. Había recorrido la mitad de la galaxia desde que se había unido a los Jedi, y la belleza que ésta todavía mantenía oculta en sus rincones más oscuros, aún continuaba

[5] Infiltrator: término empleado para describir un tipo de cazas estelares. N. del T.

maravillándolo. Él veía en aquella belleza, la manifestación de la Fuerza, una representación física de aquel poder invisible para los ojos de todos, y que servía como el andamiaje de todo el universo.

Pero dicho andamiaje se encontraba amenazado. Sadow y los Sith tenían la intención de corromperlo. Relin había podido apreciar las consecuencias de tamaña corrupción de primera mano, cuando había perdido a Saes en las garras del Lado Oscuro.

Apartó el recuerdo de su mente, el dolor todavía era demasiado penetrante.

El conflicto entre los Jedi y los Sith había alcanzado un punto de inflexión. Kirrek se convertiría en un fulcro, inclinando la guerra hacia uno de los lados, o hacia el otro. Relin sabía que los Jedi, bajo el mando de Memit Nadill y Odan-Urr, habían fortificado el planeta de una manera competente, pero también sabía que las flotas de Sadow llegarían con una fuerza abrumadora. Sospechaba que también podrían estar pensando en dirigir su ataque contra Coruscant, y así se lo había notificado a Nadill.

Todavía inmerso en el trabajo de digitar las coordenadas, Drev le preguntó:

—¿Seremos capaces de seguir las señales de la baliza, una vez que entremos en el hiperespacio?

—Sí —afirmó Relin.

Al menos, eso decía la teoría. Si tenían razón con respecto al carril hiperespacial que el *Harbinger* y el *Omen* habían tomado; si es que Saes no hubiese hecho saltar a su nave hacia otro carril hiperespacial; y si es que el *Harbinger* y el *Omen* todavía decidiesen permanecer lo suficientemente cerca del carril hiperespacial, de tal forma que las señales de la baliza, pudieran llegar hasta ellos, sus perseguidores.

—¿Y si los agentes no hubieran llegado a colocar la baliza hiperespacial? ¿O si Saes hubiese logrado detectarla, deshabilitándola?

Relin contemplaba la nebulosa.

—Tranquilo, Drev. Puede haber muchos *sis*. Pero las cosas son como son.

Las cosas se habían movido tan rápido últimamente, que Relin no había tenido tiempo de hacerle llegar sus reportes a sus superiores, de manera tan regular como debería haberlo hecho; tan sólo les había enviado una misiva ocasional estando en el sub-espacio, cuando el tiempo y las condiciones se lo habían permitido.

Había logrado rastrear a Saes cerca de Primus Goluud. Allí, había logrado apreciar la armada de las fuerzas de los Sith, dispuesta en formación de ataque; y también había logrado ver partir a la nave de Saes, abandonando la armada junto con su nave gemela, el *Omen*, la cual iba en su retaguardia.

Después de enviar un corto reporte sub-espacial a la Orden en Coruscant y Kirrek, Relin había recibido órdenes de seguir a Saes, para tratar de dilucidar los propósitos de los Sith. Había logrado descubrir pocas cosas, al tiempo que el *Harbinger* y el *Omen* se desplazaban rápidamente de un sistema abandonado al otro, despachando droides de reconocimiento, realizando labores de escaneo, y luego, continuando con su aparentemente errático rumbo.

—Él anda en búsqueda de algo —dijo Relin, más para él mismo, que para Drev.

Drev dejó escapar una risita, y su doble barbilla se estremeció.

—¿Saes? Sin duda, anda en busca de su conciencia. Pareciera que la hubiese perdido en algún lado.

Relin no se rio. La pérdida de Saes todavía lo afectaba demasiado como para que sintiera ganas de bromear.

—Me preocupa tu actitud irreverente hacia los asuntos que realmente son importantes. Muchas vidas se perderán en esta guerra.

Drev agachó la cabeza, y sus hombros perdieron su imponencia, en un intento por parecer arrepentido debajo de su espesa maraña de cabello de color marrón.

—Perdóneme, Maestro. Pero yo… —hizo una pausa, aunque su redondeada cara revelaba que se encontraba luchando contra un pensamiento que parecía no querer abandonarlo.

—¿De qué se trata? —le preguntó Relin.

Drev no levantó la mirada, mientras decía:

—A veces me parece que usted se ríe muy poco. Entre mi gente, los chamanes de la Dama Luna[6] nos enseñan que la tragedia, es el mejor momento para la alegría. *Ríete, incluso cuando estés a punto de morir*, nos suelen decir. Se puede encontrar alegría en casi todas las cosas.

—Y también puedes encontrar dolor —replicó Relin, pensando en Saes—. ¿Están listas las coordenadas?

Drev se puso rígido en su asiento, demostrándolo también en su voz.

—Están listas, Maestro.

—Entonces, déjanos descubrir qué es lo que Saes anda buscando.

Relin hizo maniobrar el Infiltrator por fuera de la nebulosa, y verificó una vez más las coordenadas de Drev. Las estrellas salpicaban la pantalla visora.

—En marcha —le ordenó Relin.

Drev oprimió un botón de su consola, y el ventanal de transpari-acero de la carlinga, se oscureció para sumergirlos en el hipnótico remolino azulado de un túnel del hiperespacio. Relin enganchó los hiper-propulsores. Los puntos luminosos se transformaron en líneas infinitas.

EL PRESENTE:
41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

La oscuridad atormentaba a Jaden: se hallaba en medio de la sombría mancha de una singularidad. Se encontraba cayendo, cayendo perpetuamente. Su estómago parecía estar a nivel de su garganta, ahogando cualquier intento de grito que pudiera haber estado tratando de proferir.

---

[6] Moon Lady: única luna del planeta Askaj, a quien los habitantes consideraban como una deidad. N. del T.

Todavía podía sentir la Fuerza junto con él, rodeándolo, pero tan sólo a *grosso modo*, muy atenuada, como si su sensibilidad estuviera embotada.

Golpeó sobre la superficie del suelo que no había llegado a ver, con un gruñido, cayendo a cuatro patas. La nieve crujió bajo sus palmas y sus botas. Las ráfagas del gélido viento atravesaban sus vestimentas hasta el punto de morder su piel. El granizo transportado por el viento, salpicó todo su rostro, y cubrió su barba. Todavía no podía percibir nada del panorama que lo rodeaba. Se incorporó, tembloroso, temblando, congelándose.

—¿Qué lugar es éste? —musitó. La oscuridad era tan profunda, que ni siquiera podía distinguir su congelado aliento. Su voz sonaba apagada en medio del vacío—. ¿Arsix?

No obtuvo respuesta.

—¿Arsix?

Se trata de algo raro, pensó, que la primera cosa que hubiese llamado en medio de una situación incierta, fuese su droide, antes que a un compañero Jedi.

Intentó sentir el familiar peso de su sable de luz principal, pero el gancho de su cinturón se encontraba vacío. Se dio vuelta para buscar en su espalda su sable de luz secundario —la tosca pero efectiva arma que había construido cuando tan sólo era un niño, allá en Coruscant, sin haber recibido ningún adiestramiento en la Fuerza—, y encontró que también se había esfumado. Su bláster tampoco estaba en la cartuchera de su muslo. No había varillas luminosas en su bolsillo utilitario.

Tenía frío, estaba solo, sin equipamiento, y ciego en medio de la oscuridad.

¿Qué era lo que había sucedido? No lograba recordar nada.

Envolviendo cuidadosamente sus vestimentas alrededor de sí mismo, para intentar protegerse del frío, trató de agudizar sus percepciones auditivas; pero aparte del aullido del viento, no lograba escuchar nada, excepto el golpeteo del latido de su propio corazón en sus oídos. Con algo de dificultad, se hizo uno con sus sentidos de la Fuerza, para tratar de penetrar la niebla de su embotada sensibilidad, intentando percibir el mundo que se encontraba alrededor de él, de manera indirecta. Por medio de la vacilante expansión de su conciencia, logró percibir algo…

Había otros allí junto con él, allí afuera en la oscuridad.

Muchos otros.

Intentó agudizar su sentido de concentración, y la punzada del Lado Oscuro invadió todas sus percepciones, se trataba de Siths.

Pero no eran Siths verdaderos: el Lado Oscuro estaba adulterado.

Intentó ignorar la caricia del toque familiar del Lado Oscuro. Sabía que la línea entre la luz y la oscuridad era tan delgada como el filo de un vibro-cuchillo; eso era lo que siempre le había repetido su Maestro Kyle Katarn. Todos los Jedi caminaban sobre aquel borde. Algunos se deban cuenta del precipicio que había debajo de sus pies, y otros no. Y eran los del último grupo los que solían caer más a menudo. Pero eran los del primero, los que sufrían más. Con frecuencia, Jaden desearía haber permanecido en la ignorancia,

haber seguido siendo el muchacho en Coruscant para quien la Fuerza había sido algo mágico.

Regresando desde el pasado, las palabras de su Maestro resonaban en su cerebro:

La Fuerza es una herramienta, Jaden. Algunas veces es un arma, otras veces es un medio de salvación. El Lado Oscuro, el Lado Luminoso son dos variantes con una diferencia insignificante. No caigas en la trampa de categorizarlo todo. El que seamos seres sintientes, nos ha traído la maldición del deseo de clasificarlo todo, y de trazar líneas de separación, temerle a esto, y a esto no: más allá de este punto, existen dragones. Pero todo eso es ilusión. Después de este punto no existen dragones, sino una mayor cantidad de conocimiento, pero que requiere de una comprensión más profunda. Habiéndolo entendido, puedes quedar en paz.

Pero Jaden nunca había podido quedar en paz con ello. Tenía miedo de que nunca pudiera hacerlo. Peor aún, sentía el temor de que nunca *debería* hacerlo. Después de completar su entrenamiento, Jaden había realizado algunas investigaciones con respecto a las teorías poco ortodoxas acerca de la Fuerza. Había llegado a pensar —y a temer— que su Maestro estuviera en lo correcto.

—Muéstrense —les gritó en la oscuridad, y el aullante ventarrón devoró sus palabras. Sabía que los Sith se habían percatado de su presencia, de la misma manera que él había podido detectarlos.

Todos se encontraban rodeándolo por completo, y estaban acercándose rápidamente. Se sentía vulnerable, sin contar con ningún respaldo, e incapaz de ver nada. Se sumergió en medio de la Fuerza, e intentó ahuyentar sus temores.

Encontrando la calma, se agazapó a medias, con los ojos cerrados, con su mente completamente enfocada, y con todo su cuerpo preparado como si fuera un resorte en espiral. Incluso sin su sable de luz, cualquier iniciado del Lado Oscuro encontraría que constituía una formidable amenaza.

—Jaden —susurró una voz en sus oídos, una voz que él sólo había escuchado antes en las pantallas de video-vigilancia.

Se dio vuelta, se revolvió, con el poder de la Fuerza concentrado en sus manos, listo para liberar un estallido telequinético, y lo que vio fue… tan sólo oscuridad.

Lumiya.

Se había tratado de la voz de Lumiya. ¿Acaso no era cierto? Pero Lumiya hacía tiempo que estaba muerta.

Una mano se aferró a su vestimenta.

—Jaden —dijo otra voz. La voz de Lassin.

Empleó la Fuerza para dar un potente salto hacia atrás, completando una voltereta en medio del aire, y aterrizó sobre sus pies tres metros detrás de Lassin, un Caballero Jedi que había sido su compañero, pero quien debería estar muerto, alguien que había muerto poco después de la crisis de Ragnos. La voz de Lassin le hizo perder la calma, y un rayo de Fuerza, azul y siniestro, llegó sin ser invitado, y crepitó en los dedos de sus manos…

No logró ver nada.

Se le erizaron los vellos de la nuca. Contempló su mano, la azulada descarga de los dedos de sus manos. Con un esfuerzo de su voluntad, terminó reprimiéndola.

—Jaden Korr —dijo una voz a su izquierda, la voz del Maestro Kam Solusar, pero Jaden no logró percibir la reconfortante presencia de otro iniciado en el Lado Luminoso de la Fuerza, sino tan sólo, la ominosa energía del Lado Oscuro.

Se dio vuelta, pero sólo logró apreciar oscuridad.

—Lo que buscas mirar, es lo que puede ser visto en el agujero negro de Fhost, Jaden —le dijo Mara Jade Skywalker; Jaden todavía no lograba mirar nada, ni a nadie.

Mara Jade Skywalker estaba muerta.

—¿Quién eres tú? —le increpó, y el viento le respondió con hielo y aullidos—. ¿En dónde estoy?

Nuevamente, se hizo uno con sus sentidos de la Fuerza, intentando ubicar a Lumiya, a Lassin, a Solusar, y a Jade Skywalker, pero todos ellos se habían marchado.

Una vez más, se encontraba solo en medio de la oscuridad. Siempre estaba solo en medio de la oscuridad.

Entonces, se dio cuenta de todo Estaba soñando. La Fuerza estaba hablándole. Debía haberlo comprendido más antes.

Dicha revelación aquietó el mundo a su alrededor. El viento se esfumó, y el aire se vio libre del hielo.

Jaden se incorporó listo para la acción, tenso.

Un grito inubicable rompió el silencio, se repitió una vez más, su cadencia se hizo regular, y su tono se volvió mecánico. Podría estar proviniendo del otro lado del planeta.

Ayúdennos, ayúdennos, ayúdennos…

Se dio la vuelta por completo, sus puños se contrajeron.

—¿En dónde están?

La oscuridad que lo rodeaba empezaba a desvanecerse. Luminosos puntos de referencia empezaron a formarse en la oscura bóveda que cubría su cabeza. Estrellas. Contempló el cielo, buscando alguna constelación familiar. Allí. Logró reconocer una parte del cielo, identificando que se encontraba en algún sector periférico de las Regiones Desconocidas. El tenue brillo azulado de un distante gigante gaseoso, ardía en la negrura del espacio, su luz resplandecía de manera difusa a través del remolino. Gruesos anillos compuestos de partículas de hielo y roca, circundaban el gigante gaseoso.

Se encontraba en una de las lunas del gigante gaseoso.

Sus ojos terminaron de adaptarse a la penumbra, y logró distinguir que se encontraba de pie en medio de una desolada planicie de hielo batida por el viento, la cual se extendía hasta donde alcanzaba su mirada. Acúmulos de nieve —tan altos como edificios—, le daban a la superficie, el aspecto de un océano batido por la tormenta, el cual hubiera sido congelado por el tiempo. Gruesas grietas atravesaban la expuesta capa de hielo, como su fueran el sistema circulatorio de un mundo paralizado. Enormes abismos salpicaban la superficie aquí y allá, como si fueran hambrientas bocas. Los glaciares crujían en la distancia, los retumbos de un mundo enfadado. No logró distinguir señales de Lumiya o

de Lassin, ni de ninguno de los otros impostores Sith que había sentido. No vio signos de vida por ninguna parte.

Su aliento formaba nubecillas frente a su rostro. Su puño izquierdo se contrajo de forma refleja frente al vacío que había en su palma: el lugar en donde debería haber estado su sable de luz.

Sin advertencia previa, el cielo explotó por encima de su cabeza con un retumbo estruendoso. Una nube de fuego desgarró el cielo a través de la atmósfera, tiñendo el cielo de llamas y humaredas. Un chirrido como de metal retorcido, resonó por encima de Jaden. El hielo se resquebrajó y crujió en la superficie de la luna.

Jaden entrecerró los ojos para mirar al cielo, aun iluminado con los destellos producidos por la destrucción, y observó una lluvia de brillantes partículas que caían, salpicando la luna con un hipnótico patrón de chispazos menguantes.

Su sentido de la Fuerza le hizo darse cuenta de lo que eran: el Lado Oscuro materializado. No logró desconectar sus percepciones de manera lo suficientemente rápida, y el impacto de tamaña maldad, lo golpeó como un puño en su cara. Vomitó sobre el piso delante de sus vestimentas, cayó sobre la congelada superficie, y se hizo un ovillo sobre el gélido suelo de la luna, mientras todo el peso del Lado Oscuro, lo recubría completamente con su esencia.

No había ningún lugar para esconderse, no había ningún refugio; todo empezó a dar vueltas alrededor de él, saturando sus sentidos…

Despertó, sudando, y con un ligero dolor de cabeza, frente al sonido del tráfico de los deslizadores y de las motos swoop[7] que pasaban por las afueras de su departamento en Coruscant. El golpeteo de los latidos de su corazón, restallaba sobre las costillas de su caja torácica. Por medio de su Ojo de la Mente, todavía podía apreciar la lluvia de chispazos menguantes, la maligna lluvia que había visto caer en medo de su visión. Se aclaró la garganta, y los sensores de su habitación, habiendo detectado que ya se encontraba despierto, encendieron las tenues luces del dormitorio.

—¿Arsix? —llamó.

No obtuvo respuesta. Se sentó, alarmado.

—¿Arsix?

El estruendo de gritos y aullidos por fuera de su ventana, provocó que se levantara de su cama. Con un mínimo esfuerzo de voluntad, hizo saltar —desde la mesa que estaba cerca de su cama— su sable de luz principal hasta su mano, y lo encendió. La hoja de color verde despejó las penumbras de su habitación.

---

[7] Swoop o swoop bike: especie de vehículos movidos por repulsores que eran más poderosos y peligrosos que las speeder bikes. Poco más que motores con asientos, las swoop son difíciles de controlar, pero tienen una velocidad increíble. El padawan Anakin Skywalker empleó una swoop bike de propiedad de Owen Lars mientras buscaba a su madre, Shmi Skywalker Lars, en Tatooine. N. del T.

La negra esfera de Korriban ocupaba toda la pantalla visora de Kell. Los nubarrones que azotaban su atmósfera, se revolvían de manera furiosa.

Colocó al *Predator* —un caza modificado de tipo CloakShape[8], con un trineo deslizador para el hiperespacio, y una capa de manto tecnológico recubriéndolo todo evadir los sensores, copiado o robado de un StealthX—, en una órbita bastante baja. El turbio manto de energía oscura que rodeaba el planeta, alimentaba al *Predator*, y el metal que recubría la nave crujía en medio de las tensiones que dicho manto provocaba. Kell sintonizó su visión con su capacidad de premonición para vislumbrar el Destino, y logró apreciar cientos de *daen nosi* —líneas del destino, un académico de Coruscant alguna vez había traducido el término original de los anzati[9]—, que se intersectaban en Korriban, el planeta que era como una bulbosa araña negra en medio de una red de resplandecientes potencialidades. Las líneas del pasado, del presente, y del futuro del destino de la galaxia, atravesaban a los habitantes del mundo-cementerio de los Sith, hilos de brillante color verde, naranja rojo y azul, que terminaban siendo cortados en pedazos.

El espacio-tiempo estaba saturado de los posibles futuros, y la riqueza de semejante caldo de cultivo, despertaba la sensación de hambre de Kell. Se había dado cuenta por primera vez de los *daen nosi* en su infancia, después de su primer asesinato, y habían seguido presentándose desde entonces. Pensaba que poseía una cualidad única entre los anzati, que era alguien especial, un elegido, pero no podría asegurarlo.

El pensar en su primer asesinato, hizo que su cerebro recordara la comida que tenía almacenada en el compartimento de carga del *Predator*, pero logró acallar el impulso de su cuerpo con un solo pensamiento.

Su propio *daen nosi* se retorcía delante de él: las franjas de su propio destino conformaban una red de líneas plateadas que se extendían a través del transpari-acero de la carlinga, sumergiéndose en el oscuro remolino, hacia abajo, hacia las tumbas de los Sith, hacia los secretos lugares en donde el Primero de los Sith había estado al acecho. Tenía negocios que hacer con ellos, y ellos con él, por lo que las líneas de sus destinos se encontraban entrecruzadas.

Digitó las coordenadas codificadas de su destino en la computadora de navegación de la nave, y enganchó el piloto automático. A medida que el *Predator* empezaba a descender a través de la sombría atmósfera, abandonó la carlinga y se dirigió hacia atrás, al compartimento de carga. Tenía una media hora estándar antes de alcanzar su destino, así que permitió que su cuerpo liberara su necesidad de sentir hambre. Una creciente sensación de anticipación, aguzaba su apetito.

---

[8] CloakShape fighter: caza espacial y atmosférico, diseñado por Kuat Systems Engineering, décadas antes de las Guerras Clon. N. del T.

[9] Anzati: peligrosa y misteriosa especie de semi-humanos con dos probóscides similares a tentáculos que se curvaban y se extendían desde sus mejillas, con los cuales eran capaces de alimentarse de los cerebros de sus víctimas. Retrayéndolos al lado de sus narices, eran indistinguibles de las otras especies humanoides de la galaxia. N. del T.

Cinco cámaras de congelación estáticas permanecían fijas contra una de las paredes del compartimento de carga, como si fueran ataúdes. Kell les había asignado su propio espacio libre en el compartimento, separados del equipamiento y de los vehículos que también se encontraban almacenados en el ambiente. Un humanoide permanecía en estado de éstasis en cada uno de las cámaras congeladoras, tres humanos y dos rodianos. Examinó las lecturas de los sensores de cada uno de las cámaras, verificando sus signos vitales. Todos permanecían en buenas condiciones.

Contemplando sus inalterables rasgos, Kell se preguntó que sería lo que estaría pasando por detrás de sus cerrados ojos, en la tranquilidad de sus ensueños. Se imaginó el sabor de su sopa, y el hambre retorció sus intestinos. Ninguno de ellos era de los —así llamados—, individuos sensibles a la Fuerza, los cuales hacían que la sopa fuera más deliciosa, pero tendría que conformarse con lo que tenía.

Se deslizó desde una cámara congeladora hacia la otra, acariciando con los pulpejos de sus dedos, la fría superficie de vidrio que lo separaba de sus presas. Los *daen nosi* de sus cautivos, se extendían desde las cámaras congeladoras hasta su persona, y el suyo propio, desde él hasta ellos. Se detuvo delante del hombre de edad mediaba que había capturado en Corellia.

—Tú —le dijo, y observó cómo sus plateadas líneas, se entrelazaban con las líneas verdes del corelliano.

Activó el ciclo de descongelación de la cámara frigorífica. El siseo del gas que iba escapándose, anticipó el final que se cernía sobre aquel ser humano. Kell observó cómo las lecturas de la cámara de congelación indicaban que la temperatura iba elevándose, contempló cómo el color iba regresando a las carnes del humano. Su hambre se hizo más punzante, y las probóscides alimentadores alojadas en los sáculos de sus mejillas, empezaron a retorcerse. Necesitaba que su presa estuviera consciente, de otra forma, no lograría conectarse con su cerebro.

Se proyectó a través del *daen nosi* que lo conectaba con quien sería su comida.

Despierta, le ordenó delicadamente.

Los ojos del humano se quedaron perplejos, con las pupilas dilatadas, y los párpados bien abiertos. El miedo se percibía a través de la conexión mental, y Kell empezó a saborearlo. Las lecturas de la cámara de congelación mostraban una frecuencia cardíaca notoriamente elevada, y una frecuencia respiratoria que iba en aumento. El humano abrió su boca para decir algo, pero sus funciones motoras, todavía adormecidas por el prolongado estado de éstasis, sólo lograron producir un apagado gruñido sordo.

Kell oprimió el botón de liberación, y la placa de vidrio de la cámara de congelación se deslizó, dejándola abierta.

Mantén la calma, proyectó, y su orden se abrió paso hacia el cerebro del humano, a manera de un bálsamo frente al temor que empezaba a sentir su víctima.

Pero un terror cada vez mayor sobrepasó el dominio físico que mantenía Kell sobre su prisionero. El humano se revolvió contra sus ataduras mentales, y finalmente logró encontrar su voz.

—Por favor. No he hecho nada.

Kell se inclinó hacia adelante, y tomó la pastosa mano del humano entre sus manos. El humano sacudió su cabeza, pero su intento no podía compararse con la fortaleza física de Kell.

—Por favor —repitió el corelliano—. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Quién es usted? ¿*Qué* es lo que quiere?

Kell observó todos los *daen nosi* del humano, todos sus futuros potenciales, todos los cuales se juntaban en una única línea de color verde que se cruzaba con la línea plateada de Kell, en donde… era interrumpido.

—Soy un fantasma —le respondió Kell, y abrió las hendiduras de su rostro. Sus probóscides alimentadoras se revolvieron al quedar liberadas de sus sáculos, delgados apéndices del grosor de un cable, que lo alimentaban con la sopa proveniente de los seres sintientes.

El humano aulló, se revolvió, pero Kell lo contuvo rápidamente.

Mantén la calma, nuevamente proyectó Kell, esta vez con fuerza, y el humano se quedó callado.

Las probóscides alimentadoras se abrieron camino hacia los cálidos y húmedos túneles de las fosas nasales del corelliano, y se enraizaron hacia arriba. La sensación de anticipación ocasionó que Kell empezara a babear. Contempló los dilatados ojos ensangrentados del humano, a medida que las probóscides iban penetrando en sus tejidos, rompiendo las membranas, entrando en la cavidad craneana, y sumergiéndose en la rica materia gris que albergaba la cabeza del humano. Un espasmo atravesó el cuerpo del humano. Las lágrimas poblaron sus dilatados ojos, y se desplomó con las mejillas enrojecidas. La sangre se filtraba a través de delgados hilillos desde su nariz.

Kell gruñó con fruición, mientras devoraba sus futuros potenciales, al tiempo que las líneas del humano llegaban a su final, y las de Kell continuaban. Los ojos de Kell se quedaron en blanco, a medida que su *daen nosi* se prolongaba, y temporalmente se volvió uno con su sopa del Destino. Su sensación de conciencia se agudizó, se expandió hasta el tamaño de la galaxia, y mentalmente evaluó su potencial. El tiempo se comprimió. La distribución de *daen nosi* a través del universo, se veía menos caótica. Distinguió un indicio de ordenamiento. La revelación parecía estar justo en el umbral de su comprensión, y experimentó un acuciante estremecimiento con cada latido de sus corazones.

Muéstramelo —pensó—. *Permíteme verlo.*

El momento se esfumó, a medida que el humano iba agonizando, y Kell le permitió caer sobre el piso de la bahía.

La revelación empezó a desvanecerse a medida que iba desprendiéndose del cadáver, jadeando. Volvió a ser él mismo, tan sólo carne, provista de una comprensión limitada.

Contempló el cuerpo que empezaba a enfriarse a sus pies, comprendiendo que sólo a través del asesinato, lograría trascender.

Retrajo sus probóscides, embebidas de sangre, moco y cerebro, las cuales se asentaron delicadamente sobre sus sáculos.

Suspirando, cargó el cadáver del humano de manera aburrida, hacia la esclusa de aire, y programó los controles para eyectarlo. A través de los siglos, había dejado tales restos sobre cientos de planetas.

Mientras contemplaba que la secuencia de eyección automatizada, empezaba a vaciar la esclusa de aire, se consoló a sí mismo sabiendo que algún día lograría alimentarse de una sopa lo suficientemente consistente como para revelarle la verdadera naturaleza del Destino.

Saciado de manera razonable, regresó a la carlinga del *Predator*, y conectó su transmisor de comunicaciones a la computadora de navegación, de la forma en que le había sido indicada. En cuestión de segundos, el indicador del piloto automático parpadeó, recordándole a Kell Douro, la manera en que se habían apagado los ojos del corelliano, la forma en que el humano se había transformado de ser sintiente, a mera carne en el lapso de un segundo, y una fuerza externa se hizo con el control del *Predator*. Kell se acomodó sobre su sillón, mientras la nave aceleraba a través de la desagradable atmósfera de Korriban, hacia el lado oscuro del planeta.

Un corto tiempo después, el *Predator* se asentaba en medio de unas estructuras bastante antiguas. Los rayos iluminaban unas erosionadas pirámides, unas torres de piedra carcomida, y unos domos cristalinos, todos ellos templos y tumbas de los Sith, todos ellos reflejando la simétrica geometría característica del Lado Oscuro. Negras nubes enturbiaban y ensombrecían las descargas de los rayos que conformaban una brillante red en medio de los cielos.

Kell se levantó, se embutió en su traje mimético, verificó los dos vibro-cuchillos cubiertos con cortosis envainados en su cinturón, y se dirigió hacia la rampa de aterrizaje del *Predator*. Antes de hacerla bajar, tomó un bláster y una cartuchera de un pequeño casillero de armas, y los adhirió a su muslo. Consideraba que los blásters eran armas poco elegantes, pero prefería estar armado en exceso, antes que quedar en posición comprometida por defecto.

Presionó el botón de liberación de la rampa. Los dispositivos hidráulicos chirriaron, y la rampa empezó a descender. El viento y la lluvia sisearon al interior del *Predator*. El aire de Korriban, acre debido al hedor de las edades pasadas, llenó por completo sus fosas nasales. Un trueno retumbó en la distancia.

Kell miró hacia afuera, hacia la oscuridad, y se dio cuenta de los dos puntos de referencia de luz roja que flotaban en medio de la pendiente. Avanzó sobre sus pies a medida que aquellas luces iban aproximándose; se trataba de un plateado droide de protocolo. Sintonizó su visión con su capacidad de anticipar el Destino, y no logró apreciar ningún *daen nosi*. Los droides eran máquinas programadas, nada más. No tomaban decisiones reales, así que no tenían líneas de destino. La falsa sensación de conciencia que poseía el droide, enervaba a Kell, por lo que decidió cortar la conexión.

El antropomórfico droide dio algunos pasos hacia adelante, sin tomar en cuenta el viento ni la lluvia, y llegó hasta la base de la rampa de aterrizaje; inclinó su cabeza, con un zumbido de sus servo-motores.

—Amo anzat —lo saludó el droide en *básico*—. Soy Deefourfive. Por favor, sígame. El Amo aguarda por usted.

Las palabras del androide hicieron que Kell se sintiera enraizado y sin poder dar ningún paso sobre la cubierta. A pesar de sí mismo, los corazones gemelos de Kell duplicaron la frecuencia de sus latidos. La adrenalina fluía en el interior de su sangre. Las probóscides alimentadoras de sus mejillas, se contrajeron en un espasmo. Inspiró profundamente, se enfocó por un momento en las palabras que había escuchado, e hizo regresar la calma a su cuerpo, ralentizando el nivel de sus hormonas.

—*¿El Amo*? ¿El mismo Krayt en persona?

—Por favor, sígame —le indicó el droide, dándose la vuelta, y empezando a dar algunos pasos para alejarse.

Kell levantó la capucha de su traje, pero no bajó la máscara; bajó la rampa dando grandes zancadas, y se sumergió en medio de la tormenta. Korriban terminó por empaparlo en un instante. Con un mínimo esfuerzo de voluntad, ajustó la temperatura corporal de sus entrañas para compensar el enfriamiento.

El droide lo condujo a lo largo de largas avenidas sembradas de muertos, alineadas con piedras antiquísimas y monumentos de acero de la Orden de los Sith. Kell no logró distinguir nada hecho de duracreto, ni de transpari-acero, nada moderno. Por todo lo que sabía de Korriban, comprobaba que nuevas capas habían sido construidos sobre las antiguas a lo largo de los milenios, creando una especie de estratificación arqueológica de todas las eras de los Sith.

Al ir avanzando, se dio cuenta de que eso ya no ocurría en el lugar a donde estaban dirigiéndose. Aquí, las más antiguas de las tumbas y de los templos de los Sith, parecían estar inalteradas. Aquí era donde Krayt elucubraba sus sueños de conquista.

Un rayo deslumbrante veteó el cielo, dibujando sombras sobre la necrópolis. El traje mimético de Kell se adaptó a los cambios temporales de iluminación. A medida que iba caminando, sintió una creciente atención fija sobre su persona, algún tipo de conciencia.

Por delante, logró divisar una torre aplanada de piedra envejecida, el santuario de Krayt. Espirales de oscura energía revoloteaban formando lánguidos arcos alrededor de su capitel. Sólo algunas ventanas rompían la armonía de su exterior sin mayores características notorias, negros agujeros que se abrían hacia una sombría parte interna. Para Kell, se veían como aullantes bocas que protestaban por los eventos que habían tomado lugar en su interior.

El droide estaba subiendo por una amplia escalinata provista de una gran cantidad de peldaños, la cual conducía a un par de puertas de acero que se encontraban en la base del capitel. Unos escritos tallados, corroídos por los siglos, así como algunas volutas grabadas, ascendían en espiral por encima de la superficie de las puertas. Kell no llegó a descifrar su significado.

—Permanezca aquí, por favor —le indicó el droide, y se desvaneció detrás de las puertas.

Kell esperó bajo los furibundos cielos de Korriban, rodeado por las tumbas de los Lores Sith muertos en el planeta-cementerio. Verificando el chrono de su muñeca cada cierto tiempo, logró sintonizar sus sentidos con el ambiente que lo rodeaba, y decidió que debía aguardar la voluntad de Krayt.

Algunos pasos resonaron detrás de él, casi inaudibles en medio de la lluvia. Cambió el modo de sus percepciones en el mismo momento de darse la vuelta, y logró observar una densa red de *daen nosi* que se extendían desde el presente hacia el futuro, enroscándose alrededor de la galaxia, como si se tratara de una inmensa serpiente que estuviera a punto de estrangularla.

CAPÍTULO II

EL PASADO:
5000 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

Relin y Drev permanecían sentados en medio de un pensativo silencio, mientras su Infiltrator se deslizaba a través del convulsionado túnel azulado del hiperespacio. Examinaban sus instrumentos de manera intensa, esperando el pitido anunciador que les revelase la detección de la baliza hiperespacial que había sido colocada secretamente a bordo del *Harbinger*. Un silencio persistente, significaría que habían perdido a Saes.

—Los escáneres funcionan normalmente —dijo Drev. Después de darle una mirada de costado a Relin, empezó a tararear, una interpretación libre de una tonada popular de su mundo natal.

—¿Tienes que hacer eso? —le preguntó Relin, sonriendo a pesar de sí mismo, mientras ajustaba los instrumentos.

—Sí —afirmó Drev, también sonriendo, pero sin levantar la mirada de sus controles—. Debo hacerlo.

Relin admiraba la habilidad de su padawan para encontrar algo de alegría en todas las cosas que hacía, aunque Relin pensaba —y le había enseñado— que era más importante el mantener la estabilidad emocional. Los extremos de las emociones podían conducir al Lado Oscuro.

Aun así, a veces se preguntaba si Drev era el único que estaba completando su aprendizaje en esta relación. Parecía que Relin sólo lograba sonreír en presencia de Drev. La traición de Saes había terminado por extirpar la alegría de su cuerpo, con la misma habilidad de un cirujano.

Drev golpeteó la pantalla del escáner con un dedo regordete.

—Vamos, vamos, revélanos en dónde te escondes.

Y justo en ese momento, el escáner captó una débil señal. Relin y Drev exhalaron al unísono, al tiempo que se inclinaban hacia adelante en sus respectivos asientos.

Drev rio alegremente, y colocó un dedo sobre la pantalla del escáner.

—Allí. Los nuestros lograron hacerlo.

Relin dejó que la computadora de navegación procesara las lecturas del escáner, y pudiera determinar las coordenadas.

—El sistema de Phaegon.

Sin aguardar instrucciones, Drev buscó en la computadora de a bordo, información acerca de dicho sistema.

—No hay nada allí —exclamó Drev, contemplando las lecturas—. ¿Qué es lo que está haciendo?

—Quizás, sólo esté tanteando el terreno —le respondió Relin, haciéndose cargo de los controles—. Lo sabremos muy pronto.

La señal aumentaba en intensidad, a medida que el Infiltrator se tambaleaba en medio del hiperespacio.

—Está metido profundamente en el sistema —afirmó Relin—. Vamos a salir del hiperespacio a diez segundos-luz de su localización.

Drev asintió, y programó dichas instrucciones en la computadora de navegación.

—El sistema tiene cuatro planetas, cada uno con múltiples lunas. Un cinturón de asteroides separa el tercero del cuarto.

—Utilízalo como tapadera, hasta que sepamos qué es lo que está haciendo Saes.

—Desactivando el hiper-impulsor en cinco, cuatro…

—Activando el distorsionador de detección de identidades, y los deflectores —dijo Relin. Al mismo momento, empleó sus habilidades Jedi para enmascarar su presencia y la de Drev en la Fuerza, a menos que Saes ya hubiese percibido su llegada.

—…dos, uno —Drev iba contando, y desactivó el hiper-impulsor.

El azulado túnel del hiperespacio, dio paso al negro vacío de estrellas, planetas, y asteroides.

Instantáneamente, una oleada de energía del Lado Oscuro, cruda y afilada, saturó la nave. Sin haber estado preparado para dicho asalto, Relin se quedó sin aliento, sintiéndose mareado. Drev gruñó, se reclinó hacia atrás en su asiento, como si hubiese sido golpeado, y vomitó sobre su vestimenta.

—¿De dónde viene eso? —preguntó Relin con los dientes apretados.

Drev sacudió su cabeza, todavía agitado. Se aproximó a la consola del escáner.

—Déjalo —le dijo Relin, y ajustó los escáneres por sí mismo.

Las pantallas no mostraron nada en los alrededores, salvo el caos rotario del cinturón de asteroides, así como a Phaegon III y sus múltiples lunas.

Relin se tomó un momento para aclarar su mente, y luego invocó la Fuerza para escudarlos de aquella energía del Lado Oscuro que se percibía en el ambiente. Con sus defensas reacomodadas, tan sólo sentía la energía como una delicada presión poco placentera en su mente, una incesante lluvia de gotas golpeando contra su cráneo, pero la cual ya no alcanzaba a afectar sus sentidos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Drev.

Drev se aclaró la garganta, mientras contemplaba su traje de vuelo y sus vestimentas, presa de la vergüenza.

—Me encuentro bien. Me disculpo, Maestro.

Relin desestimó las disculpas. Él tampoco había estado preparado.

—Mi comida sabía mejor la primera vez —declaró Drev, sonriendo, con las mejillas completamente encarnadas.

—También olía mejor —dijo Relin, riendo entre dientes, mientras estudiaba detenidamente los reportes de los escáneres.

—¡Ah! Así que es el vómito el que deja fluir su sentido del humor —le respondió Drev. Se desprendió de su traje, lo enrolló por completo, y volvió a tomar asiento. Ingirió un sorbo de la bebida proteica saborizada que tenía en una bolsa plástica, haciendo que el

líquido recorriera todo el interior de su boca—. Lo tendré en cuenta. ¿Quizás también lo divierta el humor escatológico?

Relin sólo sonrió a medias. Su mente estaba preocupada por la situación que estaban atravesando. ¿Con qué se habían tropezado? Él nunca antes había experimentado semejante baño de energía pura del Lado Oscuro. Lo que fuera que Saes anduviera buscando, había llegado a encontrarlo en el sistema de Phaegon. Drev se dio cuenta de la seriedad de su Maestro.

—¿De qué se trata esto? —le preguntó Drev—. ¿De un arma del Lado Oscuro? ¿Quizás de un artefacto Sith?

Relin sacudió su cabeza. La energía no era intensa, simplemente estaba diseminada por todos lados.

—Muy pronto lo sabremos.

Enganchó el impulsor iónico, y ya empezaba a sumergirlos en el cinturón de asteroides, pero se lo pensó mejor. Retiró sus manos de los controles.

—Llévanos hacia allí, Drev —le dijo.

Sintió que la mirada de su padawan se clavaba encima de él.

—¿Hacia el cinturón?

Relin asintió. El distorsionador de detección de identidades del Infiltrator, y el trayecto errático del cinturón de asteroides, terminarían por engañar a cualquier tipo de sensores de los Sith.

—¿Está seguro, Maestro?

—Enfoca tu mente —le indicó a su padawan—. Siente la Fuerza, confía en ella.

Drev era uno de los mejores pilotos en potencia de la Orden. Con el tiempo y el entrenamiento adecuado en el empleo de la Fuerza, llegaría a ser uno de los más destacados pilotos entre los Jedi.

—Llévanos hacia allá —le repitió Relin.

Drev se quedó mirando hacia afuera de la carlinga, al océano de rocas arremolinadas. Hizo una pausa, para dejar escapar un prolongado suspiro tranquilizador, y entonces se hizo cargo de los controles, y dirigió el Infiltrator hacia el cinturón de asteroides.

Aceleró sin dudarlo, y la nave se enfiló a través del campo de piedras que lentamente iban dando vueltas, sumergiéndose, ascendiendo, girando. Algunas rocas cubiertas de pequeños agujeros, resplandecían en la pantalla visora por un momento, y luego se desvanecían, a medida que Drev se colocaba por debajo de ellas, sobre ellas, alrededor de ellas. Una de las alas del Infiltrator, golpeó un oblongo asteroide, y la nave se estremeció, empezando a dar vueltas sobre su eje.

—Maestro…

—Tranquilo, Drev —lo reconfortó Relin, y su padawan zigzagueó para escapar de la trayectoria de otro de los asteroides, estabilizando la nave a continuación.

—Bien hecho, padawan —le aseguró Relin—. Bien hecho.

Una sonrisa iluminó el rostro de Drev, a medida que continuaba surcando el mortal cinturón de asteroides.

Relin monitorizaba los sensores.

—Hay un asteroide en el borde del cinturón, de más de diez kilómetros de diámetro, que va dando vueltas muy lentamente.

—Puedo verlo.

—Haznos aterrizar allí, pero mantén los motores encendidos. Veamos qué es lo que podemos descubrir.

Drev los hizo maniobrar sobre el asteroide, y e hizo aterrizar el Infiltrator. Phaegon III se veía enorme en su pantalla visora, contra el telón de fondo de las estrellas.

Drev todavía se encontraba sonriendo. Relin decidió ignorar el envión emocional de su padawan.

—Habilita un heads-up display[10], y magnifica la imagen.

Un HUD apareció en el centro de la ventana de la carlinga. Drev digitó algunos comandos, y la imagen se agrandó.

Penachos de humo se elevaban en forma de espirales desde la carbonizada superficie de una de las pequeñas lunas de Phaegon III. El dreadnought de Saes y su nave gemela, sobrevolaban en una órbita baja como aves carroñeras, el humeante cadáver de la luna. Una sostenida corriente de transportes recorría la distancia entre la superficie de la luna, y las plataformas de aterrizaje que colgaban del vientre de las dos naves de los Sith.

Drev perdió la sonrisa, mientras iba manipulando los escáneres.

—Ésa no es… ¿cómo podría…? Maestro, esa luna debería estar cubierta de vegetación. —Levantó la vista de su escáner—. Y de vida.

Relin sintió que la ira empezaba a apoderarse de su padawan, frente a tamaña destrucción. Sabía a dónde conducía la ira. El joven poseía la capacidad de desplazar rápidamente su estado de ánimo desde el júbilo hasta la ira, como si sus emociones estuvieran colgando de un péndulo.

—Mantente enfocado en tu tarea, Drev. Que la visión de aquel asunto, no afecte tus pensamientos. No permitas que la ira nuble tu mente.

Drev se le quedó mirando, como si fuese algo espantoso que hubiese encontrado en la suela de su bota.

—¿Aquel *asunto?* No se trata de un simple asunto. ¡Ellos han incinerado por completo toda una luna! Se trata de una atrocidad.

Relin asintió.

—Ésa es la palabra correcta. Pero tú eres un Jedi. Debes dominar tus emociones. Especialmente ahora. *Especialmente* ahora, padawan.

Drev se quedó contemplándolo por un largo momento, antes de volver su mirada a los escáneres. En el momento en que habló, su voz se escuchaba tensa.

—Hay cientos de droides mineros en esa luna.

Más para sí mismo que para Drev, Relin exclamó:

—Saes ha incinerado la corteza, y luego ha desplegado a sus droides mineros.

---

[10] Heads-up display (HUD): Pantalla de proyección óptica que funcionaba como una ayuda visual. Solían ser acopladas a los cascos de los cadetes imperiales, y podían transmitir imágenes. N. del T.

Enfocó su sentido de la Fuerza sobre los transportes, y sobre los compartimentos de carga. Aunque esta vez había estado preparado, la revulsión del Lado Oscuro provocó que tuviera dificultades para respirar, y lo lanzó hacia atrás en su sillón.

—Está en el compartimento de carga.

—¿En el compartimento de carga? ¿Qué fue lo que extrajo de esa luna?

Relin sacudió su cabeza, al tiempo que tomaba los controles.

—No lo sé. Un mineral de alguna clase, algo sintonizado con el Lado Oscuro —Relin sabía de aquellas cosas—. Cualquier cosa que sea, es bastante poderosa. Quizás lo suficientemente poderosa como para determinar el resultado del ataque sobre Kirrek. Eso es lo que ha estado buscando Saes, y ésa es la razón por la que Sadow detuvo su asalto. No podemos permitir que lo saquen del sistema.

—Confío en que usted tenga un plan —declaró Drev, no tanto como una pregunta, sino como una afirmación.

—Vamos a derribar del cielo a esos dreadnoughts. O al menos, vamos a encargarnos de que no se vayan.

Drev se relamió los labios, ponderando sin duda el tamaño relativo del Infiltrator y de los dreadnoughts, el cual no era muy distinto de las diferencias relativas entre una mosca-sanguijuela[11] y un rancor.

—¿Pero cómo?

Relin hizo despegar el Infiltrator del asteroide, y voló hacia espacio abierto.

—Voy a abordarlos. Saes y yo tenemos un encuentro pendiente.

Al menos esperaba escuchar una risita contenida por parte de su padawan, pero Drev no se atrevió ni siquiera a sonreír. Se quedó contemplando a través de la pantalla visora, a la fenecida luna, a las naves de los Sith, y sus labios se contrajeron en un gesto adusto.

Relin colocó una mano sobre el hombro de su padawan, y liberó los cinturones de seguridad que lo mantenían sujeto a su asiento.

—Hazte cargo de los controles. El distorsionador y los deflectores no van a mantenernos invisibles por mucho tiempo. Tan sólo necesito algo de tiempo.

Drev asintió, mientras el Infiltrator aceleraba cada vez más en dirección hacia los dreadnoughts.

—Lo tendrá. ¿Va a intentar abordar un transporte?

—Eso es lo que estaba pensando hacer —le aseguró Relin, al tiempo que empezaba a dirigirse hacia el estrecho compartimento posterior del Infiltrator. Rápidamente, se desprendió de sus vestimentas, y se embutió en un traje flexible resistente al vacío, repasando los detalles del plan que recién había empezado a elaborar.

La superficie de rayón del traje, constituida por una malla flexible hecha de titanio, tan delgada como un cabello, se sentía como una segunda piel. Verificó el suministro de

---

[11] Bloodfly: mosca sanguijuela. Insectos de los pantanos, comunes entre las amplias planicies de Lothal, un planeta localizado en los territorios del Borde Exterior de la galaxia. Solían portar una enfermedad denominada el «mal de las moscas sanguijuelas», el cual sin embargo, era fácilmente tratado con bacta y reposo. N. del T.

oxígeno y las baterías, y encontró que ambos se encontraban al tope. Deslizó el arnés repleto de cargas de energía sobre sus hombros, alrededor de su abdomen, y enganchó sus hebillas. El alimentador umbilical del traje, se conectó con el enchufe abdominal con un clic satisfactorio, y el traje volvió a la vida. La energía que corría a través de la malla, endurecía ligeramente el traje, y provocó que la piel de Relin hormiguease. Aseguró las bisagras del casco sobre su cabeza, y un campo electromagnético lo selló junto con el anillo del cuello, haciendo que la cremallera, y el conector de alimentación, permanecieran estando herméticamente cerrados.

El traje corrió una prueba de diagnóstico, y Relin observó los resultados en el HUD acoplado al casco. Su respiración resonaba fuertemente en medio del tambor de transpari-acero y plástico que era el casco. Activó el comlink.

—Verificando.

—Prueba satisfactoria —le indicó Drev, mientras su voz se escuchaba como el retumbo de un concierto dentro del casco.

La lectura de la prueba diagnóstica en el HUD, también arrojó resultados satisfactorios.

—El traje está activo y sellado —confirmó Relin.

—Todavía no hemos sido detectados —le informó Drev, con un tono de voz cortante, serio—. Por ahora.

A pesar de que Relin había estado intentando alentar a su padawan durante meses, para que asumiera una postura más seria, en ese momento empezaba a arrepentirse del cambio en el estado de ánimo de Drev. Extrañaba la actitud alegre de su padawan frente al peligro. A Relin le parecía que para hacer de Drev un Jedi, tendría que convertirlo en algo que no se parecía a Drev para nada.

—¿Qué tan cerca estamos? —le preguntó Relin. Deslizó una docena de granadas magnéticas, y una gran variedad de otros equipos en uno de los amplios bolsillos de los muslos del traje, y luego fijó con cinta adherente una pistola bláster a su cinturón, además de su sable de luz y una celda de energía.

—A veinte mil kilómetros, y aproximándonos rápidamente —le informó Drev. Una vacilación en su voz le dijo a Relin que algo no andaba bien—. Esa luna. Maestro, ha sido devastada por completo.

—Lo sé —le confirmó Relin—. Eso es lo que hacen los Sith. Destruyen todo. Se apoderan de todo. Eso es todo lo que el Lado Oscuro puede ofrecer. Ahora, enfócate, padawan. Empareja los vectores de aproximación con el transporte más cercano que esté de regreso hacia el *Harbinger*, pero sólo por un momento. Pienso abordarlo, y él me llevará hacia una de las bahías de aterrizaje del dreadnought —volvió a palpar las granadas que se encontraban alojadas en sus bolsillos—. A partir de este momento, ya veré qué soy capaz de hacer.

Por una vez, Drev se quedó callado, y luego preguntó:

—¿Está seguro que hacerlo de esta manera es lo correcto, Maestro? Si tiene éxito, sólo se habrá hecho encargado de uno de los dreadnoughts.

—El que no podamos completarlo todo, no es razón para que no hagamos nada. No podemos permitir que esa carga llegue hasta Kirrek. O al menos, no toda ella. Debemos bloquear todo lo que podamos aquí, haciendo lo que debamos hacer. Si consigo destruir o incapacitar la primera de esas naves, ya nos las ingeniaremos para hacer lo mismo con la otra.

—Entendido.

—Entrando en la compuerta de aire —le informó Relin. Abrió el seguro de la esclusa de aire interna, dio un paso hacia adelante, y la cerró tras sus espaldas. Desenganchó su línea de sujeción, y oprimió el botón para abrir la compuerta externa. Una luz roja se encendió durante tres segundos, para avisar del estado de evacuación inminente. Relin se aferró a la baranda de seguridad, al tiempo que la compuerta se deslizaba, quedando abierta, y el aire salía volando precipitadamente hacia el espacio.

—Llegando hasta el transporte justo ahora, Maestro.

Relin se deslizó hacia la abierta compuerta, al tiempo que Drev colocaba al Infiltrator sobre el transporte, y emparejaba su marcha y su velocidad lo mejor que podía. El torpe transporte era poco más que una caja voladora, una gris bodega en forma de cuña con una carlinga transparente de apariencia de burbuja, acoplada a su parte inferior. Como todas las naves de los Sith, aun así se las ingeniaba para parecer una cuchilla volante.

Una oleada casi palpable de energía del Lado Oscuro, se desprendía de su compartimento de carga, haciendo que Relin se sintiera temporalmente mareado.

—¿Maestro?

Serían detectados en tan sólo algunos momentos. Tenía que apresurarse.

—¿Alguna vez has ido a pescar con caña, Drev? —le preguntó Relin.

—¿Con caña?

—A pescar. Ya sabes.

—No, Maestro. Nunca lo he hecho.

Relin intentó sonreír, pero no pudo conseguirlo. En aquel momento, habría pagado cien créditos por escuchar reírse a Drev.

—Yo tampoco.

—Que la Fuerza lo acompañe, Maestro.

Relin contempló la columna superior que atravesaba el transporte, y cerró sus ojos, entregándose a la Fuerza. Su dominio del arte telequinético del empleo de la Fuerza, no era lo suficientemente avanzado como para atraer a una nave en movimiento hacia sí mismo, pero eso no era lo que estaba intentando hacer.

—Uno de sus escáneres ha detectado nuestra nave —le indicó Drev, con la tensión impregnando su voz.

—Utiliza nuestro canal encriptado usual, Drev; pero lo menos posible.

—Sí, Maestro. Y… no vaya a fallar en el salto —le deseó Drev, dejando escapar una risita.

Sonriendo, Relin se hizo uno con la Fuerza; fijó mentalmente la localización del transporte Sith, y saltó fuera del Infiltrator hacia el espacio abierto.

—Ya estoy fuera —exclamó, y Drev salió huyendo.

EL PRESENTE: 41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

Los aullidos por fuera de la ventana de Jaden, terminaron transformándose en una risotada, mientras un deslizador convertible pasaba dejando una estela. Llegó hasta a escuchar la música que salía de los parlantes del deslizador. Los sonidos empezaron a desvanecerse, a medida que el vehículo iba alejándose.

Le tomó un momento entender lo que había sucedido.

Adolescentes, comprendió. *Probablemente en medio de una salida nocturna en busca de emociones.*

—Stang —susurró, pero no desactivó su sable de luz. Su zumbido llenaba la habitación, un sonido reconfortante. Las imágenes de su visión, permanecían estando vívidamente presentes en su mente.

El rechinar de los servos de R6, le anunció la entrada del androide en la habitación. Al ver que Jaden se encontraba de pie con su ropa de dormir, y su sable de luz encendido, R6 interrumpió su pitido de saludo, cambiándolo por un silbido interrogatorio y de preocupación. Jaden no era capaz de entender completamente el habla de los droides, pero usualmente lograba captar la esencia de las comunicaciones de R6. O quizás asumía que R6 decía o preguntaba justo lo que Jaden quería que le dijera, o que le preguntara.

—Supongo que eso te hace mi confesor —le dijo al droide astro-mecánico—. Felicitaciones.

Con un pitido, R6 repitió la pregunta, y Jaden sonrió.

—Nada. Sólo es un mal chiste. Un mal chiste. Y me encuentro bien. Sólo tuve… un sueño inusual.

Pero Jaden sabía que no había sido un sueño. Se había tratado de una visión de la Fuerza.

R6 dejó escapar un zumbido de manera comprensiva, y silbó la primera estrofa de una canción de cuna.

Jaden le sonrió al droide, aunque su mente todavía continuaba anclada a la visión. Él nunca había tenido una de tal intensidad.

¿Qué era lo que significaba?

Jedi muertos y Sith resucitados, una luna congelada en las Regiones Desconocidas, una lluvia de maldad, y el grito repetido de ayuda. No lograba encontrarle el sentido a lo que acababa de ver, así que trató de recordar lo que había sentido, el incómodo toque familiar del Lado Oscuro, su conexión con el Lado Luminoso que iba perdiéndose de manera sostenida, abriendo paso a un puente entre ambos lados de la Fuerza, las palabras de su Maestro:

La Fuerza es meramente una herramienta, no es luminosa ni tampoco es oscura.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Una herramienta? ¿Nada más que eso?

R6 emitió un confundido pitido.

Jaden le hizo una señal con la mano, de manera distraída.

—No puede ser —exclamó, respondiendo a su propia pregunta.

La Fuerza había sido la brújula moral de Jaden durante décadas. El dejarla reducida a un simple instrumento, a un mero potencial, hacía que se sintiera… sin guía. Contempló su mano, la mano que había descargado aquellos rayos de la Fuerza.

—Deben ser mis demonios internos —musitó, desactivando su sable de luz.

R6 chirrió una pregunta.

—Estoy intentando discernir el significado de mi visión, pero me siento… inseguro.

Había estado sintiéndose inseguro desde la Batalla de la Estación Centerpoint, aunque ya había estado luchando con sus dudas antes de eso. Ciertamente, la suya había sido una de las bajas no registradas de la batalla. Había… hecho cosas de las cuales se arrepentía. Los corellianos simplemente habían estado buscando su independencia. Retrospectivamente, ahora Jaden lograba apreciar que todo el conflicto no había sido más que un asunto político que no merecía que los Jedi se vieran involucrados. Había matado en nombre de los políticos. La *Orden Jedi* había matado en nombre de los políticos.

¿Cómo los dejaba eso como Orden? ¿Cuán diferentes eran de los Sith? ¿Acaso no habían invocado el Lado Luminoso para involucrarse en actos moralmente cuestionables? ¿Y dónde dejaba eso a Jaden? Se sintió desolado por su participación en la batalla.

—Alguna vez, fuimos los guardianes de la galaxia —le dijo a R6, y el droide permaneció juiciosamente en silencio.

Ahora los Jedi parecían ser los guardianes de los intereses particulares de los políticos. ¿Sobre qué principios se basaban para actuar en la actualidad?

La Fuerza es tan sólo una herramienta.

Sacudió su cabeza, al tiempo que empezaba a vestirse. La Fuerza tenía que ser algo más que eso. De otro modo, habría estado viviendo una mentira por décadas. Su sable de luz *era* una herramienta. La Fuerza era… algo más. Tenía que serlo.

Temía que los Jedi hubieran llegado a pensar eso, ya que como ellos empleaban el Lado Luminoso de la Fuerza, todo lo que hacían, tenía que ser forzosamente ser bueno. Jaden se dio cuenta de que ese pensamiento no era coherente; incluso podría ser considerado peligroso.

Desde la batalla por Centerpoint, se había excluido a sí mismo de la Orden, de Valin, de Kyle. Sentía que su existencia carecía de propósito, y que no era alguien bienvenido. Creía que sus dudas no debían ser fáciles de tomar en cuenta por parte de todos ellos. Aun así, sabía que debía ser transparente con los Maestros. Pero no había nadie con quien pudiera compartir sus pensamientos.

—Nadie, salvo tú —le dijo a R6.

Su bláster y la pequeña empuñadura para una sola mano de su sable de luz secundario, yacían sobre la mesa que estaba a su lado. Abrochó una cartuchera, colocó el bláster dentro de ella, y enganchó a su láser secundario al gancho que estaba en la parte posterior de su cintura. No sabía por qué seguía conservando aquel viejo sable de luz,

pero siempre lo mantenía cerca de él, como si se tratase de un amuleto para la buena suerte. Suponía que su hoja era el cordón umbilical de color púrpura que lo mantenía conectado a un pasado más simple. Había ensamblado le hoja cuando la Fuerza no era más para él, que una simple palabra. Todavía no era depositario de su sabiduría, pero aun así, había empleado la Fuerza para poder construir una hoja.

Aquello no significaba que Kyle tuviera razón, pero ¿el que la Fuerza *fuese* simplemente una herramienta, una energía que flotaba libremente para que cualquiera pudiera utilizarla, algo que no era diferente de un bláster recargado? Rehusó considerar como válida aquella noción, ya que si fuese verdadera, entonces el Lado Luminoso y el Lado Oscuro no significarían nada en términos de lo moral y de lo inmoral, del bien y del mal.

—No puedo aceptarlo —le dijo a R6—. Simplemente, no puedo.

Ayúdennos. Ayúdennos.

La voz de su visión resonaba en su cabeza, recordándole quién y qué era él. Había estado en una gélida luna sombría en las Regiones Desconocidas, en comunicación con algunos Jedi muertos, mientras la maldad había estado lloviendo encima de su cabeza, y alguien lo había llamado en busca de ayuda. Debía ayudarlo. Tenía que hacerlo. La claridad moral era el resultado de ayudar a los demás. Él se había aferrado a ello como una directiva que regía toda su vida.

Lo que buscas mirar, es lo que puede ser visto en el agujero negro de Fhost.

Las palabras no tenían sentido. No había un agujero negro en Fhost, ni en ningún lugar cercano a aquel sitio. Pero tendría que llegar a descubrir el significado de aquellas palabras; ellas le permitirían encontrar lo que andaba buscando.

—Arsix, establece una conexión con la HoloNet.

El droide silbó aquiescente, proyectó una antena inalámbrica, y se conectó.

—Busca los sectores cartografiados, o parcialmente cartografiados en las Regiones Desconocidas —le indicó Jaden.

El proyector de R6 proyectó unas imágenes tridimensionales de diversos sectores en el espacio que había entre el droide y Jaden. Sólo había unos cuantos. La información era lamentablemente muy escasa.

—Busca algún sistema definido con algún gigante gaseoso que se vea azul frente al ojo humano, rodeada por un anillo, y al menos una luna congelada cuya atmósfera pudiera ser tolerada por los seres humanos.

Los procesadores de R6 chirriaron mientras examinaban la información que estaba siendo obtenida de la HoloNet. Las proyecciones holográficas de los planetas aparecían y desaparecían tan rápidamente en el aire entre ambos, que Jaden muy pronto empezó a sentirse mareado. En tan sólo un cuarto de hora, R6 había barajado cientos de posibilidades de astros celestes. Ninguno encajaba con la visión de Jaden. Éste no demostró estar sorprendido. La mayoría de las Regiones Desconocidas no se encontraban descritas en las cartas estelares de la Alianza Galáctica. Los Chiss estaban asentados allí

afuera. Los remanentes de los Yuuzhan Vong permanecían estando allí afuera. ¿Quién sabía qué más podría encontrarse en esos sistemas no cartografiados?

—Una respuesta, quizás —exclamó. Pero primero tendría que formular la pregunta adecuada, primero tendría que definir qué era lo que andaba buscando. Sintió el delgado filo de una navaja bajo sus pies, sintió que estaba tambaleándose por encima de ella. Se encontraba fuera de balance.

R6 pitó una interrogante.

La Fuerza le había enviado una visión, era lo que él sabía. Tendría que decidirse a seguirla.

—Muéstrame Fhost, Arsix.

Las imágenes de muchos de los sistemas de las Regiones Desconocidas empezaron a desvanecerse, dando paso a una imagen magnificada de un mundo polvoriento, con una de sus mitades a la luz del sol, y la otra sumida en la oscuridad. Contempló la línea que separaba ambos hemisferios. Se veía tan delgada como una cuerda, tan fina como la hoja de un cuchillo.

—Proyecta la información sobre Fhost —le ordenó a su droide, y R6 desplegó una descripción del planeta en el aire, frente a la mirada de Jaden. Lo poco de información que existía, tenía más de tres décadas de antigüedad, y provenía de los datos que habían sido suministrados por un equipo de búsqueda imperial.

Fhost era el único mundo ocupado por seres sintientes en el sistema, aunque ninguno de ellos podía ser considerado como parte de sus auténticos aborígenes; su población itinerante, ni siquiera llegaría a llenar un estadio deportivo en Coruscant. Su centro poblado más grande, Farpoint, había sido edificado sobre las ruinas de una nave estelar estrellada de origen desconocido. Jaden imaginaba que el lugar sería un refugio para aventureros, criminales, y otros sujetos indeseables que preferían vivir en los límites del espacio conocido, todos ellos habitando tugurizados albergues diseñados *ad hoc*, sobre el esqueleto de una nave abandonada.

Pero Fhost era su única pista. Si había que darle crédito por entero a la visión de la Fuerza —¿y cómo podría no hacerlo?—, tendría que seguirla para resolver su interrogante.

—Alista el Z-95, y diagrama un curso hacia Fhost —le ordenó al droide. Hizo una pausa, y luego añadió—: Y no registres el plan de vuelo con la Orden.

El pitido de R6, contenía un sonido ligeramente alarmado.

—Haz como te lo estoy indicando, Arsix.

El droide chirrió un asentimiento, y salió rodando fuera de la habitación.

Lo que fuera que la visión hubiese querido *enseñarle*, le sería mostrado *sólo a él*. Jaden no quería que ningún otro Jedi se viera involucrado, ni tampoco quería que la Orden supiese a dónde pensaba dirigirse.

Ésta tendría que ser su lección personal, y sólo para él. Encontraría lo que andaba buscando, y obtendría su respuesta sólo para sí mismo.

—Darth Wyyrlok —lo saludó Kell, mientras éste se daba la vuelta. El título honorífico no llegaba a ser pronunciado con facilidad por sus labios. Tanto Wyyrlok como Krayt habían adoptado tamaño título, el que alguna vez había sido portado tan sólo por seres de una imponente estatura.

La boca del Lord Sith chagriano[12], dejó ver una sonrisa tensa, como si pudiese descifrar el contenido de los pensamientos de Kell. De pie, Wyyrlok era tan alto como Kell, y el cuerno izquierdo sobre su cabeza, se extendía medio metro más; el cuerno derecho, perdido hacía tiempo atrás en un accidente o en una batalla, era un tocón irregular que tan sólo tenía algunos centímetros de largo. A Kell le parecía que era como un diente podrido. El trazo de una cicatriz se extendía por toda la longitud del rostro del chagriano, una sutura que conectaba el perdido cuerno con la esquina de su boca. La túnica de Wyyrlok, tan negra como una singularidad y empapada por la lluvia, colgaba pesadamente de sus anchos hombros. La empuñadura de un sable de luz en su cinturón, emergía de entre sus pliegues.

Kell se imaginó la clarividencia que podría lograr obtener, luego de devorar una sopa tan enriquecida como la que podría proporcionarle Wyyrlok. Un ciclón de *daen nosi* se arremolinaba alrededor del chagriano. Las probóscides alimentadoras dentro de las mejillas de Kell, se retorcieron como parte de un acto reflejo.

—Anzat —le correspondió el saludo el Sith, con una leve inclinación.

—El droide me hizo pensar que me entrevistaría con el mismo Darth Krayt. El mensaje que recibí, pretendía haber sido enviado por él.

Los ojos de Wyyrlok no se apartaban de los de Kell.

—El Maestro camina en medio de sus ensoñaciones. Eso lo sabes bien, Kell Douro. Lo que tú obtienes alimentándote, él lo obtiene por medio de su voluntad. El pasado, el presente y el futuro, son todos una sola cosa para él. Por ello, es que yo soy su portavoz, mientras él permanece dormido. También eso lo sabes bien.

Kell inclinó la cabeza, como reconociendo el hecho, pero también sabía muchas otras cosas más. Lo que él experimentaba mientras estaba alimentándose, sólo podía ser descrito por su persona. Los Sith, como los Jedi, conceptualizaban la galaxia a través de los lentes de la Fuerza. Pero Kell sabía que la Fuerza no era más que un aspecto individual de la madeja más grande del Destino. Ni los Sith ni los Jedi llegaban a reconocer lo que era en verdad real. Kell lo lograría, cuando llegase a alimentarse de la sopa de aquel que hubiese tenido semejante revelación.

—Estoy a su disposición, Darth Wyyrlok.

---

[12] Chagriano: especie sintiente de humanoides anfibios, nativos del planeta Champala, en el sistema de Chagri, localizado en el Borde Interno de la galaxia. Poseen una piel azulada, y son reconocidos por las prolongaciones carnosas a ambos lados de sus cabezas, las cuales terminan en cuernos. Poseen una lengua bífida, buena visión en la oscuridad, y son naturalmente resistentes a la radiación. N. del T.

—Así es —afirmó Wyyrlok. Nuevamente esa sonrisa, como si pudiera leer los pensamientos de Kell.

Los truenos continuaban retumbando. Kell pudo sentir a los otros que permanecían sumidos en la oscuridad, alrededor de ellos. Más Siths. Sirvientes de Wyyrlok.

—Naga Sadow caminó sobre este suelo —le reveló Wyyrlok, al tiempo que las garras de su mano, hacían un gesto hacia la pasarela de ladrillos—. Y Exar Kun después de él. En ese entonces, ninguna restrictiva Regla de Dos limitaba el poder de los Sith. Por ello, sabiamente, Darth Krayt ha decidido corregir el error de Bane. Por ello, ninguna Regla de Dos limita al Sith Único en estos días.

Kell no dijo nada. Le preocupaban poco las complejidades de la religión de los Sith. Y el uso incesante del *por ello,* había hecho que Kell se distrajera.

—¿Cuál es la razón de que yo haya sido convocado? —le preguntó Kell.

Wyyrlok dio un paso para acercarse a Kell. Los Sith que se encontraban alrededor de ellos en la oscuridad, también empezaron a aproximarse. Kell se sintió como si estuviera parado justo en medio de un nudo asfixiante. Hizo que su presencia física empezara a desvanecerse, sofocando sus *daen nosi*, bloqueando las percepciones de los demás. Entre su camuflaje físico, y su traje mimetizante, había logrado volverse casi invisible para aquellos que estaban a su alrededor.

Wyyrlok parpadeó, miró más allá y a través de él por un momento, antes de que sus ojos volvieran a enfocarse sobre los de Kell.

—Eres listo, anzat —hizo un gesto con su mentón hacia la oscuridad, provocando que las prolongaciones carnosas de su cabeza se balancearan—. Pero ellos no piensan lastimarte, a menos que yo les dé la orden. Por ello, no tienes nada que temer.

Kell asintió, pero aun así, mantuvo su invisibilidad física.

—Una oportunidad le ha sido revelada al Maestro —declaró Wyyrlok, y dio otro paso para acercarse.

Kell se mantuvo firme, mientras los rayos iluminaban los cielos.

—¿Qué clase de oportunidad?

—Te lo mostraré —le dijo Wyyrlok, mostrando una sonrisa plagada de colmillos.

La concentración consiguió arrugar el ceño de Wyyrlok. Sus respectivos *daen nosi* se habían entrelazado. Una sensación de escozor había empezado a presentarse detrás de los ojos de Kell, y luego, un dolor como una puñalada. Aulló, mientras las imágenes iban cobrando vida en su mente: una luna cubierta de hielo, en órbita alrededor de un gigante gaseoso de color azul, rodeado por un anillo, un cielo nocturno quebrantado por una lluvia de energía.

Se agarró la cabeza y se encorvó, mientras las imágenes iban quedando grabadas a fuego en su memoria. Perdió el control de sus músculos, y sus probóscides alimentadoras emergieron de su rostro, y empezaron a retorcerse, como si se tratase de cables eléctricos que hubiesen sido arrancados. Luchando contra el dolor, sus dedos se envolvieron alrededor de uno de sus vibro-cuchillos, al tiempo que lo esgrimía.

La invasión mental cesó, así como el dolor. Dejó escapar un gruñido, blandió su cuchillo, y también extrajo el otro que tenía.

Wyyrlok no hizo ningún movimiento para enfrentarlo con su sable de luz. Se quedó mirando directamente los ojos de Kell.

—No me hace falta un sable de luz para poder matarte. Por ello, atacarme, sería algo tonto. ¿Eres un tonto, Kell Douro?

Kell consideró sus palabras, intentó calmarse, y enfundó sus cuchillos.

—¿Cuál es el significado de la visión?

El chagriano dejó ver su falsa sonrisa.

—Eso es lo que tú debes determinar. La visión es el presagio de algo importante, anzat. Y el Maestro ha llegado a la conclusión de que todo dará comienzo en Fhost. Allí, una señal te será entregada. Quizás sea la señal que has andado buscando desde hace tanto tiempo.

Kell intentó ocultar la excitación que empezaba a ser liberada inconscientemente por las palabras de Wyyrlok. Se imaginó ver algunas líneas del destino coalesciendo sobre Fhost, atrapándolo en medio de una red del destino.

—Conozco su localización.

—Por ello, es que deberás viajar allí. Busca la señal. Aprende lo que tenga que ser aprendido. Y quizás, toma lo que tenga que ser tomado.

Kell se frotó sus ojos, como si haciéndolo, pudiera borrar el recuerdo del dolor que había experimentado.

—¿Por qué yo? —preguntó, haciendo un gesto hacia la oscuridad—. ¿Por qué no uno de ellos?

—Porque es la voluntad del Maestro, que el Sith Único permanezca estando quiescente. Por ello, es que nos vemos forzados a utilizar intermediarios.

Kell ya había escuchado suficientes «*por ellos*» de parte de Wyyrlok.

—¿A quién debo reportarme en cuanto logre averiguarlo?

—Te reportarás directamente conmigo —le indicó Wyyrlok. Frunció el ceño, como si un súbito pensamiento lo hubiese golpeado, y añadió—: El Maestro cree que es probable que los Jedi hayan tenido una visión similar. Con respecto a ese asunto, la Fuerza está en movimiento. Es por ello, que se requiere tu intervención. No debes permitir ninguna interferencia.

Kell colocó sus manos sobre las empuñaduras de sus cuchillos.

—Comprendo. ¿De qué forma se manifestará la señal?

Los hombros de Wyyrlok se encogieron.

—El Maestro cree que lo sabrás cuando la veas. Él confía en tu ingenuidad. Y en tu deseo de encontrar lo que andas buscando.

Kell se relamió los labios, sabiendo que no conseguiría nada más, aunque lo poco que le había sido entregado, podía ser bastante valioso.

—Entonces, ¿eso es todo?

Wyyrlok le mostró sus palmas, como para demostrarle que se encontraba desarmado.

—Eres libre de retirarte.

Kell empezó a alejarse de Wyyrlok, bajó las escalinatas, y se dirigió hacia su nave. Verificó su chrono a medida que iba caminando. Su última comida había sido hacía tan sólo media hora estándar antes, pero ya sentía la necesidad de alimentarse nuevamente, para recuperar la confianza que la comida producía en su persona. Las palabras de Wyyrlok, habían abierto brechas en dicha confianza. Ellos siempre lo hacían. Los chagrianos siempre le dejaban un mal sabor de boca.

A sus espaldas, Wyyrlok le gritó en medio de la lluvia.

—¿Por qué has decidido servirle al Maestro, Kell Douro?

La pregunta dejó confundido a Kell, quien detuvo sus pasos. Sacudió la cabeza, de improviso su mente se convirtió en un revoltijo, y sus pensamientos se hicieron incoherentes.

—¿Qué? ¿Qué es lo que acabas de decir?

—Medita sobre la respuesta a esa pregunta, anzat.

Kell llegaba a distinguir al descubierto los colmillos del chagriano en medio de su sonrisa, incluso a través de la lluvia, y no había ninguna falsedad en ella.

—Y luego considera nuevamente, quién es el ser que verdaderamente puede apreciar los entretelones de la realidad. No eres el único que puede moldear las percepciones.

Un trueno resonó en la distancia; un rayo desgarró los cielos. Kell sacudió su cabeza para aclarar sus pensamientos, decidido a responderle a Wyyrlok, pero vio que éste ya se había marchado. Su cabeza se sentía aturdida. Una jaqueca había empezado a anidarse en la base de su cráneo. Sin quererlo, verificó nuevamente su chrono.

Había pasado un cuarto de una hora estándar, desde que lo había revisado la última vez, hacía tan sólo algunos momentos. No tenía idea de lo que había pasado en todo ese tiempo.

CAPÍTULO III

EL PASADO:
5000 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

Relin casi había perdido el impulso para el salto, cuando emergió desde la compuerta de aire. Mientras descendía, activó los anclajes magnéticos de sus guantes y de sus botas. El tiempo parecía detenerse, mientras caía a plomo en dirección hacia el transporte, y la imagen del transporte contra el telón de las estrellas, quedó grabada a fuego en su memoria. Enfocado por completo, sin perder la trayectoria que dirigía a través de su movimiento telequinético, orientó su caída, e hizo que su cuerpo asumiera la forma de un ovillo. No podía permitirse amenguar su caída por medio de la Fuerza, e impactó sobre la cubierta de la nave de manera dura, golpeando su casco, contra su superficie, y haciendo que el HUD quedara desenfocado por un momento.

El transporte sufrió un estremecimiento al momento en que logró aterrizar sobre él, y el súbito cambio en la trayectoria, estuvo a punto de arrojarlo al espacio. Maldijo en silencio, y se aferró a las protuberancias más cercanas a sus manos. La Fuerza, y sus sujeciones magnéticas, lograron que su anclaje fuera más firme. Por un instante, sintió miedo de que un escaneo por parte de la tripulación del transporte hubiese logrado revelar su presencia, pero la nave se desvió bruscamente hacia la izquierda y hacia abajo, probablemente como parte de una maniobra evasiva en respuesta a la detección del Infiltrator.

Pronto, Drev se vería sometido a una gran presión. Relin tendría que moverse rápidamente.

Se aferró al transporte mientras éste aceleraba en dirección hacia los dreadnoughts. El *Harbinger* y el *Omen* poseían unos afiladas estructuras que resaltaban sobre toda su superficie, con torretas rotatorias provistas de cañones láser, típicamente empleadas para el combate de cuerpo a cuerpo entre naves. Mientras estaba contemplándolas, los cañones giraron en dirección hacia el Infiltrator, pero sería difícil que pudieran fijar el blanco sobre el pequeño caza estelar equipado con tecnología de ocultamiento.

En cuestión de segundos, un escuadrón de cazas de los Sith de respuesta rápida, como si fueran cuchillos voladores, salió disparado desde la bahía.

—Ya llegan —le informó a Drev por medio del canal encriptado—. Diez cazas de clase-Cuchilla. Maniobra en medio de los transportes más pequeños, y los dreadnoughts no se atreverán a abrir fuego.

Echó una mirada hacia atrás, pero no pudo distinguir a Drev y al Infiltrator; tan sólo logró ver el lado oscuro de Phaegon III, un puñado de lanzaderas de transporte dibujando trayectos evasivos, y la luna muerta que ahora no era más que una flotante roca. Regresó su mirada a los dreadnoughts, y se enfocó en su misión. El transporte estaba dirigiéndose hacia el *Harbinger*.

Las luces interiores de las cubiertas de observación, y los innumerables ventanales, parpadeaban aquí y allá, a lo largo de los elongados cascos del *Harbinger* y del *Omen*. Por su forma, los dreadnoughts le hacían parecer a Relin, gigantescos lanvaroks[13], el arma en forma de lanza provista de hojas de acero, y que era una de las preferidas de los Sith. Las voluminosas formas de las toberas de escape en forma de burbujas, se encontraban alineadas con el eje principal de la nave, el cual conectaba la sección del puente delantero, con los motores de popa, y con la sección de las bahías de aterrizaje.

Como la mayoría de los Jedi, había estudiado los planos esquemáticos disponibles de las naves estelares de los Sith. Conocía su distribución. Y sabía hacia dónde tendría que dirigirse, una vez que hubiese subido a bordo.

El transporte enderezó su curso, descendió un poco, y se dirigió directamente hacia la bahía. Estimando el tiempo que les tomaría llegar, Relin retiró tres de las granadas magnéticas de su flexi-traje, y gateó por encima del transporte tan rápido como pudo, hasta que llegó a la carcasa de los contenedores del motor. Adhirió las tres cargas a uno de los contenedores, y se decidió a esperar.

En el momento en que el transporte franqueaba el escudo protector de la bahía de aterrizaje, y empezaba a frenar su marcha, las encendió todas, digitó una secuencia de activación de diez segundos, y empezó la cuenta regresiva en su cabeza. Dos cazas más de tipo Cuchilla pasaron por encima de él, alejándose de la nave.

Diez, nueve…

Estaba preocupado por Drev. Su padawan era un piloto extraordinario, pero el firmamento estaba repleto de cazas Sith. Relin tendría que apresurarse.

Ocho, siete…

La actividad desplegada en la bahía de aterrizaje, le daba la apariencia de una atareada colmena de eesin[14]. Los pilotos con su traje de vuelo reglamentario, eran subidos en plataformas elevadoras, a sus cazas-Cuchilla. Los droides rodaban y caminaban por todos lados. Seres orgánicos y máquinas descargaban los abiertos transportes, y llevaban lo que parecía un mineral en bruto, a las paletas de los elevadores. La apariencia del mineral, y su aspecto oleaginoso, hicieron que Relin se sintiera mareado.

Logró recordar un momento, hacía años atrás, cuando él y Saes —quien todavía era un Jedi—, habían experimentado con un cristal que potenciaba la conexión de un iniciado del Lado Oscuro con la Fuerza. Rebuscó en su memoria, hasta que logró recordar el nombre del singular mineral: lignan.

La sensación que percibía, era exactamente la misma. Debía tratarse del mismo material.

Nunca hubiera imaginado que pudiera existir semejante cantidad.

Una voz femenina en el altavoz, anunció:

—Equipo de droides de carga número cuatro, diríjase a la bahía uno-seis-tres-b.

---

[13] El Lanvarok era una antigua arma Sith, mezcla de pica de dos polos y lanzador de discos envenenados. Fue la primera arma de combate de los guerreros massassi, una especie predecesora de los Sith. N. del T.

[14] Eesin: referencia no encontrada. N. del T.

Relin se abrió a la Fuerza, y logró percibir los pensamientos de los que estaban a su alrededor, a medida que el transporte iba asentándose sobre la bahía de aterrizaje, y empezaba a apagar sus motores. Algunas abrazaderas automáticas aseguraron sus trenes de aterrizaje, y se escuchó el siseo de los gases que hacían posibles sus movimientos. Relin logró distinguir aproximadamente unos diez seres cerca de él, ninguno de ellos iniciado en la Fuerza, todos poseedores de mentes débiles.

Cinco, cuatro…

Empleando la Fuerza, ingresó en sus mentes, y borró su propia presencia de las percepciones de los tripulantes.

Tres, dos…

Saltó de la nave, rodó sobre el piso, se puso de pie, y salió corriendo. Aumentando su velocidad por medio de la Fuerza, cubrió la distancia de cientos de metros en el período del tictac de su chrono.

Cero.

Por detrás de él, las granadas magnéticas florecieron, provocando un estallido de llamas y un aumento de la temperatura; la explosión secundaria de uno o quizás de ambos de los motores del transporte, logró estremecer la bahía de aterrizaje. La onda expansiva casi lo hizo caer sobre sus manos. Esquirlas de metal, pedazos de carne, alaridos, y resplandecientes motas del mineral que estaba siendo transportado, salpicaron toda el área. La presencia del mineral en su forma natural, hizo que su estómago se revolviese, y se tomó el cuidado —lo mejor que pudo—, de evitar tocar cualquiera de dichas partículas.

Una alarma empezó a bramar, y los tripulantes que estaban cerca de la destrucción, empezaron a entrechocar entre ellos, mientras buscaban sus trajes contra incendios. Un droide médico rodó pasando al lado de Relin.

—Equipo contra incendios, a la bahía de aterrizaje principal —anunció la misma voz femenina.

Con los oídos retumbando, Relin se apresuró a lo largo de un corredor que había en dirección de la cámara del hiper-impulsor. Volteó hacia atrás su casco, dejando que colgara de la charnela que había en la parte posterior del cuello del traje, y colocó el comlink removible del casco, en su oreja.

Un equipo contra incendios, un montón de curiosos miembros de la tripulación, y tres imponentes massassi de piel de color rojo, enfundados en sus uniformes de seguridad, pasaron apresuradamente a su lado, a intervalos cortos. Empleó la Fuerza para embotar sus percepciones, mientras a su vez, se apresuraba a correr en sentido opuesto. El interior de la nave reflejaba la forma de pensar de sus constructores Sith: estaba toda compuesta por bordes cortantes, esquinas aguzadas, y un diseño de completa funcionalidad, sin lugar para el confort o la estética.

El sonido de la alarma empezó a difuminarse, al tiempo que se permitía sentir una pequeña sensación de alivio. Llegó hasta una intersección, e hizo una pausa momentánea,

para examinar sus recuerdos. Rebuscó en medio de los recovecos de su memoria, tratando de definir cuál era la dirección hacia la cámara del hiper-impulsor.

Hacia la izquierda. Y no muy lejos.

Una compuerta a su izquierda, se deslizó hasta quedar abierta, revelando la musculosa, y vagamente reptiliana forma de un guerrero massassi, cubierto por un uniforme completamente negro, con charreteras que lo identificaban como personal de seguridad. Un lanvarok colgaba por detrás de sus espaldas, y un bláster pendía del tronco que era su muslo. Curvadas plumillas óseas emergían de sus nudillos. Adornos de metal atravesaban su amplia nariz, y sus pequeñas orejas. Algunas púas habían sido implantadas por debajo de la piel de sus antebrazos, de sus bíceps, y de su cuero cabelludo desprovisto de pelo. Los ojos del massassi se fijaron en Relin antes de que éste pudiera emplear la Fuerza para cegar sus percepciones. Los tentáculos de la barba del massassi se estremecieron encima de su colmilluda boca. Una vena en una de sus sienes, palpitó visiblemente.

—Necesitamos ayuda en la bahía de aterrizaje —le dijo Relin—. Algo ha salido mal con…

El massassi se fijó en el flexi-traje de Relin, dándose cuenta de que no era ningún tipo de uniforme. Sus amarillentos ojos se estrecharon, y una de sus manos provistas de garras, aferró la empuñadura de su lanvarok, haciendo que quedase libre. La larga arma en forma de pica, podía ser transformada por su portador, para liberar los cortantes discos de metal montados sobre su mango, o para que su extremo de hojas dentadas, pudiera servir como un hacha. Un arma primitiva, pero peligrosa.

—¿Quién es tu superior? —le preguntó el massassi, mientras su voz sonaba tan gutural como si se tratase de la estática emitida por un comlink.

El massassi colocó la punta del lanvarok sobre el pecho de Relin, y lo empujó contra la pared.

Relin comprendió que no tenía alternativa. Miró hacia arriba y hacia abajo del corredor, y no vio a nadie.

Con su mano libre, el massassi oprimió el comlink de su collar.

—Aquí Drophan, código de seguridad cinco. Tengo un…

—Mi superior es Memit Nadill —le dijo Relin.

—Continúa, Drophan —se escuchó la voz que emergía del comlink.

Pero las palabras de Relin habían provocado que el ceño del massassi se frunciera, y que sus dedos dejasen de oprimir el botón de transmisión del comlink.

—¿Meruit qué? No conozco ese nombre.

—Es un Maestro Jedi en Kirrek.

—¿Un Jedi qué?

—Repite lo que estabas diciendo, Drophan. Tu transmisión se interrumpe por momentos. Repítelo.

Las palabras de Relin finalmente penetraron la coraza de incredulidad del massassi, y sus ojos amarillos se abrieron por completo. Se inclinó sobre el lanvarok, y su mano fue en busca de su bláster.

Relin proyectó un estallido telequinético desde una de sus palmas, lanzando al massassi a través del corredor, y golpeándolo contra la pared. El impacto provocó un jadeo doloroso, e hizo que el bláster cayera sobre el piso. El massassi decidió ignorarlo, gruñó, y arremetió contra Relin con el lanvarok.

Relin encendió su sable de luz, y la hoja de color verde se enterró en la rojiza carne, cercenando un brazo con un corte transversal, y luego la cabeza con el movimiento de retorno. El cadáver del massassi se desplomó a los pies de Relin.

—Repórtate, Drophan —continuaba diciendo la voz en el comlink del massassi.

Relin sabía que no tendría sentido el ocultar el cuerpo del guerrero. Pronto, todos sabrían que se encontraba a bordo. Desactivando su sable de luz, se apresuró a bajar hacia el vestíbulo. Se arriesgó a establecer una comunicación.

—¿Drev?

—Está pesado aquí afuera, Maestro. Pero estoy resistiendo.

Relin pudo sentir la tensión en la voz de su padawan. El retumbo de un disparo cercano llegó a través de la conexión, junto con un gruñido por parte de Drev.

—Está a punto de ponerse pesado aquí también —le informó Relin—. No va a durar demasiado. Confía en la Fuerza, Drev. Y resiste.

Saes se desplazaba con paso majestuoso por todo el puente, haciendo que el susurrante crujido de sus vestimentas, se escuchara fuertemente en medio del silencio. Ninguno de los miembros de su tripulación se atrevía a devolverle la mirada. En la pantalla visora, el Infiltrator de los Jedi, saltaba y giraba en medio del espacio, realizando maniobras para intentar escapar de los doce cazas-Cuchilla que estaban persiguiéndolo. Los disparos de los láseres se entrelazaban sobre la pantalla, una red de líneas resplandecientes. Las frustradas frases de los pilotos de los cazas-Cuchilla, eran transmitidas por los altavoces del puente.

Saes empleó el Lado Oscuro para evaluar la conexión del piloto del Infiltrator con la Fuerza, y encontró que tenía mayor potencial que un iniciado completamente maduro en el empleo de la Fuerza, aunque también se trataba de un piloto extraordinariamente intuitivo.

No podía haber venido solo.

Mientras Saes observaba el espectáculo, los cazas-Cuchilla llegaban sobre el Infiltrator desde ambos lados, y desde la parte inferior, como queriendo encerrarlo en medio de una zarpa.

—Ahora ya lo tienen —musitó un oficial subalterno.

El Jedi hizo un giro rápido hacia la izquierda, y activó un amplificador de potencia del motor, haciendo al mismo tiempo, que uno de los cazas-Cuchilla estallara en medio del espacio, y logrando separarse algo del resto de sus perseguidores. Unas apagadas imprecaciones se escucharon en el puente.

—Se dirige hacia otro de los transportes —observó Dor.

El Infiltrator dio la vuelta por completo, y aunque el piloto del transporte realizó algunas maniobras evasivas, no fueron suficientes. Los láseres del Infiltrator volcaron su energía, y el transporte, así como el mineral que acarreaba, se transformaron en polvo.

La ira de Saes empezó a incrementarse. No podía permitirse perder nada de su preciado mineral. Sin proponérselo, su dedo índice, empezó a golpetear la punta de uno de los cuernos de su quijada.

—Intensifiquen la búsqueda en todo el sistema —le ordenó al timonel—. Este Jedi no puede haber venido solo. Deben estar llegando otros más.

—Sí, coronel.

Saes mordió fuertemente con sus colmillos, mientras el Infiltrator lograba escapar de otra trampa tendida para él, por parte de los cazas-Cuchilla. Le dirigió la mirada al oficial de armas, un macho humano con canas en las sienes, y con la preocupación reflejada en la mirada.

—¿Puede fijar el blanco?

—No, capitán. Esa nave tiene alguna clase de distorsionador de sensores. Podríamos cubrir todo un área, y derribarlo sin tenerlo fijado, pero está demasiado cerca de nuestras naves.

Saes asintió.

—Prepare una cobertura de fuego para hacer que nuestros transportes puedan regresar por un corredor seguro. Transmítasela a las computadoras de navegación de los cazas-Cuchilla, para que se alejen de ella.

—Sí, capitán.

Saes se volvió hacia Dor.

—Finalice con las operaciones planetarias. Ordene que todos los transportes regresen al *Harbinger* y al *Omen*. Se les proporcionará un corredor de cobertura con nuestros disparos.

—Sí, capitán —le respondió Dor con un asentimiento, y empezó a transmitir las órdenes.

—Cobertura de fuego lista, señor —informó el oficial de armas.

—Fuego —exclamó Saes.

Los cañones láser del *Harbinger* desataron una cortina de llamas en medio del espacio, separando al Infiltrator y a los cazas-Cuchilla, de los transportes. Las pequeñas naves, de inmediato aprovecharon la ventaja que les estaba siendo ofrecida, y aceleraron en dirección hacia las bahía de aterrizaje.

—Tan pronto como todos los transportes se encuentren a bordo, haga regresar a loa cazas-Cuchilla —le ordenó Saes a Dor. Y al oficial de armas, le indicó—: Y entonces, encárguese de hacer volar del espacio a ese intruso.

—¿Qué? —exclamó Dor, y la pregunta hizo que las cabezas que habían en el puente, se volvieran hacia él. Por un momento, Saes pensó que Dor estaba cuestionando su orden, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de otra cosa. El coronel inclinaba su cabeza hacia su auricular. A medida que iba escuchando, su piel se ponía de un color rojo intenso, y su barba con tentáculos, se estremecía producto de la ira—. Dupliquen la seguridad alrededor de todas las áreas delicadas. Establezcan equipos de búsqueda, y peinen toda la nave. Dor fuera.

—¿De qué se trata? —le preguntó Saes.

La barba de Dor se retorcía, a medida que iba inclinándose hacia Saes, mientras decía en un tono de voz reservado:

—El cuerpo de un guardia de seguridad fue encontrado en el corredor que circunda la bahía de aterrizaje. Su cabeza y un brazo han sido cercenados. Todo apunta a que ha sido obra de un sable de luz.

La adrenalina avivó las feromonas de Saes, haciendo que su olor se hiciese más evidente.

—Un sable de luz —musitó para sí mismo—. Entonces, lo de la explosión en la bahía, no tenía relación con el malfuncionamiento de un motor.

—Aparentemente, no.

—Tenemos un Jedi a bordo.

Un murmullo recorrió a los tripulantes del puente. El olor de su sudor se encontraba dulcificado por la excitación.

Con la palma de sus manos, Dor golpeteó la empuñadura del lanvarok que incluso llevaba cuando estaba de servicio en el puente.

—Si estos Jedi son la vanguardia de una fuerza mayor…

Saes asintió. No podían perder la oportunidad que tenían. Sadow no estaría nada complacido si había un retraso en la entrega del lignan. Le ordenó al timonel:

—Sáquenos del campo gravitatorio del planeta, y prepare la nave para saltar al hiperespacio. Diagrame una ruta hacia Primus Goluud, y efectúe el salto tan pronto como todas nuestras naves se encuentren a bordo —volviéndose a Dor, le dijo—: Hágase cargo del puente.

Dor asintió.

—Sí, señor. ¿Qué es lo que piensa hacer?

Saes colocó su mano sobre la empuñadura de su sable de luz.

—Voy a colocarme mi máscara, y a encontrar a nuestro polizonte. Un Jedi prisionero sería un magnífico regalo para acompañar el lignan del Maestro Sadow.

Relin sintió la impronta mental del que alguna vez fuera su padawan, y supo que el cuerpo del massassi muerto, había sido encontrado. Saes andaba buscándolo. Relin resistió el impulso de bajar sus defensas mentales, y revelar su presencia. Necesitaba completar su misión, y no corregir un error del pasado.

Se apresuró en medio del laberinto de corredores, empleando la Fuerza sobre grupos de dos o tres miembros de la tripulación, para evitar que su presencia fuera detectada por los sentidos de sus perseguidores. La tripulación del *Harbinger* se encontraba en alerta, buscándolo, y Relin descubrió que era cada vez más difícil el permanecer oculto de todos ellos.

Delante de él, escuchó la fuerte pisada de las botas, y las retumbantes voces en tono de bajo de varios de los massassi. Por el sonido que producían, podía inferir que se trataba de unos seis o siete. Debido a su estado de alerta, y a su sintonización con el Lado Oscuro, supo que la Fuerza ya no lograría serle de utilidad para continuar estando oculto frente a ellos. Examinó una de las compuertas que estaban cerca de su localización, y la encontró cerrada; examinó otra, y también se encontró con que estaba cerrada.

Las voces se oían cada vez más cercanas. Pero no llegaba a identificar sus palabras. Estaban hablando en su lenguaje nativo.

Extrajo un decodificador —una ganzúa electrónica—, de su traje, y la adhirió al panel de control de la puerta más cercana. Algunas luces centellearon, mientras el equipo se interconectaba, y el decodificador intentaba hallar el código de apertura de la puerta. Los massassi estaban a la vuelta de la esquina. Relin no lograría hacerlo a tiempo. Tomó su sable de luz entre sus manos, y lo encendió.

Los massassi se quedaron en silencio. Debían haberlo escuchado encendiendo su sable de luz.

El decodificador mostró una luz de color verde, y la puerta se abrió con un siseo metálico. Moviéndose rápidamente, desconectó el decodificador, y se deslizó hacia el interior del otro ambiente, al mismo tiempo que los massassi daban la vuelta a la esquina.

Un salón de conferencias. Una larga mesa rodeada por sillas, y provista de tres terminales de computadoras localizadas en la parte central. Una pantalla de visualización, en ese momento apagada, cubría por completo una de las paredes. Amplios ventanales de transpari-acero componían el mamparo, permitiendo una vista completa del sistema estelar que había afuera.

Se puso de cuclillas, con la oreja pegada a la puerta, escuchando las voces de los massassi. Se oía como si estuvieran justo afuera, separados de él tan sólo por aquella delgada superficie de metal, conferenciando en tonos muy graves. Hizo una mueca en el momento en que su comlink se activaba, dejando oír la voz de Drev.

—Los transportes están regresando a la bahía de aterrizaje, y ambos dreadnoughts han empezado a moverse, Maestro.

Relin escuchó de fondo de la transmisión de Drev, el sonido de diversos disparos de láser, pero su mente estaba con los massassi que se encontraban en el corredor externo.

—Permanece allí —susurró—. Permanece allí.

Las voces de los de afuera se quedaron en silencio. ¿Acaso habrían logrado oír a Drev? Un ser humano no habría podido ser capaz de escuchar la transmisión del comlink, pero los massassi tenían un sentido del oído más aguzado que el de los seres humanos. Relin se sentó detrás de la puerta, con el sable de luz zumbando entre sus manos, con la calma impartida por la Fuerza en su corazón, aguardando, aguardando…

Nada.

Volvió a mirar hacia los ventanales del salón de conferencias, tan sólo para ver el telón de estrellas que empezaba a deslizarse ligeramente, mientras la nave iniciaba su desplazamiento para alejarse de Phaegon III y de su campo gravitatorio.

—Están preparándose para saltar —le dijo a Drev. Sin más demora, tendría que llegar hasta el hiper-impulsor de la nave.

—Abandone esa nave, Maestro, o terminará saltando al hiperespacio junto con ellos.

—Todavía tengo algo de tiempo —le respondió, oprimiendo el botón para abrir la compuerta—. Estoy cerca de la cámara del hiper-impulsor, y…

Se encontró a sí mismo contemplando el uniformado pecho de un oficial de seguridad massassi, quien sostenía su lanvarok en una de sus manos. Los espolones óseos y las púas insertadas por debajo la carne roja del massassi, les daban la apariencia de tumores.

—¡Aquí! —gritó el massassi hacia la parte inferior del pasadizo. Rugiendo, hizo oscilar su lanvarok en un movimiento descendente hacia la cabeza de Relin, pero éste dio un paso hacia el costado, esquivando el golpe; el arma se clavó sobre la cubierta, mientras Relin deslizaba su sable de luz a través del abdomen de su atacante. El massassi dejó escapar un gruñido, y dejó caer su arma. Sus manos con garras buscaron a tientas la garganta de Relin en un acto reflejo, mientras iba agonizando.

Los gritos desde la parte inferior del pasadizo le indicaron a Relin que los camaradas del massassi muerto, habían logrado escuchar su llamado. Tomó una granada térmica de su flexi-traje, salió de la habitación, y la lanzó hacia el corredor, hacia donde estaban los tumultuosos massassi, cada uno de ellos portando un lanvarok y un bláster desenfundado. Al ver lo que les estaba siendo lanzado, todos se quedaron paralizados con los ojos abiertos por completo, y después se zambulleron en busca de refugio, pero no antes de que uno de ellos pudiera lanzar un disparo de bláster.

Relin desvió el disparo con su sable de luz, y volvió a agacharse en el interior de la habitación que había abandonado previamente, al tiempo que la granada hacía explosión.

Las llamas impregnaron el corredor de color naranja. Los aullidos de los massassi, quedaron acallados por la explosión, y la onda de choque hizo traquetear los dientes de Relin. Las alarmas cobraron vida, y la espuma contra incendios siseó al salir de las válvulas montadas debajo del techo.

Relin escuchó gritos procedentes de la otra dirección, y el estampido de muchas botas. La fuerza entera de seguridad de la nave, debía estar llegando. Así como Saes. Tenía que ponerse en movimiento.

Empuñó su bláster con su mano libre, y salió disparado por el pasillo, pasando sobre los cuerpos de los massassi, en dirección hacia la cámara del hiper-impulsor. Ya no era el momento para andar con sigilo.

Una pareja de massassi apareció en el pasadizo delante de él, ambos con los blásters desenfundados. Antes de que pudieran disparar, Relin derribó a uno de ellos con un tiro de su propio bláster, abriendo un agujero humeante en el negro uniforme del massassi, y enviando la insignia de rango que estaba sobre su pecho, a rebotar sobre el piso. El otro de los massassi abrió fuego rápidamente con su bláster, al tiempo que gritaba pidiendo ayuda, y empezaba a retroceder.

Relin acortó la distancia, desviando los disparos del bláster con su sable de luz al tiempo que lo hacía, y dejando una estela de marcas chamuscadas sobre las paredes y en el techo. Después de dar cinco pasos, el massassi intentó esgrimir su lanvarok, pero Relin lo embistió de improviso, y fue demasiado rápido para él. El limpio zumbido de su sable de luz, dejó paso a una crepitación sorda, mientras partía en dos al massassi.

Ni siquiera se detuvo, no tenía tiempo para hacerlo. Los gritos le indicaban que sus perseguidores se encontraban justo detrás de él. Las alarmas resonaban por toda la nave. Cuando llegó hasta una gruesa puerta a prueba de explosivos, se sintió estremecido por una idea, y hundió su sable de luz en el panel de control. Los circuitos se fundieron humeando y liberando chispazos, y la puerta a prueba de explosivos cayó con un estruendo. Sabía que sus perseguidores quizás lograrían rodearla, pero aquello les tomaría algunos segundos adicionales.

Por medio de la Fuerza, aumentó su velocidad, y corrió como en medio de la bruma, hacia la cámara del hiper-impulsor.

El joven timonel no levantaba la mirada, mientras le dirigía la palabra a Dor.

—Coronel, nos encontramos libres del campo gravitatorio. El escaneo del sistema, no muestra la presencia de otras naves Jedi adicionales.

Dor asintió.

—Inicie la secuencia de salto.

Mientras el timonel ponía manos a la obra, el oficial de armas informó:

—Todos los cazas-Cuchilla han regresado a la nave, coronel Dor.

Dor llegó a percibir la pregunta escondida detrás de la aseveración.

—¿El Infiltrator sigue al alcance?

—Sí, coronel.

Dor acarició los tentáculos de su barba.

—Tiene hasta el momento en que saltemos, para destruirlo.

El timonel empezó a recitar la cuenta regresiva de la secuencia de salto. El oficial de armas dio la orden a sus artilleros, de abrir fuego a discreción.

Ocho guerreros massassi armados con rifles bláster y lanvaroks, aguardaban en el gran ambiente abierto que se encontraba adyacente a la cámara del hiper-impulsor. Las púas, moretones y cicatrices que atravesaban su carne rojiza, hacían que se vieran como seres deformes.

Relin se detuvo tan sólo lo suficiente como para contarlos, y asegurarse de que no había otros más. Ni siquiera se molestó en ocultarse. Todos se encontraban demasiado alertas como para intentarlo. Apenas lo vieron, le apuntaron, y le mostraron los dientes con un gruñido. Seis de ellos bajaron sus rifles bláster a sus hombros, con la intención de abrir fuego, mientras otro hablaba por su comlink, y el último se dirigía hacia una alarma montada en la pared.

Sin disminuir el paso, Relin levantó una de sus manos, aferró telequinéticamente los rifles bláster que estaban dirigidos contra él, y los arrancó de las manos de los massassi, arrojándolos a través del amplio ambiente. Uno de los rifles disparó en el momento en que golpeó la cubierta, y el tiro fue a dar en la bota de uno de los massassi. La criatura cayó sobre el piso, maldiciendo en su lenguaje, mientras que de su talón destrozado, empezaba a emanar un líquido negruzco.

Relin disparó su bláster y abrió un agujero del tamaño de un puño en el cráneo del massassi que estaba a punto de activar la alarma de la pared. Una sangre negruzca, y el contenido de su cerebro, salpicaron el muro, al tiempo que su cuerpo empezaba a deslizarse sobre el piso.

—Lárguense —les dijo a los massassi restantes.

Los seis todavía estaban dirigiéndole agresivas muecas colmadas de dientes afilados —los dientes de los depredadores—, y esgrimían sus lanvaroks, haciéndolos girar con destreza, al tiempo que zumbaban. Relin sabía qué era lo que le esperaba. Tendría que preocuparse de que su traje no resultara dañado.

Como si fueran uno, los massassi fueron lanzados hacia atrás por la fuerza de retrocarga de sus lanvaroks. Una lluvia de afilados discos montados en el mango de las armas, cada uno de algunos pocos centímetros de diámetro, llovieron sobre Relin. Habiendo estado esperando el ataque, empleó la Fuerza para potenciar su salto por encima de los proyectiles, y los evitó casi a todos en su camino hacia el techo, a diez metros de altura. Todos, excepto uno de los discos, volaron inofensivamente por debajo de su cuerpo. Pero el último chamuscó su antebrazo, aunque era poco más que un arañazo, y no pareció haber penetrado su traje.

Aterrizó agazapado, con el sable de luz resplandeciendo.

—Les dije que se largaran.

El más grande de todos, le respondió:

—Nosotros somos seis, y tú tan sólo uno, Jedi. Y más de nosotros están por llegar.

Relin inclinó la cabeza, enfundó sus bláster, y tomó su sable de luz con ambas manos.

A través de las enormes puertas dobles que se encontraban detrás de los massassi, Relin podía escuchar el zumbido del hiper-impulsor, preparándose para efectuar el salto. La presión resonaba como un tambor en sus oídos. El vello que cubría sus brazos, se encontraba erizado por completo. No tenía tiempo que perder.

—Serán seis menos en tan sólo un momento. Váyanse ya. Es su última oportunidad.

La sonrisa se borró de sus fieros rostros, pero no su ímpetu, y cargaron contra él distribuidos en un amplio arco, rugiendo. Relin arremetió en silencio, completamente enfocado, con la Fuerza dirigiendo cada uno de sus músculos.

Cuando apenas había dado dos pasos, rebotó por encima de ellos, dando volteretas en medio del aire, y decapitando a uno de ellos, mientras aterrizaba por detrás de sus líneas. Para el momento en que se giraron para enfrentarlo, él había deslizado su sable de luz por en medio de otro de ellos.

Esquivando el golpe descendente del lanvarok del tercero de los massassi, cortó el arma de metal por la mitad, y se agachó para evitar el golpe transversal de otro de sus atacantes; terminó cercenando ambas piernas del massassi que estaba más cerca. Voló hacia atrás para quedar fuera del alcance de sus enemigos, mientras los aullidos de aquellos que estaban agonizando, resonaban en sus oídos.

El más grande de los massassi atravesó con su lanvarok el cráneo de aquel cuyas piernas Relin había cercenado, finalizando sus aullidos, y luego, los tres restantes gruñeron y atacaron.

Relin le lanzó su sable de luz al primero, empalándolo por el cuello. Sorprendidos, los otros se detuvieron por un momento, y Relin tomó ventaja de aquel respiro, para utilizar la Fuerza y hacer que su arma regresase a sus manos.

Los massassi relamieron sus colmillos, se balancearon sobre sus pies, y cargaron nuevamente.

Ambas partes se encontraron en medio de sus respectivas arremetidas, agachándose, girando, dando vueltas, golpeando, matando. Ellos no podían ser capaces de emparejar su velocidad, su destreza, y después de una cuenta de cinco segundos, los pedazos de los massassi y de sus armas, salpicaban toda la ensangrentada cubierta. Todos se encontraban muertos, excepto el que había sido herido en un pie por el disparo del rifle bláster.

—Debes hacer el honor de otorgarme también la muerte, Jedi —gruñó el massassi herido.

Hizo un gesto hacia su pie lastimado:

—Con esto, no valdría más que un niño.

Relin se quedó contemplándolo con consternación. Sabía que los massassi habían sido criados como guerreros, pero su falta de preocupación con respecto hacia sus propias vidas, era algo que lo ponía enfermo.

—Debemos aprender a vivir con nuestras limitaciones.

—¡No de esta forma! Mátame. Te lo demando.

El massassi empezó a gatear en dirección hacia uno de los rifles bláster, dejando una estela de sangre pegajosa en su camino.

—Entonces, será como lo estás pidiendo —le dijo Relin, y alojó un tiro de bláster en su cerebro.

Desactivando su sable de luz, todavía embebido de la calma que le otorgaba la Fuerza, se volvió hacia las puertas. Su cuerpo y su mente estaban agotados por la fatiga, pero todavía podía soportarlo. Detrás de las puertas, la energía estaba siendo acumulada en el hiper-impulsor. Podía percibir los cambios en la atmósfera. Los dreadnoughts saltarían dentro de poco. No logaría detener al *Omen*, pero al menos, podría detener al *Harbinger*.

Deslizó el decodificador sobre el panel de control, con la esperanza de que pudiera hacer su trabajo de manera más rápida. Las luces y los pitidos revelaban el inicio del juego del holo-ajedrez criptográfico. Relin no podía hacer nada más que esperar. A pesar de la urgencia del momento, apoyó sus espaldas contra la puerta, se sentó con las piernas cruzadas sobre el piso, contempló el ambiente repleto de los massassi asesinados, y decidió que debía mantener la calma.

Una gran cantidad de corredores se abrían hacia la cámara, y Relin empezó a escuchar gritos a lo lejos, en dos de ellos. Ya estaban llegando. Aquella comprensión del hecho, no perturbó su calma. Sintiéndose confortado en su relación con la Fuerza, sostuvo la empuñadura de su sable de luz entre sus manos, sintiendo la frialdad del metal, estudiando sus líneas, recordando la forma en que lo había construido.

Un prolongado pitido reveló la victoria del decodificador.

—Jaque mate —exclamó Relin, poniéndose de pie.

Las puertas de la cámara del hiper-impulsor se abrieron en dos. Un cálido aire seco emergió del ambiente. La energía acumulada en la cámara, producía una gran cantidad de electricidad estática. El cabello de Relin estaba erizado. Parecía que algunos insectos estaban reptando sobre sus carnes. Sus vestimentas habían empezado a adherirse a su persona, como queriendo evitar que ingresase en aquel ambiente.

El bloque de metal rectangular del hiper-impulsor, colgaba en el centro de la habitación, a partir de unos soportes superiores, y una serie de cables de energía tan gruesos como el brazo de Relin. Una gran concavidad en forma de disco, se abría por debajo del hiper-impulsor, una abierta boca hacia la cual, el impulsor drenaba su energía. Múltiples circuitos se encontraban entrecruzados delante del hiper-impulsor, conformando el sistema circulatorio necesario para los viajes inter-estelares.

Un ventanal de transpari-acero en el extremo posterior de la cámara, se abría hacia una habitación adyacente. Un par de ingenieros con los ojos completamente dilatados —vestidos con los negros uniformes de las fuerzas de Sadow—, estaban señalándolo, y buscaban frenéticamente sus comunicadores. Relin empleó un golpe telequinético para lanzar a ambos hombres contra la pared posterior, después de lo cual se derrumbaron sobre el piso, quedando fuera de vista.

Alguna vez, Relin había observado un hiper-impulsor desmontado con motivos de estudio. La complejidad de los circuitos, y la inusual geometría de las partes que hacían posible su funcionamiento interno, lo habían dejado con una sensación de náuseas. Y

ahora, aquella complejidad, aquella geometría, nuevamente empezaban a hacer su trabajo. La maquinaria chasqueaba, se interconectaba, giraba. Los cables de energía se revolvían como serpientes, al tiempo que una mayor cantidad de energía empezaba a atravesarlos. El volumen del zumbido, empezaba a incrementarse. Relin empezó a sentir la cabeza pesada. Sabía que la radiación estaba inundando toda la habitación. Sabía que necesitaría tratamiento para los efectos nocivos de la radiación, si es que llegaba a sobrevivir.

Si es que.

Colocó una de sus manos sobre el hiper-impulsor. El metal se sentía caliente, cubierto con una pequeña capa como de talco. Tenía un latido, como si se tratase de una cosa viva, a punto de cambiar de posición, a punto de moverse después de haberla tocado. Un dolor de cabeza empezó a taladrar su sien del lado izquierdo, haciéndose cada vez más intenso. Su estómago se revolvía producto de las náuseas.

Retiró tres de las granadas magnéticas del bolsillo de su flexi-traje, adhirió dos de ellas a la parte frontal del hiper-impulsor, y la tercera a la salida principal de los cables de conducción. Verificó su chrono para sincronizar el tiempo, y rápidamente programó los detonadores.

El tictac de las granadas empezó a desgajar los últimos momentos de la existencia del *Harbinger*.

Se volvió hacia la puerta, activando su comunicador.

—Las cargas están listas. Me largo en este momento, Drev.

—Comprendido. Los cazas-Cuchilla se han marchado. Quizás los asusté demasiado.

Relin adivinó el atisbo de una sonrisa en su tono de voz. Drev continuó:

—Estoy solo aquí afuera. Bueno, excepto por aquellos dos voluminosos dreadnoughts erizados de armamento.

Relin se detuvo en medio de los massassi que había masacrado.

—Salta fuera del sistema. Sin la presencia de naves suyas que se interpongan en su camino, sus cañones ya pueden disparar.

—Están preparándose para saltar, Maestro. No se arriesgarían a abrir fuego.

—Van a hacerlo. Salta, Drev.

—No pienso dejarlo.

—Salta, Drev. Es una orden.

—No.

Relin inclinó su cabeza.

—¿No?

—No voy a dejarlo, Maestro. Ambas naves están en preparación para saltar. Ninguna de ellas se arriesgaría a disparar.

Relin sacudió su cabeza, incrédulo ante la intransigencia de su padawan.

—Márchate ahora. El *Harbinger* no logrará saltar, pero el *Omen* sí lo hará. No hay nada que podamos hacer con respecto a eso. Pero podemos advertirles a Odan-Urr y a Memit Nadill acerca del mineral, y lo que pueden hacer los Sith con él. Ésa es tu tarea.

—No, no lo haré. O los dos juntos, o ninguno.

Relin perdió la calma por primera vez desde que había abordado el dreadnought.

—Lo harás, y lo harás ahora. Es una orden directa.

—Usted ya está saliendo, Maestro.

—¡Demonios, Drev! Lo que escuchaste…

—Comprendido, Maestro. Voy a acercarme, y me colocaré arañando la superficie de esa nave. Los cañones láser del *Omen* no van a poder dispararme mientras esté allí, y para el *Harbinger* sería como utilizar un garrote para aplastar una mosca. Consiga una cápsula de salvamento, y nos acoplaremos. Fuera. Y de cualquier modo, ellos no van a disparar. Nuevamente, fuera.

La comunicación se interrumpió.

—¿Drev? ¿Drev?

Su padawan no respondía.

—¡Demonios!

—Tienes una manera de perder a tus padawans… —dijo una voz áspera a sus espaldas, una voz que Relin todavía escuchaba en los momentos solitarios de su existencia, aquellos momentos cuando sólo tenía a sus fracasos como su única compañía.

—Saes.

La palabra emergió como una imprecación, y Relin acompañó aquel nombre, con el siseante sonido proveniente de la activación de su sable de luz.

El Sith había ingresado por el mismo corredor que Relin había empleado. Llevaba sobre su cuerpo, las holgadas vestimentas marrones y negras que eran las favoritas de los iniciados del Lado Oscuro. La hoja carmesí de su sable de luz, ocupaba el espacio que había quedado en medio de ellos. Su escamosa piel marrón-rojiza, tenía el color de la sangre. Dio algunas zancadas entre las dispersas partes de los massassi que cubrían el ensangrentado piso de la cámara, la ceja de uno de sus ojos se curvó, y una sonrisa burlona apareció sobre uno de los pequeños cuernos que sobresalían de los costados de su quijada. Su largo cabello, amarrado con una cuerda y algunos anillos hechos de hueso, colgaba hasta su cintura.

—Debí haber sabido que eras tú, el que estaba a bordo de mi nave. ¿Quién más, sino un Jedi? ¿Quién más, sino Relin Druur? Yo aprendí ese tipo de artimañas de ti.

Sacudió su cabeza, y hurgó en el cadáver de uno de los massassi con el dedo de su pie, antes de continuar:

—Pareciera que fue hace tanto tiempo.

—Destruiste todas las formas de vida de esa luna. No lograste aprender nada de mí.

Saes dejó escapar una risa llena de desprecio.

—Aprendí muchas cosas de ti, pero no las que tú pretendías enseñarme. No debiste haber venido hasta aquí, Relin. Al hacerlo, has seguido comportándote como el tonto que eres.

—Hay muchas cosas que nunca debería haber hecho.

Frente a ello, los ojos de Saes se estrecharon.

Empezaron a escucharse gritos procedentes de tres de los corredores que se abrían hacia la antecámara.

Relin le dijo:

—Tus sirvientes llegarán pronto.

Saes levantó una mano provista de garras, y las puertas a prueba de explosivos se cerraron, una después de la otra, bloqueando los corredores desde los cuales, a Relin le había llegado el sonido de la persecución.

—Esto es entre nosotros dos, y ya ha durado demasiado. ¿Estás de acuerdo?

Empezaron a acercarse el uno al otro, a la distancia de un círculo que mediría unos cuatro pasos, con los sables de luz relampagueando. Saes era el más alto entre ambos, físicamente el más fuerte, pero Relin era más rápido.

—De acuerdo.

El chrono de Relin continuaba con su cuenta regresiva.

Treinta y tres segundos.

—Extraño tu compañía, de vez en cuando —declaró Saes, y Relin sintió que por esta vez, estaba siendo sincero.

—Has escogido una senda solitaria, Saes. Pero nunca es tarde para poder volverse atrás.

Saes sonrió alrededor de sus cuernos, un gesto que no alcanzaba hasta sus ojos, y el vacío de su expresión, le recordó a Relin el abismo que había entre la naturaleza de su primer padawan, y la del segundo.

—*Eres tú* el que ha elegido una senda solitaria. Los Jedi enseñan la negación de uno mismo. Ésa es su debilidad. Ningún ser sintiente puede atenerse a ello. Los Sith abrazan el yo, y es de allí de donde proviene su fortaleza.

—Entiendes tan poco —suspiró Relin—. Los Jedi enseñan la interdependencia de la vida. El entendimiento de que todo está interconectado.

Un destello de ira iluminó la mirada de Saes, y escupió a los pies de Relin.

—Es mentira. Intentaste robar lo mejor de mí, para dejarme tan vacío como lo eres tú.

Relin se burló de sus expresiones, pero sólo logró que Saes se enfadara más aún.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste alguna cosa con pasión? ¿Cuándo fue la última vez que reíste, Relin? ¿Que sentiste el toque de una mujer? ¿Cuándo?

Aquellas palabras lo taladraron hasta los huesos, y mientras lo hacían, resonaban en los propios pensamientos de Relin, con respecto al entrenamiento que le estaba proporcionado a Drev.

Saes debió haber notado la expresión de Relin.

—Ah, ya veo que también has estado pensando en eso por ti mismo. Y tienes razón de hacerlo. Nunca será demasiado tarde para que *tú* reconozcas la sabiduría. Únete a mí, Relin. Yo mismo voy a encargarme de presentarte ante el Maestro Sadow.

—Creo que no —le respondió Relin.

—Muy bien —le respondió Saes. Bajó una mano hasta una faltriquera de su cinturón—. ¿Me permites?

Relin sabía lo que estaba queriendo sacar, y asintió.

Saes extrajo una blanca máscara moldeable de la faltriquera, y la colocó sobre su rostro. La máscara se adhirió a su cara, y moldeó su forma como si fuera el cráneo de un erkush[15], uno de los más grandes predadores de Kalee.

—Tú solías usar una máscara hecha de hueso verdadero —le recordó Relin.

—Actualmente, sólo la reservo para las presas especiales —le respondió Saes, arremetiendo contra su antiguo Maestro.

EL PRESENTE:
41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

La nave de Jaden emergió del hiperespacio, y la computadora de navegación automáticamente retiró el velo polarizado del ventanal de la carlinga, mientras R6 confirmaba las coordenadas. Jaden verificaba las lecturas. Habían tenido un buen salto, y habían vuelto a entrar al espacio real justo al borde de las Regiones Desconocidas.

—Bien hecho, Arsix.

Delante de ellos, Fhost realizaba su movimiento rotario a través del espacio, con su lado nocturno mirando hacia afuera. Sólo logró distinguir un viejo satélite de predicción del clima, y otro satélite de comunicaciones, en su órbita. Como muchos otros planetas localizados tan lejos en el Borde Exterior, Fhost no tenía una estación orbital y de procesamiento, no tenía defensas planetarias, ni tampoco ninguna señal de la burocracia de la Alianza Galáctica en absoluto. La población de Fhost estaba abandonada a su suerte.

Sintió un súbito impulso sobrecogedor de abandonarlo todo, y empezar una nueva vida en algún mundo salvaje, independiente, y de segundo orden como Fhost, libre de reglas y obligaciones; pero tenía la suficiente auto-contención como para reconocer que dicho sentimiento, no era más que eso: un deseo de escapar de su vieja existencia, y no un deseo de correr *hacia* una nueva vida.

Enganchó los motores iónicos de su Z-95 personalizado, y aceleró para circunvolar el planeta, superando su movimiento de rotación, ganándole al día, hasta que logró distinguir la estrella del sistema en la cresta de la línea del horizonte.

—Colócanos en una órbita geo-sincrónica, Arsix —le dijo a su droide, y éste obedeció la orden.

Jaden contemplaba a través del ventanal de la carlinga, mientras el planeta iba rotando para permitir que en su superficie amaneciera. La luz llenaba la carlinga, y se extendía cada vez más sobre la superficie del planeta, develando una cubierta de nubes sobre los vastos desiertos pintados de canela, rojo y naranja, la mancha azulada de un océano, y la espina dorsal de una cadena montañosa que corría a lo largo de la longitud

[15] Erkush: feroz reptil depredador nativo del planeta Kalee. Muchos de los kaleesh nativos los cazaban, con el fin de tallar máscaras ceremoniales a partir de sus huesos. N. del T.

del continente principal. Para Jaden, era como si estuviese viendo la lenta revelación de la obra de arte de un maestro, una escultura de tierra y agua, maravillosa en su solitario viaje rotatorio a través del vacío del espacio. Él siempre intentaba obtener una vista panorámica estelar desde la órbita, antes de poner un pie en cualquier planeta. No estaba seguro de la razón, quizás deseaba contemplar cada mundo en su mejor perspectiva, antes de aterrizar en su superficie.

Sin quererlo, recordó una vista panorámica sobre Corellia que había logrado desde un ventanal a bordo de la Estación Centerpoint, mientras él y su fuerza de ataque se movilizaban a través del laberinto metálico de sus corredores.

Rápidamente, apartó el recuerdo, aquejado por la comprensión de que sus acciones en Centerpoint, habían logrado incluso corromper dicha remembranza, uno de los pequeños placeres que había disfrutado durante largo tiempo.

Frunciendo el ceño, miró hacia afuera de la carlinga, más allá de Fhost, hacia el campo estrellado que salpicaba las Regiones Desconocidas.

—Allí hay dragones —exclamó, sonriendo.

El pitido de R6 sólo podía ser interpretado como una pregunta.

—Fue algo que Kyle me dijo alguna vez —le explicó Jaden.

Lo que buscas mirar, es lo que puede ser visto en el agujero negro de Fhost.

El centro poblado más grande de Fhost, era Farpoint. Tendría que empezar desde allí, pegar una oreja al suelo, e intentar imaginarse cómo algo podría atisbar en el abismo sin luz de un agujero negro. Tenía la tapadera de ser un rescatista-recolector, con cascos y chatarra de naves de la vieja era imperial para vender. El hecho de que pilotease un Z-95 añadiría credibilidad a sus pretensiones.

—¿Por qué vuelo un viejo Z-noventa y cinco, Arsix?

El droide lanzó un pitido, y silbó en respuesta, aunque Jaden no necesitaba escuchar ninguno de ellos. Volaba el Z-95 por la misma razón por la que todavía portaba un viejo sable de luz en la parte posterior de su cintura.

—Arsix, sintoniza el comunicador con la frecuencia estándar de control planetario.

R6 chirrió cuando lo hubo logrado.

—Control de Farpoint, éste es el *Far Wanderer*[16], solicitando permiso para aterrizar.

Se produjo una pausa prolongada, y el crujido de la estática respondió a su requerimiento. Antes de que pudiera repetirlo, el encargado de control planetario, finalmente le respondió en *básico*.

—*Far Wanderer*, permiso concedido. Las coordenadas de la rampa correspondiente, le están siendo transmitidas en este momento. ¿Qué es eso, un Z-noventa y cinco? ¿Cómo es que consiguió un deslizador hiper-espacial para acoplarlo a esa vieja señorita? No sabíamos que esas antigüedades todavía pudieran volar.

—Todavía pueden hacerlo, control de Farpoint. Pero no lo hacen de la mejor manera.

Una risotada llegó a través del canal.

—Traiga a esa ave hasta acá.

[16] Far Wanderer: Vagabundo Lejano. N. del T.

El *Predator* se colocó en órbita sobre Fhost, y Kell abarcó todo el planeta. Estaba recubierto de grandes extensiones desérticas; franjas de canela y de marrón, divididas por hendiduras de rojos, y tiznados de color negro, hacían que la superficie se viera como con cicatrices, moretones, y heridas. Permaneció flotando durante un tiempo, siendo su nave invisible para la poco avanzada tecnología de escaneo de aquellos mundos primitivos. En su consola, estudió las características del planeta una vez más.

Aparte de algunos asentamientos aislados al borde de los desiertos, el planeta tan sólo tenía un centro poblado principal, Farpoint, con una población flotante de quizás tres mil quinientos seres sintientes. Frunció el ceño, pensando en que debería tener cuidado para hacer que su alimentación fuera discreta en un asentamiento tan pequeño. Por otro lado, la pequeña población limitaría la magnitud de sus esfuerzos para lograr sus averiguaciones. Con su talento, sería capaz de reunir la información rápidamente.

Con su Ojo de la Mente, recreó la imagen que Wyyrlok había grabado a fuego en su mente: la gélida luna colgando contra el telón de fondo del gigante gaseoso de color azul, su ardiente cielo. Más allá de Fhost, le echó una mirada a los sistemas no cartografiados de las Regiones Desconocidas. Aquella luna podía estar en cualquier parte.

Wyyrlok le había indicado que buscase una señal. Kell tenía otra intención. Trataría de encontrar a un Jedi. El pensar en la suculenta sopa de un Jedi, provocó que sus probóscides alimentadoras se estremecieran en los sáculos de sus mejillas. El pensar en la sopa de aquel que le permitiría llegar a conocer la *revelación*, provocaba que empezase a babear.

Bajó la mirada hacia el planeta, a medida que la línea de la noche empezaba a reptar sobre su superficie, engullendo a los desiertos en medio de la oscuridad.

—Soy un fantasma —susurró.

CAPÍTULO IV

EL PASADO:
5000 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

El puente del *Harbinger* bullía con la actividad que allí estaba desarrollándose.

—Cuarenta y cinco segundos para el salto —recitó el timonel a Dor, y luego indicó lo mismo en su comunicador—. Cuarenta y cinco segundos. *Omen*, confirmen.

Los altavoces crepitaron con la respuesta del *Omen*.

—Confirmado. Cuarenta y cinco segundos. Cuarenta y cuatro.

Dor colocó su mano provista de garras sobre el delicado hombro del oficial de armas.

—Tiene veinticinco segundos para destruir ese Infiltrator. O para explicarle al capitán el por qué no pudo hacerlo.

La hoja de Saes desató una borrosa lluvia de chispas, al tiempo que desencadenaba una serie de poderosos golpes. Relin permitió que la furia de sus ataques hiciera que empezar a retroceder, mientras los esquivaba hacia la derecha, hacia la izquierda, girando, saltando deteniéndose, esperando su momento. En determinado instante, desvió un ataque por todo lo alto, provocando una lluvia de energía, logró que su hoja quedase libre, y apuñaló justo al medio de Saes. El que alguna vez había sido su padawan se deslizó hacia la izquierda, realizando un giro, y desvió la hoja de Relin hacia el piso de la cubierta, con un golpe desde arriba. Con su mano libre, Saes le lanzó un codazo, aumentando su poder por medio de la Fuerza, pero Relin se anticipó al golpe, lo detuvo con su antebrazo, liberó su sable de luz, y lanzó una patada potenciada por la Fuerza al medio de del cuerpo de Saes. El golpe levantó a Saes de sus pies, y lo lanzó a unos quince pasos a través de la habitación, aunque el Sith realizó una voltereta en medio de aquel impulso, y aterrizó sobre sus pies, de cuclillas.

—Todavía no has logrado mejorar tus habilidades con el sable de luz —le advirtió Relin, dando unos pasos hacia adelante—. Confías más en la fuerza que en la técnica.

La ira hizo que el cuerpo de Saes empezara a ponerse tenso, haciendo que la piel de su cuerpo que permanecía a la vista, cambiara del color carmesí, a un rojo profundo.

—Está bien, entonces, que haya aprendido otros métodos.

Algunos resplandores de luz de color azul, precoz indicio de los rayos de la Fuerza, empezaron a evidenciarse sobre las negras garras de sus dedos, crujiendo como anticipo de una horrible realidad. Antes de que Relin pudiera responderle, Saes hizo un gesto, y la energía describió un retorcido trayecto a través del enrarecido ambiente.

Demasiado tarde, Relin intentó esquivar los rayos, y la energía impactó directamente sobre su cuerpo, clavando una gélida estaca sobre su corazón, y lo lanzó contra la lejana

pared que estaba a sus espaldas. A pesar de la sensación de agonía, se las ingenió para emplear la Fuerza de manera que pudiese amortiguar el impacto, y cayó sobre el piso, con el aliento desencajado, mientras el último de los rayos crepitaba sobre su persona, y terminaba por extinguirse.

Se puso de pie, con la guardia baja, y clavó su mirada en los ojos de Saes. Su padawan había madurado en la Fuerza desde el momento en que se habían separado.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Saes le hizo un saludo con su sable de luz. Relin lo imaginó sonriendo detrás de su máscara.

—Incluso más de lo que tú podrías imaginar.

El tono del zumbido del hiper-impulsor empezó a cambiar, se aceleró, y asumió la cadencia regular de un corazón que iba latiendo más rápidamente. Relin sintió el remolino vagamente nauseoso que siempre sentía cada vez que una nave estaba a punto de entrar en el hiperespacio.

Contemplando a Saes, decidió que no se molestaría intentando escapar. Había llevado a cabo su misión. Ahora se encargaría de corregir un error antes de morir.

Se abrió a la Fuerza, permitiendo que su energía recorriera todo su cuerpo, aumentando la capacidad de sus reflejos, su fortaleza, su resistencia. Saes le devolvió la mirada a Relin, con sus ojos como negros agujeros en medio de la blanquecina máscara, y con los rayos de la Fuerza chisporroteando en la punta de sus dedos, trazando un sendero en espiral hacia la punta de la hoja de color carmesí de su sable de luz.

—Terminemos con esto —le dijo Relin.

Los antiguos Maestro y Padawan dieron grandes zancadas a través de la cámara, en dirección el uno hacia el otro, albergando intenciones letales en cada una de sus cabezas.

El comlink de Relin crujió.

—¡Me han dado! ¡Maestro!

La alarmada voz de Drev, erosionó la determinación de Relin, disolviendo la ira que había estado presidiendo sus pensamientos. Su sensación de fortaleza terminó por disiparse.

Saes, dándose cuenta de su titubeo, se lanzó hacia adelante, con el sable de luz levantado para asestar un golpe mortal. Relin lo contuvo, pero no fue suficientemente rápido. La hoja de Saes cercenó el brazo izquierdo de Relin a nivel del codo.

Un dolor insoportable explotó en medio del cerebro de Relin; su grito rompió la contención del muro de sus dientes rechinantes. Sintió como si estuviera cayendo, pero desde una distancia lejana. El mundo pareció volverse más lento. Sus sensaciones se percibían como anestesiadas, excepto por la palpitante agonía de su brazo. Su corazón estaba acompasado con el pulso del hiper-impulsor, y cada latido enviaba una punzante puñalada de dolor hacia su bíceps.

Amenazadoramente, la silueta de Saes empezó a cernirse sobre él, con su sable de luz crepitando, la encarnación enmascarada del fracaso de Relin.

—No existe ni el bien ni el mal —le dijo su antiguo padawan, y levantó su arma—. Tan sólo el poder.

El chrono de Relin pitó una alarma, y Relin sonrió en medio de su dolor.

El gesto provocó un momento de titubeo en Saes, y en ese momento explotaron las cargas en la cámara del hiper-impulsor. Una columna de llamas, y una onda expansiva estallaron procedentes de las puertas de la cámara, y envolvieron tanto a Saes como a Relin. El impacto lanzó a Relin contra el piso —sintió que sus costillas se quebraban, añadiendo una mayor agonía a la del brazo, y a la de su propia cara chamuscada—, y lanzó volando a Saes a través de la habitación, golpeándolo contra la pared con la fuerza de una bala de cañón. Las esquirlas empezaron a llover por todos lados. Toda la nave se estremeció, producto de la explosión.

Saes y el *Harbinger* se esfumaron de su mente. Relin se incorporó, todavía medio mareado, pero con un único pensamiento en su mente.

—¡Drev!

—Todo… está bien, Maestro. Creo que he logrado corregir el problema. Aunque ahora debo admitir que estaba algo equivocado; los Sith parecen estar deseando abrir fuego antes del salto. —Drev se rio, y a Relin le pareció haber escuchado un atisbo de histeria en medio de su risa—. ¿Qué está sucediendo a bordo del *Harbinger*?

Relin podía escuchar el continuo retumbo de los disparos de láser a través del comlink, podía escuchar los estresados gruñidos y la rápida respiración de su padawan. Le echó una mirada a Saes, inmóvil sobre el suelo de la cámara, y luchó por disipar su necesidad de cobrar venganza. No podría sanar cometiendo un asesinato, y la ira ya había ocasionado que demostrase un juicio poco lúcido.

Desactivó su sable de luz, y abandonó a su brazo y a su antiguo padawan a sus espaldas, sobre la cubierta del dreadnought de los Sith.

—Estoy llegando. Permanece fuera del alcance de esos cañones.

—Los dreadnoughts parecen estar cerca del final de su secuencia de salto. Debo permanecer en medio de su campo de salto hasta el último momento, o esos cañones me tendrían en su mira como un blanco fijo.

—El *Harbinger* no va a saltar —le aseguró Relin, mientras una explosión secundaria desgarraba la cámara del hiper-impulsor.

La humareda se esparcía a través de las puertas dobles, y levantó su capucha hacia su boca para evitar un acceso de tos, el cual se sentiría como si fuera una puñalada en sus quebrantadas costillas. Las alarmas bramaban con su consternada cadencia, mientras él intentaba de la mejor manera en que podía, salir corriendo de la cámara. Incluso si las cargas no hubiesen destruido completamente el hiper-impulsor, el *Harbinger* no se arriesgaría a saltar con un motor dañado. Él y Drev habían logrado algo para ayudar a Kirrek. No todo. Pero al menos habían hecho algo.

* * *

Las sirenas atronaban el puente. La tensión reinaba en los rostros de los miembros de la tripulación, colgando como un paño mortuorio en medio del silencio. Dor se colocó encima de la estación del timonel.

—¡Aborten la secuencia de salto! —le ordenó, con sus garras hundiéndose profundamente sobre el hombro del timonel, hasta provocar que sangrara.

—Estamos intentándolo, señor. Algo no anda… bien.

La tripulación empezaba a levantarse de sus estaciones, contemplando el timón y la pantalla visora.

—Permanezcan en sus posiciones —ordenó Dor, e hizo que todos regresaran a sus asientos—. ¡Siéntense!

Todos obedecieron la orden, mientras Dor seguía aferrado al hombro del timonel, como si fuera la figura de un ángel guardián. El *Harbinger* no podría saltar con un motor averiado. La nave sería completamente desgarrada.

—No responde, señor —exclamó el timonel, y Dor pudo percibir el pánico escurriéndose a través de su voz.

—Entonces, active el apagado de emergencia —le ordenó Dor, con disgusto por la tensión en su propia voz.

El timonel se puso a trabajar en su consola, y casi de inmediato la golpeó con un puño, frustrado, debido a las lecturas que estaba obteniendo.

—No responde. A punto de saltar en veintitrés segundos.

—Haga que los ingenieros bajen allí —les ordenó Dor.

—Ya lo hemos intentado —declaró el oficial de comunicaciones—. Nadie responde. Un equipo de seguridad está en el Corredor Tres-G, justo por fuera de la ante-cámara del hiper-impulsor, pero han reportado que las puertas a prueba de explosivos, están cerradas y selladas por completo.

—¡Haga que den un rodeo, y rápido! —le gritó Dor, y el oficial de comunicaciones repitió la orden.

La nave se estremeció al tiempo que otra explosión sacudía la sección de popa. El sonido que podía oírse, era el distintivo zumbido ronroneante del motor en proceso de activación, y en aquel momento, podía más sentirse que oírse, y los huesos de Dor empezaron a vibrar. Se volvió hacia el oficial de seguridad del puente, un massassi que era más alto que Dor por una cabeza, y con tanto metal incrustado, como la cantidad de huesos que tenía por debajo de sus carnes.

—¡Lleve a un equipo con explosivos a la cámara del hiper-impulsor, y vuelen las conexiones de energía! ¡Ahora!

El oficial de seguridad asintió, y salió volando del puente, ladrando órdenes por medio de su comlink, pero Dor era consciente de que no podrían hacer nada a tiempo. Estaban a punto de saltar al hiperespacio, en llamas, y con un motor dañado. Se hundió en el sillón de mando, mientras el timonel continuaba la cuenta regresiva de los segundos que les quedaban a todos ellos.

—Diecinueve. Dieciocho.

La voz del capitán Korsin, del *Omen*, rompió el silencio a través de la distancia.

—Estamos recibiendo lecturas raras de vuestro campo de salto.

Dor miró a la pantalla visora, y observó la masa del *Omen* al lado de ellos. El Infiltrator de los Jedi dio una pasada por delante del puente del *Harbinger*, zigzagueando y dando vueltas en medio de una lluvia de disparos de láser, con una humareda dejando una estela a partir de uno de sus motores dañados. Dor maldijo al Jedi que se encontraba a bordo del Infiltrator, maldijo al desgraciado Jedi que estaba a bordo, el cual había hecho un trabajo a medias con el hiper-impulsor, abriendo la posibilidad de que todos ellos pudieran morir al entrar al hiperespacio.

—Vuele a esa nave del firmamento —le ladró Dor al oficial de armamento—. Y no se detenga hasta que yo anule la orden. Si vamos a morir, también lo hará ese Jedi.

—¿Señor? El salto…

—¡Hágalo!

El oficial de armamento asintió, y el cielo alrededor del *Harbinger* quedó iluminado con la intensificación de los disparos de láser.

—Secciones diez, once y doce, tenemos incendios en la cubierta D —dijo alguien—. Despachando equipos de bomberos.

Dor hizo ondear una mano en señal de asentimiento. Realmente no era muy importante.

—Capitán Saes, ¿recibió mi última transmisión? —preguntó Korsin.

—Doce. Once…

* * *

A pesar del dolor de su brazo cercenado, y la estaca de dolor en sus costillas, Relin empleó toda la fortaleza mental que le quedaba, para aumentar su velocidad por medio de la Fuerza. Sentía un remolino de emociones: miedo por Drev, ira por Saes, desilusión por sí mismo. La Fuerza se hizo más intensa en él, y la liberó completamente para correr al máximo a través de los corredores, en medio de un borroso desplazamiento. Las alarmas resonaban por todas partes en la nave. Los droides, los miembros de la tripulación, y los equipos de massassi que conformaban las fuerzas de seguridad, corrían alocadamente a través de los corredores.

Enmascarado por el caos, Relin se apresuró a avanzar por el eje principal de la nave, en dirección hacia las cápsulas de salvamento.

—El *Harbinger* todavía está preparándose para saltar —dijo Drev. De fondo resonó una explosión. Drev maldijo, al tiempo que una alarma se activaba—. He perdido el motor número uno.

—Ellos no van a poder saltar. Yo he destruido el hiper-impulsor.

—Todavía tienen un motor activo, Maestro.

Relin maldijo, dudó por un momento, y casi se dio vuelta. Pero no lo hizo. Herido, fatigado como estaba, no sería capaz de abrirse camino de regreso hacia el hiper-

impulsor. Quizás lo habría dañado lo suficiente como para al menos alterar las coordenadas de salto del *Harbinger*.

—Márchate, Drev —le dijo Relin. Llegó a uno de los largos corredores que conectaban las secciones de proa y de popa del dreadnought. Las puertas salpicaban toda su extensión. Cada una se abría hacia una de las doscientas ochenta y ocho cápsulas de salvamento de la nave.

—He perdido el motor dos. Tan sólo me quedan los propulsores.

Los disparos láser todavía resonaban de fondo. Relin maldijo. El Infiltrator sería un blanco fácil si sólo continuaba maniobrando con sus propulsores.

—Abandona esa nave. Yo voy a recogerte en una cápsula de salvamento.

—No tengo puesto el traje, Maestro —declaró Drev, tosiendo—. Y usted sabe cuánto tiempo me toma el poder ponerme uno.

Relin lo sabía. La corpulenta conformación de askajiano de Drev, hacía que el ponerse un flexi-traje fuera un proceso prolongado. Imaginaba la carlinga repleta de humo, y se imaginó perdiendo otro padawan.

Relin se dirigió hacia la más cercana de las puertas de las cápsulas de escape, y se abrió camino con su sable de luz, casi haciendo en el proceso, que la celda de energía de su arma sufriera un corto-circuito, y se deslizó hacia el estrecho interior de la cápsula de salvamento. No se molestó en estudiar los instrumentos ni en sujetarse con su malla de seguridad a uno de los cuatro asientos. En lugar de ello, simplemente se dirigió al botón de liberación de emergencia, y lo presionó.

La cápsula de escape salió disparada del dreadnought, lanzando a Relin contra la pared. Su brazo lastimado y las costillas aplastadas, protestaron frente a la fuerza del impacto, pero Relin logró resistir. Se abrió a la Fuerza para localizar a su padawan. El contacto lo reconfortó. Sintió la luminosidad del espíritu de su padawan, su alegría de vivir.

—Ya he salido. Pon la nave en modo auto-evasivo, consigue un flexi-traje, y sal de allí. Yo voy a lograr encontrarte con la cápsula de salvamento.

—No —le dijo Drev, y Relin pudo adivinar la sonrisa en la voz de su padawan—. El *Harbinger* va a saltar. Su plan no ha tenido éxito, Maestro. No podemos permitir que esas dos naves regresen donde Sadow. Usted mismo lo dijo.

Le tomó un momento a Relin el comprender lo que su padawan estaba intentando hacer. Se apresuró a llegar al pequeño ventanal que había en la cápsula de salvamento, y escaneó el espacio en busca del Infiltrator. Logró divisarlo debajo del dreadnought, acelerando hacia arriba, y describiendo una trayectoria circular en dirección hacia el puente. Incluso contando tan sólo con los propulsores, Drev hizo girar al Infiltrator, haciéndolo bailotear en un arco evasivo a través de los disparos láser.

Relin habló en un tono bajo, el mismo tono que habría empleado para calmar a un bantha excitado.

—Drev, escúchame. Escucha. Hay otro modo.

La risa de Drev, plena y sonora, fue su única respuesta. Relin imaginó su cabeza echándose hacia atrás, y su quijada rebotando por el regocijo que estaba experimentando.

Un silencio sepulcral se había abatido sobre el puente. Todas las miradas estaban puestas sobre la pantalla visora, esperando que la oscuridad del espacio real, diese paso a las franjas estelares del hiperespacio, o al vacío del olvido.

—Siete segundos para saltar.

El Infiltrator de los Jedi se hizo visible, operando sólo con sus propulsores, zigzagueando para dirigirse hacia ellos. Los disparos láser se entrecruzaban delante de la pantalla visora, y el Infiltrator bailoteaba en medio de los disparos. Los propulsores empezaron a vacilar, y la estilizada nave de los Jedi aceleró directamente hacia ellos, haciéndose cada vez más grande, y esquivando los disparos anti-aéreos del dreadnought.

—¿Qué es lo que está haciendo? —dijo alguien.

Dor sabía exactamente lo que estaba haciendo, y a pesar del fatalismo que se había apoderado de él, prefería morir con un salto mal dado, que a manos de un Jedi.

—¡Bórrelo del firmamento! —le gritó al oficial de armamento.

—No consigo fijar el blanco —exclamó el oficial—. ¡No consigo fijar el blanco!

La nave enfiló hacia el puente, retorciéndose, girando, rodando. Los disparos de láser convergían sobre ella, y lograron impactarla, una, dos veces. Las llamas brotaron de una de sus alas, de su nariz, pero la nave continuaba haciéndose aún más grande, hasta que abarcó la pantalla visora casi por completo. Uno de los miembros de la tripulación gritó, un aullido desafiante. Por una fracción de menos de un segundo, Dor captó una visión del piloto Jedi en la carlinga en forma de burbuja del Infiltrator, un humano joven, o quizás un askajiano, el cual sonreía, con su boca y sus mofletudas mejillas contraídas por el júbilo, y con una mirada resoluta.

—¡Prepárense para el impacto!

El olor del humo, y el de su propia carne calcinada, hicieron que Saes recuperase el sentido. Abrió sus ojos frente al gemido de una alarma, y a las irregulares vibraciones del hiper-impulsor averiado. No se oía como el sonido de algunos latidos cardíacos sanos, sino más bien, como una fibrilación.

Por un momento se quedó contemplando la cegadora luz que emanaba del techo, todavía mareado, con su razonamiento embotado por la viscosidad de sus pensamientos. Los pasados eventos volvían a repetirse una vez más en su mente: la presencia de Relin, la deflagración de un estallido en la cámara del hiper-impulsor. El dolor de sus carnes chamuscadas, empezaba a hacerse más evidente a medida que el mareo empezaba a disiparse. Se apoyó sobre su codo.

Relin se había marchado. Se abrió a la Fuerza, pero no percibió la presencia de su antiguo Maestro a bordo de la nave.

Las densas humaredas emergían de la cámara del hiper-impulsor. Un cable de energía roto, se retorcía salpicando chispas justo detrás de ambas puertas de la cámara. Saes se puso de pie, gruñendo por el dolor, y activó su comunicador.

—Dor, cancele el salto inmediatamente. El motor está dañado.

El sordo estallido de un enorme impacto sacudió la nave, casi haciendo caer a Saes hasta el piso.

—¡Dor! ¡Repórtese! ¿Qué es lo que ha sucedido?

El aullido del hiper-impulsor aumentaba su tonalidad; las vibraciones se hacían más rápidas, más intensas, la disonancia se hacía nauseabunda. Saes sintió las vibraciones debajo de su piel, profundamente, en sus huesos. El *Harbinger* estaba a punto de saltar con un motor averiado. Si llegaban a ser capaces de saltar al hiperespacio, la nave sería desgarrada por completo. Se dirigió cojeando hasta la cámara del hiper-impulsor, esquivando el cable de energía, intentando comunicarse con Dor a medida que lo hacía.

—¡Aborten el salto! ¡Dor!

Relin apreció la lengua de fuego que emergía del puente del *Harbinger,* lamiendo la negrura del espacio. Permaneció allí por un momento, congelada, y luego se contrajo hasta no ser más nada, de la misma forma en que lo empezaban a hacer sus esperanzas. Se quedó mirando estupefacto, con el dolor físico de su cuerpo olvidado por la correntada de dolor que embargaba su espíritu. La risa de su padawan, incluso ahora que Drev había muerto, persistía en su memoria, volviendo a escucharla una y otra vez.

Contempló por el ventanal de la cápsula de escape a la densa humareda de color negro que emanaba de la herida abierta en el destrozado puente, como si pudiera lograr que el tiempo se volviera atrás. Pero el humo continuaba expandiéndose, y su padawan seguía muerto. Algunos cuerpos empezaban a flotar libremente en medio del espacio, los cadáveres empezaban a quedar rígidos para siempre, fijados de esa forma por el vacío, en medio de sus contorsiones de dolor y sus expresiones de sorpresa.

Relin sintió como si se le hubiera abierto un agujero en medio del pecho, como si todo él se hubiera convertido en un agujero, tan desgarrado como el *Harbinger,* debido a la muerte de Drev.

Y de un momento al otro, la ira se filtró en el agujero, y empezó a llenarlo. Ira frente a sí mismo, frente a lo que le había ocurrido a Drev, a Saes, y a todos los Sith. Empezó a sentirse como todos los muertos flotantes del *Harbinger*, congelado para siempre en su dolor. Él sabía que era peligroso el entregarse a dichos sentimientos, pero aquellas sensaciones se sentían muy íntimas, demasiado reales como para poder rechazarlas.

—Usted ríe muy poco —musitó, y las lágrimas empezaron a caer de sus ojos. Sospechaba que nunca más podría volver a reír.

A pesar del peligro, debía aproximarse para contemplar todo el daño, para ser testigo de la localización de la tumba de su padawan, para que no cayese en el olvido. Aferró los controles de la cápsula de salvamento, y la piloteó para acercarse a examinar la destrucción.

Drev había abierto un agujero en el dreadnought, una aullante boca con afiladas piezas de metal carbonizado, como dientes. Los cables se retorcían desde los abiertos mamparos, escupiendo energía. Aquí y allá se veía brillante metal recalentado de color rojizo, el cual lentamente, iba perdiendo du batalla por retener su calor en contra del espacio. No logró distinguir nada que pudiera reconocer como el Infiltrator. La nave había quedado vaporizada por el impacto.

De la misma forma en que lo había sido Drev.

Algunas explosiones secundarias empezaron a producirse en la sección frontal de la nave, y empezaron a extenderse hacia estribor, en dirección hacia el *Omen*.

Relin imaginaba que los dreadnoughts terminarían colisionando el uno contra el otro, ardiendo como cometas gemelos, y casi se permitió sonreír. Aquel también debía ser un evento que debía atestiguar. El lignan de ninguna de las naves podría llegar hasta Kirrek, y así, la muerte de Drev no habría sido en vano.

—Adiós, Saes.

Pero Relin rápidamente comprendió que ninguna de ellas estaba abortando su secuencia para realizar el salto.

Percibió el peligro que aquello significaba, maldijo, y le dio vuelta a la cápsula de salvamento.

Una mayor cantidad de explosiones retumbaban en la distancia, y su intensidad le era comunicada a Saes a través de ominosas vibraciones en el casco de la nave. La nave se estremecía fuertemente, giraba abruptamente. Los estabilizadores gravitatorios no llegaban a compensar completamente los imprevisibles movimientos, y el impulso de la nave, hizo que Saes fuera lanzado trastabillando contra la pared. Otra alarma resonó, y una femenina voz mecánica proclamó:

—Alerta de proximidad. Peligro. Alerta de proximidad.

Saes corrió hacia un ventanal, y la escena que estaba desarrollándose en las afueras de la nave, lo dejó con la boca abierta.

El *Harbinger* se encontraba a la deriva hacia estribor, y estaba acelerando cada vez más rápido en dirección hacia el *Omen*. Saes maldijo, mientras la nave gemela del *Harbinger* se hacía cada vez más grande.

—¡Mueve tu nave, Korsin!

Se imaginó a las tripulaciones de ambas naves luchando para evitar el impacto. Ambas se encontraban casi al final de la secuencia de salto, y los motores iónicos se encontraban desactivados.

Finalmente, el *Omen* empezó a moverse, pero Saes pudo darse cuenta de que era demasiado tarde. Se aferró al marco del ventanal tan fuertemente, que sus garras dejaron marcadas sus huellas sobre el metal.

Los dreadnoughts se encontraban en planos ligeramente diferentes, pero el fondo de la parte de proa del *Harbinger*, rozó la parte superior de la sección de motores de popa del *Omen*. La escala de la colisión, le daba una ralentización inesperada, que parecía estar casi llena de gracia. El *Harbinger* corcoveó, mientras las dos enormes masas luchaban por asumir una predominancia posicional. El metal se retorció, chilló y empezó a doblarse, como en respuesta al retumbo de algunos dioses iracundos. Una mayor cantidad de explosiones retumbaron. Las columnas de fuego empezaron a erupcionar aquí y allá, a partir de los puntos en que los metales se fundían, producto de la colisión, guirnaldas de calor anaranjado decorando el vacío del espacio. Las explosiones de la descompresión, dejaron escuchar sus ecos a lo largo del *Harbinger*, así como del *Omen*. Aquí y allá, los cuerpos salían volando a partir de los agujereados compartimentos, y flotaban libres en medio del espacio. Y en medio de todo ello, el hiper-impulsor del *Harbinger* continuaba acumulando energía.

—Secuencia de salto iniciada —dijo la misma voz mecánica que había anunciado la colisión.

Saes volvió la mirada desde el ventanal, y logró apreciar que el aire en la cámara del hiper-impulsor, empezaba a distorsionarse producto de la tormenta de energía desenfrenada. Ondas de energía emergían en forma de pulsos desde la cámara.

—¡No! —gritó, pero la mecánica voz continuaba sonando implacable.

—Hiper-impulsor activado.

Relin exigió sus motores al máximo, intentando acelerar para apartarse del *Harbinger* a tiempo. Un tranquilo pitido continuado, era la única alarma en la cápsula de salvamento mínimamente equipada, y el sonido de los latidos de Relin, lo sobrepasaban en una proporción de dos a uno.

No había logrado alejarse lo suficiente antes de que el *Harbinger* iniciara el salto. La cápsula de salvamento se detuvo de improviso, lanzando a Relin hacia adelante. Había quedado atrapada por la succión del dreadnought, y fue arrastrada por su foso de energía. Aunque sabía que sería un esfuerzo inútil, re-direccionó una mayor cantidad de potencia a los motores, los cuales chillaron, lucharon contra el tirón, pero fracasaron en su intento. Relin se sintió lanzado hacia fuera de uno de los asientos, pero fue contenido por el arnés de contención, del que había enganchado a tientas el seguro.

Lo negro del espacio empezó a volverse de color azul, y la agitación de su estómago, le anunció que el *Harbinger* había logrado entrar en el hiperespacio, arrastrando a la cápsula de salvamento detrás de sí. Inmediatamente pudo darse cuenta de que algo andaba mal, que el túnel del hiperespacio era inestable. La cápsula de salvamento empezó

a girar, luego a dar vueltas, una y otra vez, a encabritarse salvajemente, como un corcho atrapado en los rápidos de un río.

Apretando los dientes, Relin intentó mantener la compostura, pero no pudo obtener un plano de referencia. Logró obtener esporádicas visiones de la parte externa del ventanal, y contempló la negrura del espacio real, parpadeando intermitentemente con las franjas del hiperespacio.

Habían sido atrapados en medio de un mal salto. Si no lograba zafarse de él…

La cápsula de salvamento no había sido diseñada como para soportar el hiperespacio sin estar unida a una nave nodriza, y sus compensadores gravitatorios no podían manejar adecuadamente semejantes velocidades. Hacían lo mejor que podían, pero Relin permanecía aplastado contra su asiento, todo lo cual afectaba su flujo sanguíneo. Estaba entrando y saliendo de su estado consciente, e intentaba emplear la Fuerza para mantener la cordura.

La cápsula de salvamento empezó a sacudirse a medida que iba girando, y comenzó a crujir. No le quedaba mucho tiempo antes de que la integridad de la cápsula de rescate se resquebrajase, y su interior se descomprimiera. Aunque se encontraba bizqueando y con los ojos llorosos, y a pesar de que los instrumentos le arrojaban lecturas sin sentido, logró apreciar franjas estelares que aparecían y desaparecían casi de manera simultánea, mezclando el tiempo con el espacio real. El efecto era desorientador. Cada momento en que la negrura del espacio se asomaba en medio de las franjas del hiperespacio, la cápsula de salvamento se tambaleaba como si hubiera sido golpeada por algo.

El *Harbinger* avanzaba a través del hiperespacio por delante de él, como un remolino en medio de su visión en espiral, como si el dreadnought y no él, fuera el que estuviera girando salvajemente. Unas hebras de energía se desprendían de los bordes del dreadnought, como si fueran incandescentes guirnaldas. Algunas piezas del *Harbinger* empezaron a desprenderse de su masa, y Relin no pudo evitar hacer algunas gesticulaciones, a medida que éstas sobrepasaban a la cápsula de salvamento, como si fueran balas en medio de un tonel. Algunos de los despojos eran atrapados en la resplandeciente transición entre el hiperespacio y el espacio real, y desaparecían de la vista, presumiblemente, habiendo sido dejadas atrás en medio del negro espacio, diseminadas como si fueran un rastro de migajas de metal para que alguien pudiera seguirlas y encontrar el camino hacia la destrucción del *Harbinger*, y hacia la muerte de Relin.

Otra colisión desapacible en medio del límite entre el hiperespacio y el espacio real, hizo traquetear la cápsula de escape, ocasionado que Relin se mordiera una porción de su lengua. La sangre entibió su boca; el dolor claveteó su cerebro.

Tenía que sacar la cápsula de salvamento del hiperespacio.

Mental y físicamente exhausto por el esfuerzo desplegado a bordo del *Harbinger*, aun así Relin logró encontrar una reserva final de fortaleza. Sacar a la cápsula de salvamento del hiperespacio, podría ser posible, pero sólo con la ayuda de la Fuerza.

Inspiró profundamente, se abrió a la Fuerza, y por medio de ella, empezó a luchar en contra de la presión ejercida por la desconcertante velocidad, mientras al mismo tiempo intentaba hacerse con el control de la trayectoria de vuelo de la cápsula de escape, en medio del enloquecedor remolino.

Logró percibir que el tiempo empezaba a ralentizarse. Su respiración se calmó. Sus pensamientos y sus reflejos se hicieron más rápidos. Escuchó los pitidos de la alarma, como si una hora estándar hubiese transcurrido entre dos de ellos. Los instrumentos todavía no lograban proporcionarle lecturas que valiesen la pena, así que tendría que confiar completamente en sus percepciones.

Se sentía como si estuviese siendo apretujado en gran medida, como si su presencia pudiese existir en todos los lugares al mismo tiempo, y a la vez en ninguno. Se hizo cargo de los controles de la cápsula de salvamento, y se las ingenió para enderezar su trayectoria, e impedir que siguiese girando. Decidió aguardar hasta que llegase el momento justo, aguardó, aguardó, y cuándo sintió que éste se había hecho presente, tironeó de los controles de manera brusca hacia estribor, hacia la oscuridad del espacio real.

En lugar de llegar a la negrura esperada, se vio sumido en un baño de azul, y su abrupto cambio de dirección hizo que la cápsula de escape empezara a girar más descontroladamente que nunca. La ira y la frustración se apoderaron de su persona, hasta estallar en un grito que pareció desatar unas reverberaciones infinitas.

—¡Saes!

CAPÍTULO V

EL PRESENTE:
41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

Khedryn estaba empleando un calibrador digital para graduar otro relé de intercambio de energía en los sistemas de propulsión del *Junker*. Había estado poniendo a punto los motores iónicos de su carguero durante horas. Como todos los buenos rescatistas-recolectores de salvatajes, era tan buen mecánico como piloto, y se rehusaba a permitir que un droide de mantenimiento tocase su nave.

—Debe tratarse de éste —musitó, haciendo que un colector cambiase de posición.

Extrajo un escáner portátil de su cinturón, lo acopló, y verificó la eficiencia teórica del releé. Las lecturas arrojaron un 109 por ciento con respecto a las especificaciones técnicas del fabricante, lo que provocó en él una sonrisa.

Entonó su consigna personal como si fuera un hechizo mágico.

—Presiónalo hasta que te lo dé.

Sacó el comunicador de su cinturón, de manera presumida incluso en aquella soledad, y lo abrió de un golpe.

—Marr, la eficiencia en el conmutador de energía número tres, es de ciento nueve por ciento. Permite que se asiente, mi cereano amigo. Tan sólo disfrútalo.

La calmada voz de su navegante y primer oficial, le respondió.

—Disfrutándolo, tal como me ha sido ordenado.

Khedryn dejó ver una sonrisa.

—¿No te dije que lo conseguiría?

—Lo hiciste. Y creo que eso significa que te debo una botella del destilado de tu preferencia.

Khedryn asintió.

—Creo que sí, además. Es algo desafortunado que esta roca no contenga una mayor cantidad de ese material de semejante calidad. Que sea de pulkay[17] entonces.

—¿Todavía estás en el hangar?

—Por supuesto. ¿En dónde estás tú?

—Estoy en «El Agujero». Hay una silla vacía en la mesa privada de sabacc.

Khedryn le echó una mirada al chrono de su muñeca. Se encontraba retrasado.

—¡Stang!

—Es verdad —afirmó Marr, calmado hasta el punto de resultar molesto—. Simplemente, voy a continuar disfrutando de todo esto.

---

[17] Pulkay: especie de bebida alcohólica de color claro preferido por la población de Farpoint, en el planeta de Fhost. Tenía muchas variedades, incluido el pulkay saborizado con especias. N. del T.

Khedryn cerró de golpe la tapa que cubría los relés, y se echó a correr para salir de aquel hangar de techo abierto, lanzando su cinturón de herramientas al suelo, al mismo tiempo que lo hacía.

—Recoge eso —le gritó a un droide de mantenimiento que se encontraba en las cercanías.

—Sí señor —le respondió el droide.

—¡Y no vayas a tocar mi nave!

—Sí señor.

—Ya estoy llegando —exclamó en su comunicador—. Dile a Himher que todavía no reparta la primera mano.

La voz de Marr permanecía estando imperturbable.

—Veré qué puedo hacer para retrasar el inicio de la partida. Reegas está aquí. Y parece que está algo interesado en nuestro reciente…descubrimiento.

Aquello detuvo a Khedryn delante de su moto swoop Searing[18]. Empezó a bizquear frente al sol de Fhost.

—¿Te refieres a la señal? ¿Cómo fue que eso se filtró hasta sus oídos?

—Si mi memoria no me falla, y estoy seguro de que no, la filtración se originó después de que tú consumiste varias medidas de pulkay sazonado con especias, combinado con tu deseo de impresionar a un trío de bailarinas zeltron[19]. Creo que funcionó.

Khedryn deslizó una de sus manos por sus mejillas, las cuales se encontraba ásperas debido al crecimiento de tres días de su barba.

—¿Tres? ¿Zeltron? ¿En verdad? —Pensó en su suave piel de color carmesí, y en sus curvas, así como en su propia apariencia promedio—. Estaban completamente bebidas, ¿no es verdad?

—Es probable.

Khedryn montó su moto swoop y la arrancó. El motor gruñó como un rancor salvaje. Había olvidado su casco. Aquello no importaba.

—¿Todavía estás disfrutándolo?

—Sí señor.

—Pues bien, yo debería haber mantenido mi boca ocupada con otras cosas que no fueran nuestro descubrimiento, pero sé que el combustible quemado, nunca podrá regresar. Sin embargo, viéndolo desde otro punto de vista, eso podría hacer que la partida de sabacc fuera más interesante. Alguien podría ofrecer algo por ello, llegado el caso.

—Conociendo tu suerte, sospecho que llegaremos a eso.

—Correcto —dijo, acelerando la swoop searing—. Realmente no hay nada mejor que tú para mi ego. ¿Eres consciente de ello?

---

[18] Searing swoop bike: modelo de moto swoop bastante ruidosa. N. del T.

[19] Zeltron: especie humanoide sintiente cuya piel variaba entre diversas tonalidades de color rojo. Los zeltron pretendían ser capaces de liberar feromonas que calmaban a las personas, y hacían que fueran mejor aceptados. N. del T.

—Lo soy.

—Estoy en camino.

—Por favor, intenta no colisionar con nada.

Khedryn guardó el comunicador en uno de sus bolsillos, y cubrió su boca y su nariz con una bufanda contra el polvo. Trazó un ángulo para subir a quince metros de altitud, y liberó toda la potencia de su motor. Por debajo de él, naves de una cuestionable reputación en el espacio, así como poseedoras de una identificación todavía mucho más cuestionable, salpicaban los treinta kilómetros cuadrados de la plana y polvorienta superficie, y el puñado de decrépitos hangares que servían como el campo de aterrizaje oficial de Farpoint.

Una torre de control construida de partes desechadas y de metal de chatarra, se erguía a mitad del campo. Las balizas de aterrizaje parpadeaban aquí y allá en medio del remolino. Un estallido sónico retumbó en los oídos de Khedryn, indicándole que una nave estaba entrando en la atmósfera.

Algunas motos deslizadoras y otra moto swoop, se precipitaron a través del firmamento, por encima del campo a altitudes menores que la de Khedryn. Atareados droides de carga, descargaban las mercaderías de un viejo carguero, y las tripulaciones en sus mamelucos de trabajo, trabajaban en los motores de sus naves, y en los trenes de aterrizaje. Aparte del *Junker*, ninguna otra nave dentro del campo tenía menos de dos décadas de antigüedad. La costosa tecnología no estaba al alcance de las regiones en las franjas externas de la galaxia, a menos que hubiera sido reemplazada por algo nuevo, volviéndose accesible en el mercado de segunda mano.

Una vez que hubo abandonado el campo, Khedryn se agachó completamente detrás del cortavientos de la moto swoop, casi tocando el lomo de la Searing con su cabeza. Bizqueó frente a la nube de polvo y viento, y aceleró hacia Farpoint, el cual centelleaba a diez kilómetros de distancia, y se veía más como un depósito de chatarra, que como un asentamiento poblado.

Los destrozados remanentes oxidados de un viejo crucero estelar de hacía varias décadas, formaban el núcleo del pueblo. El crucero se había estrellado en Fhost algún tiempo antes de las guerras con los Yuuzhan Vong, y nadie sabía qué era lo que le había ocurrido a la tripulación. Nadie ni siquiera había llegado a identificar de quién era la manufactura de la nave, ni siquiera en estos momentos, aunque debió haberse tratado de una nave enorme. El impacto había creado un campo de desechos de ocho kilómetros de longitud.

Khedryn pensaba que probablemente se habría tratado de una nave no convencional de los chiss, pero de ser así, los chiss nunca habían regresado para recuperarla. A lo largo del tiempo, el oxidado casco había congregado una comunidad de truhanes[20] alrededor de sí, aunque su pesada gravedad propia había atraído tan sólo a criminales y disidentes, o a aquellos para quienes el Núcleo Galáctico no representaba una existencia de lujo, sino tan sólo ciudades súper-pobladas, y demasiadas leyes.

[20] Truhanes: scoundrels: referencia a la novela homónima de Timothy Zahn. N. del T.

A lo largo de las décadas, los habitantes de Farpoint habían diseccionado, adaptado o vuelto a reformar las ruinas del crucero tantas veces, que tan sólo la sección de puente permanecía siendo todavía más o menos reconocible, como parte de algo que alguna vez había levantado el vuelo, aunque ahora era una madriguera repleta de cantinas, burdeles y fumaderos de drogas ilegales, y no el centro de comando de una nave estelar. De hecho, los antros de perdición del que alguna vez fuera el puente de la nave, *constituían* el centro de mando de Farpoint, y aquello era todo lo que necesitaba ser dicho.

El contemplar la desvencijada y desordenada expansión creciente de Farpoint desde las alturas, le recordaba a Khedryn la primera vez en que la había visto. Había sido la mano derecha en un crucero de carga que transportaba medicinas hacia las Regiones Desconocidas, y Farpoint le había hecho recordar tanto a las ruinas del proyecto Vuelo de Expansión[21], en el Redoubt[22] que casi se había quedado sin aliento. En aquel momento, supo que había encontrado su hogar.

Sólo guardaba algunos pocos recuerdos claros de su permanencia en Redoubt. Había terminado desechando la mayoría de ellos, en los años posteriores a su rescate. Pero lograba recordar la forma en que se veía el planetoide, mientras era trasladado en el transporte, las ruinas oxidadas que quedaban del proyecto Vuelo de Expansión, tan rígidas sobre la piedra, como si se tratara de hueso expuesto. Lograba recordar la ira que los sobrevivientes habían albergado en contra de la Nueva República y los Jedi. Él no había llegado a compartirla, a pesar de las historias acerca de la traición de C'baoth[23].

Había logrado superarlo, había dejado atrás su vida en Redoubt, y había viajado en múltiples naves, desde el Imperio de la Mano[24], hasta el Núcleo Galáctico. Había residido por un tiempo en Coruscant y en Corellia, pero a los únicos lugares que consideraba su hogar, eran a Redoubt y a Farpoint; el primero debido a la necesidad, y el segundo, a regañadientes. Todos los lugares en donde había estado, cientos de planetas en montones de sistemas, no habían significado nada para él, excepto, meras paradas en el camino.

Las ratas siempre encuentran su agujero, era lo que pensaba. Y Farpoint había resultado siendo su agujero.

Por encima de su cabeza, el sol menguante transformaba el polvo de mineral ambiental de la atmósfera de Fhost, en franjas de color anaranjado, amarillento y rojizo, que disecaban los cielos, formando un arcoíris que envolvía todo el planeta. Khedryn se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que la belleza natural del planeta —no sólo los ocasos, sino también los profundos cañones y los escarpados acantilados que rodeaban el Gran Desierto—, lo convertirían en un punto de lanzamiento de avanzadas hacia las

[21] Vuelo de Expansión: Outbound Flight: referencia a la novela homónima de Timothy Zahn. N. del T.
[22] Redoubt: objeto astronómico localizado en el Espacio Salvaje, cerca de la Nebulosa Utegetu. N. del T.
[23] Jorus C'baoth: humano nativo del planeta Bortras, quien sirvió en la Orden Jedi durante las épocas finales de la era clásica de la República. Como su compañero, el Maestro Jedi Dooku, se encontraba arrogantemente confiado en sus propias habilidades y talentos, y se veía a sí mismo como un guerrero y un filósofo sin parangón, y consideraba como inferiores, a los seres no sensibles a la Fuerza. N. del T.
[24] Imperio de la Mano: Empire of the Hand: gobierno autocrático establecido en secreto en las Regiones Desconocidas, por parte del Gran Almirante Thrawn. N. del T.

Regiones Desconocidas, y en un destino turístico. Intentó imaginarse a los turistas y a los respetables ciudadanos de la Alianza Galáctica entre-mezclándose con los disidentes y los truhanes que se ocultaban en las ruinas de Farpoint. Aquel pensamiento hizo que empezara a reír en voz alta.

Disminuyó la altitud y la velocidad —el rugido de la moto empezaba a hacerse cada vez más más ahogado—, a medida que llegaba a las afueras de la ciudad. Desvencijadas edificaciones hechas de materiales desechados, se inclinaban como sujetos ebrios contra estructuras más sólidas construidas sobre los huesos de la nave estelar estrellada. Los enormes reptiles originarios de los desérticos páramos del planeta —los ankaraxes[25]—, arrastraban carros y vagones por las calles repletas de tierra, gruñendo en sus arneses, lado a lado con antiguos deslizadores, e incluso con algunos pocos vehículos provistos de ruedas.

Khedryn se abrió camino a través del tráfico urbano —provocando una estela de imprecaciones en varios leguajes a su paso—, hasta que llegó a «El Agujero Negro», su cantina preferida.

Algunos contenedores corrugados para transporte, soldados burdamente entre sí como si fueran el juguete de un niño, conformaban el salón principal de «El Agujero». El humo, una discordante música yerk[26], risotadas, y fragmentos de conversaciones, se filtraban a través de los agujeros cortados de manera tosca que servían como ventanas. Logró distinguir aparcada, la moto deslizadora de Marr, coloco su Searing al lado de ella, apagó sus motores, activó su sistema de seguridad anti-robos, y desmontó sobre el camino lleno de tierra, esquivando los inevitables acúmulos de excremento de ankarax.

Un trío de zabraks andaba perdiendo el tiempo en la calle, a las afueras de «El Agujero», con los cuernos que emergían de sus cabezas, de una forma tan irregular en tamaño y distribución, como las bizarras edificaciones de Farpoint. Andaban parloteando en su rápido y tosco lenguaje, cada uno de ellos con una delgada copa de pulkay perteneciente a «El Agujero», entre sus manos. Khedryn los conocía de vista, pero no por sus nombres. Les hizo una señal de saludo, y ellos le correspondieron el gesto.

Un voluminoso houk[27] permanecía sentado sobre un cajón en la parte exterior de la puerta de «El Agujero». Un cañón bláster ligero que se veía tan viejo como para poder haber servido en las guerras Yuuzhan Vong —normalmente un arma típica de los tripulantes de naves—, colgaba a través de su pecho marcado con múltiples cicatrices, suspendido por una banda de cuero de ankarax.

—Khedryn Faal —exclamó el houk en *básico*, con una voz tan profunda como un cañón, y dejó abierta la plancha de metal que servía como puerta.

---

[25] Ankaraxes: criaturas reptilianas nativas de Fhost. Eran frecuentemente utilizadas para acarrear carros y vagones. Los habitantes de Fhost también utilizaban su carne como alimento, y su pellejo, como cuero. N. del T.

[26] Yerk: estilo de música popular en Nar Shaddaa. Los traficantes solían ofrecer cubos de música yerk en el mercado negro. N. del T.

[27] Houk: especie sintiente de humanoides voluminosos, con antebrazos descomunalmente musculosos, que terminaban en manos de cuatro dedos. N. del T.

—Borgaz —replicó Khedryn. Se detuvo ante la puerta, dándose cuenta de las nuevas palabras que habían sido pintadas sobre las antiguas, por parte de una mano no muy firme:

NI SIQUIERA LA LUZ PUEDE ESCAPAR DEL AGUJERO

Se quedó perplejo por un momento, frunciendo el ceño.

—¿Qué se supone que significa?

—Milsin lo llama marketing. Un eslogan.

—¿Un eslogan?

Borgaz movió su cabeza de lado a lado, el equivalente houk de un encogimiento de hombros humano.

Milsin era el propietario, y también regentaba «El Agujero», y siempre estaba intentando poner en práctica éste o aquel artilugio, que hubiese descubierto después de observar los videos procedentes del Núcleo.

Sacudiendo su cabeza, Khedryn ingresó en «El Agujero».

El interior tenuemente iluminado del lugar, olía a cuerpos sudorosos, a ankarax estofado, a queso picante producido localmente por una pequeña comunidad de bothanos, y a alguna especia foránea que Milsin debía haber comprado de algún carguero en tránsito. La ecléctica colección de mesas y sillas, algunas de plástico, otras de madera, algunas de resina, y algunas otras de metal —reunidas de aquí y de allá, a lo largo de los años—, era un reflejo de la también ecléctica clientela. Rodianos, chiss, humanos, e inclusive un trandoshano, bebían, comían, jugaban y discutían en «El Agujero». Una pareja de bien ataviados bothanos, permanecían sentados sobre sendas cajas, y tocaban los tableros sónicos de doce cuerdas de su gente, en un intento desacompasado por interpretar algo de música yerk que Khedryn apenas si había logrado reconocer. Viejas pantallas de video colgaban de las paredes, estando la mayor de ellas, localizada sobre la barra. La captación de señal de la HoloNet, era alternante, y por momentos se perdía, así que la mayoría de ellas tan sólo proyectaban grabaciones de espectáculos y eventos deportivos que habían sido emitidos en el Núcleo, hacía unos cuatro meses antes. Nada era producido localmente, ni siquiera los noticieros. Era como si «El Agujero», como si todo Farpoint, estuviese viviendo en el pasado, cuatro meses después de los hechos que acontecían en el Núcleo.

Khedryn saludó a algunas caras familiares, y se abrió camino por en medio de las mesas. Milsin, un envejecido humano tan delgado como un látigo, y tan calvo como un huevo, pero también tan rudo como un ankarax, lo saludó con una mano desde detrás de la barra.

—Pulkay saborizado con especias —pidió Khedryn, y Milsin asintió.

—¿Lo ves? —exclamó Stellet, capitán del *Starfire*[28], y un amigable rival de Khedryn. Stellet estaba dirigiéndose a su compañero de mesa wookiee, presumiblemente un nueva adquisición de la tripulación del *Starfire*—. Ese hombre es un piloto de chatarra. Anda

---

[28] Starfire. Fuego Estelar. N. del T.

nadando en lubricante de motor. Maneja una llave inglesa, mejor de lo que puede manejar a una mujer.

Khedryn le dedicó un gesto obsceno, pero lo compensó con una sonrisa, a medida que iba aproximándose a la mesa de Stellet.

—He estado en el desvencijado bote que llamas *nave*, Stellet. Espero poder recuperar algo de ella, cuando explote en tu próxima correría hacia el espacio chiss.

Stellet no pudo contener la risa, y levantó su vaso, como celebrando su ocurrencia.

—¿Deseas tomar asiento?

—No puedo. Vine a jugar una partida.

Una voz profunda de una mesa cercana, atrajo la atención de Khedryn, haciendo que se volviera.

—Hueles a perfume fino, Khedryn Faal —exclamó Kolas, un cathar[29] de pelaje aleonado, que todavía seguía tratando de dominar la clase de bromas que solían predominar en «El Agujero».

Khedryn se inclinó sobre él —olía a pulkay avinagrado—, y afirmó:

—Querrás decir, a excremento de ankarax, o a una alcantarilla abierta, o a algo *poco placentero*. Sigue intentando, Kolas.

Aquellos que se encontraban en las mesas cercanas a la de Kolas, empezaron a abuchear al cathar. El rostro provisto de bigotes de Kolas, se arrugó, producto de la confusión. Gruñó avergonzado, y se refugió detrás de su bebida.

Khedryn le dio un golpecito a Kolas en su enorme hombro, tomó su pulkay de la barra, y logró distinguir a Marr en la parte inferior del salón, cerca al arco que daba paso al ambiente posterior de «El Agujero». El elongado cráneo de su primer oficial, parecía flotar por encima de las cabezas de la multitud que estaba parada. Marr era alto, inclusive para ser un cereano.

Antes de que Khedryn pudiera levantar una mano a manera de saludo, un humano se atravesó en el camino de Khedryn. El hombre era más alto que Khedryn por una cabeza. Su barba pulcramente recortada, su corto cabello castaño, con el peinado como el de un libro abierto, y sus obsesivos ojos grises, pertenecían por completo al tipo que había visto Khedryn en los fanáticos religiosos. Khedryn le calculó unos cuarenta años, quizás; aproximadamente la edad en que los humanos miraban hacia atrás, a sus vidas pasadas, encontraban que habían sido insípidas, y se volvían estúpidos.

—Estás interponiéndote en mi campo gravitatorio, amigo —declaró Khedryn, e intentó hacerlo a un lado.

El hombre no se dio por enterado, y continuó bloqueando su camino. Se notaba igual de sólido que Kolas. Por encima del hombro de su interlocutor, Khedryn vio que Marr tomaba nota de la confrontación, y se movía en dirección hacia él. Varios otros de los concurrentes también se dieron cuenta, y empezaron a levantarse a medias. El hombre pareció sentir la precariedad de su situación.

---

[29] Cathar: raza de humanoides-felinos bípedos procedentes de Cathar, un planeta de sabanas y tierras altas. Eran conocidos por su lealtad, pasión y temperamento. N. del T.

—Capitán Faal —dijo el hombre. Dio un paso hacia atrás, y colocó sus manos en sus bolsillos—. Si pudiera concederme un momento.

—Ahora no.

El hombre se quedó contemplando el rostro de Khedryn.

—Por favor, capitán. Seré breve.

Khedryn lo observó de arriba a abajo. Por su mameluco de trabajo y por sus botas, Khedryn adivinó que se trataba de un hombre en misión de salvataje. Portaba un bláster, pero aquello era parte común de la vestimenta de los ciudadanos de Farpoint.

—¿Se trata de negocios? —le preguntó Khedryn.

El hombre asintió.

—Potencialmente lucrativos.

—Ésa es en la única clase que estoy interesado. Deberíamos hablar acerca de ellos, pero tendrá que ser en un rato. Tengo una mesa de sabacc esperando por mí.

El hombre sostuvo su mirada, y no le cedió el paso.

—Será mejor que hablemos ahora. Por favor, tomemos asiento.

Las palabras sonaron extrañas a los oídos de Khedryn. Empezaron a reverberar en su mente, repitiéndose una y otra vez. Sintió un cosquilleo detrás de sus ojos. Su visión se nubló por un momento, y cuando volvió a aclararse, estaba determinado a por lo menos escuchar lo que este hombre tenía que decirle.

—Por supuesto, mi amigo. Consigamos una mesa…

Los largos dedos de Marr se clavaron sobre el hombro de Khedryn.

—La partida espera, capitán. Reegas ya se encuentra bastante fastidiado.

Khedryn sintió un momento de leve mareo.

—¿Reegas?

—Sí.

Marr interpuso su cuerpo entre Khedryn y el humano. El cereano tenía puesta una mano sobre su bláster, y una interrogante en su mirada.

Khedryn miró a los oscuros ojos de su amigo, y sacudió su cabeza, como deseando aclararla. ¿En qué había estado pensando?

—Reegas, correcto.

Miró más allá de Marr, al hombre que lo había abordado.

—¿Cuál es tu nombre, mi amigo? ¿Y cómo es que me conoces?

La decepción coloreó las facciones del humano.

—Sólo puedo decir que te conozco. Y que estarás interesado en lo que tengo que proponerte, capitán.

—Sin duda. Pero me temo que tendrá que esperar hasta después de la partida.

—Capitán…

—Acaba de decir que después —intervino Marr.

—¿Cuál me dijiste que era tu nombre? —preguntó nuevamente Khedryn.

—Jaden Korr.

—Marr, aquí el amigo Korr dice que tiene una interesante propuesta de negocios.

Korr ni siquiera le dirigió la mirada al cereano.

—Siempre andamos en busca de negocios —aclaró Marr.

—Voy a buscarte después de la partida. Eres bienvenido para quedarte a verla, si es que te interesa —añadió Khedryn, señalando a las pantallas de video—.Es mejor que mirar un juego de grav-ball[30] que ha sido jugado hace cuatro meses estándar.

—Supongo que lo es —replicó Jaden, estudiando detenidamente a Khedryn y a Marr—. Quizás le tome la palabra, capitán.

Sentado en la esquina de «El Agujero» cerca de los músicos bothanos, Kell observaba mientras el barbado humano confrontaba a Khedryn Faal, y casi supo de inmediato que había encontrado a su Jedi. Ya se imaginaba el fuerte sabor picante de la sopa de Jedi, se relamió los labios, y se incorporó.

Durante dos semanas estándar, había estado merodeando inadvertidamente en medio de las calles, cantinas y antros de juego de Farpoint. Había estado alimentándose de los seres sintientes almacenados en el compartimento del *Predator,* mientras iba recolectando información acerca de Farpoint, su gente, las partidas y los arribos de las naves, siempre con un ojo alerta para detectar a algún Jedi.

Pero no había logrado encontrar nada. Hasta ahora.

El Jedi había estado enmascarándose como un vendedor de chatarra proveniente del Núcleo. Debía haber estado ocultando su presencia en la Fuerza. Pero Kell había sentido el relámpago de poder cuando el Jedi había empleado el así llamado truco mental sobre Khedryn Faal. *Por ello* —Kell sonrió ante la reminiscencia de la sintaxis de Wyyrlok—, el Jedi había revelado claramente que tenía negocios urgentes que concretar con Faal.

Y aquella información le había permitido a Kell completar el rompecabezas de la visión de Krayt, y presenciar la señal que le había indicado Wyyrlok. Y quizás la suya propia.

Había escuchado el chisme de que el *Junker* había encontrado una prometedora oportunidad de salvamento, pero por supuesto, semejantes historias no eran algo inusual en Farpoint. Había pensado que aquello era muy poco como para que fuera relevante frente a otros rumores.

Pero ahora sus sospechas estaban tomando un nuevo rumbo, ya que el Jedi debía tener información de la que carecía el resto. Y aquello significaba que Kell había encontrado su señal. Obtendría su respuesta cuando averiguase en dónde estaba localizada aquella oportunidad de salvamento. Lo habría apostado todo a que se encontraba en la gélida luna en órbita alrededor de aquel azulado gigante gaseoso rodeado por un anillo, la imagen que Wyyrlok había grabado en la mente de Kell.

[30] Grav-ball: deporte popular en toda la galaxia. Las partidas eran jugadas en el planeta Lothal, y en la Junior Academy of Applied Sciences. Uno de sus equipos famosos era el AppSci SaberCats. N. del T.

Kell empezaba a imaginar cómo las líneas se entrecruzaban delante de él, formando nudos, la trama y la urdiembre de las hebras que conformaban la madeja del Destino, en los confines corrugados de «El Agujero Negro», las cuales empezaban a conducirlo hacia afuera, hacia las Regiones Desconocidas, y hacia su propio destino.

Por encima de la música de los bothanos, por encima del zumbido de las conversaciones, las risas, y las proyecciones de las pantallas de video, Kell logró escuchar que el Jedi le dio su nombre a Khedryn Faal.

Jaden Korr.

El nombre liberó un escalofrío a través de su cuerpo. Saboreó las sílabas, como si fueran los sonidos de un conjuro que terminaría por atraerlo, hasta que todo fuese revelado por completo.

—Jaden Korr —susurró.

Los músicos bothanos llevaron su canción hasta llegar al clímax, contemplando la escena a través del cuerpo de Kell, y también más allá de su persona. Kell aprovechaba sus percepciones para observar las líneas del destino, al tiempo que iba muriendo la música de los bothanos. La habitación se convirtió en una intrincada red de resplandecientes cuerdas, pero Kell tan sólo tenía ojos para las hebras de color verde y rojo, que giraban en espiral, alrededor del Jedi de ojos grises.

Se deslizó en medio de la multitud, casi invisible para aquellos que habían concurrido a «El Agujero». Quizás alguien logró distinguirlo por un momento, pero su presencia apareció y desapareció de sus percepciones con tanta sutileza, que probablemente tan sólo parecía haber sido registrada a través del rabillo del ojo, como una sombra fugaz.

O como un fantasma.

Una mesa estalló en alaridos, mientras alguien anotaba en el juego de grav-ball que estaba siendo proyectado en una de las pantallas de video. Korr permanecía de pie en aquel lugar, con los brazos cruzados, vigilando a Khedryn Faal, inalterable y plácido delante de la frenética actividad de las bailarinas, personal de servicio, y clientes de «El Agujero».

Kell se entremezcló con los demás parroquianos. Sus probóscides alimentadoras se pusieron como locas en sus mejillas, mientras se aproximaba a donde estaba Korr. No lograba apartar su mirada de la nuca de Korr, no conseguía distraer sus pensamientos del sabor imaginario de la sopa de Jedi, del fuerte sabor cremoso que estaría implícito gracias al poder que había percibido cuando el Jedi empleó aquel truco mental.

Comprendió que su apetito estaba tomando el control de su persona, haciendo que fuese descuidado. Reconoció el hecho, pero también reconoció que, si al fin la revelación que andaba esperando fuera ésta, entonces llegaría a través de la sopa de un iniciado en la Fuerza.

Quizás a través de este iniciado en la Fuerza, pensó.

Se deslizó detrás de Korr, lo suficientemente cerca como para poder tocarlo, y se detuvo en ese momento. Sus probóscides alimentadoras se retorcieron. El esfuerzo desplegado para mantenerse encubierto —inclusive frente a un iniciado en la Fuerza

inadvertido—, hizo que se sintiera tenso. Sus *daen nosi* empezaban a enmarañarse con los de Korr, revolviéndose, serpientes de color plateado, verdoso y rojo, compitiendo entre todas ellas por la predominancia.

Los sonidos y los olores de la cantina cayeron en el olvido, dejándolos a él y a Korr, solos en medio de las arremolinadas potencialidades del Destino, con la enloquecida mezcla de sus *daen nosi*. Kell se inclinó hacia adelante, e inhaló el aire que rodeaba a Jaden Korr.

Korr inclinó su cabeza, y se dio vuelta. Sin estar preparado para el súbito enfoque de la percepción potenciada del Jedi a través de la Fuerza, las barreras de percepción de Kell se derrumbaron.

Pensando rápidamente, se agarró de la túnica del Jedi, y trastabilló sobre él, como si se tratara de un ebrio, mientras la colisión de sus carnes, reverberaba en la colisión de sus destinos.

—Perdón —dijo Kell en *básico*, e intentó avanzar tambaleándose. Se topó con una camarera que acarreaba una bandeja de madera cargada de vasos de pulkay, pero ella no siquiera se dio por enterada.

El Jedi tomó a Kell por el bíceps, y lo retuvo en el lugar. La mano izquierda de Kell se posó sobre uno de sus vibro-cuchillos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Korr.

Kell levantó la mirada, y se encontró con los ojos profundamente grises del Jedi, enmarcados por sus oscuras ojeras, y logró percibir el estrés y las ansias escritas en los rotos capilares de sus conjuntivas. Por un momento, no logró articular ninguna palabra. Sabía que se había encontrado con un espíritu afín, y supo que él y Jaden Korr estaban en busca de la misma cosa, de la misma revelación. Y Kell supo que hallaría la suya en cuanto ingiriese la sopa de Jedi.

—Estoy bien —afirmó Kell, con una estudiada dicción—. Gracias.

El Jedi dejó que se marchara. Kell se escabulló hacia una mesa libre que le permitiría observar la partida de sabacc, y se deslizó en uno de sus asientos.

Sintió el peso de la atención del Jedi sobre su nuca. Ella tan sólo acabó por disminuir, cuando Korr caminó sobrepasándolo, en dirección hacia el ambiente posterior, para observar la manera en que Faal jugaría al sabacc.

Kell aguardó algunos momentos, y luego lo siguió hacia el interior de la misma.

* * *

Tomándolo por el brazo, Marr condujo a Khedryn hacia la mesa de sabacc, de la misma forma en que podría hacerlo con un deslizador obstinado.

—Estás diecinueve minutos y nueve segundos estándar tardy —dijo Marr.

—¿No podrías decir simplemente *tarde*? ¿Tienes que decir *tardy?*

—Diecinueve minutos y *catorce* segundos estándar… tardy.

—¿De qué te preocupas? De cualquier modo, no te agrada la manera en que suelo jugar.

El cereano se encogió de hombros.

—Me desagradaría menos, si no fuera porque pierdes tan a menudo.

Khedryn sonrió, medio descorazonado. Todavía se sentía desconcertado desde su encuentro con Jaden Korr. Miró por encima de su hombro, y vio que Jaden seguía observándolo, con sus profundos ojos en medio de las sombras.

—¿Recuerdas esa vez en que llevamos a esos peregrinos de la Senda Sagrada[31] hacia Hoogon Dos[32], de manera que pudieran conocer el monumento construido allí por su fundador? —le dijo Khedryn a Marr—. ¿Recuerdas su mirada cuando llegaron hasta allí, y descubrieron que no había tal monumento?

Marr asintió.

—Era una mirada obsesiva.

—Correcto. Obsesiva —señaló a Jaden con el mentón—. Él me hacer recordarlos. Ese hombre tiene esa mirada. Como si hubiese llegado a saber algo que no deseaba, y eso hubiera desatado cuestionamientos a sus creencias.

—Puedo encargarme de hacerlo desaparecer, si eso es lo que deseas. No creo que sea muy difícil.

Khedryn sacudió su cabeza.

—Eso sería un mal negocio. Él dijo algo con respecto a un asunto *lucrativo*, así que escuchemos lo que tiene que decir.

La voz nasal de Reegas atrajo la atención de Khedryn hacia la mesa de sabacc.

—¡Pon tu trasero en una silla, Faal! ¡Y coloca tus ojos de insecto en algunas de las cartas!

—¿Acabas de decir *ojos de insecto*?

Khedryn prefería creer que su flojo oído le había hecho escuchar todo de una manera incorrecta, diferente a lo que habían escuchado todos los demás.

—Creo que sí lo hizo.

—Huh —dijo Khedryn. Dejó entrever una falsa sonrisa en sus facciones, y volvió a prestar atención a la mesa.

La calva de Reegas, ya empapada de sudor, brillaba bajo de las luces del techo. Sonrió en medio de su voluminosa papada, y su obeso cuerpo se encorvó sobre su asiento. Un vaso de keela[33] puro, estaba delante de él en la mesa, tan transparente como

---

[31] Sacred Way: religión que estuvo activa en la galaxia durante la Guerra Civil Galáctica. Entre sus creencias centrales, está su Libro-Sagrado, en donde se prioriza la noción del valor del alma de los seres orgánicos, y la idea de que cualquier pecado va a tener su retribución. El clérigo Dobarn Tren era uno de sus miembros, y viajó a Coronet City, en Corellia, con la esperanza de aliviar el sufrimiento de sus habitantes. N. del T.

[32] Hoogon Two: el sistema de Hoogon estaba localizado en el sector de Dantus, en la región de los territorios del Borde Exterior de la galaxia. N. del T.

[33] Keela: especie de alcohol preferido por la población de Farpoint. N. del T.

el agua. Sus dos guardaespaldas weequay[34], con las caras tan aburridas, y agrietadas como el cuero de las cartucheras de sus blásters, se encontraban reclinados contra la pared posterior de la habitación. Ambos tenían los ojos fijos sobre Khedryn, con la mirada siniestra de aquellos que tienen como profesión, el lastimar a otros para poder vivir.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! —le repitió Reegas.

Khedryn le dio un golpecito a Marr en el hombro.

—El deber me llama.

—Pero aquel cereano deberá permanecer alejado de esta mesa —declaró Reegas—. Su cerebro está adaptado para contar las cartas.

Khedryn perdió inclusive su falsa sonrisa.

—Has pasado demasiado tiempo en el espacio de los hutt. Te has vuelto paranoico. Yo no juego haciendo trampas, Reegas.

—No es de sorprender que nunca ganes —dijo Earsh, quien también estaba sentado en la mesa de sabacc. La prominente nariz del humano, y sus tupidas patillas, cepilladas prolijamente, hacían que se viera como si estuviera olfateando el viento para obtener algo de ventaja. Tenía la retorcida naturaleza de un roedor, y Khedryn sabía que estaba endeudado con Reegas por al menos tres mil créditos.

—Oh, no estoy aquí para ganar. Estoy aquí para hacer que este juego sea respetable. De otra manera, sería tan sólo una mesa llena de matones y truhanes. Excepto por ti, Flaygin.

El viejo hombre le dedicó una sonrisa llena de dientes con caries. Como antiguo habitante de Farpoint, Flaygin también había sido un rescatista, antes de retirarse. Khedryn anticipaba su propio futuro en el canoso y delgado cabello de Flaygin, en su piel arrugada por el sol, y en su afición por el juego. Flaygin no había vivido la vida, porque jamás había logrado nada más. Khedryn se daba cuenta de ello.

Earsh gruñó, colocó un crédito sobre la mesa, y lo hizo dar vueltas debajo de su dedo.

—Un rescatista-recolector de chatarra no hace respetable ninguna partida. ¿Has rescatado algún desperdicio del cielo recientemente, recolector de chatarra?

—¿Por qué? —le preguntó a su vez Khedryn a Earsh—. ¿Has perdido tu nave en algún lugar?

La expresión de Earsh se hizo dura. Sus patillas apuntaban acusatoriamente a Khedryn, aunque raramente se hubiese atrevido a sostener la mirada de este último. Khedryn se figuraba que sus ojos hacían que Earsh se sintiera incómodo.

—¿Le estás diciendo *basura* a mi nave, Faal?

Khedryn se levantó de su silla, sintiendo el reconfortante peso de su bláster sobre su muslo, con una mirada aparentemente ingenua.

—Llamar basura a tu nave, sería insultar a la basura.

---

[34] Weequay: especie sintiente nativa del desértico mundo de Sriluur. Su ruda y correosa piel, les ayudaba a soportar las duras condiciones de su mundo natal, proveyéndoles además, de una resistencia natural a los disparos de bláster. N. del T.

Earsh se puso de pie, colocando una callosa manos sobre su pistola bláster DL-21.

Khedryn perdió la sonrisa.

—Si un hombre saca su arma sobre esta mesa, será mejor que esté dispuesto a usarla. No estás pensando con claridad, Earsh —pero al decirlo, colocaba su mano sobre su propio IR-5.

—Siéntate, Earsh —le ordenó Reegas, golpeteando con un dedo sobre la mesa, como si estuviera llamando a su mascota—. Necesitamos ser cuatro para poder dar inicio a este juego.

Earsh se veía como si hubiera tragado algo asqueroso, mientras volvía a tomar asiento.

—Uno de estos días, Faal. Uno de estos días…

—El día que quieras, Earsh. El día que quieras.

—Por favor siéntese, Khedryn Faal —dijo el droide repartidor, Himher, y una de sus diestras manos metálicas, señaló en dirección hacia su silla. La voz de Himher cambió de masculina a femenina en mitad de la oración, un defecto de fabricación que se había escapado del control de calidad, o que quizás reflejaba el raro sentido del humor de alguno de los trabajadores de la planta. De cómo había llegado a terminar en Farpoint, bajo la propiedad de Milsin, Khedryn no tenía la menor idea. Himher era algo característico de «El Agujero», y siempre lo había sido.

Khedryn aceptó la invitación del droide, mientras Flaygin sorbía un largo trago de pulkay, y después golpeaba la mesa con su vaso vacío, y declaraba:

—Ahora que el faroleo preliminar ha quedado fuera de toda discusión, ¿podrían repartirnos algunas cartas, eh?

Todos rieron entre dientes, pero no de manera sincera.

—¿Desean jugar con el Gambito Corelliano, señores? —les preguntó Himher.

Los cuatro asintieron, y los apéndices mecánicos de Himher se volvieron manchas borrosas. Khedryn se sumergió por completo en el juego, mientras las cartas flotaban por encima de la mesa: frascos, sables, pentagramas y monedas. Los créditos empezaron a amontonarse por encima de la mesa, después de ser repartida una mano, y luego la otra. Un flujo sostenido de bailarinas, empezó a hacer relevos, ya sea colocándose al lado de Reegas, o sentándose en su regazo, hundiéndose en los pliegues de su obeso cuerpo. Él les otorgaba algunos pocos créditos a aquellas que le caían en gracia. Otros espectadores y pasantes iban empezando a sudar, a medida que las apuestas se hacían más considerables, y el juego se hacía más intenso. Khedryn no necesitaba voltearse para darse cuenta de que los ojos de Marr estaban abriendo agujeros sobre su espalda. Podía sentir su presión.

Prolongadas discusiones, y retadoras denostaciones, iban y venían por los alrededores la mesa, a medida que el juego se volvía más sustancioso. El ambiente quedó en silencio, salvo por el zumbido de los servo-motores de Himher, y por el ocasional jadeo o las exclamaciones de algunos de los concurrentes a la partida. Reegas sorbía su keela con gran afectación, estudiando a los otros jugadores por encima del borde de su vaso. El

rostro de Earsh empezaba a ponerse cada vez más rojo, al tiempo que el juego iba avanzando. Golpeaba con su vacío vaso de pulkay sobre la mesa, casi tan rápido como los servidores volvían a llenar su copa. Khedryn apenas si tocó su propia bebida.

Su sobriedad no dio frutos. Durante las siguientes cuatro horas estándar, las cartas de Khedryn volvieron a presentarse de la forma en que usualmente lo hacían. Se quedó contemplando cómo la mala suerte y su mal juego, empezaban a erosionar su pila de créditos, mientras que la de Reegas iba creciendo hasta formar casi una montaña. Mantuvo el persistente gesto irritado de su cara, pero la fuerza de su quijada, hacía difícil que pudiera separar sus dientes superiores de los inferiores. Una jaqueca empezó a asentarse en su sien izquierda, y no pudo desprenderse de ella. Siguió jugando para forzar las cosas, no para ganar, pero lo contrariaba perder frente a Reegas.

—¿Podrías traerme otro, querida? —le dijo Reegas a la rubia bailarina de aspecto demacrado que se encontraba posada sobre su regazo. Hizo tintinear el hielo de su vaso, y dejó ver una sonrisa presumida que Khedryn hubiera preferido borrar con una lijadora eléctrica.

—A mí también —dijo Earsh, pero la bailarina resopló con desprecio, al momento de alejarse—. ¡Hey!

Al tiempo que la bailarina se movía del regazo de Reegas, ignorando a Earsh, Reegas le sonreía a Khedryn.

—Tus créditos se ven un poco flacos, Faal.

—Sin embargo, tú no te ves nada flaco —replicó Faal—. Y estás calvo.

Algunas risas mal disimuladas, y un par de carcajadas recorrieron la turba de espectadores que formaban un anillo alrededor de la mesa. La hipócrita sonrisa de Reegas continuaba colgada de sus facciones, como si hubiese sido pintada, pero su mirada se volvió dura.

Como si hubiesen sido convocados para dar un paso hacia adelante en función de la ira que empezaba a demostrar, el par de guardaespaldas weequay de Reegas, abandonaron su posición a lo largo de la pared, y se escabulleron en medio de la multitud, hasta quedar parados justo al borde de ella.

—Estás jugando como siempre —dijo Reegas.

Khedryn se encogió de hombros.

—Algunos nacen con suerte. Algunos nacen hermosos. No se puede tener ambas cosas. Supongo que eso hace que tú seas tan suertudo.

Incluso Earsh no pudo evitar soltar un bufido, aunque intentó ocultarlo con un acceso de tos.

—La apuesta le corresponde a Reegas —recitó Himher, y su voz cambió a una tonalidad femenina al momento de decir *Reegas*.

—Lo apuesto todo, Himher —dijo Reegas, colocando su mar de créditos en el centro de la mesa, mirando a Faal al mismo tiempo.

—Reegas Vance lo apuesta todo —anunció el droide, y un susurro excitado recorrió la platea de espectadores.

Earsh gruñó, y plegó sus cartas, disgustado.

—Estoy fuera.

Flaygin miró primero sus cartas, luego a Reegas, y al final a Khedryn.

—Parece que esto es entre ustedes dos. Y por ahora, es bastante bueno. Estoy fuera.

—Te has quedado corto, Khedryn Faal —declaró Himher, estudiando los créditos restantes de Khedryn—. Por favor, acredita seis cientos cuarenta y dos créditos, obtén un préstamo por esa cantidad, o deberás dar por perdida esta mano.

La multitud murmuraba. Khedryn se quedó mirando sus créditos, como si pudiese lograr que se reprodujesen y se multiplicasen por medio de su fuerza de voluntad, todo con la intención de evitar ceder *nada* a Reegas.

—Marr —llamó sobre su hombro.

Se quedó mirando a Reegas, desafiando al obeso payaso a que objetara la presencia de Marr en la mesa.

Reegas hizo un gesto otorgando su permiso —un rey concediendo una indulgencia—, y se reclinó hacia atrás en su silla.

El cereano hizo su aparición al lado de Khedryn, con sus facciones serenas.

—No digas una kriffing[35] palabra acerca de perder —le dijo, y la boca de Marr, que empezaba a abrirse, permaneció cerrada—. ¿Qué es lo que tenemos?

—Lo que tenemos está frente a ti —le respondió Marr.

Khedryn asintió. Ya se lo había imaginado. Levantó la mirada, pensando en ahorrarse algunas malas caras, dejando en claro su situación, y entonces logró divisar a Jaden Korr en medio de la multitud. La mirada del hombre estaba fija sobre él, y la preocupación empezaba a forjar surcos en su frente. Khedryn miró más allá de él, le sonrió a un espectador que estaba allí al azar, aunque la ira y el bochorno hacían que su voz empezara a sonar tensa.

—¿Alguien por allí tiene seis cientos cuarenta y dos créditos para prestarme?

La multitud se estremeció, producto de las risotadas. Khedryn bajó su vaso de pulkay y al momento de levantar la mirada, Jaden se le había perdido de vista. Buscó entre la multitud, y logró localizarlo nuevamente, deslizándose alrededor del perímetro de la habitación. El hombre era sigiloso. No estaba seguro de si Marr lo había catalogado correctamente como alguien que *no aparentaba mucho*.

—¿Nadie? —preguntó Khedryn.

Las risas terminaron por extinguirse.

Khedryn encaró a Reegas, y levantó sus manos vacías.

—Parece que me he quedado corto.

Reegas sonrió por encima de su papada.

—Así parece. ¿Quizás podrías considerar arriesgar alguna cosa más, aparte de tus créditos?

Khedryn sabía lo que se venía, pero decidió seguirle el juego.

—¿Cómo qué?

---

[35] Kriffing: interjección despectiva. N. del T.

Reegas tomó un sorbo de su bebida y chasqueó sus labios, los cuales brillaban por la humedad debajo de las luces del techo.

—Las coordenadas de la señal que lograste identificar. Se dice que podría haber algo de valor en ese lugar. Si ese rumor es verdadero, podríamos considerarlas, e incluso valorizarlas.

—¿Ahora deseas ingresar en el negocio del chatarreo? ¿El ser un narco no te reporta ganancias suficientes?

La multitud dejó escapar un *ooh* colectivo frente a ello. Reegas perdió la sonrisa; su labio superior empezó a retorcerse.

—Estoy tratando de hacerte un favor, Khedryn Faal.

—Ni siquiera sabes qué puede haber allí. Yo tampoco sé que puede haber en ese lugar. Podría ser algo sin ningún valor. Un droide de exploración estrellado.

Pero Khedryn no pensaba así. Pensaba que se había tropezado con una base abandonada de alguna clase. Debía contener lotes valiosos en su interior, por lo menos en equipos electrónicos. Y probablemente, eso era lo que les había dicho exactamente a las tres bailarinas zeltron. Y ellas se lo habían contado a todo el mundo, incluyendo a Reegas. Se maldijo a sí mismo por tener una boca que funcionaba como un colector con un mal funcionamiento, siempre abriéndose en el momento equivocado.

Reegas se inclinó hacia adelante, con sus obesos pliegues amontonándose sobre sí mismo varias veces.

—Siempre hay algo de valor flotando en el espacio, ¿no es verdad? ¿No es eso lo que ustedes, los rescatistas-recolectores, dicen?

Khedryn no respondió nada, pensando que probablemente Reegas estaba burlándose del lema de los rescatistas-recolectores, y de alguna manera, manchándolo al decirlo.

Reegas hizo el amago de suspirar antes de ponerse de pie, y empezar a agacharse sobre el acúmulo de créditos que estaban sobre la mesa.

—Si no te molesta dar por perdida la mano, entonces…

—De acuerdo —ladró Khedryn, teniendo que relajar su mandíbula y sus puños contraídos. *No* daría por perdida la mano frente a Reegas Vance—. Trato hecho.

Reegas mantuvo su postura sobre la mesa por tan sólo un momento, un hinchado y medio ebrio dragón presumido flotando sobre su tesoro. Volvió a sentarse y se fijó en Khedryn con una mirada dura.

—Entonces, pongámoslas sobre la mesa.

—¿Con mi palabra no es suficiente?

—Sobre la mesa —replicó Reegas.

—Las coordenadas —le dijo Khedryn a Marr, quien todavía permanecía sobre su hombro.

Marr dudó un momento antes de extraer un pequeño datapad de una docena o más de bolsillos en sus pantalones, y empezar a oprimir algunas teclas.

—¿Con eso estará bien? —le preguntó Khedryn.

—¿Necesitabas su permiso? —le preguntó Reegas.

—Cierra la boca, gordo —restalló Khedryn.

Earsh empezó a moverse de su silla, pero Reegas hizo que se contuviera con una mano levantada.

—¿Necesitabas *su* permiso? —le dijo Khedryn a Earsh—. Hazlo. *Hazlo*.

Las hendeduras de los ojos de Earsh se desplazaron de Khedryn a Reegas, y luego nuevamente a Khedryn, y volvió a acomodarse sobre su silla. Su pecho estaba agitado, como el de un hombre que hubiese estado corriendo cinco klicks[36].

—Estás tentando tu suerte —le dijo Marr a Khedryn.

—Siempre lo hago —le contestó Khedryn.

—Si es tan amable, las coordenadas, Maese Marr —requirió Reegas de aquel.

—Marr —exclamó Khedryn con una tonalidad delicada—: lo lamento.

Marr cerró los ojos, mientras digitaba las coordenadas en el datapad.

—Tú eres el capitán —declaró, con un tono de voz igualmente delicado.

Khedryn casi empezó a arrepentirse —la desaprobación de Marr era tan evidente como el calor que imperaba en toda la habitación, Khedryn valoraba la opinión de Marr por encima de la de todos los demás—, pero la presumida expresión en la cara de Reegas, desterraba cualquier tipo de consideración commo con un capirotazo.

—¿Has memorizado todos esos números en tus cerebros, cereano? —le preguntó Reegas.

Marr se quedó mirándolo por debajo de sus prominencias frontales, pero no dijo nada. El cereano retiró el cristal de memoria del datapad, y lo colocó en el centro de la mesa. El cristal reflejaba la luz, brillando como un diamante.

—Buena suerte —le dijo Marr a Khedryn, y se perdió en medio de la multitud. Khedryn lamentó su partida. La presencia de Marr le ofrecía a Khedryn algo que no era capaz de articular, algo sólido, algo… certero.

El rumor de la apuesta y de la amenazante confrontación, debía haberse esparcido por todo «El Agujero». Algunas docenas de espectadores atiborraban el ambiente, abriéndose campo a punta de codazos, estirando sus cuellos.

—Dame unas falsas coordenadas —le advirtió Reegas—, y bueno… ya sabes.

Khedryn miró más allá de Reegas, a sus guardaespaldas weequay. Jaden Korr, ahora de pie por detrás de los guardaespaldas de Reegas, le devolvió la mirada, y lentamente sacudió su cabeza. Khedryn decidió ignorarlo.

—Como acabo de decir, yo no hago trampas, Reegas. Jamás. Asumo mis pérdidas en la medida que las cartas así lo determinan.

—Igual yo —Reegas sorbió su keela—. Reparte, Himher.

—Se ha llegado a un acuerdo con respecto a la apuesta —recitó el droide, y empezó a repartir las cartas.

Khedryn estudió su mano, con el corazón en la boca. No estaba tan preocupado con respecto a perder las coordenadas en manos de Reegas, como por el simple hecho de *perder* frente a Reegas, delante de todo aquel ambiente repleto de gente.

[36] Klicks: kilómetros. N. del T.

Sus cuatro primeras cartas incluían al Maestro, y sumaban diecinueve. Una mano mediocre. Miró por encima de la mesa, hacia Reegas, tratando de leer sus cartas por la forma en que retorcía sus labios. Nada. No se atrevía a seguir adelante con un diecinueve.

—¿Khedryn Faal? —le preguntó Himher.

Descartó sus dos cartas más altas, y decidió apostar hacia abajo del cero. Himher le lanzó dos cartas por encima de la mesa. Khedryn las ojeó —el Balance y el Maligno—, y le tomó algunos momentos el poder apreciar su valor. Hacía las cuentas en su cabeza, una y otra vez.

Negativo veintitrés.

—Reegas —dijo Himher.

—Me planto —dijo Reegas, y se repantingó en su asiento.

Khedryn intentó responder a la petulancia de Reegas con la suya propia. Saboreó el momento, mostró sus cartas.

— Negativo veintitrés.

Algunos jadeos y un aplauso de aprobación estallaron en medio de la multitud. Sólo un positivo veintitrés podría derrotarlo.

El rostro de Reegas descendió sobre su mano. Miró las cartas de Khedryn por un momento, y luego mostró las suyas.

—Veintitrés. A la derecha del cero.

Más aplausos.

—¿Qué? —preguntó Khedryn contemplando las cartas, demasiado perplejo como para decir algo sensato—. ¿Qué?

La risotada de Earsh fue como una lija de madera sobre los nervios de Khedryn. Flaygin se limitó a sacudir su cabeza, y empezó a contar los créditos que le quedaban.

—La mano la gana Reegas —declaró Himher, y el ambiente estalló en aclamaciones, abucheos y aplausos, todos los cuales no permitían escuchar las imprecaciones de Khedryn.

Reegas esperó a que el tumulto se tranquilizara, antes de empezar a recolectar sus ganancias. El cerebro de Khedryn corría a mil por hora. Para el momento en que los dedos en forma de salchicha de Reegas habían acaparado su tesoro, Khedryn ya tenía decidida una estratagema.

Le dijo a Reegas:

—Supongo que te tomará pocos días antes de contratar una tripulación de salvataje, para llevarlos hasta ese lugar.

—Supongo que sí —convino Reegas—. ¿Necesitas trabajo?

—¿De ti? No. Tan sólo estaba pensando que, tomando en cuenta aquel contador de tiempo de la mesa, Marr y yo tendremos que partir rápidamente. Sin embargo, no te preocupes, te dejaré lo suficiente como para que puedas pagar el combustible que vayas a quemar para llegar hasta allí.

La habitación quedó completamente en silencio. Reegas se quedó mirándolo, con la cara enrojecida, y el cuerpo en tensión. Los weequay colocaron sus manos sobre sus

blásters, aguardando las órdenes de su jefe. Jaden Korr se vislumbraba detrás de ellos, siendo sus facciones, las únicas que no demostraban conmoción o preocupación.

—¿Huh? —dijo Earsh, mirando de Khedryn a Reegas, y al revés una vez más.

—Con seguridad no estabas pensando que yo te iba a ofrecer los derechos en exclusiva, ¿no es verdad? —le preguntó Khedryn a Reegas, haciendo ondear una mano, como si la misma noción de lo que acababa de decir, fuera algo absurdo—. Himher, ¿acaso yo dije «en *exclusividad*»?

—La exclusividad no fue mencionada en el acuerdo —aseguró el droide.

La boca de Reegas se abrió y se cerró un par de veces. El odio anidaba en los pantanos llenos de ira de sus ojos.

Algunas pocas risitas se abrieron paso en medio de la audiencia, y Khedryn tuvo la seguridad de que había logrado obtener algo con qué negociar. Había avergonzado a Reegas de una mala manera.

El odio persistió tan sólo un momento más en las facciones de Reegas, antes de que se volvieran inexpresivas, como si una luz hubiera sido apagada.

—Muy bien. La exclusividad no fue mencionada. Entonces, ¿doble o nada por los derechos exclusivos?

Khedryn ni siquiera lo pensó. Se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Reparte, Himher.

La multitud estalló en gritos y vítores, a medida que las cartas iban bailando sobre la mesa, mano tras mano, sin que ninguno de los contendientes decidiera plantarse. Desechaban su mano, la cambiaban por otra. La tensión de los cuerpos en la habitación, hacía que ésta se pusiera más ardiente de lo usual. Khedryn tuvo la enorme satisfacción de ver que Reegas pasaba un pañuelo por su rostro cubierto de sudor.

A medida que Himher volvía a reunir las cartas desechadas, y distribuía otra mano, Khedryn logró ver a Jaden Korr, con los ojos cerrados, como si se hubiera quedado dormido de pie.

Las cartas sacudían la mesa. Khedryn examinó las suyas, contó un veintitrés, e intentó que sus ojos no lo revelaran. Era el turno de Reegas para mostrar su juego, o pasar.

Reegas ojeaba sus propias cartas, sudando, y volvía a mirarlas por segunda vez.

—Muestra tu juego o pasa, Reegas —inquirió Himher.

—Muestro —dijo Reegas, y volteó sus cartas—. Negativo veintidós.

Khedryn lo dejó un momento en medio de la incertidumbre, y luego volteó las suyas.

—Veintitrés. En el lado correcto del cero.

La multitud estalló, y Earsh saltó de su asiento, golpeando la mesa, y echando a volar los créditos.

—¡Él hizo trampa! ¡No eres más que un tramposo nerf! Aquel cereano le dijo algo en el momento que vino hasta aquí. Yo lo vi.

Khedryn se puso de pie, con los nervios de punta, y las piernas rígidas, después de haber estado tanto tiempo en la silla.

—Mentira. Yo no hago trampas, niño. Ni tampoco Marr.

Marr se apareció a su lado, firme, tranquilizador.

La mirada de Reegas para Khedryn, era gélida.

—Hablemos de esto en un lugar más privado.

—No lo creo —replicó Khedryn, dando un paso atrás.

—No te lo estoy pidiendo —mascullo Reegas, e hizo una señal a sus guardaespaldas con la mano. Ambos esgrimieron sus blásters, y dieron un paso hacia el frente.

Khedryn y Marr desenfundaron los suyos, y Khedryn pateó la mesa en el momento en que Earsh sacaba su arma. Los créditos y el cristal que contenía los datos salieron volando por toda la habitación. La gente empezó a aullar, a salir en estampida hacia la puerta… y por encima del tumulto, Khedryn escuchó un sonido que no había oído en décadas: el zumbido y el siseo de un sable de luz.

CAPÍTULO VI

EL PRESENTE:
41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

Los weequay se dieron vuelta en cuanto escucharon a Jaden encender su sable de luz, con los ojos completamente dilatados, en medio de su arrugada piel correosa. Jaden estuvo sobre ellos antes de que pudieran apuntarle con sus blásters, y con un mandoble descendente, un giro, y un golpe en reversa, los dejó a ambos sosteniendo tan sólo la humeante mitad de un arma. La multitud salió corriendo presa del pánico. Los disparos de bláster cerca de la mesa de sabacc, resonaban por encima de los gritos y aullidos.

Jaden maldijo, pateó a uno de los weequay en el pecho —logró sentir la armadura debajo de sus vestimentas—, y se abrió paso entre el bullicio, en busca de Khedryn y de Marr.

Reegas vociferaba por encima del tumulto, con su potente voz tan sonora como una sirena.

—¡Quiero a Khedryn Faal! ¡Tráiganlo ante mí!

Jaden vio que Khedryn y Marr estaban dirigiéndose agachados hacia la salida. El jugador de sabacc llamado Earsh, estaba disparando su bláster hacia Khedryn. Falló el tiro por mucho, pues en lugar de acertarle, abrió un humeante agujero en la espalda de una de las bailarinas.

Aquello provocó una mayor cantidad de gritos y de pánico en el ambiente.

Ni Khedryn ni Marr se molestaron en devolverle los disparos a Earsh, aunque ambos portaban sus blásters. Quizás tenían miedo de acertarle a un inocente.

Earsh disparó una vez más, y su tiro rozó el hombro de Marr. El impacto hizo que el cereano se revolviera, derribándolo sobre el piso. Khedryn lo tomó por su brazo indemne, e intentó ponerlo de pie. Earsh les apuntó una vez más.

Jaden se abrió a la Fuerza, la empleó para potenciar un gran salto, giró en medio del aire, y aterrizó justo frente a Earsh, esgrimiendo su sable de luz ante los sorprendidos ojos de éste, y abriendo un humeante túnel a través de su cabeza.

Jaden ya estaba sobrepasando los límites que había esperado nunca tener que cruzar.

Una de las acobardadas muchachas que estaban encogidas en las cercanías, chilló al momento en que el cuerpo de Earsh golpeó el suelo, con el agujero en su frente como un tercer ojo que miraba acusatoriamente a Jaden. Incluso Reegas se contuvo, mirando con los ojos totalmente dilatados producto de la sorpresa, a Jaden y a su sable de luz.

Jaden saltó hacia atrás, haciendo una maroma potenciada por la Fuerza, y casi golpeó el techo, avanzando hacia la mitad de la habitación, y aterrizando justo en frente de Khedryn y Marr. Estando tan cerca, logró percibir una tenue sensibilidad a la Fuerza en Marr. Empezó a preguntarse cómo era posible que no lo hubiese notado más temprano.

—Permanezcan detrás de mí —les dijo.

—Creo que así lo haremos —replicó Khedryn, y finalmente logró hacer que Marr se pusiera de pie.

Con toda seguridad, los guardaespaldas weequay debían estar provistos de algunas armas extra, ya que emergieron del tumulto cerca de Reegas, sosteniendo un bláster en cada una de sus manos. Su aparición pareció renovar la confianza de Reegas.

—¡Mátenlos a todos! —gritó Reegas, y su grasa temblaba producto de la ira.

Los weequay dispararon nuevamente, una y otra vez. El sable de luz de Jaden era un difuso manchón de luz verdosa, que desviaba todos y cada uno de los disparos. Se las ingenió para desviar todas las descargas hacia el techo, y pronto su superficie salpicada de cráteres, tomó la apariencia de una luna. Empezó a sentir miedo de que se desplomase antes de que pudieran abandonar la habitación.

—Por aquí —dijo Jaden, e hizo que Khedryn y Marr se dirigieran hacia la pared.

Con la mayoría de los espectadores fuera, y con un rango de disparo libre al fin, Khedryn y Marr se decidieron a responderles con sus propios blásters. Khedryn le dio a uno de los weequay en el pecho, pero el guardaespaldas —como Jaden había supuesto—, portaba una armadura resistente a los blásters por debajo de sus vestimentas. El impacto lo hizo tambalear, pero no hizo más que provocar una pausa en su secuencia de disparos.

—Directo a sus cabezas —le dijo Khedryn a Marr.

—¡Agáchense! —exclamó Jaden, y lanzó una mesa por encima de ellos, para que pudieran utilizarla a manera de un escudo.

Khedryn y Marr se lanzaron al piso por detrás de la mesa, mientras Jaden empleaba su sable de luz para tallar una salida en la corrugada pared de plasti-acero de «El Agujero». El intento le hizo pagar caro, pues un disparo de bláster anidó en su hombro. El dolor atenazó toda la longitud de su brazo, desatando su ira. Se dio vuelta, con su hoja una vez más puesta en posición para desviar las rápidas descargas de los weequay, e intentó volver a asumir su estado de calma.

—Afuera —les dijo, con los dientes apretados.

—¡Tramposo! —chilló Reegas detrás de ellos—. ¡Eres un tramposo con las horas contadas, Khedryn Faal!

—¡Yo no hago trampa, montón de excremento de bantha! —espetó Khedryn en respuesta.

—Sí, sí lo haces —le dijo Jaden, desviando otro par de disparos. Un trozo de metal se soltó del techo, y cayó sobre el piso provocando un estruendo—. Bueno fui yo el que lo hizo. Te lo explico luego. Ahora larguémonos.

—¿Qué? —exclamó Khedryn, con su ojo bueno fijo sobre Jaden, mientras su ojo perezoso miraba a través del agujero que Jaden estaba abriendo en medio de la pared—. Maldición. Tengo una reputación que cuidar aquí…

Las descargas de bláster sisearon sobre la pared, y dejaron cortas sus palabras. Jaden, con su sable de luz en una mano, desvió de manera inofensiva un trío de disparos hacia el techo.

—Adelante, capitán —le dijo.

Marr lanzó dos tiros hacia los weequay desde detrás de la mesa, y luego, los tres salieron corriendo a través del agujero.

Se toparon con la calle envuelta en la noche. Los menguantes faroles de la improvisada iluminación, hacían que la calle se viera sumida en un entramado de sombras. Los parroquianos de «El Agujero» estaban saliendo en desbandada, maldiciendo, señalando algo. Los transeúntes se detenían en medio de la calle, para averiguar algo con respecto a aquella conmoción. Un ankarax se levantó sobre sus patas traseras, gruñendo.

—¿Tienen algún transporte? —les preguntó Jaden, tanteando su brazo para cuantificar el daño. Había sido mínimo.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Marr.

—Sí, ¿quién eres tú? —lo secundó Khedryn.

—Un amigo de ustedes —declaró Jaden, apagando su sable de luz.

—Bueno, eso no podemos rebatirlo —aceptó Khedryn—, aunque no podría decir que hubiese esperado tener a un Jedi por amigo. Sígueme.

Salieron volando a través de la calle, por en medio de la multitud, siendo perseguidos por los gritos, hasta que llegaron al lugar en donde estaban aparcadas una moto swoop y una moto deslizadora.

—Una Searing —exclamó admirativamente Jaden, examinando las sólidas líneas de la moto swoop.

Khedryn asintió, al mismo tiempo que se subía en ella.

—Tú vas conmigo.

Y a Marr le dijo:

—De regreso al *Junker*, y luego abandonaremos esta roca, hasta que podamos apaciguar las cosas con Reegas.

Marr forzó el arranque de su moto deslizadora, dejando ver un gesto de dolor provocado por su brazo lastimado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Khedryn.

—Sí —respondió Marr—. Estoy bien.

Khedryn accionó el arrancador de su moto swoop, pero luego se detuvo.

—De todos modos, ¿por qué permaneces estando conmigo? —le preguntó a Marr.

El cereano se veía sorprendido por la pregunta.

—Porque eres mi amigo.

Khedryn se quedó mirándolo por un momento, como si estuviera contemplando un caso perdido.

Jaden se sintió como si hubiera estado atestiguando algo privado. Se preguntó si acaso Marr sabía que era sensible a la Fuerza.

—Tú también lo eres —dijo finalmente Khedryn. Recomponiéndose, le dijo a Jaden por encima de su hombro—: Mientras tanto, cualquiera que sea el negocio que quieras proponernos, pues parece como que vamos a tener que aceptarlo.

Los alaridos de la multitud resonaban por encima del zumbido del motor de la moto swoop.

—¡Allí! ¡Allí están!

Los weequay emergieron de la multitud, blandiendo sus blásters, buscando en la oscuridad a Khedryn, Jaden, y Marr.

—Es hora de irnos —dijo Khedryn, y Jaden se aferró a los pasamanos, al tiempo que la Searing salía hecha una llamarada hacia el firmamento. Un par de disparos de bláster mal dirigidos los siguieron en el aire, pero muy pronto ya habían conseguido alejarse por completo de Farpoint y de «El Agujero Negro».

—¿Viste salir a Flaygin? —le gritó Khedryn a Marr.

—¿A quién? —le preguntó el cereano.

—A Flaygin.

Marr frunció el ceño.

—No lo sé. Creo que sí.

Khedryn asintió, y siguió conduciendo su moto. Sólo Jaden lo escuchó decir:

—Así lo espero.

Kell se había pegado a la pared, apenas estalló la violencia en la habitación. Los aullantes seres de todas las especies, habían evacuado el área común, y se habían dirigido hacia las calles. En medio del caos, logró ver que Korr, Khedryn Faal, y el cereano, huían a través de un agujero en la pared, y que Reegas, el obeso humano, les ordenaba a sus weequay que los siguieran.

Cuando todo hubo terminado, Reegas permanecía de pie, solo, en el centro de la habitación que súbitamente había quedado tranquila, reinando sobre todo aquel desastre, rodeado por sillas y mesas derrumbadas, créditos esparcidos por todo el suelo, bebidas derramadas, y cuatro cadáveres, tres de los cuales todavía desprendían la humareda provocada por los disparos de bláster.

Kell observó a Reegas avanzar anadeando hacia el cuerpo del jugador de sabacc al que Jaden Korr había eliminado, era Earsh. Reegas permaneció de pie sobre el cadáver, lo movió con un dedo inquieto, y le sacudió la cabeza. Su respiración se escuchaba como el viento que atraviesa una ventana rota.

—¡Tráiganme un trago! —gritó por encima de su hombro, una orden dirigida hacia nadie en particular.

No obtuvo respuesta. El área común estaba vacía. Reegas dejó escapar una imprecación.

Procedentes desde fuera, Kell podía escuchar más detonaciones de blásters, y algunos gritos escasos. Presumía que Jaden Korr y la tripulación del *Junker* habían logrado escapar. Aquello no importaba. Kell lograría seguirlos. El destino de todos ellos, había quedado forjado en la habitación en donde se había desarrollado el juego de sabacc.

Conseguiría atraparlos después. Había visto el entramado de sus líneas del Destino, y había notado que todas se entremezclaban con la suya propia. Sabía que sus destinos se habían unido formando uno solo.

En aquel momento, ya se encontraba hambriento. La proximidad al Jedi había aguzado su apetito. Y ya que pronto estaría abandonando Fhost, podía alimentarse más libremente. El fantasma ya no necesitaba ser tan circunspecto.

Reegas gruñó, resopló, y lentamente se las ingenió para quedar apoyado sobre sus cuatro extremidades. Todavía resoplando, empezó a rebuscar entre los desechos que habían quedado sobre el piso, buscando sin duda el cristal de datos que el tumulto había hecho que saliera volando.

Bloqueando las percepciones de Reegas, Kell se deslizó por detrás de él, siguiéndolo a medida que examinaba cuidadosamente los créditos enterrados en la suciedad del piso de «El Agujero».

—¿ En dónde está? —susurró Reegas, en medio de sus jadeos—. ¿En dónde está?

Tiró a un lado los créditos, el hielo, y los vasos, hasta que finalmente logró encontrar lo que andaba buscando, y lo levantó delante de sí, como si fuera un trofeo. El transparente cristal de datos relucía debajo de las luces del techo.

—¡Te tengo!

Con otra serie de gruñidos y resoplidos, Reegas colocó un pie debajo de su voluminosa circunferencia, y se incorporó.

—Ahora, algo de keela —musitó.

Kell se dio la vuelta para colocarse delante de él, y dejó que sus barreras de percepción cayeran.

Los ojos de Reegas se quedaron fijos sobre Kell, abiertos como platos. Su quijada se descolgó.

Kell llevó uno de sus dedos hasta sus labios, pidiéndole que se quedara en silencio, mientras los *daen nosi* de ambos, bailoteaban en el espacio que había entre ellos.

Mantente tranquilo y en silencio, proyectó Kell.

Reegas se desplomó, su ceño se arrugó formando una silente pregunta, pero hizo lo que se le pedía. Kell tomó el cristal de datos de los debilitados dedos de Reegas, y lo colocó en uno de los bolsillos de su chaqueta. Sintió que Reegas se resistía a los grilletes mentales de Kell, pero sólo débilmente.

Kell sonrió, tomó a Reegas por los hombros, lo miró fijamente a los ojos, y dejó libres sus probóscides alimentadoras. La resistencia mental de Reegas se intensificó. Luchó contra la sujeción de Kell, abrió su boca como para dejar escapar un grito, pero no logró emitir más que un jadeo sofocado.

Las probóscides alimentadoras se retorcieron debajo de las fosas nasales de Reegas, se abrieron paso a través de los tejidos, y hacia el cerebro que estaba localizado detrás de ellos. Reegas había empezado a ponerse rígido, a medida que la sangre iba cayendo de su nariz.

Kell comió hasta hartarse. Su conciencia levitó, pero la débil sopa del cerebro de Reegas, tan sólo le proporcionó algunos débiles indicios de los propósitos del Destino. La conciencia de Kell volvió a apoderarse de su persona, volviéndolo perspicaz, y logró apreciar la red de *daen nosi* que componían el universo, la suma de las elecciones de todos los seres sintientes, pero no consiguió desvelar su ordenamiento, sino tan sólo un entramado primitivo, sin mayor significado.

Irritado y decepcionado, devoró toda la sintiencia de Reegas, todo lo que era, y todo lo que podría llegar a ser, pero con una satisfacción mínima. Reegas era su sustento, pero nada más. Retrajo sus probóscides alimentadoras, manchadas con el sanguinolento guiso del cerebro del humano, y permitió que se bambolearan delante de su víctima. El cuerpo de Reegas cayó sobre el piso con un sonido sordo.

El vacío dentro de Kell amenazaba con engullirlo, y él lo atribuyó a una única causa: Jaden Korr. Ahora más que nunca, sabía que sólo llegaría a conocer la verdadera naturaleza del Destino, cuando probase la sopa del Jedi. El Destino los había traído a ambos hasta «El Agujero». El Destino los llevaría a ambos hasta la luna de la visión de Krayt. Allí, Kell obtendría su revelación. Las coordenadas en el cristal de datos, eran el punto en el espacio-tiempo en donde lograría unirse con Jaden Korr, en donde finalmente llegaría a descubrir la verdad detrás del velo.

Una humana, una de las bailarinas que vestía un traje de gasa verdosa, que mostraba mucho más de lo que cubría, ingresó en la habitación. Al ver a Kell de pie sobre Reegas, se quedó congelada justo en el umbral de la entrada. La copa que sostenía entre sus manos cayó sobre el piso, derramando todo su contenido de keela. Su boca se quedó abierta, y sus ojos parecían querer salírsele. Un corto, y abortado grito emergió de su garganta. Quizás su boca estaba demasiado seca como para intentar algo más.

Las probóscides alimentadoras de Kell serpentearon hacia los sáculos de sus mejillas, dejando un rastro de sangre sobre el piso. Miró a la mujer, y levantó un dedo hasta sus labios.

—Shh.

Se hizo invisible a sus percepciones, y caminó hacia afuera, a través del agujero que había en la pared, siguiendo el camino de Jaden Korr y a Khedryn Fell.

Los alaridos de la mujer empezaron a escucharse apenas llegó a la calle.

La moto swoop y la moto deslizadora destellaron en medio de la sombría atmósfera sobre el espacio aéreo que cubría el campo de aterrizaje de Farpoint. Jaden tenía protegida su boca del polvo con su manga, y volvía la mirada hacia Farpoint de tanto en tanto, pero no logró distinguir ninguna señal de persecución.

Unas pocas docenas de naves, en su mayoría cargueros, salpicaban las polvorientas planicies del campo que estaba a sus pies, enmarcado en un halo de luces *ad hoc*,

montadas sobre trípodes. Como rostros que volteaban hacia arriba, saludaron el arribo de la moto swoop y de la moto deslizadora.

—Inicia la secuencia de lanzamiento por control remoto – Khedryn le gritó por encima del viento a Marr.

El cereano ya estaba digitando las teclas en el datapad de su moto deslizadora, controlando su vehículo únicamente con una mano y sus piernas. La herida de su brazo provocaba algunos gestos de dolor, mientras realizaba aquella labor.

—Según veo, están acostumbrados a realizar salidas rápidas —dijo Jaden por encima del motor de la moto swoop.

Khedryn asintió.

—Es algo propio de nuestro trabajo. ¿Cuál es tu nave?

—El Z-noventa y cinco —señaló hacia el extremo distal del campo, a su caza estelar de color amarillo y blanco—. Por allá.

Khedryn bizqueó contra el polvo, y rompió a reír en una carcajada corta y abrupta como el disparo de un bláster.

—¿Acaso la Orden pone a todos sus Jedi en cajones volantes en estos tiempos? Esa cosa es una antigüedad, incluso en este sector de la galaxia.

Jaden sonrió.

—Es algo más de lo que parece.

—Espero que sea así —dijo Khedryn—. Porque luce como algo con lo que tendría problemas incluso para venderlo como chatarra.

Hizo derivar la moto swoop en esa dirección.

—Voy a dejarte allí. Abandonemos este planeta, y luego podremos hablar acerca de esa propuesta de negocios que te traes entre manos. Y así también podrás explicarme cómo es que yo —*como es que nosotros*—, hicimos trampa en ese juego de sabacc.

—Preferiría que permanezcamos juntos —le dijo Jaden.

—¿Preferirías…? Aparte del hecho de que tienes una nave tan vieja como la galaxia, y yo no, ¿cuál sería la razón para ello?

Jaden notó la suspicacia en el tono de voz de Khedryn. Asumió que era inherente al modo de vida de Fhost.

—Tendrán que confiar en mí. Podemos hablarlo en tu nave.

—¿Confiar? —Khedryn sonrió afectadamente por encima de su hombro—. No tenemos mucho de eso por estos lares.

—Si hubiese tenido intenciones de hacerte daño, ya lo habría hecho.

Khedryn asintió, mirando hacia Marr.

—Será mejor que este tipo sea un Jedi, o vamos a estar metidos en un verdadero problema.

—Podría ser un Sith —declaró Marr de manera ausente.

—¿Eres un Sith? —le preguntó Khedryn, medio sonriendo.

—Por supuesto que no.

—Dice que no —le repitió Khedryn a Marr.

—Los Sith son mentirosos —replicó Marr.

—Eso es cierto —dijo Khedryn.

—Ustedes dos lo saben mejor que yo —les dijo Jaden, no completamente seguro de si estaban bromeando con él, o no—. Pueden confiar en mí. Les estoy diciendo a ambos, que pueden confiar en mí.

Khedryn y Marr se quedaron mirándose el uno al otro, en medio del vacío que había entre sus vehículos. Finalmente, el cereano se encogió de hombros.

—Confío en los instintos de Marr —afirmó Khedryn—. Así que estás de suerte. Pero yo sigo siendo el capitán del *Junker*, aun cuando un Jedi esté con nosotros durante este viaje. ¿Entendido?

—Entendido. Tengo un droide astro-mecánico que podría…

—No permito droides en mi nave.

La declaración hizo que Jaden se retractara.

—¿Nunca?

—Nunca. Ni siquiera permito que me repartan las cartas, aunque eso no me importa demasiado. ¿Todavía deseas tomar este viaje?

—Sí —dijo Jaden. Activó el comunicador de su muñeca.

—Arsix, activa la secuencia de lanzamiento por control remoto, y el piloto automático. Ponlo en órbita alrededor de la luna más grande de Fhost, y aguarda allí. Si no escuchas de mí en dos semanas estándar, salta de regreso hacia Coruscant, y alerta al Gran Maestro Skywalker.

Jaden sintió que Khedryn se ponía tenso ante la sola mención de aquel nombre.

—¿Este trabajo nos tomará dos semanas estándar? —le preguntó Khedryn.

—Eso va a depender de en dónde sea.

—¿No sabes en dónde es?

—No —le respondió Jaden—. Pero tú sí.

Dirigiéndose a Marr, Khedryn dijo:

—Éste es un hombre misterioso.

—Así parece, capitán.

—Sé lo que dije afuera de «El Agujero», pero considero que éste no llegará a ser un trato firme, hasta que haya oído más acerca de él —le dijo Khedryn a Jaden.

—Entendido.

Todos se quedaron contemplando cómo el Z-95 de Jaden, empezaba a levitar sobre sus propulsores, provocando remolinos de polvo en el aire, antes de girar y acelerar en medio del cielo nocturno. Jaden se sintió raro, al ver irse a R6 sin él.

—¿Qué te pareció eso? —dijo, estando su voz sonaba amortiguada por los motores de la moto swoop.

—Los droides trabajan rápido —dijo Khedryn—. Parece que no somos los únicos acostumbrados a realizar salidas rápidas.

—Es algo propio del trabajo —le dijo Jaden—. ¿Cómo es que conoces al Maestro Skywalker?

Khedryn le devolvió la mirada, con su ojo perezoso mirando hacia un costado.

—También hablaremos de eso a bordo del *Junker*. Y allí está.

Khedryn hizo un gesto de asentimiento hacia el carguero corelliano que se había hecho visible en medio de las luces laterales que se veían a través del abierto cielorraso de uno de los múltiples hangares improvisados del campo de aterrizaje. Hizo que su moto describiera un círculo, y empezó a hacerla descender.

—Un YT-tres mil cuatrocientos —reconoció Jaden—. Como que su presencia es un poco incongruente por aquí, ¿no es verdad?

—Rescato chatarra. No la vuelo.

Jaden se dio cuenta de ello. El carguero en forma de disco, normalmente portaba una cápsula de salvamento cilíndrica conectada al lado de estribor de su fuselaje circular, pero en lugar de ello, el *Junker* tenía adherida, una lanzadera Starhawk[37].

—Debe haberles tomado algo de trabajo el reemplazar su cápsula de salvamento con una Starhawk. ¿Cómo fue que lograron adaptar los engranajes?

—No empleando droides.

Los motores del *Junker* ya estaban despidiendo vapores gaseosos, y estaban calientes. Jaden se dio cuenta de algunas otras modificaciones a la nave. Un par de anillos universales de acoplamiento —raramente vistos en naves que no fueran dedicadas a rescates militares—, y un complicado ensamblaje en la popa, que de manera vaga, recordaba las formas de un cañón láser.

—¿Es un rayo tractor lo que está en la popa?

Khedryn asintió.

—Sí, de corto alcance. Algunas veces nos topamos con un muelle abandonado, y tomamos todo lo que pueda ser valioso. Algunas veces, tenemos que remolcarlo todo, para desensamblarlo posteriormente.

—¿Y pueden vivir de eso? No parece como que pueda haber suficientes cosas valiosas flotando allí afuera.

—Te quedarías sorprendido. Tan sólo tienes que saber en dónde buscar.

—Eso es verdad.

Descendieron a través de la evidente abertura que había en la parte superior del hangar y aparcaron al lado del *Junker*. Khedryn y Marr bajaron de sus motos.

—¿Cómo vamos, Marr? —le preguntó Khedryn al cereano.

—Los propulsores ya están bien calientes. Podremos partir en unos veinticinco minutos, capitán.

—Ve a la carlinga, y completa la secuencia de lanzamiento.

—Luego, nos encargaremos de ese brazo. Jaden, ayúdame a subir estas motos a bordo —hizo una pausa—. Espera: ¿acaso no recibiste tú también un tiro allá, en «El Agujero»?

—Se trata de algo trivial —dijo Jaden, mostrándole la herida.

Khedryn la examinó con un ojo práctico, mientras Marr se apresuraba a subir al *Junker*.

---

[37] Starhawk: lanzadera utilizada en la Segunda Guerra Civil Galáctica. N. del T.

—Parece algo más que una cosa trivial. Pero si tú lo dices… —Khedryn y Jaden levantaron en peso las motos por la rampa de aterrizaje, en dirección hacia la bodega del *Junker*. El brazo de Jaden aullaba cada vez que flexionaba el bíceps, pero no se molestó en prestarle atención.

—Duele, ¿no es verdad? —le preguntó Khedryn.

Jaden inclinó la cabeza, reconociendo la veracidad de la observación.

—Bueno, vamos a ocuparnos de eso cuando estemos a bordo. Una herida de bláster, incluso un roce, no era algo para tomar tan a la ligera.

—Ya he recibido heridas de bláster con anterioridad.

—Sí, yo también. Es por eso que sé que no deben ser tomadas tan a la ligera —Khedryn mordisqueó sus labios, como si estuviera ordenando sus pensamientos—. Me preguntaste cómo fue que conocí a Luke Skywalker.

El escuchar el primer nombre del Gran Maestro, y no el apelativo con el que era conocido, le sonaba de manera incongruente a Jaden. A lo largo de muchos años, nunca había escuchado que nadie se refiriera al Gran Maestro por su nombre de pila, exceptuando a sus familiares y a sus amigos más cercanos.

—Mis padres eran niños a bordo del proyecto «Vuelo de Expansión». Ellos lograron sobrevivir en Redoubt, después de que se estrellaran. Yo nací allí, treinta y cinco años estándar después del choque, tómalo o déjalo.

La confesión sorprendió a Jaden, imaginaba que tan sólo podrían haber quedado algunos pocos sobrevivientes vivos. No estaba seguro de qué era lo que podía decir. Hizo los cálculos en su cabeza.

—Eras un adolescente cuando el Gran Maestro Skywalker y Mara Jade Skywalker lograron rescatarte.

—Lo era.

La expresión de Khedryn se hizo más suave, al tiempo que se inclinaba sobre su moto swoop, antes de continuar:

—Mara fue amable conmigo, lo fue con todos nosotros. Me entristeció ver los videos que reportaron su muerte.

Jaden recordó aquella imagen de su visión, el sonido de la voz de Mara en sus oídos, en medio de la superficie batida por el viento de aquella gélida luna.

—Como también sucedió conmigo. ¿Y tus padres?

Las facciones de Khedryn se quedaron en blanco, pero Jaden logró apreciar el dolor por debajo de su expresión.

—Ellos murieron allí, antes de que fuéramos rescatados.

—Lo lamento.

Khedryn levantó una mano, como para espantar el recuerdo.

—Eso fue hace mucho tiempo. Desde entonces, he estado haciendo un poco de esto, un poco de aquello, pero en este momento, me encuentro dedicado principalmente a las labores de salvamento.

El rugido de algunas motos swoop volando por encima del hangar, atrajo sus miradas, y ambos desenfundaron sus blásters. La mano libre Jaden se deslizó sobre la empuñadura de su sable de luz. Las luces pasajeras de una media docena de motos swoops y motos deslizadoras, pasaron zumbando, eclipsando las estrellas.

—¿Los matones de Reegas? —le preguntó Jaden.

—Podría ser. Será mejor que subamos estas motos, y nos larguemos de aquí —dijo Khedryn.

La bodega del *Junker* estaba repleta hasta los travesaños, con contenedores de almacenamiento, materiales en bruto, piezas inutilizables de equipos electrónicos y vehículos, y dos deslizadores terrestres.

—Por allí —dijo Khedryn, haciendo un gesto hacia un espacio abierto que había en la bodega.

Una vez que hubieron colocado las motos en la bodega, y después de asegurarlas, Khedryn hizo subir la rampa de aterrizaje.

—¿Empleaste la Fuerza para alterar esa mano final de la partida de sabacc?

—Lo hice. Pero no hubiese querido intervenir para cambiar el resultado de la partida, si es que hubieses perdido de manera legal el cristal; pero Reegas o alguno de sus lacayos que estaban por allí, tenía alguna clase de manipulador electrónico manual. Para el momento en que lo comprendí, ya habías perdido la primera mano.

Khedryn dejó caer un puño sobre el asiento de la moto swoop.

—¿Ese engendro de bantha morboso estaba haciendo trampa? ¿Y él se atrevía a llamarme tramposo? —Se quedó mirando a Jaden debajo de su ceño fruncido—. Entonces, supongo que te debo una, ¿eh?

Jaden no se molestó en responder.

—Sin embargo, todavía no se puede decir que hayamos llegado a un acuerdo firme. Negocios son negocios.

La voz de Marr irrumpió a través de los altavoces de la nave.

—Listos para el lanzamiento.

Khedryn habló por medio del comlink de su collar.

—Levanta el vuelo.

Cuando llegaron a los estrechos confines de la carlinga, Marr ya estaba sentado, atareado con los instrumentos.

Jaden se hizo cargo de las consolas, y de los escáneres. El *Junker* tenía una distribución mejorada de sensores, probablemente para permitirle una mejor recepción global, y para escanear las cosas a mayores distancias. Jaden se quedó mirando a Marr, intentando hacerse de una mejor idea con respecto a su sensibilidad a la Fuerza. Determinó que era tenue. Probablemente, Marr no tenía ni idea de ella.

Khedryn tomó asiento, y activó el comunicador.

—Torre de Farpoint, éste es el *Junker*. Tenemos el motor encendido, y listo.

No aguardó a recibir ninguna confirmación, antes de empezar a mover el carguero, sacándolo fuera del iluminado hangar, hacia la oscuridad. Los propulsores elevaron la

nave en dirección hacia el firmamento, y el cielo nocturno y su campo de estrellas llenaron el ventanal de transpari-acero de la carlinga.

—¿Goma de mascar? —le pidió Khedryn a Marr.

El cereano extrajo un cuadradito de goma de mascar de uno de los doce bolsillos o más que tenía en su chaqueta, y se lo ofreció.

—Gracias.

Khedryn lo desenvolvió, lo masticó, hizo una burbuja, y la hizo reventar.

—Y ya estamos fuera.

Los motores del *Junker* rugieron, y la nave salió disparada hacia el espacio exterior y, según esperaba Jaden, hacia sus respuestas.

CAPÍTULO VII

Khedryn y Marr llevaron al *Junker* fuera de las órbitas de las lunas de Fhost, hasta quedar libre de sus campos gravitatorios. La nave y la carlinga se vieron envueltas en la apacible serenidad de un objeto moviéndose a través del vacío.

—¿Cuál es nuestro curso? —preguntó Marr. El cereano miró en primer lugar a Khedryn, y después a Jaden.

—Creo que es hora de esa charla pendiente, ¿eh? —le dijo Khedryn a Jaden, y se tragó su goma de mascar.

Jaden asintió.

—Es hora.

—Ven a nuestra oficina —lo invitó Khedryn, y él y Marr condujeron a Jaden hacia la cocina en medio de la nave. Ni Khedryn ni Marr se habían despojado de sus blásters. Jaden entendía semejante precaución. Tendría que ganarse su confianza.

Un gran ventanal tradicional en el techo de la cocina, ofrecía una hermosa visión del espacio. Las estrellas parpadeaban sobre ellos. Una mesa de metal para comer, y unos bancos fijos al suelo, esperaban a que tomaran asiento. Un bar y algunos gabinetes empotrados, dominaban una de las paredes.

Khedryn se dirigió hacia el bar, tomó de un compartimento de almacenamiento superior una cafetera tan grande como para ser usada en un restaurant, la llenó de agua, colocó dentro tres bolsitas de infusión, y lo encendió. En cuestión de segundos la luz roja que indicaba el proceso de preparación, se volvió de color verde. Khedryn retiró la tapa, y el olor a café inundó toda la cocina. Vació su contenido hasta el tope en dos grandes tazas, y le ofreció una tercera taza a Jaden.

—¿Café? La nave y su tripulación funcionan con él.

—Sí, gracias —aceptó Jaden, tratando de poner en orden sus pensamientos.

Khedryn regresó a la mesa con tres humeantes tazas de café. Jaden tomó un sorbo, intentando no recular frente a su sabor amargo.

—Nos gusta fuerte —aseveró Marr.

—Tan fuerte, que podrías comértelo con un tenedor —dijo Jaden.

Khedryn colocó sus manos sobre la mesa, y entrelazó sus dedos. Jaden se dio cuenta de las cicatrices, y de los callos. Marr colocó sus manos debajo de la mesa, cerca de su bláster.

—Antes de empezar —le dijo Khedryn—, déjame preguntarte algo. Allá en «El Agujero», cuando me interceptaste en el salón general, ¿empleaste ese truco mental sobre mi persona?

Jaden sabía que no tenía sentido negarlo.

—Lo hice.

Khedryn se le quedó mirando directamente, de reojo.

—No vuelvas a hacerlo.

—De acuerdo.

—Ahora, ¿cuáles son tus intenciones?

Jaden fue directo al grano.

—Las coordenadas que Reegas quería, yo también las quiero.

Khedryn y Marr se pusieron tensos.

—Me lo imaginaba —dijo Khedryn. Se reclinó sobre su silla, y colocó uno de sus brazos sobre el respaldo, como queriendo demostrar una pose casual—. ¿Eres un rescatista, Jedi? ¿O hay algo más detrás de todo esto?

Jaden ignoró la pregunta.

—Los rumores en Farpoint decían que aquella señal, era una señal de auxilio automatizada.

—Así lo creemos —confesó Khedryn—. Ya que no existen formas de vida allá abajo. Nadie a quien un Jedi pudiera salvar.

Excepto a mí mismo, pensó Jaden.

—No lo sabemos —acotó Marr—. Podría haber vida allí. No hemos realizado un escaneado exhaustivo.

Khedryn se quedó mirando al cereano como si acabase de confesar que era un Sith.

—Correcto. Gracias, Marr.

Jaden lo interrumpió:

—Entiendo que fue originada desde una luna en el extremo más alejado del sistema.

—¿Y eso qué? —le preguntó Khedryn.

Jaden intentó mantener la calma, aunque la visión que había tenido por medio de la Fuerza, volvía hacia él, una y otra vez. Comprendió, alarmado, que podría estar en un error, que Khedryn y Marr podrían haber encontrado una luna, pero no la de su visión. Intentó leer sus facciones, al tiempo que decía:

—Se trata de una luna congelada, orbitando un gigante gaseoso provisto de un anillo.

Khedryn y Marr se miraron entre ellos.

—¿Ya has estado allí? —le preguntó Marr.

Jaden exhaló, visiblemente aliviado.

—No. Pero la he visto.

—¿Qué? —exclamó Khedryn.

—Cuéntame acerca de ella —le dijo Jaden—. ¿Qué fue lo que atrajo tu atención de ella? ¿Cómo fue que recibiste la señal?

Marr bebió un gran sorbo de su taza de café. Su corto cabello de color gris, formaba un collarín alrededor de la montaña de su cráneo. Su frente se arrugó, mientras empezaba a recordar, y las líneas de su ceño fruncido, empezaron a dibujar algunos caracteres crípticos en su frente.

—Estábamos de retorno de otra… situación, y tuvimos que tomar un rodeo obligado para poder regresar.

Jaden entendió a lo que el cereano se refería: a que ambos habían estado envueltos en algún asunto ilícito, que algo había salido mal, y que habían tenido que salir escapando. Le hizo un gesto a Marr para que continuara.

—Nos detuvimos en un sistema remoto, de tal forma que yo pudiera volver a trazar nuestro curso, y captamos la señal en el lugar que acabas de describir.

La piel de Jaden se volvió como carne de gallina.

—¿Lograron grabarla?

—Por supuesto —afirmó Marr—. Pero todavía no he sido capaz de romper su encriptación.

Khedryn vació su taza, y la colocó sobre la mesa.

—Vamos a hacer que las cosas vayan más lento por aquí. —Hizo que una de sus manos acariciase su oscuro cabello, y olisqueó el aire—. Stang, necesito una ducha. Estoy oliendo como «El Agujero».

Jaden decidió ignorar el comentario distractivo.

—Tú quieres regresar al *por qué*.

—No —le respondió Khedryn—. Quiero saber el *cuánto*. Eso me dirá lo que necesito saber con respecto al *por qué*.

Jaden se aclaró la garganta, estudió sus manos por un momento, y finalmente dijo:

—Puedo ofrecerles dos mil créditos ahora, y otros siete mil a nuestro regreso, después de que confirme que ésa es la luna que ando buscando.

—¿Dos mil créditos por adelantado? —Khedryn se reclinó sobre su silla, con un atisbo de desprecio en la curva de sus labios—. ¿Marr?

—Dos mil créditos apenas si servirían para cubrir los gastos operativos.

—Apenas si servirían para cubrir los gastos operativos —repitió Khedryn.

Jaden, sin el menor ánimo de regatear, se inclinó hacia adelante en su silla.

—No tengo tiempo para todo esto, capitán. Hay muchas cosas que dependen de esto.

—¿Para quién?

Jaden se quedó contemplando la bronceada cara con arrugas de Khedryn.

—Para mí.

Khedryn sostuvo su mirada por un instante.

—¿No te había dicho que *él tiene esa mirada*, Marr?

—Así es.

—¿Y no es cierto?

—Lo es.

—¿Qué mirada? —preguntó Jaden, pero Khedryn ignoró su pregunta.

—¿Cómo crees que se verá él, y su mirada obsesiva, cuando después de todo, llegue a lo profundo del espacio, y vea que lo que anda buscando no está allí en absoluto?

—No muy bien, capitán.

—No muy bien. Correcto.

—¿Por qué no permiten que sea yo el que lo decida? —exclamó Jaden, luchando por ocultar su irritación.

Khedryn se puso de pie.

—Porque estás sentado en la cocina de mi nave. —Se dirigió hacia el bar, y volvió a llenar su taza de café—. ¿Marr?

—Sí, por favor —dijo el cereano.

Khedryn regresó a la mesa con la cafetera, rellenó nuevamente la taza de Marr, y lo poco que Jaden había bebido de su taza.

—Creo que aquí es donde nuestros caminos se separan, Jaden Korr. Esto huele como a un gran plan por parte de los Jedi, y ya he visto lo que puede salir de todo eso.

Jaden entendió la referencia indirecta al proyecto «Vuelo de Expansión». Jaden también había apreciado lo que podía salir de los grandes planes de los Jedi. Centerpoint y todo lo que había allí, había explotado como resultado de un gran plan de los Jedi.

—Y realmente, ésta no es la forma en que solemos hacer nuestro trabajo —añadió Marr, y Jaden percibió el atisbo de una excusa en el tono de voz del cereano.

—¿Incluso después de lo que el Maestro Skywalker hizo por ti?

Khedryn se puso rígido, sus dedos se pusieron blancos alrededor del asa de su cafetera. Todavía de pie, declaró:

—Yo estoy en deuda con Luke y Mara Skywalker. No con la Orden Jedi.

Jaden sintió que sus planes se desmoronaban. Incluso sus propios pies se contrajeron como formando puños. Vio que Marr se ponía tenso, y le tomó un momento calmarse a sí mismo.

—No me importa lo que se pueda obtener del salvataje. Tan sólo… necesito ver el lugar.

Los ojos de Marr se contrajeron, dejando apreciar una interrogante.

—¿Por qué?

Khedryn le respondió:

—Esto suena a algo más personal de lo que habías querido demostrar antes.

Jaden decidió revelarles la verdad.

—Nadie en la Orden sabe que estoy aquí. Todo esto podría tener consecuencias para la Orden, pero esto… no tiene que ver con ello.

Khedryn se deslizó en su asiento, y tu tono de voz se hizo más suave.

—Explícate, por favor.

Jaden tomó un sorbo de su bebida, saboreando su amargura.

—Tuve una visión. Proveniente de la Fuerza.

Se dio cuenta de que Marr se quedaba mirándolo atentamente con sus ojos azules, y se preguntó si es que Marr habría experimentado algunas visiones propias.

Jaden continuó:

—Yo vi en esa visión lo que creo —ahora más que nunca—, que es vuestra luna.

Khedryn sonrió, sacudiendo su cabeza.

—Sabía que se trataba de algo como eso. *Aquella mirada.*

—¿Y? —le preguntó Marr—. ¿En qué contexto la viste? ¿Qué fue lo que te impulsó a recorrer todo el camino hasta aquí?

Jaden frunció los labios.

—La visión implicaba… algunos simbolismos que no tendrían mucho significado para ustedes —les explicó, suspirando—. Escuchen, les estoy pidiendo que confíen en

mí. No estoy interesado en el salvamento, ni en ninguna de las cosas que pueda haber por allí. Tan sólo necesito… tan sólo necesito estar de pie allí mismo, contemplándolo, para comprender cuál es su significado.

Un pesado silencio cayó en medio de todos ellos. Las estrellas iban desplazándose por encima, a través del ventanal superior. Los pensamientos se arremolinaban detrás de los ojos de Khedryn y de Marr. Jaden no podía hacer nada, salvo esperar a que ellos emitieran su veredicto. Él jamás se apoderaría de las coordenadas por la fuerza, o por medio de algún engaño. Él ya había segado una vida —justificadamente, pensó—, pero no tenía intenciones de forzar las cosas más allá.

Khedryn terminó de beber otra taza de café.

—Mira, Marr, esto es lo que logro entender. Este hombre tiene algo personal que descubrir allí. Y desea pagar cinco mil créditos por adelantado para poner el pie en una luna congelada que da vueltas en medio de la nada. Eso es algo que creo poder entender.

—También yo —dijo Marr pensativamente.

—Entonces, ya está —exclamó Khedryn.

—Yo dije dos mil créditos por adelantado —aclaró Jaden.

—¿Estás seguro? —le preguntó Khedryn.

Jaden sonrió y sacudió su cabeza.

—Correcto. Que sean cinco.

Khedryn sonrió a su vez.

—¿Más café?

Jaden decidió que el hombre consumía café de la misma forma en que un crucero estelar consumía el combustible.

—No, gracias —le dijo, y miró a Khedryn y a Marr directamente a la cara—. Y… gracias.

—Marr trazará el curso —dijo Khedryn, estirando su mano—. Vamos a partir inmediatamente. ¿Trato hecho?

Jaden afirmó con la cabeza.

—Hecho. Y capitán…

Las cejas de Khedryn se elevaron, a la espera de lo que continuaba.

—Te veo a ti, y en tus ojos veo *la misma mirada* que tú ves en mí. Así que, ¿qué es lo que tú andas buscando?

Khedryn dejó escapar una sonrisa, pero Jaden se percató que lo hacía de manera forzada.

—Nah, es tan sólo mi salvavidas, Jedi. —Señaló hacia su ojo perezoso—. Me ayuda a ver todos los ángulos de una situación. Yo, tan sólo soy un recolector de chatarra volando en medio del espacio. Y soy feliz siéndolo.

—Por supuesto que lo eres —dijo Jaden, aun estando convencido de que le estaba ocultando algo. Khedryn andaba en búsqueda de algo allí afuera, en las negras inmensidades del espacio, igual que Jaden.

Jaden miraba a Marr, el que se había quedado contemplando a Khedryn.

—Marr, ¿lograron grabar la señal?

Marr asintió.

—Ciertamente.

Marr desapareció por un momento, y regresó con un cristal de datos y su computadora portátil. Insertó el cristal y oprimió algunas cuantas teclas. El vacío de un canal abierto, empezó a reproducir la grabación, siendo seguida por una tenue y repetitiva oración; el sonido encriptado era ininteligible como forma de lenguaje, pero su cadencia repetida, les hacía recordar a un antiguo ritual, a un mágico hechizo de llamado.

Jaden se inclinó para escucharlo mejor, y su piel se erizó como si fuera de gallina, como si estuviera identificando un eco del pasado, fantasmas de décadas de antigüedad reclamando su atención a través del tiempo transcurrido.

Marr le dijo:

—Como ya te había dicho, no he sido capaz de decodificarla…

—No hay necesidad —le respondió Jaden, y lo apagó—. Es de origen imperial. Es fácil de deducir por su cadencia. Probablemente sea una llamada de auxilio automatizada, como ustedes bien sospechaban.

En medio de su cerebro, la voz de su visión canturreaba:

Ayúdennos. Ayúdennos.

—Llévenme a esa luna —les ordenó Jaden.

CAPÍTULO VIII

El *Junker* estaba preparándose para realizar el salto. Khedryn inflaba y reventaba sus burbujas de goma de mascar con tal rapidez, que sonaban como si se tratara de un bláster de repetición.

—¿Siempre masticas goma de mascar antes de realizar cualquier salto? —le preguntó Jaden.

—Antes del despegue, antes del aterrizaje, antes de dar un salto. A veces tan sólo porque pienso que las cosas podrían ponerse peludas.

Jaden sonrió frente a las supersticiones de Khedryn, mientras rastreaba a R6 en el sub-espacio. El pitido inquisitivo del droide astro-mecánico, respondió a su llamado. Jaden se quedó contemplando la negra inmensidad del profundo sistema en el que se encontraban, a medida que iba hablando y haciéndole sus últimas recomendaciones al androide.

—Dos semanas estándar, Arsix, y luego regresas a Coruscant. Le dices al Gran Maestro Skywalker, que lo que estoy haciendo, eso es lo que creo que debe ser hecho. ¿Entendiste?

Khedryn y Marr pretendieron no estar escuchando, al tiempo que R6 pitaba su aquiescencia.

—Listos para realizar el salto —informó Marr.

Khedryn se tragó su goma de mascar.

—Completa los cálculos, y deja que la nave libere toda su potencia.

El cereano digitó algunas teclas en la computadora de navegación tan rápidamente, que Jaden apenas si pudo seguir la secuencia. Algunos complejos cálculos aparecían sobre la pantalla, rompecabezas numerológicos tan desconcertantes para Jaden, que bien hubieran podido conformar un lenguaje completamente nuevo. Marr los resolvía correctamente como si se tratara de algo mágico, confiando en el procesador de la computadora de navegación, tan sólo para confirmar sus cálculos. Su presencia en la Fuerza destellaba, a medida que iba trabajando.

—Confirmado —declaró Marr, luego oprimió una tecla, y la computadora de navegación le otorgó su conformidad. Otra serie de números, otra solución.

—Confirmado.

Jaden había escuchado de la erudición matemática de los cereanos, pero nunca había esperado encontrar uno en las alejadas franjas de las Regiones Desconocidas, siendo el copiloto de una nave de salvamento, y mucho menos, uno sensible a la Fuerza. Sintió que Khedryn tenía sus ojos clavados sobre él.

—Pareciera una cosa de magia, ¿no es verdad? —dijo Khedryn sonriendo.

—No tienes idea —le respondió Jaden.

Marr parecía no estar escuchándolos, perdido como estaba en su mundo de números y de operaciones. Al cereano le tomó más tiempo que el que le hubiera demandado a la

computadora de navegación, el trazar su curso, pero tan sólo fueron algunos pocos minutos más.

—Curso trazado —les informó Marr.

—Allá vamos —le respondió Khedryn, y enganchó el hiper-impulsor.

Las estrellas se transformaron en franjas luminosas, dando paso a las azuladas espirales del hiperespacio.

—Nos tomará tres saltos por separado —declaró Khedryn—. ¿Por qué no descansas un poco? Parece como que lo necesitaras. Hay algunos bastidores en las habitaciones que están por fuera de la cocina. Te despertaré en cuanto arribemos.

Jaden *estaba* cansado, agotado hasta los huesos, y aun sentía el dolor de la herida producida por el bláster.

—Creo que lo haré. Gracias, capitán. Gracias por todo, a ambos.

—No necesitas dar las gracias —le respondió Khedryn, guiñando su ojo perezoso—. Tan sólo asegúrate de pagarme a tiempo.

Jaden se abrió camino a través de la nave —habiendo memorizado su distribución, un hábito suyo de hacía mucho tiempo—, encontró un bastidor en una de las habitaciones que estaban por fuera de la cocina, y se recostó. Por un instante, se quedó contemplando el bajo techo, ensombrecido por la tenue iluminación, preguntándose qué sería lo que llegaría a encontrar cuando llegasen a la remota luna.

Ayúdennos. Ayúdennos.

En aquel momento, el agotamiento hizo presa de él, y se quedó completamente dormido.

Kell piloteaba el *Predator* en medio del cielo nocturno, y hacia afuera de la atmósfera de Fhost. Colocó el cristal de datos que le había arrebatado a Reegas, en la computadora de navegación de la nave. Empleando los datos que el *Junker* había almacenado en el interior del cristal, la computadora empezó a trazar el curso. Kell empezó a estudiar las coordenadas, pero no llegó a reconocer el sistema. Parecía que al menos necesitaría tres saltos, para adentrarse profundamente en las Regiones Desconocidas.

La computadora de la nave tenía pocos datos acerca de la región. Lo cual no era sorprendente. Sencillamente, tendría que improvisar, a medida que la situación lo demandase.

Preparó una rápida transmisión encriptada en la oscura frecuencia de la HoloNet que solía emplear para comunicarse con Darth Wyyrlok. Como era su costumbre habitual, solamente empleaba transmisiones de audio. Se conectó rápidamente, y tan sólo tuvo que esperar algunos pocos segundos antes de que el canal quedara abierto. Era como si alguien hubiera estado esperando a que se comunicara.

—He encontrado a un Jedi solitario, y he obtenido una copia de las coordenadas de la luna sobre la cual habíamos estado conversando. Algo en la luna está transmitiendo una

señal automatizada, pero todavía desconozco su contenido. Las coordenadas de la luna han sido adjuntadas a este mensaje.

—Has hecho bien, Kell Douro —le respondió Wyyrlok—. Por ello, tus esfuerzos han provocado que el Maestro deje ver una sonrisa en medio de la travesía de sus ensoñaciones.

Kell decidió ignorar las alabanzas.

—Una vez que ingrese en las Regiones Desconocidas, no podré ponerme en contacto con ustedes, salvo a través de un mensaje sub-espacial. Si tengo la necesidad de hacerles llegar algún reporte, los haré por medio de la siguiente frecuencia sub-espacial…

Digitó los números de la frecuencia, y se la envió.

—Recibido. ¿Cuál es el nombre del Jedi con el que te has encontrado?

—Jaden Korr.

El pronunciar su nombre, hizo que el cerebro de Kell recordara todo el poder imaginario de la sopa de Korr. Sus probóscides alimentadoras empezaron a despegarse de sus mejillas, pero él hizo que se retrajeran.

—Sabemos quién es él. Fue aprendiz de Katarn, y por ello, se trata de alguien peligroso.

—Lo quiero para mí —afirmó Kell.

El canal de comunicación permaneció abierto por un tiempo, con un silencio que parecía abismal. Kell se imaginó que Wyyrlok, de alguna manera, estaba comunicándose con Krayt.

—Piensas que su mente encierra la verdad que andas buscando.

Las palabras no constituían una pregunta.

—Nuestras líneas se entrecruzan. Lo he visto.

—Al igual que nosotros —dijo Wyyrlok, y Kell logró escuchar una risita en el tono de voz del chagriano—. En él, llegarás a encontrar tu verdad. Por ello, él es tuyo, para que puedas hacer tu voluntad. Adiós, Kell Douro.

Kell cerró el canal, activó los sensores de su manto, e inició la secuencia de salto.

Sólo después de ello, se puso a pensar en lo raro que era que Darth Wyyrlok no le hubiese ordenado que le reportara lo que llegase a encontrar en la luna. Sin duda, Wyyrlok había sumido que Kell lo haría de modo propio.

Una vez que el hiper-impulsor estuvo activado, vio que las estrellas empezaban a transformarse en delgadas franjas, entrelazándose con la rejilla de *daen nosi* sobre la cual se sostenía el universo. Llegaría a entender toda la verdad de aquella rejilla, en cuanto lograse alimentarse de Jaden Korr.

EL PASADO:
5000 AÑOS ANTES DE LA BATALLA DE YAVIN

El salto en falso rasgó la súper estructura del *Harbinger*, desgarrando el dura-acero. El aullido del metal bajo tensión, hacía que el enloquecedor túnel parpadeante del

hiperespacio y del espacio real, se convirtiera en el eco de un agónico grito interminable. La nave estaba volando hacia la garganta del universo.

El *Harbinger* se tambaleaba de lado a lado, se sacudía, al tiempo que algunas piezas de su parte delantera, volaban desprendidas de la sección frontal, para ir a estrellarse contra su extremo distal. Las cápsulas de escape salían despedidas de sus amarras, para ser arrojadas violentamente en medio del olvido.

Saes apenas si escuchaba las alarmas. Se mantenía sujetado al mamparo, contemplando el desmembramiento de su nave. El pánico presidía las intrascendentes conversaciones que llegaban a través de su comlink, voces de tripulantes que ya estaban muertos, y que hablaban más allá de sus tumbas. Se abrió a la Fuerza para encontrar calma, y sintió confort en su poder. A medida que la Fuerza iba apoderándose de él, sus percepciones se hacían más agudas. Percibió el terror en algunos de los miembros de su tripulación, y una temerosa resolución en algunos otros. De pasada, empezó a preguntarse, qué sería lo que le habría ocurrido al *Omen*. ¿Acaso Relin habría logrado sabotear también su hiper-impulsor? En cualquier caso, la colisión de ambos dreadnoughts, seguramente habría perturbado la trayectoria del salto del *Omen*.

Una sensación cosquilleaba en la base de su cráneo. La total comprensión de la misma, quedaba relegada a los límites de su conciencia. Se percató de que el aire se sentía cargado, pleno de potencialidades. En un primer momento, lo atribuyó al revoltijo del espacio-tiempo, el cual se había presentado como consecuencia del fallido salto, pero luego reconoció su verdadero origen.

El lignan.

A pesar de la estricta prohibición de Sadow para emplear el mineral, Saes no dudó ni un solo instante. El lignan les ofrecía una posibilidad de salvación.

Sintonizó su cuerpo con el potencial ofrecido por el mineral, e inmediatamente sintió que su relación con la Fuerza aumentaba a través de él, agudizándola. La acometida emocional, se sentía de manera similar a la marea de sentimientos que había experimentado después de haber matado por primera vez.

Pero el incremento en su poder no era suficiente. Podía sentirlo. Tan sólo estaba experimentando sus emanaciones lejanas, merodeando en su penumbra. Necesitaba estar más cerca para poder emplearlo por completo.

Dio una mirada final por el ventanal al caos que estaba desarrollándose en las afueras, luego se dio la vuelta, y salió corriendo a través de los corredores del *Harbinger*, bajando por sus ascensores, y avanzando a través de sus compuertas. El tiempo estaba en su contra. El *Harbinger* estaba agonizando.

A lo largo de su camino, pasaba al lado de los miembros de su tripulación que seguían trabajando frenéticamente en sus puestos.

—¡Hemos perdido el puente, capitán! —gritó alguien, pero Saes no le prestó atención a sus palabras.

—¡Señor! ¡Una tercera parte de la bahía de aterrizaje ha quedado dañada por la colisión!

Un droide de protocolo apareció delante de él, tratando de mantener el equilibrio sobre el tambaleante suelo.

—Capitán, me parece que algo ha ido mal con el salto al hiperespacio. Creo que…

Saes descargó un golpe de Fuerza sobre el androide, lanzándolo de manera traqueteante contra la pared y sobre el piso.

Antes que llegase a la cubierta de carga, la nave empezó a sacudirse violentamente, mientras su solidez respondía frente a algunas de las destructivas frecuencias vibratorias creadas por la velocidad y por el error en el salto. Tan sólo tenía algunos instantes. Con sus percepciones aguzadas por el lignan, percibió la creciente marea de terror que empezaba a barrer a toda la tripulación. Corrió hacia el medio de un equipo de seguridad conformado por los massassi, que salían de uno de los corredores. Incluso su indomable ferocidad lucía apagada por su preocupación referente a los eventos que estaban teniendo lugar. Aun así, lograron reconocerlo, e inclinaron sus cabezas frente a él, mientras la nave se estremecía bajo sus pies.

—¡Acompáñenme a la bahía de carga! ¡Rápido!

Criados y entrenados para obedecer, los voluminosos massassi no hacían preguntas. Corrieron delante de él, con sus botas resonando sobre el piso de la cubierta, con sus lanvaroks enristrados, y sus graves voces gritando:

—¡Fuera del camino! ¡El capitán está llegando! ¡Fuera del camino!

La tripulación se pegó a las paredes, a medida que los massassi y Saes irrumpían pasando como un rayo. Muchos salían corriendo detrás de ellos. Para el momento en que Saes descendió por el ascensor y llegó hasta las puertas dobles que se abrían hacia el compartimento de carga, tenía más de una veintena de sus tripulantes corriendo a sus espaldas, ingenieros, personal de seguridad, e inclusive pilotos de los cazas-Cuchilla, todavía en sus trajes de vuelo.

Las puertas del compartimento de carga no respondían al código de acceso, así que los massassi las dejaron abiertas con sus manos provistas de garras, y sus lanvaroks. Una inmensa oleada de poder emanaba del compartimento, provocando que Saes se meciera sobre sus pies.

—¿Señor? —preguntó uno de los massassi, con los ojos también completamente abiertos, en razón de las poderosas energías del Lado Oscuro que impregnaban todo el ambiente.

La nave se sacudió, lanzando a varios de los tripulantes contra la pared. Como si fueran uno, todos profirieron un gemido alarmado.

Saes se deslizó por en medio de las puertas abiertas hacia la vastedad del compartimento de almacenamiento. Los droides de carga estaban sembrados por todo la cubierta, varios de ellos atascados sobre sus costados, con sus ruedas y rodamientos dando vueltas desesperadamente. Las pilas de contenedores de almacenamiento yacían en desordenados acúmulos, como si fueran las ruinas de alguna ciudad perdida.

No necesitaba que ningún droide o tripulante le señalara los contenedores que almacenaban el lignan. El mineral lo atraía como un imán atraía las virutas de hierro. Con

cada paso que daba para acercarse al mineral, su mente y su espíritu parecían querer abrirse más, hasta el punto que no pudo contener una risotada. Era a través del lignan, que había estado extrayendo su poder: extrayéndolo a partir de una fuente casi exhausta, pero ahora, podía extraerlo de todo un océano.

Era vagamente consciente de que su tripulación había estado siguiéndolo, de la misma forma en que él seguía el poder hasta su fuente, hacia la ruma de contenedores de almacenamiento rectangulares que estaban llenos de montículos de mineral. Se sentía mareado, arrebatado por sus efectos.

Se apoderó del poder del mineral estaba siéndole ofrecido, se sació con el mismo, se zambulló más profundamente en medio de la Fuerza. El poder se abrió camino a través de él. Su tripulación dio algunos pasos hacia atrás, con los ojos desmesuradamente abiertos, todos, excepto los massassi, quienes cayeron sobre una de sus sendas rodillas, e inclinaron sus cabezas.

La nave aulló indignada frente al ultraje que sufría, producto de las desmedidas tensiones provocadas por el fallido salto. Con un ejercicio mínimo de su voluntad, Saes empleó su amplificado poder telequinético para abrir varios de los contenedores de almacenamiento que resguardaban el lignan. El mineral se desparramó sobre la cubierta, rebotando por todos los alrededores. Su poder se expandió por toda la atmósfera del ambiente, conjugándose alrededor de Saes. Éste se sumergió en él profundamente, hasta que sintió que estaba completamente cobijado por la Fuerza, concentrada sobre sí mismo por el poder del lignan.

Un impacto sacudió la nave. El hueco estruendo de una explosión le informó de la distante destrucción que estaba produciéndose. La sacudida de la nave hizo que tres de los contenedores de almacenamiento patinaran a lo largo de la cubierta, en dirección hacia él, y hacia su tripulación. El lignan permitió que utilizara sus poderes telequinéticos para que pudiera detenerlos de golpe, con un mínimo esfuerzo.

Habiéndose hecho uno con la Fuerza, con su poder amplificado muchas veces, hizo que su conciencia envolviera toda la nave, encapsulándola. La tarea requirió de todo su esfuerzo. Pero la energía del Lado Oscuro, se arremolinaba alrededor de su cuerpo. Rayos de Fuerza salieron disparados en retorcidas líneas desde sus curvados dedos, y desde sus ojos. Todos los tripulantes de su nave se dieron vuelta, y se echaron a correr, exceptuando a los massassi. Ellos ni siquiera parecieron mover un dedo, aunque la incertidumbre impregnaba sus bestiales rostros.

Gruñendo, Saes se hizo cargo mentalmente del dreadnought, y de las piezas de su casco que volaban en medio de su estela. Sus dedos mentales se cerraron por encima del casco, reforzándolo, y luego, corrigiendo el curso de la nave.

A medida que iba exigiéndose a sí mismo cada vez más, los acúmulos de mineral de lignan que yacían disperso sobre la cubierta, destellaron volviéndose de color rojo, sisearon, y quedaron despedazados formando infinitas partículas de polvo. Aparentemente, tan sólo podían ofrecer semejante poder en el momento justo antes de consumirse. Saes los iba consumiendo como un fuego salvaje desbocado corriendo a

través de la leña, como los cruceros excavadores a través de la corteza de aquella luna de Phaegon III.

Mordió sus dientes, su cuerpo entero se estremecía por el esfuerzo de mantener en una sola pieza a la nave. El desgaste exigía una mayor cantidad de rayos de la Fuerza de sus manos, de sus ojos, de su cuerpo entero, y pronto se vio revestido por un arremolinado ciclón de energía. Rugió mientras su enorme poderío, por sí solo, evitaba que la nave fuese desgarrada.

Una cada vez mayor cantidad de lignan iba consumiéndose alrededor de él, hasta que quedó parado en medio de un campo de roca de color gris opaco, como si fueran miniaturas de la luna original de Phaegon III. Su corazón aporreaba sus costillas, sonando como un gong en sus oídos. Las hinchadas venas y los tendones contraídos, dibujaban un mapa topográfico sobre la carne expuesta de sus antebrazos. La tensión se apoderó de su persona, hizo que cayera sobre sus rodillas. Estaba empezando a flaquear. Tendría que sacar a la nave de aquel fallido salto, o todos ellos morirían.

Exprimió el último recodo de su fortaleza. El compartimento de carga estaba iluminado como si se tratase del telón de algunos juegos pirotécnicos, mientras una mayor cantidad de lignan resplandecía, y empezaba a agonizar. Localizó al *Harbinger* a través de su *Ojo de la Mente*, y logró percibir el defectuoso túnel intermitente del hiperespacio alrededor de él, sintió que la nave era como una aguja a través de la continuidad del espacio-tiempo, dando puntadas dentro y fuera del hiperespacio y del espacio real.

Empleando la Fuerza para fijar un momento en el cual la nave estuviera moviéndose en medio del espacio real, trató de desactivar el hiper-impulsor averiado, pero fracasó en su intento. El sonido del malogrado motor se transformó en un aullido, a medida que iba vertiendo su deletérea radiación hacia dentro de la nave, y se consumía casi tan completamente como el lignan que ya había sido utilizado.

Saes correspondió a su aullido con uno propio, luchando por mantener la nave en una sola pieza, y por llevarla de vuelta hacia el espacio real. Con un rugido de energía de la Fuerza, logró cambiarle el curso, y la arrancó de las garras del fallido salto.

La nave se encontraba estable por debajo de sus pies. El aullido del metal que había estado sometido a semejantes tensiones, había sido acallado.

Exhausto, cayó completamente agotado sobre el piso, con la respiración entrecortada, pero con la conciencia exultante.

—¿Señor? —exclamó uno de los massassi.

Saes inhaló profundamente, y se puso de pie, sobre unas piernas que todavía sentía temblorosas. Los massassi se aproximaron como para sostenerlo, pero con la mano, él les hizo un gesto de que aquello no era necesario. Se repuso de inmediato, y caminó a través del compartimento de carga, hacia uno de los ventanales.

Por fuera, logró contemplar la calma del espacio real, así como un distante planeta de color azul, y un sol de color anaranjado. Sin embargo, las estrellas en el telón de fondo del espacio no le resultaban familiares. No tenía la menor idea de en qué lugar del

espacio se encontraban, pero sabía que había logrado salvar la nave. El poder del Lado Oscuro había logrado salvar la nave.

EL PRESENTE:
41,5 AÑOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE YAVIN

Jaden despertó frente al crujido metálico del levantamiento de la palanca de una compuerta. La puerta se abrió para revelar el arrugado rostro de Marr, y su liso cabello de color gris. Las barbas de chivo del cereano estaban tan prolijamente arregladas, que Jaden se imaginó que Marr le prestaba a sus ángulos y a su longitud, el mismo cuidado que le daba a sus cálculos para realizar sus saltos espaciales.

—Pronto estaremos allí —le informó Marr.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—Seis horas y once minutos estándar. Hay café en la cocina.

Jaden se puso de pie, sonriendo frente a la exagerada precisión del cereano. Marr se dio la vuelta para irse, pero Jaden lo detuvo con una pregunta.

—¿Cómo fue que se conocieron tú y Khedryn, Marr? Con tus habilidades, me parece que tú… podrías estar haciendo alguna otra cosa.

—Mis habilidades —dijo Marr delicadamente, bajando la mirada. Después de un instante, lo miró directamente a los ojos—. Quizás en verdad estoy haciendo alguna otra cosa.

—Por supuesto. No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho. —Se volvió una vez más, como si quisiera irse, pero se detuvo nuevamente, confrontando a Jaden—. Cuando era joven, alguna vez me pasé una semana calculando las posibilidades de que mi vida tomase determinado rumbo u otro.

Sonrió, y Jaden se dio cuenta por primera vez, que uno de sus dientes delanteros estaba astillado de mala manera.

—Incluso deduje una pequeña posibilidad de que pudiera convertirme en un Jedi. Sorprendente, ¿no es verdad?

Jaden decidió que debía escoger sus palabras con cuidado.

—Quizás podrías haberlo sido.

Marr pareció no querer escucharlo. Sus ojos profundamente hundidos, flotaban en alguna clase de mar de recuerdos, en donde aparentemente había experimentado alguna pérdida.

—Por supuesto, yo estaba equivocado con respecto a todo ello. Todo se trató de un ejercicio sin mayor sentido. La vida no sigue senderos predecibles o determinados. No hay forma de englobar las infinitas variables que podrían estar involucradas. Creo que más bien reflejaban mi propio punto de vista, mis esperanzas en aquel momento, que cualquier otra cosa. La vida no puede llegar a ser predecible.

Jaden convino en lo que estaba diciendo Marr, pensando a su vez en el curso de su propia existencia, y pensando en el control de activación de una compuerta de aire que no hubiera deseado ver nunca.

—Posteriormente, decidí que necesitaba *vivir* la vida, y no pensar en vivirla, no estar encasillado en un modelo matemático para poder vivirla. No mucho tiempo después de eso, conocí al capitán Faal. Él es un buen hombre, ya sabes.

—Ya lo sé. De la misma manera que lo eres tú. ¿En dónde recibiste tu entrenamiento matemático?

Marr frunció el ceño.

—No fue en la universidad. Tuve una serie de tutores privados, pero en la mayoría de cosas, soy auto-didacta. Supongo que nací para esto.

—Se trata de algo intuitivo —aseveró Jaden, sin demostrar demasiada sorpresa.

—Así es.

Jaden asintió, consideró la posibilidad de revelarle a Marr que era un ser sensible a la Fuerza, pero decidió que no debería hacerlo. ¿Para qué agobiarlo con semejante carga? Antaño, Jaden había sido más feliz empleando la Fuerza en medio de su ignorancia.

—De acuerdo, vamos a la carlinga. Necesito ver esa luna.

Encontraron que Khedryn ya se encontraba en la carlinga, con los pies levantados sobre el tablero, relajado sobre su asiento. Asintió señalando el cerúleo remolino que permanecía copando todo el ventanal.

—Hermoso, ¿no es verdad? He escuchado que el quedarte mirándolo, podría hacer que te vuelvas loco. Sin embargo, yo he estado haciéndolo durante años.

—Eso no es una evidencia suficiente como para dar por válido que no te hayas vuelto loco —dijo Marr, sonriendo y depositándose en su asiento.

Khedryn gruñó.

—Durante seis años he estado haciendo lo mismo, Jaden. Seis años.

—Seis años, cuatro meses y diecinueve días estándar —lo corrigió Marr.

—¿Lo ves? —le dijo Khedryn a Jaden, y Jaden no pudo evitar sonreír. La camaradería entre ambos era algo contagioso. Hacía tiempo atrás, Jaden había sentido algo similar al estar al lado de sus compañeros Jedi, pero aquellos sentimientos habían terminado por desvanecerse. En compañía de aquellos dos irreverentes seres en aquella franja del espacio, empezó a sentirse tan aliviado como no se había sentido en meses.

—Saliendo del hiperespacio —les comunicó Marr—. En tres, dos, uno…

—Desenganchando —dijo Khedryn, y desenganchó el hiper-impulsor.

El azul dio paso al negro. Las estrellas aparecieron en medio del oscuro manto del espacio. El lado diurno de un gigante gaseoso de color azul copaba la mitad del ventanal. Enormes nubes de gas se arremolinaban en medio de la atmósfera, como si fueran un eco de los remolinos del hiperespacio. Un óvalo azul envuelto en la medianoche, una tormenta de cientos de kilómetros de ancho, los contemplaba desde la región ecuatorial del planeta, un ojo que debía llegar a atestiguar el destino de Jaden. Gruesos anillos inestables de hielo y rocas, el sistema de anillos más grande que Jaden hubiese visto

nunca, se arremolinaba alrededor del planeta, en un ángulo de quince grados por fuera de la línea ecuatorial.

—Nada en los escáneres —les aseguró Marr—. No tenemos compañía.

—No había forma de que Reegas lograse que alguien llegase aquí así de rápido —declaró Khedryn—. Sin embargo, hemos llegado en punto.

Jaden intentó decir algo, encontró que su garganta estaba reseca, e intentó hacerlo una vez más.

—¿La luna?

—Dando la vuelta en este momento —le dijo Marr, y entonces observaron a una gélida luna, tan pálida y translúcida como un ópalo, revelando su presencia bajo el escrutinio del sombrío ojo del planeta.

Al momento de verla, Jaden se quedó sin aliento. Permaneció callado por un momento, antes de que finalmente pudiera decir algo:

—Ésa es. Marr, conecta los altavoces.

—¿Que conecte los altavoces? —preguntó Khedryn, pero Marr se limitó a obedecer las indicaciones. El cereano activó algunos conmutadores, oprimió algunas pocas teclas, y la señal repetitiva de requerimiento de ayuda imperial llenó la carlinga, no una grabación, sino la emisión real, tan tenue y tan regular, como el latido cardíaco de un niño pequeño.

Ayúdennos. Ayúdennos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Khedryn a Jaden, tomándolo por el brazo—. Se trata tan sólo de una baliza de requerimiento de ayuda, ¿no es verdad?

Para Jaden, era más que simplemente eso.

—Necesito bajar a la superficie de esa luna.

—¿Qué hay allí abajo? —le preguntó Marr.

—No lo sé —les confesó Jaden—. Sólo sé que se supone que soy yo quien deba encontrarlo.

Khedryn y Marr se miraron entre ellos, antes de que los hombros de Khedryn se contrajeran.

—Lo haremos en el *Flotsam* —dijo Khedryn, y Jaden asumió que se trataba de la lanzadera Starhawk acoplada a la nave—. No pienso aterrizar el *Junker* en ese lugar.

—Vamos a necesitar emplear los trajes especiales —dijo Marr.

El rítmico pitido de una alerta de aproximación interrumpió de golpe su conversación, aunando su alarido a la señal de requerimiento de ayuda proveniente de la luna. Marr se dio vuelta en su asiento para observar la consola de los escáneres. Khedryn se inclinó por encima de su hombro.

—¿Qué tenemos aquí?

Marr se curvó sobre la pantalla de sensores, y su frente se frunció producto del desconcierto.

—Nave desconocida, pero aproximándose rápidamente. Muy rápidamente.

—¿De dónde procede?

—De fuera del sistema —le aseguró Marr.

El *Harbinger* continuaba moviéndose con su propio impulso, destellando a través del sistema estelar a toda velocidad, pero ya no estando perdido en un limbo en medio del hiperespacio y el espacio real. Se encontraba averiado, pero sus daños eran reparables.

Complacido, Saes se dio vuelta, y se encontró de frente no sólo con los Massassi, sino también con muchos de los tripulantes que habían salido huyendo cuando había empezado a absorber el lignan.

Al unísono, todos se pusieron en posición de atención, y lo saludaron. Saes les devolvió el gesto, y conectó su comunicador con el canal que trasmitiría su voz a toda la nave.

—Aquí el capitán. Todos los integrantes del turno de noche del puente, reúnanse en el puente secundario.

Había asumido que Los Dor y la tripulación del puente, habían muerto en el mismo momento en que el *Harbinger* había perdido su puente principal. Necesitaba determinar en dónde se encontraba la nave, y luego, ingeniárselas para hacer llegar este dreadnought casi desangrado, y el mineral remanente, hasta Primus Goluud.

Sin aviso previo, la cápsula de salvamento dejó de sacudirse, y Relin, todavía sin recuperar por completo el equilibrio, luchó por enderezar la trayectoria del aparato que continuaba dando vueltas. Un planeta aparecía y desaparecía en medio del ventanal, un gigante gaseoso de color azul con un densamente poblado anillo circundante de roca y hielo, y una enorme luna cubierta de gruesas capas congeladas, colgando contra el telón de fondo del espacio, como si se tratara de una resplandeciente gema. Relin no lograba reconocer no el planeta ni el sistema.

Aferrando los controles con su mano disponible, haciendo un gesto de dolor ante el dolor proveniente de sus costillas, activó los propulsores de freno, para ralentizar la cápsula de salvamento, y enderezarla gradualmente. Empleando los rudimentarios dispositivos sensores de la cápsula, escaneó el área que se encontraba alrededor suyo. Logró identificar al *Harbinger*, aparentemente intacto y desacelerando, así como a otra nave cerca de la luna. No conseguía reconocer su fabricación, y giró la cápsula, de tal manera que pudiera verla directamente a través del ventanal.

—¿Quiénes son ustedes? —musitó.

Él nunca había visto una nave como aquella, en forma de disco, con un bote acoplado a su lado de estribor, y lo que parecía como una especie de anillos de acoplamiento en la popa. Empezaba a preguntarse en qué lugar del universo habían llegado a caer, después de haber dado el salto.

Haciendo que la cápsula se diera la vuelta completamente, hizo que mirara directamente hacia el *Harbinger,* y casi colisionó con el destrozado dreadnought. La nave de los Sith copaba todo el ventanal a medida que iba pasando por debajo de la cápsula, mostrando la carbonizada cicatriz de su puente destrozado, con el agujero en el cual Drev se había estrellado, y por el cual, Relin había vertido toda su rabia.

Se quedó contemplando la nave por un prolongado momento, mientras el ansia de venganza ardía como una hoguera en sus entrañas. Sabía que el *Harbinger* permanecería estando ciego hasta que Saes habilitara un puente secundario, lo cual haría seguramente de inmediato, por lo que él tenía una pequeña ventana de tiempo para escapar de su campo de visión. Abordaría la nave nuevamente, y finalizaría lo que había empezado. Se lo debía a Drev.

Pero no lograría hacerlo con una cápsula de escape averiada. No conseguiría sobrevivir al impacto con el estado actual de sus deflectores.

Con una nueva idea en su cerebro, hizo que la cápsula se diera la vuelta, y acelerara hacia la nave desconocida, con la esperanza de que el pequeño tamaño de la cápsula, permitiera que quedara oculta ante los deteriorados dispositivos sensores del *Harbinger,* mientras iba aproximándose a los extraños.

Se acercó desde la dirección de popa, de alguna forma por debajo de su plano elíptico, en dirección hacia los anillos de acoplamiento. Con suerte, podría tener un anclaje compatible con el puerto universal de acoplamiento de la cápsula de salvamento, con la esperanza de que pudiese durar lo suficiente como para permitirle abordar la nave. Aseguró el casco de su flexi-traje, orientó la cápsula de escape, y la condujo hacia los anillos de acoplamiento.

—Nunca he visto una manufactura como ésa —dijo Marr, estudiando las lecturas amplificadas de los sofisticados dispositivos sensores del *Junker*—. Las lecturas que estoy obteniendo son muy raras.

Oprimió algunas teclas, y luego sacudió la cabeza, presa de la frustración.

Khedryn examinó las lecturas.

—Una nave grande. No se trata de Reegas. Del tamaño de un crucero, pero esa fabricación no es la de ningún crucero que yo haya visto antes. Miren eso. ¿Podría ser uno de los tuyos? —le preguntó a Jaden.

Jaden se desplazó hacia el visor, mirando por encima del hombro de Marr, y estudió la errática configuración de la nave.

—No. Ni tampoco es chiss ni Yuuzhan Vong. ¿Qué…?

Un repentino acceso de náuseas cortó las palabras de Jaden, e hizo que su estómago se retorciera. Marr colocó dos de sus dedos sobre su sien del lado izquierdo, e hizo un gesto de dolor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Khedryn a Jaden—. Te ves un poco verde. Aquí, toma asiento.

Jaden asintió, aceptando el asiento que Khedryn le ofrecía. Se dio cuenta de que estaba sudando. Sintió un hormigueo en el pulpejo de sus dedos, el inicio de una descarga de rayos de la Fuerza. Luchó por contenerlo, colocando su mano en uno de sus bolsillos, como si fuera una confesión de su culpa.

—Marr, ¿te encuentras bien? —le preguntó Khedryn.

—Estoy bien —respondió Marr, pero bizqueando un poco, como si estuviera frente a una luz brillante.

Khedryn golpeteó sobre la pantalla de los escáneres.

—¿Qué estás haciendo en mi espacio, chica grande? ¿Especialmente justo ahora, justo aquí?

Marr sacudió su cabeza, como para aclararla, e inspiró profundamente.

—No responde nuestras señales. Está acercándose cada vez más, capitán.

—Aléjanos de ellos, Marr. Llévanos incluso hasta el otro lado de la luna, si es que tienes necesidad de hacerlo.

—Copiado.

—¿Han logrado detectarnos?

—No.

—Eso es algo raro —dijo Khedryn.

—Quizás no —dijo Marr—. Esa nave ha sufrido un cuantioso daño. Veo incendios y compartimentos que han perdido la compresión por toda su superficie.

—¿Un naufragio? —preguntó Khedryn, exultante, presumiblemente frente a las posibilidades de obtener algunos buenos beneficios.

—No, señor. Hay una gran cantidad de criaturas vivas a bordo.

Jaden luchaba por combatir sus náuseas, sus músculos se sentían débiles, e intentó aclarar las sensaciones que estaba sintiendo. Finalmente logró identificar la fuente, el poder del Lado Oscuro. Habiendo aislado el problema, levantó una barrera protectora, y la sensación de malestar se evaporó de manera inmediata. La sentía como una opresión en su mente, pero ya no conseguía afectar su cuerpo.

—Aleja la nave de ese crucero —exclamó—. ¡Ahora!

—¿De qué se trata? —le preguntó Khedryn.

—De los Sith —le respondió Jaden.

—¿Los Sith? ¡Aléjanos, Marr! —gritó Khedryn, mirando a Jaden.

—Pensé que habías dicho que todo esto no era parte de algún grandioso plan de los Jedi.

Relin ralentizó la cápsula de salvamento tan sólo en el último instante, liberando la potencia de los propulsores de freno, y golpeando la otra nave en medio de un estrépito

de metal crujiente. Activó el sellado magnético de la compuerta de acoplamiento de la cápsula de escape, con la esperanza de que se mantuviera estable el tiempo suficiente para que pudiera salir trastabillando de su asiento, y abrir la compuerta de aire.

Había una diminuta fisura en el sellado entre ambas naves, —podía escuchar su siseo, pero no lograba distinguirla—, pero aquello le proporcionaría el tiempo suficiente antes de que la cápsula quedara despresurizada, y sin oxígeno. Dejó abierta la comunicación de aire de la cabina interna para permitir que llegase más aire a la conexión entre ambas naves. Su flexi-traje deteriorado no lograría protegerle de una situación de vacío —el sable de luz de Saes se había llevado tanto el brazo como el traje por debajo de su codo izquierdo—, pero aun funcionaba lo suficientemente bien como para mantener su temperatura corporal durante algún tiempo.

Verificó una vez más sus pertenencias: su sable de luz, algunas pocas granadas magnéticas, su decodificador, y su bláster. Sería suficiente.

Se arrodilló frente al panel de control externo de emergencia de la compuerta de aire de la otra nave —las palabras estaban escritas en una versión rara, estilizada del Alfabeto Galáctico Estándar, pero todavía eran legibles—, y acopló su decodificador a ella. Tuvo que correr un cable sobre las terminales de su decodificador, e improvisar una conexión, ya que la estructura del panel no estaba conformada de un modelo estándar. Lo activó y se decidió a aguardar, deseando ver que la roja luz se volviera de color verde. Se imaginó que en caso contrario, tendría que volar las compuertas internas con las granadas magnéticas que le restaban.

—No tengo la menor idea —protestó Jaden.

Marr empezaba a darle la vuelta al *Junker,* cuando sintieron la sacudida de un impacto que lanzó al piso a Khedryn sobre sus nalgas, e hizo que la cabeza de Marr se golpeara contra la consola. Las alarmas empezaron a resonar por toda la nave.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jaden.

—No lo sé —dijo Marr, tocando ligeramente una hendedura sangrante en su frente, y oprimiendo algunas teclas.

—Algo nos golpeó —dijo Khedryn.

—Quizás sean algunos restos —especuló Marr.

—No se trata de restos —aseguró Jaden, y encendió su sable de luz.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Khedryn, saliendo de la línea de ataque del sable de luz de color verde de Jaden.

Un segundo tipo de alarma empezó a retumbar por todo el ambiente. Marr se dio vuelta en su asiento.

—Algo se ha pegado al anillo de acoplamiento posterior. Alguien está intentando abordarnos.

—¡Stang! —Khedryn soltó una imprecación, y desenfundó su bláster.

CAPÍTULO IX

Khedryn y Jaden se lanzaron a correr a través de los corredores de la nave, con Khedryn a la vanguardia, y las alarmas resonando por todo el trayecto.

La voz de Marr se escuchaba en el comlink de Khedryn.

—Se han acoplado, y han decodificado las compuertas exteriores. Se encuentran en la cabina de aire del medio.

—¿Y el crucero?

—Ahora está detenido por completo. Hasta donde sé, todavía no han podido detectarnos

Jaden se imaginó al diminuto carguero enfrentándose al enorme crucero en medio del vacío del espacio, una mosca de lava[38] acometiendo en contra de un rancor.

—Mantenme informado —le pidió Khedryn.

Aceleraron a través del compartimento de carga, por en medio de un ambiente vacío, y hacia uno de los compartimentos laterales. Jaden logró ver la negra inmensidad del espacio a través de algunos ventanales ocasionales. Delante de ellos, divisó las compuertas hexagonales de compresión que se abrían hacia la cabina de aire del medio, y hacia los anillos de acoplamiento. Ambos permanecían cerrados. La luz verde por encima de la puerta externa, indicaba un acoplamiento exitoso.

Jaden extendió una mano para hacer que Khedryn ralentizara su marcha. Pegó su mejilla en contra del ventanal más cercano, e intentó obtener una vista de la nave acoplada a los anillos, pero el ángulo le proporcionaba poca visibilidad. La nave acoplada se veía diminuta, una pequeña esfera similar a una cápsula de salvamento, pero que Jaden fue incapaz de reconocer.

Le dijo a Khedryn:

—Probablemente, sería mejor que te alejaras un poco…

Una explosión arrancó la puerta interna de la cabina de aire desde sus guarniciones, y lanzó a Khedryn y a Jaden hacia el piso. El impacto de la puerta derribada, lanzó vibraciones a través de toda la cubierta. El humo llenó el corredor, así como el chisporroteo del cableado cercenado que había quedado expuesto.

La conmoción aún resonaba en los oídos de Jaden, pero todavía era capaz de percibir el embotado retumbo de las alarmas y, en medio, el zumbido de un sable de luz que acababa de ser activado. La adrenalina le permitió ponerse de pie, mareado, pero con su propio sable de luz entre las manos. A su lado, Khedryn hizo lo mismo, con el bláster en uno de sus puños, y con la otra mano apoyada sobre el mamparo para poder mantener el equilibrio.

La voz de Marr crujía a través del comlink de Khedryn.

— ¿Qué fue eso? ¿Khedryn?

---

[38] Lava flea: mosca de lava. Especie de insectos de seis patas, oriunda del planeta volcánico de Mustafar. Estaban bien adaptadas a la fiera superficie de aquel mundo, gracias a sus duros exoesqueletos. Estaban domesticadas, y eran empleadas como monturas por parte de los habitantes de la parte norte de Mustafar. N. del T.

Un macho humano revestido por una armadura plateada rebotó en medio de las abiertas compuertas, con un sable de luz de color verde —no el rojo característico de los Sith—, resplandeciendo en uno de sus puños. De manera extraña, un cable estaba unido a la empuñadura de su sable de luz, conectándolo con una celda de energía de su cinturón. Su brazo izquierdo era un muñón cortado debajo del codo, y el traje —no era una armadura—, estaba chamuscado y desgarrado a nivel de la articulación, como si hubiera sido cortado recientemente.

Khedryn no dudó ni un instante, y lanzó una serie de disparos de bláster. El sable de luz del intruso se transformó, de ser una línea, en un difuminado círculo, a medida que iba utilizándolo como una defensa que desviaba cada uno de los disparos en dirección hacia los mamparos.

—Quédate atrás —le dijo Jaden a Khedryn. Aumentó su velocidad por medio de la Fuerza, y se lanzó hacia adelante, amagando por lo alto, y golpeando por lo bajo.

Rechazando la puñalada baja mientras daba un paso hacia el costado, el intruso giró para lanzar un golpe de reversa a la cabeza de Jaden. Jaden interpuso su hoja, se encontró con la dura mirada del hombre a través del transpari-acero de su casco, y lanzó una patada amplificada por la Fuerza, a su abdomen.

El impacto lanzó al intruso contra la pared, provocando un gesto y un gruñido de dolor. Se dobló sobre sí mismo durante un momento, dejando descubierto uno de sus costados. Aprovechando el descuido, Jaden desencadenó una estocada vertical, pero el hombre dio un giro hacia un lado, y la hoja de Jaden marcó un negro surco sobre el mamparo.

Jaden dio un gran salto en el aire hacia arriba y hacia atrás, para evitar el golpe correspondiente del intruso, y aterrizó en el otro lado del corredor, a tres metros de distancia, atrapando al intruso entre Jaden a un lado, y Khedryn en el otro.

Jaden no lograba identificar el estilo de lucha del hombre. Nunca había visto nada como aquello con anterioridad.

Khedryn, ahora con el blanco despejado, apuntó su bláster para dispararle, pero el intruso, con los ojos puestos sobre Jaden todo el tiempo, hizo un gesto con el muñón de su brazo izquierdo, y el arma fue arrancada de las manos de Khedryn, y cayó dando pequeños tumbos sobre el piso, hasta que llegó a los pies del hombre.

Jaden y el hombre se miraron el uno al otro, con los ojos estrechados, y las hojas de sus respectivos sables de luz, brillando delante de ellos. La respiración del intruso se hizo dificultosa, y su postura encorvada, lo que le reveló a Jaden que su patada le había lastimado las costillas. Sus ojos saltaban del rostro de Jaden, a su hoja.

De manera sorprendente, Jaden no logró sentir ninguna opresión adicional sobre su mente, procedente del Lado Oscuro. Él habría esperado sentir una punzada más incisiva en presencia de un Sith.

Khedryn golpeó el vidrio que había sobre un gabinete de herramientas de emergencia, y retiró un martillo manual, y un hacha. A Jaden le produjo admiración aquella demostración de valor, aunque sabía que no tenía mayor sentido.

El intruso se agachó hasta el piso, respirando pesadamente, dejando desprotegido uno de sus costados. Los segundos transcurrían, y nadie se atrevía a iniciar el ataque.

—Entonces, ¿cómo es que va a terminar todo esto? —preguntó Khedryn, levantando su martillo y el hacha.

El ritmo de las alarmas mantenía la misma cadencia de los latidos de Jaden, de su respiración. Sintió que el hombre estaba evaluando su presencia en la Fuerza, de la misma forma que Jaden hacía lo mismo.

En lugar del amargo gusto de un Sith, sintió la naturaleza afín de un eximio iniciado en el Lado Luminoso de la Fuerza. Sin duda, el intruso sentía algo similar con Jaden, aunque Jaden sabía que la era la duda, y no la ira, lo que exudaba de su persona.

—¿Quién eres tú? —Jaden y el hombre se preguntaron de manera simultánea.

Ambos bajaron sus armas, con una inquietante mirada en sus ojos. El hombre tocó un botón en el tablero de control de su pecho, y se sacó el casco. Una larga cola de cabello negro que empezaba a teñirse de gris, contrastaba marcadamente con su pálida piel. Unas oscuras ojeras por debajo de sus ojos, intentaban matizar el contraste entre su piel y sus cabellos.

—Eres un Jedi —dijo Jaden, y sus palabras eran una pregunta a medias.

—Tal como lo eres tú —dijo el hombre, y su voz reflejaba un acentuado dialecto bastante singular.

—Ahora tenemos una fiesta —dijo Khedryn, bajando el martillo y el hacha.

Jaden desactivó su sable de luz.

—¿Fuiste enviado por el Gran Maestro Skywalker?

Quizás R6 se habría contactado con la Orden, sin esperar a que se cumplieran las indicaciones de Jaden…

—No conozco al Gran Maestro Skywalker —el hombre echó una mirada alrededor de la nave—. ¿En dónde estoy? ¿En qué sistema? No reconozco la manufactura de esta nave, y ustedes dos hablan raro.

—¿Qué *nosotros* hablamos raro? —exclamó Khedryn.

—¿No reconoces el nombre del Gran Maestro Skywalker? —le preguntó incrédulo Jaden.

—He estado alejado de Coruscant y de la Orden por un buen tiempo, en una misión para el Maestro Nadill.

—¿El Maestro quién? —el nombre rebotaba en la mente de Jaden una y otra vez, tratando de localizarlo entre sus recuerdos. Sentía como si debería reconocerlo.

—No tenemos tiempo para esto —dijo el hombre—. Mi nombre es Relin Druur. Necesito regresar a bordo del *Harbinger*.

Khedryn dio un paso hacia adelante.

—¿Regresar a bordo? ¿Te refieres a ese crucero?

—Se trata de un dreadnought Sith —afirmó Relin, asintiendo—. Intenté derribarlo junto con mi padawan, y sólo logré dañar su hiper-impulsor. Fui atrapado en su estela, cuando realizó aquel salto fallido. Y terminamos aquí.

—¿Tu padawan? —le preguntó Jaden, y de inmediato deseó no haberlo hecho.

Las mandíbulas de Relin se pusieron tensas. El dolor empañó su mirada.

—Él está muerto.

—Lo lamento —dijo Khedryn de manera incómoda—. Y lamento haberte disparado, pero tú incursionaste en mi nave y…

—¿Cuáles son sus nombres? —les preguntó Relin.

—Soy Jaden Korr. Éste es Khedryn Faal, y ésta es su nave.

Relin realizó una profunda inspiración, dejando ver un gesto de dolor al momento en que lo hacía.

—Escúchenme, Jaden y Khedryn. No podemos permitir que el *Harbinger* vuelva a saltar. La carga que lleva, un mineral especial, amplifica el poder de aquellos que utilizan el Lado Oscuro, y puede hacer que la batalla por Kirrek, se convierta en una derrota catastrófica. A menos que deseen que la galaxia sucumba frente al dominio de los Sith, van a tener que ayudarme.

—¿Mineral? ¿De qué estás hablando? —le preguntó Khedryn—. Hombre, necesitas atención médica. Tan sólo mírate.

Los ojos de Relin destellaron, y dio un paso en dirección hacia Khedryn.

—¡No hay tiempo! Si Naga Sadow logra la victoria en Kirrek, podríamos no ser incapaces de detener a los Sith en absoluto.

El cerebro de Jaden intentaba hallarle el sentido a las palabras de Relin. Alguna clase de mineral en el crucero que intensificaba el poder de un iniciado en el Lado Oscuro. La presencia de aquel mineral explicaba la energía del Lado Oscuro que emanaba libremente del crucero, la cual les había provocado semejante incomodidad a medida que la nave iba aproximándose.

—Necesito tomar el mando de esta nave —exclamó Relin—. Lo lamento, pero…

—No vas a tomar el mando de nada, excepto de una taza de café, Jedi —replicó Khedryn, mientras sus nudillos se ponían lívidos alrededor del martillo y del hacha. Ésta es *mi* nave.

Una mayor cantidad de las palabras de Relin iban asentándose en el cerebro de Jaden, pero no lograba darles forma para extraer algo coherente.

—¿Acaso dijiste Naga Sadow? —preguntó de manera distante.

El nombre de Sadow evocó recuerdos de las antiguas lecciones de historia que había recibido Jaden, cuando aún estaba en la Academia Jedi.

—Sí, Sadow —dijo Relin—. Sus fuerzas se dirigen hacia Primus Goluud incluso ahora, mientras andamos discutiendo trivialidades. Hazme caso, Jaden. Necesito tu ayuda, y la necesito ahora.

Las piezas del rompecabezas de la historia de Relin, empezaban a encajar unas con otras, Kirrek, Nadill, Sadow, su desconocimiento del Gran Maestro Skywalker, su sable de luz obsoleto, el bláster de fabricación extraña que portaba.

Las sospechas de Jaden lo golpearon como un puñetazo inesperado en el estómago. ¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo?

—Esto no es posible —susurró.

Relin confundió el significado de sus palabras.

—No sólo es posible, es algo esencial. Necesito regresar al *Harbinger.* —Miró a Khedryn—. ¿A menos que esta nave pudiera ser capaz de derribarlo?

Khedryn se burló de la proposición, y colocó el martillo y el hacha de regreso en sus nichos en la pared.

—Éste es un carguero, no una nave de guerra. No tengo armas para combatir de nave a nave. Jaden, ¿te encuentras bien?

—¿Ninguna en absoluto? —le preguntó Relin.

—Ninguna —le aseguró Khedryn a Relin—. ¿Jaden? ¿Te encuentras bien?

Jaden tragó saliva a través de su garganta, que se había quedado seca. Cuando logró hablar, su voz sonaba tan mecánica, como la de un droide de protocolo.

—La Batalla de Kirrek se llevó a cabo hace más de cinco mil años atrás. Naga Sadow ha estado muerto por siglos. Si lo que nos has dicho es correcto, ese salto fallido no los transportó a través del espacio —dejó que el momento se prolongara durante algunos segundos, permitiendo que Relin se abrazara a sí mismo, antes de concluir—: los transportó a través del tiempo.

—Estás loco —declaró Relin, pero dio medio paso hacia atrás. Sus ojos saltaban hacia el sable de luz de Jaden, hacia su bláster, hacia la nave, hacia Khedryn y su bláster.

—Estoy de acuerdo con él —le dijo Khedryn a Jaden, mientras su ojo perezoso y su ojo sano parecían separarse para mirar al mismo tiempo a Relin y a Jaden—. Eso no puede ser verdad. ¿No es cierto?

—Mira mi sable de luz —dijo Jaden, y le extendió la empuñadura de su hoja—. La tecnología de los sables de luz abandonó las celdas de energía hace mucho tiempo atrás.

Relin dio otro paso hacia atrás, como resistiéndose frente a la evidencia que tenía ante sus ojos.

—Tienes un sable de luz más avanzado, pero eso no significa…

—Mira esta nave, Relin —continuó Jaden—. El bláster de Khedryn. El mío.

Le tendió su propio DL-44.

Los ojos de Relin se abrieron desmesuradamente, y su pálida piel se hizo aún más pálida.

—Esto es… un error. Yo…

Se le veía visiblemente concentrado; una vez más, estaba evaluando la presencia de Jaden en la Fuerza.

—Yo *soy* un Jedi —le dijo Jaden, comprendiendo sus propósitos—. No estás siendo engañado.

Relin se encorvó, y Khedryn dio un paso adelante, como para ayudar a Relin a mantenerse en pie, pero el Jedi hizo un gesto con su mano para indicarle que aquello no era necesario.

Jaden continuó:

—La galaxia acaba de sobrellevar una guerra civil ocasionada por un Lord Sith llamado Caedus, pero fue derrotado por la Orden y sus aliados. Mi Orden Jedi. Antes de ello, los Jedi fueron fundamentales para derrocar a un Imperio que abarcaba toda la galaxia, regido por un Lord Sith llamado Palpatine.

—Jaden… —dijo Khedryn, extendiendo una mano a Relin como para estabilizarlo—. Vamos, ocupémonos de esas costillas. Podemos encargarnos de todo eso después. Estoy seguro de que hay una explicación valedera.

—Acabo de dártela —le respondió Jaden, más convencido que nunca.

Relin se quedó mirando a Jaden, queriendo decir algo, pero su contuvo. Sacudió su cabeza.

—¿Cómo puede ser posible?

Jaden no tenía idea. Parecía ser algo imposible, pero no percibía ningún engaño pro parte de Relin, y los hechos que habían sido descritos, eran todo lo que tenía.

—Trae a Marr —le dijo a Khedryn, pensando en que el cereano, con todas sus habilidades matemáticas, podría ser capaz de explicar todo lo que había sucedido.

Khedryn se relamió los labios.

—Siendo así, ya sé qué es lo que debo decirle: que tú afirmas que tenemos una vieja llamada de auxilio imperial procedente de una luna que nadie había cartografiado con anterioridad, a un Jedi de cinco mil años de antigüedad que acaba de abordar mi nave, y a un viejo dreadnought Sith también de cinco mil años de antigüedad, cargado con algún mineral demoníaco a bordo, volando en medio de mi firmamento.

Ni Jaden ni Relin dijeron nada. Jaden entendía la necesidad de Khedryn por dejar todas las cosas en claro. Ésa era la manera en que lograba asumirlo todo con mayor facilidad.

—Si para ti, esto se trata de trabajo, Jaden —afirmó Khedryn—, pues me gustaría saber qué es lo que haces para divertirte.

Activó su comunicador:

—Marr, no vas a creer esto.

Saes se apresuró a través de los corredores, bahías y elevadores del *Harbinger*. Todos los equipos de control de daños, lo saludaban a su paso.

Los anillos de hueso que sostenían su cabello como una larga cola, rebotaban contra sus espaldas con cada zancada que iba dando. Todavía podía sentir un gozoso y leve mareo, un efecto colateral que le había quedado después del empleo del lignan.

Cuando llegó al puente secundario, encontró que todo el equipo de guardia nocturna, ya se encontraba en sus estaciones. La pantalla visora permanecía ensombrecida. El *Harbinger* se encontraba ciego. Todos ellos, hombres y mujeres, humanos y no humanos, se pusieron de pie, y levantaron un puño en señal de saludo. Todos olían a miedo rancio.

—El capitán está en el puente —dijo el teniente Llerd, de pie en posición de atención, y sacando su pecho en forma de tonel.

—Como lo están ustedes —le dijo Saes a la tripulación, y todos regresaron a sus actividades—. Usted queda a cargo de las labores de un oficial ejecutivo, *Coronel* Llerd.

—Gracias, señor —declaró el humano.

—¿Estado actual?

—La mayoría de nuestros instrumentos no funcionan, así que he ordenado una detención completa de todos los sistemas —le informó Llerd—. Los equipos de reparación están tratando de solucionar el problema de los mamparos volados. El puente primario ha sido sellado.

—Haga que nuestros instrumentos vuelvan a estar operacionales, y realice un escaneo general. Deseo saber en dónde estamos. Y active la pantalla visora.

—Copiado, señor —le respondió el humano.

Alguien logró activar el sistema de comunicaciones del puente. Se escucharon crujidos de estática por algunos momentos, y luego los reportes de daño empezaron a llegar desordenadamente. Saes tomó nota de ellos de manera ausente, ya que su mente se encontraba enfocada en Relin. Recordó el júbilo en los ojos de Relin en el momento anterior a que fueran activadas las cargas adheridas al hiper-impulsor. El recuerdo provocó su ira. Colocó un dedo sobre la punta de uno de los cuernos que emergían de su mandíbulas, y lo presionó hasta que el dedo terminó sangrando, momento para el cual ya tenía nuevamente su ira bajo control.

El que alguna vez fuera su Maestro, probablemente había logrado escapar antes del salto, aunque Saes se imaginaba que era posible que todavía se encontrase a bordo.

Abriéndose a la Fuerza, Saes intentó sentir la presencia de Relin, pero no logró detectar nada. Por supuesto, sabía que Relin podía enmascarar su presencia cuando así lo quisiera. Saes hizo que su dedo sangrante golpeteara contra el cuerno de su mandíbula. Llerd se había quedado congelado mirándolo, como si estuviera hipnotizado por el repetitivo movimiento.

—¿Coronel Llerd?

Llerd volvió a la realidad.

—¿Señor?

—Realice una búsqueda de seguridad barriendo cada uno de los ambientes de esta nave. Todavía podríamos tener a un Jedi a bordo.

—Sí, señor.

Saes se sentó en el sillón de mando, impartiendo órdenes, y permitiendo que la tripulación sobreviviente, completara el trabajo de volver a resucitar al *Harbinger*. Uno a uno, los sistemas volvieron a estar en línea.

—Los escáneres están operacionales —informó finalmente Llerd. El tono de su voz era cortante—. Estamos recibiendo las lecturas de una nave, señor. Su fabricación es desconocida. Pantalla visora volviendo a funcionar.

Una línea blanca se formó en el centro de la pantalla, y se expandió hasta mostrar el fondo negro del espacio y las estrellas: mostraba un cercano gigante gaseoso, así como una pequeña nave resplandeciendo en medio del brillo del sol de color naranja que presidía el sistema.

—Amplifica esa nave —le ordenó Saes.

La imagen fue enfocada sobre la nave, y ésta empezó a expandirse. Un disco aplanado, con una nave auxiliar acoplada a su costado. No se lograba distinguir un armamento evidente. Entonces, no se trataba de una nave de guerra. Saes nunca había visto una nave fabricada como ésta con anterioridad.

—Ésa es una de nuestras cápsulas de escape —dijo Llerd, señalando un punto—. Allí, en la popa.

Saes se levantó de su sillón, comprendiendo instantáneamente lo que aquello significaba. Relin había conseguido escapar del *Harbinger* en una cápsula de salvamento, justo después de iniciado el salto, y ahora estaba reuniéndose con sus aliados Jedi.

—Acérquenos a esa nave, y abra fuego con las baterías principales, coronel. Derríbela.

—Nuestro armamento todavía está fuera de línea, señor.

Saes se aferró al borde de su sillón, incapaz de separar sus ojos de aquella nave y de la cápsula de salvamento. No permitiría que Relin escapase una vez más, no esta vez.

—Despliegue dos escuadrones de cazas-Cuchilla. Quiero que esa nave se consuma en llamas.

* * *

Al igual que Khedryn, Relin y Jaden se apresuraban intentando llegar al puente, mientras la voz de Marr surgía del comlink de Khedryn.

—Ya vienen, capitán. Dieciséis cazas han sido lanzados desde el crucero.

—¡Debes estar bromeando! —exclamó Khedryn. Miró a Jaden y a Relin como si se tratase de su culpa, y Jaden asumió que lo era.

—¡Y todo esto empezó como un kriffing juego de sabacc!

—Saes debe suponer que me encuentro aquí —dijo Relin—, como de hecho, es así.

—Entonces lárgate —dejó escapar Khedryn, pero se arrepintió casi de inmediato—. No quería decir eso. Lo lamento. No tengo ningún cariño por los Sith. Especialmente por los realmente viejos.

Habló a través de su comunicador:

—Traza una trayectoria de salto, Marr. Éste es un cielo poco seguro para bribones como nosotros.

—¡No! —exclamaron Jaden y Relin al unísono.

El grito simultáneo hizo que Khedryn volviera tras sus pasos, y ambos lo confrontaron.

—¿No?

—Tengo que bajar a esa luna, Khedryn —dijo Jaden.

—Y yo necesito detener al *Harbinger* —añadió Relin.

Khedryn los miró a los dos, como si ambos hubieran enloquecido.

—Escucharon que se trata de dieciséis cazas, ¿no es verdad?

A Relin le dijo:

—La Batalla de Kirrek ya es historia pasada.

Y a Jaden le indicó:

—Y esa luna no va a irse a ninguna parte.

—El crucero también está empezando a moverse —les informó Marr.

—¿Ya oyeron? —les preguntó Khedryn, levantando las cejas.

Jaden escuchaba la desesperación en su propia voz, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultarla.

—La Fuerza me trajo hasta aquí. No puedo marcharme hasta que vea lo que hay en esa luna.

—Quizás fuiste enviado hasta aquí para encontrarte con Relin —dijo Khedryn, obviamente con la esperanza de lograr convencerlo—. Quizás ustedes dos ya hayan hecho lo que se supone que deberían hacer.

Jaden sacudió su cabeza. Relin hizo lo mismo.

—Esto fue algo incidental —afirmó Jaden.

—¿Incidental? —le respondió Khedryn—. ¿Así es como llamas a todo esto? Ustedes dos son unos locos. Peor que fanáticos. Ambos tienen esa mirada…

Sacudió su cabeza, dio algunos pasos, y gritó en su comlink.

—Marr, ¿podemos dejarlos atrás sin necesidad de saltar al hiperespacio?

—¿Dejarlos atrás hacia *dónde*, capitán?

—Ésa es una buena pregunta —masculló Khedryn para sí mismo. Miró a Jaden y a Relin—. ¿Alguna idea?

Jaden ni siquiera lo dudó.

—Emplearemos esos anillos para cubrirnos. Los escáneres jamás podrán encontrarnos, y los cazas dejarán de perseguirnos.

—Eso será porque terminaremos convertidos en polvo espacial —dijo Khedryn—. La última vez que lo intenté, se me quitaron las ganas de caminar bajo la lluvia. Así que a menos que tú puedas…

—Puedo hacerlo —declaró Jaden—. Y voy a encargarme de pilotar el *Junker*.

Viendo las dudas de Khedryn, le reafirmó:

—Puedo hacerlo, capitán.

—¿Pilotearás por medio de la Fuerza? —le preguntó Relin, con una ceja levantada.

Jaden asintió.

—Stang, hombre —gruñó Khedryn, levantándose sobre la punta de sus pies—. Stang.

—Siguen acercándose —se escuchó a Marr, y su voz, de alguna manera, todavía sonaba plácida—. ¿Órdenes, capitán? El quedarnos aquí sentados no parece ser algo muy aconsejable.

—¿Así lo crees? —le espetó Khedryn. Se quedó mirando a Jaden. Finalmente se dio por vencido—. Dirígete hacia los anillos, Marr. A toda marcha hasta que lleguemos a ellos, y entonces, Jaden se hará cargo.

Se produjo una larga vacilación.

—Volar hacia los anillos es una locura, capitán.

—Así es. Y parece que vamos a darnos unas vueltas por allí. Tan sólo haz lo que acabo de indicarte.

Jaden le dio un golpecito a Khedryn en el hombro.

—Valoro la confianza.

Relin dijo:

—Dijiste que no tienes armamento, pero ¿qué es lo que *sí* tienes?

—Nada. Un rayo tractor montado en la popa. Lo empleamos para remolcar despojos.

—Dime eso a mí.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza? —le preguntó Jaden.

—Quizás nada. Pero quizás tengo algo. Jaden… el capitán del *Harbinger* y yo tenemos una conexión personal. Los cazas van a seguirte hasta los anillos.

—Comprendido.

—Estamos llegando a los anillos —les informó Marr—. Los cazas son rápidos, capitán.

—¡Son unas kriffin' antigüedades! ¿Cómo podrían ser tan rápidos?

—¡Antigüedades? Yo no subestimaría…

—No importa, Marr. Jaden está en camino hacia allá arriba.

Jaden nuevamente le dio un golpecito en el hombro.

—Me aseguraré de conseguir un pedazo de la goma de mascar de Marr.

—Consigue dos.

Los cazas-Cuchilla emergieron del vientre del *Harbinger,* y aparecieron a la vista en la pantalla visora, como estelas en dirección hacia la nave de los Jedi. La nave se dio la vuelta, sus motores destellaron desprendiendo un brillo azulado, y aceleró hacia los anillos del gigante gaseoso.

—¿Hacia dónde está huyendo? ¿Hacia los anillos? —preguntó Llerd—. No hay mucho espacio para maniobrar dentro de ese lugar.

Saes observaba a los cazas-Cuchilla aproximándose hacia la nave fugitiva.

—Si ha decidido dirigirse hacia los anillos, ordénele a los cazas-Cuchilla que la persigan. Quiero que esa nave sea destruida. Con seguridad va a intentar saltar si dejamos que abandone el campo gravitatorio del planeta. Los cazas-Cuchilla no deben permitirlo.

Llerd no vaciló.

—Sí, señor.

Saes se volvió hacia 8L6, el droide científico de reemplazo.

—Deseo que traces un curso de regreso hacia Primus Goluud tan pronto como sea posible. Y deseo que envíes una transmisión subespacial en la frecuencia privada de nave-a-nave. Ve si puedes localizar al *Omen*.

Dudaba de que estuvieran en algún lugar cercano a la localización del *Omen*, pero necesitaba confirmarlo.

—Capitán, estoy obteniendo unas lecturas muy raras —dijo 8L6.

Saes se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Sé más específico.

—Las lecturas de astronavegación, no se corresponden con el chrono principal del *Harbinger*.

Las palabras arrancaron a Saes de su asiento, haciendo que se colocara al lado de 8L6. Se aseguró de que Llerd se encontrase ocupado, antes de continuar con la conversación.

— ¿Cómo puede ser eso posible?

—Lo desconozco, pero los marcadores convencionales de astronavegación, no están en donde deberían estar, dado el tiempo transcurrido.

Saes verificó las lecturas por sí mismo. Todo estaba fuera de lugar.

—Algo debió averiar el chrono de la nave. Verifícalo una vez más.

—He hecho correr varios programas de auto-diagnóstico, antes de hacerle llegar el informe a usted. El chrono está funcionando correctamente.

Un nervioso estremecimiento recorrió la columna vertebral de Saes.

—Entonces, nuestra localización en el espacio está errada. El dispositivo de astronavegación ha sido dañado.

—He verificado nuestra nueva posición con un intervalo de confianza del noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento. Sé en *dónde* estamos.

La implicancia de aquellas palabras colgaba en el aire en medio de ellos, quedaba remarcada por el inexpresivo rostro de 8L6. Los amarillentos ojos de Saes, reflejados sobre la lustrosa superficie del droide, lo contemplaban de vuelta.

Saes se decidió a hablar en un tono bajo, e hizo la correspondiente pregunta, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Elsix?

El droide, de igual manera, habló en un tono calmado.

—Estoy diciendo que dada nuestra posición, los escáneres de largo alcance del dispositivo de astronavegación, sugieren fuertemente que ha transcurrido un período de tiempo significativo desde que entramos en el hiperespacio.

Saes echó una mirada a su alrededor, para asegurarse de que nadie estuviera escuchándolos.

—¿Cuán significativo?

—Más de cinco mil años.

Las palabras se asentaron pesadamente en el cerebro de Saes, con un significado lapidario. Apoyó una de sus manos sobre una silla que se encontraba cerca, tratando de

reafirmar su peso sobre sus rodillas. El estremecimiento continuaba expandiéndose desde su columna vertebral, hacia todo su cuerpo. Sus piernas empezaron a debilitarse, pero la silla lo mantuvo de pie. Se dio vuelta, y contempló la pantalla visora, en dirección hacia las estrellas que se veían iguales a aquellas que había dejado atrás hacía cinco milenios, pero en otra posición estelar.

—¿Cómo? —se escuchó decir.

—La explicación más probable, es que el salto fallido dio como resultado, que el *Harbinger* nunca llegara a ingresar por completo en el hiperespacio. Teníamos un túnel hiperespacial por delante de nosotros, pero nunca logramos ingresar en él. En lugar de ello, la nave aceleró hasta cerca de la velocidad de la luz. Para nosotros, tan sólo transcurrió un corto período de tiempo. Para el resto de la galaxia, transcurrieron cinco mil años.

Cinco mil años.

Los pensamientos andaban rebotando dentro de su mente, inconexos, sin una ilación definida. Su cerebro se sentía sin piso.

Cinco mil años.

Luchaba por enfocarse, para terminar de analizar la situación, pero no lograba llegar a ningún punto. No tenía toda la información pertinente como para llevar a cabo, de manera exitosa, un análisis correcto. No tenía información acerca del estado de las cosas en la galaxia. ¿Qué habría sido del Imperio Sith? ¿De la guerra con los Jedi? ¿De su mundo natal?

Se le ocurrió que en aquel momento, él y su tripulación eran simples artefactos, fósiles vivientes extraídos de su estrato por parte de un salto fallido.

—Cualquier cosa podría haber pasado en cinco mil años.

El droide no dijo nada, simplemente se limitó a inclinar su cabeza, como si estuviera intrigado por la reacción de Saes.

La conexión de Saes con la Fuerza, empezó a regresarlo a la realidad. Habían transcurrido cinco mil años, pero la Fuerza permanecía siendo constante. Luchó por aplacar el pánico que sentía.

—No le vayas a decir nada de esto a nadie —le ordenó a 8L6—. Necesito pensar acerca de toda esta situación.

El droide asintió, sus servo-motores chirriaron, y regresó hacia su estación.

—Los cazas-Cuchilla están entrando en los anillos en trayectoria de persecución —anunció Llerd, mientras la ansiedad en su voz, traicionaba algún deseo suyo de ver morir a alguien.

Saes comprendió que Relin se encontraría tan perdido como lo estaba él, dos hombres cuyos propósitos se habían quedado sin mayor sentido. Ya no había una Orden a la cual reportarse. La Batalla de Kirrek ya habría finalizado hacía tiempo atrás. Y de improviso, a él le empezaba a parecer más importante que nunca, el eliminar a Relin.

En la necesidad de completar aquella acción, encontró su propósito.

Mientras tanto, estaba a cargo de un dreadnought averiado pero funcional, un compartimento de carga repleto de lignan, y una tripulación completa de combatientes. Tenía pocas dudas acerca de que pudiese hacer sentir su presencia. Una vez que se enterase del estado de las cosas en la galaxia, podría establecer contacto con la Orden actual de los Sith, si es que existía alguna. Podría emplear el lignan como una forma para asegurarse un buen sitial en la jerarquía, o incluso, para hacerse con el dominio completo de los Sith por sí mismo.

Y en el caso de que ya no existiese ninguna Orden, él podría volver a crearla.

Habiendo hallado su equilibrio mental, le dijo a Llerd:

—No permita que se monitoreen o se escaneen los canales sub-espaciales. ¿Me ha entendido?

Llerd se veía intrigado, pero acató la orden.

Saes no deseaba que las conversaciones de las charlas locales, en caso de haber alguna, le revelara prematuramente a la tripulación, lo que le había sucedido al *Harbinger*.

Volvió su mirada hacia la pantalla visora, observando cómo los cazas-Cuchilla iban a la caza de su antiguo Maestro en medio de una tormenta de hielo y piedra.

De pasada se preguntó, quién más se encontraría a bordo de la nave en la que Relin se había refugiado. Con seguridad, no se trataba de otros Jedi.

Kell había estado observando, con el espíritu alerta, la forma en que el deteriorado crucero había enfilado desde la oscuridad, en dirección hacia el *Junker,* mientras que algunos cazas de un diseño que Kell jamás había visto con anterioridad, eran lanzados del vientre del crucero, y empezaban a perseguir al *Junker* en medio de las densas bandas de rocas y hielo que conformaban el marco del gigante gaseoso de color azulado.

—Las líneas del destino se intersectan y se hacen más brillantes en este lugar —se escuchó decir a sí mismo. Su corazón latía aceleradamente.

Tan sólo necesitaba desenredar la madeja, y encontrar su revelación. Eso era lo que andaba esperando. Y sabía que Jaden Korr tendría que ser la llave.

Empleó una de las cámaras frontales para tomar holo-fotografías del *Junker*, del crucero, de los cazas, y las almacenó en un holocristal. Se dio cuenta de que el *Junker* enrumbaba hacia los anillos, y observó que los estilizados cazas seguían su rastro. No sentía temor de que Jaden pudiera morir en los anillos. El destino de Jaden era morir al tiempo que Kell se alimentaba de él, en su sopa.

Escaneó todas las frecuencias, hasta que logró ubicar la señal procedente de la luna, la que había empezado con todo aquello, la señal que al final, conduciría a Kell hacia el altar del entendimiento.

La amplificó, y dejó que la rítmica cadencia —como si fuera el latido de un corazón—, inundara la carlinga. Habiendo llevado a cabo algunos servicios para el

Imperio hacía décadas atrás, reconoció el origen imperial de la señal. El *Predator* poseía un avanzado paquete de decodificación, y Kell lo aplicó sobre el mensaje. En cuestión de segundos, ya estaba desencriptado.

—Peligro extremo —declaraba una voz femenina—. No se aproximen. Peligro extremo. No se aproximen.

Dando tumbos a través de los corredores del *Junker*, Khedryn condujo a Relin hacia el compartimento de control del rayo tractor, en la parte posterior de la nave. Un pequeño ventanal de forma rectangular, les proporcionaba una vista de las afueras de la nave. Pudieron ver a los cazas del *Harbinger* aproximándose cada vez más, delgadas astillas de metal de color negro y plateado, hendiendo el espacio en dirección hacia el *Junker*, colmados de enfermizas intenciones. Khedryn logró divisar los cañones láser montados sobre cada una de sus alas. El crucero se alzaba amenazador detrás de los cazas, enorme y sombrío.

—Suelta la cápsula de escape, Marr —le ordenó Khedryn por medio de su comlink—. No quiero que Jaden vuele mi chica con un pesado saco sobre su espalda.

—Copiado —contestó Marr.

Algunos segundos después, vieron cómo la cápsula de salvamento de Relin, se desprendía dando vueltas en medio de la estela del *Junker*. Uno de los cazas-Cuchilla disparó sus cañones láser montados sobre sus alas, y unos haces verdosos transformaron la cápsula en llamas y chatarra.

—Stang, esas cosas son veloces —exclamó Khedryn.

—Los cazas-Cuchilla son cañones volantes —le explicó Relin—. Pero tienen deflectores de baja intensidad. Un sólo disparo es todo lo que se necesita.

—Igual que los cazas TIE —afirmó Khedryn—. Los diseños de los Sith son los mismos, sin importar cuánto tiempo haya transcurrido.

—¿Tenemos deflectores? —le preguntó Relin, colocándose el cinturón de seguridad para asegurarse firmemente a la consola.

—¿Acaso ya no te he dicho que ésta es una nave de salvamento? —le repitió Khedryn, observando a los cazas-Cuchilla hacerse cada vez más grandes—. No tenemos nada que pueda ni siquiera amenguar esa clase de poder de fuego.

Relin examinó los controles.

—¿El rayo tractor puede ser apuntado con precisión?

—Apuntado, sí —Khedryn le mostró al Jedi el escáner y dispositivo de fijación, así como el control de disparo—. Pero, ¿con precisión? Lo utilizo para remolcar cosas. No creo que pueda ser considerado como un arma.

—Pues lo será en este momento. ¿Cómo puedo comunicarme con la carlinga?

Khedryn empezó a pensar que estaba dándose cuenta de lo que Relin pretendía hacer.

—Dime que no estás pensando hacer lo que pienso que estás planeando. Vamos a estar en el medio de esos anillos. La variación de masas, por sí sola…

—Si deciden seguirnos hacia la parte más densa de los anillos, vamos a necesitar ingeniárnoslas con algo. El comunicador, capitán.

Khedryn se tragó su protesta. Activó el intercomunicador de a bordo.

—Cabina de mando, ¿me copian?

—Claro y fuerte, capitán —le respondió Marr—. Los cazas están acortando la distancia. Nos encontramos en las afueras de los anillos.

Por medio de su Ojo de la Mente, Relin se imaginó los anillos alrededor del gigante gaseoso. Tomados en su conjunto, constituían una tormenta de enorme tamaño, de cinco kilómetros de espesor, y más de mil kilómetros de ancho, sembrados de deformes trozos de roca y hielo de tamaños variables, desde pedazos de menos de un metro de diámetro, a colosales masas de ciento cincuenta metros de longitud. Los deflectores del *Junker* podrían hacerse cargo de las partículas diminutas, pero si Jaden golpeaba alguna de las de mayor tamaño…

—No dejes que ese Jedi arruine mi nave, Marr —le suplicó Khedryn—. Aumenta la energía del deflector delantero; a ver si logramos algo con eso.

—Sí, capitán.

—Y tú tampoco vayas a arruinar mi nave —le dijo Khedryn a Relin.

Relin decidió ignorarlo, inhaló profundamente, cerró los ojos, y se sumió en un trance de meditación momentáneo.

A través del ventanal, Khedryn observaba cómo los cazas-Cuchilla se zambullían detrás del rastro del *Junker*. Las hendeduras de la parte superior de sus carlingas, se veían como ciclópeos ojos bizqueando para apuntarle a algo.

Los cañones láser de uno de los cazas, abrieron fuego, y verdes estelas cortaron el espacio entre ambas naves. Jaden sumergió el *Junker* de manera tan brusca y rápida, que el estómago de Khedryn le envió un saludo a su garganta.

—¡Te dije que no fueras a arruinar mi nave! —le gritó al intercomunicador. Se las amañó para deslizarse en uno de los asientos, y amarrarse con el cinturón de seguridad, mientras Jaden halaba duramente la horquilla, y levantaba la nariz del *Junker*.

Relin se había quedado con los ojos abiertos.

—Jaden, cuando entremos en los anillos, planeo emplear el rayo tractor en contra de esos cazas. ¿Podrías compensar su arrastre?

Se produjo una pausa prolongada.

—Me avisas cuándo y en qué dirección esperas lanzarlo. Y yo podría compensarlo.

—Copiado.

Dirigiéndose hacia Khedryn, Relin dijo sobre su hombro:

—Quizás no se animen a seguirnos.

Khedryn asintió, pero sabía que no sería así. No era un sujeto que hubiera nacido con mucha suerte.

Una lluvia de tamborileantes partículas de pequeñas rocas y hielo, el latido sostenido de un pequeño tamborcillo, les anunció su entrada en la franja de los anillos. Khedryn sintió que el *Junker* desaceleraba, y se permitió a sí mismo, soltar un respiro de alivio. Al menos, Jaden no estaba tan loco como para intentar cruzar los anillos a máxima velocidad.

Los cazas-Cuchillas empezaron a devorar la distancia que mediaba entre ambos. Salían y entraban del campo de visión del *Junker,* a medida que éste iba penetrando más profundamente en el campo de rocas cada vez más denso. Uno de los cazas rozó uno de los trozos de hielo, salió girando de manera salvaje, y explotó formando una llama sobre la superficie de una masa que iba rotando lentamente, y cuya forma le hacía recordar a Khedryn, la de un puño contraído.

Pedazos cada vez mayores de hielo y roca iban arremolinándose por allí, una espesa ventisca que no le permitiría a Jaden, el cometer el más mínimo de los errores.

—Stang —musitó Khedryn, aferrándose a la base de su asiento con una sujeción que hacía blanquear sus dedos. Se recordó a sí mismo que debía respirar, e intentó calmar su corazón.

—Ahora va a ponerse peor —dijo Marr.

—¡Deja de afirmar lo que es obvio! —le gritó Khedryn, pero olvidó activar el intercomunicador.

Daba igual.

Y como para remarcar lo que Marr había asegurado, otro de los cazas-Cuchilla golpeó contra un pedazo de roca, y explotó en medio de una lluvia de metal flameante.

—Prepárense —dijo Jaden, y el *Junker* empezó a dar vueltas.

Jaden se encontraba en medio del reconfortante abrigo de la Fuerza. Apenas si veía el torbellino de hielo y rocas que se arremolinaba en el espacio delante del *Junker*. Lograba sentir cada roca, cada pedacito de hielo, grande o pequeño, como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Todos estaban conectados el uno con el otro, y él estaba conectado con todos ellos. Él habitaba en medio de la cohesividad del universo, y la nave era una extensión de su voluntad.

Sus acciones precedían a su pensamiento consciente. Sus manos constituían una mancha difuminada por encima de la consola. El *Junker* se sumergía, se elevaba, daba vuelta, giraba, y se desplazaba a toda velocidad por en medio de los espacios vacíos dejados por el hielo y la roca. La lluvia de partículas que resonaba contra el ventanal de la carlinga, se escuchaba como si fuera un aplauso.

Algunos disparos de láser trazaron brillantes franjas a lo largo de su costado de babor, y Jaden giró hacia estribor, se zambulló, y luego emergió de la parte inferior de los anillos hacia el espacio abierto. Por un momento, captó el brillo de la gélida luna de su

visión, una perla contra el telón negro del espacio, antes de que virara fuertemente hacia la derecha, y la perdiera de vista.

Nuevos disparos de láser volvieron verde el cielo una vez más, atravesaron el espacio que había entre ellos, y cortaron la oscuridad en dirección de popa y de estribor. Jaden hizo que el *Junker* entrara en una trayectoria en espiral, mientras al mismo tiempo, volvía a dirigir la nariz de la nave de vuelta hacia los anillos.

Marr, con la voz tensa, habló en el intercomunicador.

—¿Qué lograron ver allá atrás?

—Dos de ellos ya cayeron —le informó Khedryn, con el tono de voz tan cortante como el filo de un vibro-cuchillo.

—El resto sigue persiguiéndonos. Esos tipos son buenos.

Jaden ya lo sabía. Varios de ellos eran seres sensibles a la Fuerza.

Pero no llegaban a ser tan buenos como lo era él.

Los compensadores internos de la nave no lograrían mantenerse funcionando por mucho tiempo, con los bruscos cambios de posición del *Junker,* y la fuerza de las gs[39] mantenía a Khedryn aplastado contra su asiento. Su visión en aquel momento se encontraba nublada, y se volvía a nublar nuevamente cuando la sangre regresaba o salía muy rápidamente a su cabeza. Jaden tenía al *Junker* dando vueltas de una manera tan salvaje a través del espacio, que Khedryn se encontraba preocupado más por la integridad de la nave, que por las propias rocas.

—Mantente unida, nena. Mantente unida.

Los cazas-Cuchilla aparecían y desaparecían en medio del ventanal, parpadeando hacia adentro y hacia afuera de su campo de visión, como si se tratara de la imagen defectuosa de alguna de las pantallas que habían visto en «El Agujero». Los pedazos de roca y hielo, grandes y pequeños, también se movían dentro y fuera de su campo de visión, con una velocidad que le producía vértigo. El campo visual tan rápidamente cambiante, hizo que Khedryn empezara a sentir náuseas. Delante de él, Relin permanecía tan impasible como si fuera una piedra.

—¿Alguna vez has ido a pescar? —dijo Relin delicadamente, sin dirigirse a nadie en particular. Su mano estaba aferrada de los controles del rayo tractor.

El *Junker* giró sobre su eje y viró fuertemente hacia estribor. Khedryn intentó no pensar en la tensión que empezaría a sufrir la nave, producto de la forma de pilotar de Jaden, y el uso del rayo tractor por parte de Relin.

—Enganchando el rayo tractor, Jaden —informó Relin—. Arrastre hacia estribor.

Apuntó el rayo tractor hacia un planetoide bastante grande en medio de los anillos. El *Junker* se estremeció fuertemente, y disminuyó su marcha, a medida que el rayo era

[39] G: Fuerza de gravedad. N. del T.

proyectado hacia la enorme roca. Llegado el momento, el *Junker* arrastró a la roca hacia fuera de su órbita, y Relin la retuvo por tan sólo una fracción de segundo, antes de dejarla libre por completo.

Junker se tambaleó fuertemente hacia el otro lado, pero de alguna manera, Jaden logró compensar su empuje, y la roca, ahora dando vueltas de manera descontrolada, impactó contra otra de las enormes masas, y luego contra otra; los cazas-Cuchillas que iban a la vanguardia, sorprendidos por el inesperado desplazamiento de los planetoides, intentaron salir fuera de su camino, pero fue demasiado tarde. Dos más de ellos se desvanecieron en medio de un estallido de metal y llamas.

—Otros dos menos —informó Khedryn a través del intercomunicador, con la voz entrecortada.

Algunos disparos de láser atravesaron el espacio, haciendo explotar una gran roca en la popa del *Junker*, y bañando la nave con sus partículas. Una mayor cantidad de descargas de láser empezó a iluminar el cielo. Jaden giró hacia abajo, empezó a dar vueltas, y se elevó bruscamente. Relin apuntó el rayo tractor nuevamente, y lo enfocó sobre los cazas-Cuchilla restantes. El *Junker* perdió velocidad producto del arrastre, y los demás cazas-Cuchilla ganaron terreno.

—Hacia babor —le dijo Relin a Jaden, y empleó el rayo tractor para interceptar la trayectoria de los cazas-Cuchilla.

Sin espacio para el error, el caza delantero golpeó contra una roca, y se rompió en dos partes llameantes, una de las cuales salió despedida en dirección hacia otro de los cazas, mandándolo a estrellarse contra una de las rocas vecinas.

El resto de los cazas-Cuchilla aceleraban y se sumergían en el campo de rocas y hielo, entrando y saliendo, y a la vez, disparando. Jaden elevó la nariz de la nave, pero uno de los rayos le dio al *Junker* por el lado de babor, haciendo que toda la nave se sacudiese. Las luces empezaron a parpadear, y una alarma empezó a bramar.

—No voy a poder mantener esto por mucho más tiempo —dijo Jaden a través del intercomunicador.

Khedryn podía percibir la tensión en su voz. Khedryn estaba de acuerdo. Tan sólo era cuestión de tiempo antes de que fueran impactados de lleno por un disparo láser. Habló lo suficientemente alto como para hacerse oír a través del intercomunicador.

—Jaden, ¿podrías sacarnos de la línea de fuego de esos cazas por un momento?

Jaden no vaciló.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Relin.

—Voy a deshacerme de todo lo que hay en el compartimento de carga. Todo eso golpeará una roca, hará explosión, y quizás confunda a los cazas si es que podemos permanecer fuera de su campo visual. Ello no pueden escanearnos en este lugar. Haremos que piensen que estamos muertos, y luego nos esconderemos.

—Tendré que acelerar al máximo si queremos abrirnos algo de espacio —dijo Jaden—. No sé si pueda ser posible.

—Hazlo —le dijo Khedryn con la boca seca—. Y el valor de mi carga, va a ser sumado a lo que ya me estás debiendo.

Relin dijo a través del intercomunicador:

—Una profunda inmersión hacia el fondo, liberamos la carga, y luego una súbita ascensión de regreso. Tendremos el tiempo justo.

—Bien pensado —dijo Jaden.

Los disparos de láser hicieron explotar una roca cercana, bañando al *Junker* con sus restos. Jaden se elevó por encima de ellos.

—Lo que tienes en la bodega ¿podrá explotar con el suficiente estruendo? —le preguntó Relin a Khedryn.

—No lo sé —le contestó Khedryn.

Tenía almacenados algunos deslizadores allí. Ellos explotarían bastante bien, aunque la idea de deshacerse de su moto Searing, hacía que se sintiese casi tan enfermo como la lunática forma de volar de Jaden.

Relin extrajo dos dispositivos de forma oval de uno de sus bolsillos, al mismo tiempo que los disparos de láser hacían estremecer la nave.

—Éstas son granadas magnéticas. Colócalas al lado de los deslizadores, y presiona ese botón. Harán explosión en el mismo momento en que los deslizadores lo hagan. ¿Comprendido?

Khedryn asintió, y otro giro salvaje casi hizo que se desmayase.

—Adelante —le dijo Relin, y luego se dirigió a Jaden—. Khedryn está en camino hacia el compartimento de carga. Haz algo de espacio, Jaden.

Khedryn soltó su cinturón de seguridad, y se tambaleó como si estuviese ebrio a través de los corredores, empleando las correderas de seguridad para mantenerse de pie, mientras la nave respondía con signos de exclamación a las órdenes de Jaden. Sintió que el *Junker* aceleraba, se retorcía, giraba, volteaba, y se imaginó a su nave bailando a través de gotas de lluvia de cien toneladas. La súper-estructura crujía y gemía bajo semejantes tensiones.

—No vayas a mojar tus pantalones —se dijo a sí mismo, golpeando uno de los mamparos, al tiempo que abría las compuertas de la bahía de carga.

Todo estaba asegurado y en orden, mantenido sujeto con abrazaderas magnéticas, o almacenado en los contenedores empotrados en las paredes o en el piso. Tenía dos deslizadores terrestres casi íntegros, su moto swoop Searing, la moto deslizadora de Marr, diversos contenedores de equipo electrónico, y otras piezas surtidas de chatarra. Corrió hacia los deslizadores terrestres —no quería hacerlo con su moto Searing—, y fijó las granadas magnéticas sobre ambos. Después de presionar el botón indicado, las granadas empezaron a ponerse calientes.

—Rápido, Khedryn —dijo Jaden a través del comlink.

Khedryn no se molestó en contestar. Se apresuró a través de la bahía hacia las compuertas de aire, y activó la secuencia de desfogue. Un pitido empezó la cuenta regresiva de treinta segundos.

—Treinta segundos para desfogar la carga —dijo en su comlink.

—Podemos apreciar esas lecturas desde aquí arriba —le dijo Marr, con su voz certera y calmada—. Avísanos cuando te encuentres a salvo.

Khedryn corrió de regreso hacia los deslizadores, tropezó, se tambaleó para volver a ponerse de pie con el corazón desbocado, y liberó sus abrazaderas magnéticas. Como medida complementaria, abrió uno de los contenedores de almacenamiento que guardaban la chatarra electrónica. Demasiado tarde, se dio cuenta de que si uno de los deslizadores golpeaba fuertemente contra algo de lo que estaba en la bahía, podría gatillar las granadas mientras todavía estaba dentro de la nave.

Había empezado a retroceder, pero la voz de Marr hizo que se detuviese.

—Diez segundos para el desfogue.

—Stang —se limitó a maldecir. Salió de la bahía de carga, aseguró la compuerta, y luego se aferró a una de las correderas de seguridad con ambas manos—. Estoy a salvo.

Jaden dejó que los motores del *Junker* liberaran toda su potencia, y hundió la nariz a fondo. La fuerza de las gs aplastaron a Khedryn contra la pared, y las sirenas circundantes empezaron a anunciar el inminente desfogue del compartimento de carga. Se imaginó a los deslizadores patinando a través del piso de la bahía, con las granadas activadas adheridas a ellos.

—Por el momento, los hemos perdido —dijo Relin a través del intercomunicador.

—Desfogando —informó la voz de Marr.

Khedryn se puso de pie, y observó a través del ventanal de transpari-acero de las compuertas de la bahía, mientras que el aire empezaba a escapar hacia el espacio, y meses de trabajo, incluyendo los deslizadores terrestres, volaban hacía el vacío del espacio. A través de las abiertas compuertas de aire, pudo ver un atisbo del borde de los anillos, al tiempo que el *Junker* emergía a gran velocidad para alejarse de ellos. También pudo percibir un gran destello, presumiblemente producto de la explosión.

Jaden hundió la nariz de forma brusca, lanzando a Khedryn hacia el piso, mientras viraba en ángulo agudo de vuelta hacia los anillos, todavía girando sobre su eje, y dando vueltas.

—Esa fue una buena explosión —declaró Relin, como si estuviese evaluando un lanzamiento en un juego de grav-ball. Su posición en la parte posterior de la nave, le había permitido apreciarla de manera directa.

Jaden dijo:

—Vamos a seguir volando bruscamente, hasta que tengamos la seguridad de que se tragaron el anzuelo.

Khedryn permanecía sentado en el medio de su nave, escuchando las tensiones que la aquejaban, esperando la conmoción de un disparo casi certero. Nada.

—No hay nadie detrás de nosotros —informó Relin.

Khedryn levantó la mirada hacia el techo, y exhaló sonoramente. Le dio algunas palmaditas a su nave. Ella lo había salvado una vez más.

—Encuentra algo lo suficientemente grande como para acomodarnos —le dijo—. Y haz que aterrice la nave. Luego, todos diríjanse a la cocina. Debemos hablar.

CAPÍTULO X

Saes observaba en la pantalla visora mientras los cazas-Cuchilla remanentes abandonaban los anillos del gigante gaseoso. Llerd estaba monitorizando las conversaciones entre los pilotos con una oreja, y luego se las retransmitía a Saes.

—El blanco ha sido destruido, capitán —le informó Llerd, con su redonda cara sonrojada por las noticias—. Chocó contra las rocas en los anillos. Nosotros perdimos seis cazas-Cuchilla en la persecución.

Saes asintió, sorprendido de sentirse tan poco conmovido por la muerte de Relin. Suponía que cualquier apego que hubiese podido tener con Relin, había terminado por ser erosionado por el paso del tiempo, y se había perdido hacía mucho. Proyectó su conciencia hacia su Maestro, intentando evocar los sentimientos que había experimentado cuando Relin había estado a bordo del *Harbinger*. No sintió nada, tan sólo un vacío, un agujero.

Ahora se encontraba solo, a cinco mil años de distancia en el futuro. El que alguna vez había sido su Maestro, había terminado muerto como un tonto. Saes sentía arrepentimiento por la pérdida de los cazas-Cuchilla, particularmente porque no sería capaz de encontrarles un reemplazo, pero había tenido la necesidad de llevar a su término las cosas con Relin.

—Colóquenos en órbita alrededor de la luna del planeta. Estaré en mis habitaciones.

—Cuando hayamos completado las reparaciones, ¿debería el timonel trazar una trayectoria hacia Primus Goluud? —le preguntó Llerd.

Saes escuchó chirriar los servo-motores de 8L6, al tiempo que éste se ponía de pie, y se quedaba mirando al capitán.

—No —le respondió Saes—. Nuestros planes han cambiado.

* * *

Khedryn intentaba calmar su corazón que continuaba latiendo de manera desbocada, al mismo tiempo que Jaden hacía descender al *Junker* en una profunda concavidad resguardada en uno de los asteroides más grandes de los anillos. Todavía no había podido recuperar el equilibrio luego de la salvaje trayectoria, y sentía que se estaba balanceando mientras intentaba ponerse de pie. Después de confirmar que las esclusas de aire del compartimento de carga, estaban completamente selladas y re-presurizadas, abrió la compuerta para verificar el estado de su moto Searing.

Todavía estaba allí, junto con la moto deslizadora de Marr. Aquello resultaba ser bastante bueno. Khedryn adoraba esa moto swoop.

Para el momento en que llegó a la cocina, Relin ya se encontraba allí, sentado frente a la mesa central. El sudor perlaba su frente, y sus ojos se veían como vidriosos, distantes albercas sumidas en los profundos pozos de sus cuencas oculares. Su respiración se escuchaba agitada, como la de un animal rabioso.

—Te encuentras enfermo —le dijo Khedryn.

Relin levantó la mirada, bizqueando frente a la presencia de Khedryn.

—Sí. Es por la radiación.

Khedryn intentó demostrar su empatía.

—No cuento con nada a bordo para eso, pero quizás podamos hacer algo de regreso a Fhost —dejó el *quizás* oculto tras sus dientes, no encontrando ninguna razón para agobiar al Jedi con respecto a las limitadas facilidades médicas de Farpoint.

Relin se quedó mirándolo por un largo momento.

—Gracias.

—¿Y tus costillas? ¿Y tu brazo?

Relin se quedó contemplando su muñón.

—Se encuentran bien.

Khedryn se daba cuenta de que no era así, pero no quiso contradecirlo. Levantó una taza de café, y cambió de tema de conversación.

—¿Café? Es algo amargo, uh, una bebida cafeinada servida caliente.

—¿Tienes té?

—Seguro —le dijo Khedryn, y preparó algo de té para el Jedi. Estaba algo pasado, algo que había comprado por antojo algunos meses atrás, pero era té verdadero.

Jaden y Marr entraron en la cocina, sin decir una palabra. Jaden se veía extenuado detrás de su barba. El sudor humedecía la franja de su cabello de color marrón. Marr, por supuesto, se veía como Marr, sólido, calmado, tan certero como una ecuación. Khedryn se preguntaba cómo era posible que el cereano lograba mantener semejante balance.

—Yo pienso tomar algo de ese café —declaró Marr, mirando a Relin con una curiosidad no reprimida—. Jaden me explicó… algunas cosas.

—Yo también tomaré algo de café —dijo Jaden. Su voz se escuchaba como la de un hombre que no hubiese dormido durante varios días.

—Tomen asiento, por favor —les dijo Khedryn a ambos, con un tono de voz más formal de lo que hubiese querido.

Marr lo miró intrigado mientras cruzaba la habitación, pero Khedryn, todavía sumido en sus pensamientos, decidió ignorarlo por completo. Vertió una medida de pulkay en su café, luego sirvió las tazas para Jaden y para Marr, las colocó sobre una bandeja junto con el té de Relin, y las llevó todas a la mesa.

—Buen vuelo —le dijo a Jaden.

—Lo fue —dijo Relin, haciendo un gesto de dolor, frente a los dolores que empezaban a aquejarlo casi de manera simultánea—. Bien hecho, Jaden.

—Gracias —les contestó Jaden. Parecía como si recién se estuviera dando cuenta de las condiciones físicas de Relin por primera vez. Le preguntó—: ¿Te encuentras… bien?

La pregunta se escuchó tan ominosa como un bláster cargado.

Relin se enderezó en su asiento, se aclaró la garganta, y dejó escapar una ligera tos.

—Estoy bien.

Khedryn distribuyó las bebidas.

—Él no está bien. Está enfermo. Por la radiación. Y también está lo del brazo y las costillas.

—Sabemos todo eso —dijo Jaden, con los ojos todavía clavados sobre Relin—. No me refería a eso.

Khedryn comprendió que los Jedi estaban sosteniendo una conversación a un nivel que era inasequible para él.

—Me encuentro bien —repitió Relin, pero no logró sostener su mirada.

Jaden sorbió su café, pero no se veía convencido.

Marr le dijo a Relin:

—Asumiendo que ambas naves llegaron a alcanzar casi la velocidad de la luz, ustedes habrían viajado… un largo trayecto para que cinco mil años pasasen relativamente tan pronto.

Khedryn sabía que Marr debía estar desconcertado al tener que emplear palabras como *casi* y *un largo trayecto*.

—Sí —convino Relin. Miró fijamente a Marr—. Mi nombre es Relin.

—Y el mío es Marr. Y tengo bastantes preguntas por hacer.

—Tendrán que esperar —le contestó Relin.

—Así lo creo —dijo Marr.

—Es un buen café —le dijo Jaden a Khedryn, sosteniendo su taza.

—Gracias —le contestó Khedryn, mientras se posicionaba a la cabecera de la mesa. Tragó algo de saliva, y luego empezó a bucear en las cosas que andaban dando vueltas en su cabeza—. He estado pensando seriamente en todo esto y… creo que ya no tenemos nada más que hacer. Esto se acabó.

Impidió que lo que fuera que estuvieran pensando decir Jaden y Relin con una mano levantada, y con un tono de voz más severo.

—El *Junker* es mi nave. Es mía. Y no pienso arriesgarla, ni a mi tripulación, en una empresa salvaje.

—Todo esto es mucho más que eso —dijo Relin, con sus vidriosos ojos fijos como relucientes lámparas sobre Khedryn.

—Tú ya lo sabías de antemano, capitán —añadió Jaden.

Khedryn no les permitió espacio para continuar.

—Sé lo que esto significa para ustedes dos. Para mí, esto se trata tan sólo de otro trabajo más, y éste se está poniendo demasiado peludo. ¿Sabes acaso la razón por la que no tengo armas a bordo del *Junker*, Relin? Porque yo siempre salgo huyendo —movió un dedo comprendiendo a Marr y a sí mismo—. Nosotros salimos huyendo. Soy un rescatista. Ésta es una nave de rescate.

Se dio cuenta de que estaba respirando pesadamente, y que su tono de voz se había vuelto demasiado contante. Le tomó un momento el volver a tranquilizarse. Entre la calma de los Jedi y la plasticidad de Marr, sentí que él era el único que había logrado aquilatar el peligro en el que habían estado metidos todos ellos.

Jaden había empezado a decir algo, pero Khedryn apuntó uno de sus dedos hacia él, como si estuviera cargado.

—Y tú ni siquiera pienses en emplear ese truco mental insensato en mí nuevamente.

Jaden sonrió a medias, colocó sus manos sobre la mesa, y entrelazó los dedos de sus manos. Se quedó estudiándolos, como si fueran merecedores del mayor interés, y luego levantó la mirada hacia Khedryn.

—Tú debías bajarme hasta esa luna. Tenemos un trato, Khedryn.

Aquello golpeó a Khedryn en lo más profundo de su ser. Él nunca dejaba de cumplir un trato.

—Lo sé. Pero…

Jaden continuó con su tono de voz injuriosamente calmado.

—Pero poniendo nuestro acuerdo de lado, deseo retroceder y considerar lo que ha ocurrido aquí. Tú y Marr descubrieron una señal de auxilio en una luna abandonada en las Regiones Desconocidas.

—Un momento —dijo Khedryn, pero Jaden no le hizo el menor caso.

—Yo tuve una visión de la Fuerza con respecto a la misma luna. En ella, algunas voces me rogaban que las ayudase —su tono de voz se hizo un grado más intenso—. Que las ayudase, capitán.

— ¿Tuviste una visión de la Fuerza? —preguntó Relin—. ¿Viste alguna cosa que sugiriera mi presencia a bordo del *Harbinger*?

Jaden sólo tenía ojos para Khedryn, mientras llevaba a su término aquel punto.

—Nos conocimos en circunstancias extraordinarias allá en Farpoint; luego llegamos hasta aquí, y casi en el momento exacto de nuestro arribo, aparece una antigua nave Sith.

Relin añadió:

—Y esa nave lleva una carga extremadamente peligrosa.

La respuesta de Khedryn fue una defensa bastante arrogante:

—Eso es lo que tú dices.

—¿Qué yo lo *digo?* —re-preguntó Relin, con un sofoco deslizándose en su tono de voz.

Jaden levantó una mano.

—Por favor, Relin.

Khedryn sacudió la cabeza.

—Miren, se suponía que esto sería un trabajo simple. En lugar de ello, se ha transformado en…

—Algo más grande —dijo Jaden.

—Yo iba a decir *complicado* —lo corrigió Khedryn—. Pero si esto se trata de algo más grande, entonces lo convierte en un problema de los Jedi. No mío. No es nuestro. ¿Tengo razón, Marr?

Marr hizo tamborilear sus largos dedos sobre la mesa, uno después de otro. Soltó un gruñido evasivo que a Khedryn no le agradó por completo.

—No, éste no es tan sólo un problema de los Jedi —dijo Jaden—. También es problema tuyo. Tan sólo considera por un momento todas las cosas que acabo de mencionar, la sincronicidad de ellas. No hay ninguna posibilidad de que estemos aquí todos juntos en este momento por casualidad.

—Podría haber cierta probabilidad —dijo Khedryn medio descorazonado, pero se notaba que ni siquiera lograba creer en sus propias palabras—. Marr podría calcular la probabilidad de que hubiera ocurrido, es suficientemente capaz. No, no voy a involucrarme en todo esto.

Relin golpeó con el puño sobre la mesa con la brusquedad de un rayo, sobrecogiéndolos a todos. El té y el café saltaron por encima de los bordes de las tazas.

—No eres más que un tonto obstinado, Khedryn Faal.

Khedryn podía manejar su ira de una manera más fácil, que la inexorable razonabilidad de Jaden.

—Mejor ser un tonto con vida, que un fanático muerto, que es el curso que ustedes han trazado para ustedes. Tú has sido contaminado por la radiación, tienes las costillas rotas y un brazo cercenado. Ni siquiera has hecho la pausa necesaria para recibir tu tratamiento. Ni siquiera has pedido algún medicamento analgésico, o algo de bacta para ayudar a la cicatrización.

Relin se puso de pie, con la ira inundando su mirada. Khedryn sintió que su boca se ponía seca, pero sostuvo su posición dejando bien en claro que no se sentía impresionado.

—No me detengo para recibir tratamiento porque no voy a rehuir la responsabilidad de hacer lo que necesita ser hecho. Incluso si debo aguantar el dolor. No siempre vas a poder salir huyendo, Khedryn.

Khedryn se quedó mirando el rostro demacrado de Relin, y logró contemplar en él, un dolor más profundo que todo el que podía ser causado por sus heridas. Se dejó caer bajo su propio peso, tomó asiento, y suspiró.

—Estás derramando tu té —dijo calmadamente.

El silencio se apoderó de la silla principal de la mesa por un momento, permitiendo que la tensión empezase a disiparse lentamente. Relin también tomó asiento, y aparentemente, su ira frente a empezó a desvanecerse tan rápidamente como había aparecido.

—Marr es sensible a la Fuerza —dijo Jaden—. ¿Acaso lo sabías? ¿Alguno de ustedes lo sabía?

Khedryn derramó una porción de su propio café.

—¿Qué?

—¿Cómo es que lo sabes? —exclamó Marr, y a Khedryn le pareció que no se sentía sorprendido del todo.

—Puedo sentirlo. E igualmente Relin puede hacerlo, estoy seguro de ello.

Relin asintió de manera ausente, sumido en gran medida en las profundidades de su taza de té.

Jaden miró a Marr.

—Me disculpo por tener que decírtelo en este momento. Yo pensaba contártelo después de que regresáramos a Fhost. Si es que me animaba a revelártelo.

—¿Qué significa todo esto de *sensible a la Fuerza?* —preguntó Khedryn.

—Significa que tiene una conexión intuitiva con la Fuerza —dijo Jaden—. Si fuera más joven, significaría que podría ser entrenable. Pero dada tu edad, Marr, incluso con tus dones matemáticos, el entrenamiento probablemente sea un tema que está fuera de toda discusión.

La posibilidad, incluso siendo remota, de perder a Marr en manos de la Orden Jedi, abrió un agujero bajo los pies de Khedryn, y sintió que empezaba a hundirse. Levantó ambas manos.

—Whoa. ¿No estamos adelantándonos un poco?

—Sí, es verdad —dijo Marr, mirando a Jaden—. ¿Por qué me dices esto, en este preciso momento?

—Porque deseo que todos nosotros comprendamos que fue la Fuerza la que te atrajo hasta esta señal. Puede ser que tú no seas consciente de ello, pero eso fue lo que sucedió. Fuiste tú quien seleccionó la ruta de regreso hacia Fhost, ¿no es verdad? ¿No es verdad?

—Él es el navegante —dijo Khedryn.

—Yo escojo el curso —reconoció Marr.

Jaden asintió, obviamente, poco impresionado.

—No fue casualidad el que tú escogieras este sistema. La Fuerza estuvo manifestándose a través de ti, a través de todos nosotros.

—No a través de mí —dijo Khedryn antes de que pudiera contener sus palabras que terminaron por escapar de su boca. Sabía que había sonado petulante. Se sentía como un bicho raro dentro de su propia nave.

Jaden colocó una mano sobre el hombro de Khedryn, y ese gesto no hizo más que empeorar las cosas.

—La Fuerza nos envuelve a todos nosotros. Tan sólo míranos. Fíjate.

Khedryn lo hizo, y tuvo que admitir que tendría que haber sido una enorme coincidencia la que los reuniera a todos juntos en aquel lugar, y al mismo tiempo.

Marr, contemplando sus manos, susurró:

—No deseo recibir ningún entrenamiento.

Jaden no parecía estar sorprendido.

—Lo entiendo. Yo simplemente deseaba que tú supieras lo que está ocurriendo aquí. Quería que todos lo supiéramos.

—Jaden tiene razón —dijo Relin.

Khedryn intentó digerir todos los sucesos que continuaban dando vueltas por su cabeza pero no pudo. Debía enfrentar el hecho de que quizás Jaden, en efecto, tenía razón. ¿Podría simplemente salir huyendo como usualmente solía hacer?

—El tiempo está en nuestra contra —dijo Relin—. Khedryn, por favor.

Khedryn bebió las últimas gotas de su café, complacido de encontrar el sorbo final cargado con el amargor del pulkay. Se encontraba a punto de rendirse.

—¿Qué nos están pidiendo que hagamos?

—Ayudarnos a llevar a cabo lo que necesita ser llevado a cabo —dijo Jaden—. Yo necesito bajar a la superficie de esa luna. Allí hay alguien que necesita ayuda.

Khedryn disparó sus últimas municiones.

—¿Y si llegas allí y no encuentras nada? ¿Has considerado esa posibilidad? Ya lo he visto ocurrir con anterioridad.

Jaden sacudió su cabeza, quizás un poco rápido, quizás un poco forzadamente.

—Eso no sucederá. Allí hay algo transmitiendo esa señal.

—Jaden… —empezó a decir Khedryn.

Relin lo interrumpió.

—Yo no puedo bajar a esa luna.

Khedryn bajó su taza de café, y se le quedó mirando por encima de la mesa.

—No, tú quieres abordar ese crucero. Ya lo dijiste. Sigue siendo algo lunático, aunque lo hayas repetido tantas veces. Anticuada o no, esa nave concentra más poder de fuego en sus lanzaderas, que todo lo que tenemos a bordo del *Junker*.

—Relin —dijo Jaden—. No creo que…

Relin levantó su muñón, probablemente olvidándose de que ya no tenía la mano en su extremo distal.

—Te veías sorprendido cuando mencioné lo del lignan hace poco. —Hizo bambolear su taza—. ¿Acaso no lo estabas?

—Sí —tuvo que admitir Jaden.

—Y eso me confirma que tú nunca has oído de ese mineral, o de su poder. Y Khedryn también hizo mención de los Sith, así que sé que todavía perduran en este momento. Poner el lignan en sus manos podría resultar peligroso, ¿no es verdad?

Jaden asintió.

—Lo sería, si es como tú afirmas.

La voz de Relin se hizo gélida.

—Tú mismo lo sentiste. ¿Tú también tienes dudas de lo que estoy diciendo?

—No —admitió Jaden—. Pero…

Ignorándolo, Relin continuó:

—Y Saes, el capitán del *Harbinger*, también debe estar imaginándose qué es lo que sucedió aquí, y podría intentar hacer exactamente lo que tenía en mente antes: llevar el mineral a los Sith. O podría quedárselo para sí mismo. En cualquiera de los casos, sigue siendo bastante peligroso. Yo necesito destruir ya sea el lignan, o esa nave. Y si llega a abandonar el sistema, quizás nunca más tengamos otra oportunidad. No me queda mucho tiempo. El hiper-impulsor del *Harbinger* está averiado. La nave entera está tambaleándose producto del salto fallido. Éste es el momento.

Khedryn pensó que estaba empezando ver a Jaden encorvarse bajo algún peso que sólo era conocido para él. El Jedi realmente ansiaba mucho el poder bajar a la superficie de la luna. Cuando su expresión se hizo apagada, Khedryn supo que también Jaden, había acabado por rendirse.

—Tienes razón —dijo Jaden—. El mineral es el mayor peligro. Yo estaba siendo influenciado por… preocupaciones personales. Lo de luna puede esperar. Pienso acompañarte a abordar el *Harbinger*.

Relin miró el interior de su taza de té.

—No. A menos que puedas suprimir tu presencia en la Fuerza completamente, no eres bienvenido. Saes podría detectar fácilmente tu presencia.

—Tú podrías enmascararme.

—Tu presencia es demasiado fuerte, Jaden —afirmó Relin—. Enmascararla frente a Saes, sería algo dificultoso, y constituiría un uso ineficiente de mi poder.

Escuchando sus razones, Khedryn podía darse cuenta de que ambos hombres estaban intentando darle al otro, una excusa para hacer lo que cada uno deseaba hacer por su parte, evitando que pretendiera hacer lo contrario.

—Recuerda tus propias palabras —le dijo Relin a Jaden—. La Fuerza hizo que vinieras hasta esta luna, y allí es a donde debes ir. Examina tus premoniciones.

—Yo no suelo confiar en mis premoniciones.

Aquella confesión pareció hacer retroceder a Relin.

—No puedes acompañarme, Jaden. Esto es algo que debo hacer por mí mismo.

—Mi presencia en la Fuerza no es demasiado fuerte —intervino Marr, sorprendiendo a todos con sus palabras—. Yo podría acompañarte.

Por un largo momento, nadie dijo nada.

Khedryn estaba demasiado aturdido como para tomar la palabra. Finalmente, se decidió a preguntar:

—¿Por qué querrías hacerlo?

Marr suspiró encima de su taza de café, se encogió de hombros, inclinó la cabeza, y finalmente encontró las palabras adecuadas.

—Le conté a Jaden la forma en que alguna vez calculé las posibilidades de que mi vida tomase este rumbo, u otro. ¿Recuerdas que a ti te conté lo mismo?

Khedryn asintió.

—¿Sabes por qué no lo hice? No se trató de una cuestión matemática. Yo deseaba reafirmar que mi vida tendría algún significado, que yo llegaría a hacer algo importante. Pero en ese momento… otras cosas se cruzaron en mi camino.

—Marr… —susurró Khedryn.

—No me he arrepentido ni por un instante. Tú eres un gran amigo. Pero, ¿son las misiones de salvamento todo lo que quiero dejar como parte de mi legado? Ésta es una oportunidad de llevar a cabo algo significativo. Yo concuerdo con Jaden acerca de que fue algo más que la probabilidad, lo que nos convocó a todos nosotros en este momento. Por estadísticas, es más probable que tú ganases una partida de sabacc, que se hubiera dado la posibilidad de que todo esto hubiera ocurrido por accidente.

A Khedryn se le vio sonreír, a pesar de sí mismo.

—Eso es decir las cosas como son.

Marr continuó:

—Nuestros destinos nos han conducido hasta este lugar, en este momento. ¿Cómo podría salir huyendo de todo esto?

Marr no lo había dicho, pero Khedryn comprendió que Marr le estaba dirigiendo la misma pregunta, y no tenía ninguna respuesta válida para darle. Para él, el salir huyendo era una cosa de hábito. Él había estado huyendo de sus raíces y de sus responsabilidades desde que se había convertido en un adulto. Y para él, todo aquello había funcionado de una manera bastante buena.

Marr miró directamente a Relin.

—Voy contigo, si eso es lo que deseas.

Jaden había empezado a decir algo, pero se contuvo.

Relin miró a Marr por encima de la mesa.

—Acabas de conocerme, y no sabes qué es lo que tengo en mente.

—De cualquier cosa de que se trate, requerirá de una nave. Y vas a necesitar un piloto que conozca esa nave, sin mencionar que debe ser uno con dos manos.

Relin inclinó su cabeza, reconociendo la validez del razonamiento.

—El lignan va a afectarte más, mientras estés cada vez más cerca. ¿Acaso lograste percibir alguna… incomodidad en el momento en que apareció el *Harbinger*?

Marr asintió.

—Un dolor de cabeza, en su mayor parte.

—Esas sensaciones se harán más intensas, a medida que te aproximes a su procedencia.

—Para ti también lo serán —le dijo Jaden a Relin.

El ceño de Marr se frunció ligeramente, pero su mirada no parecía estar perturbada.

—Aun así.

—¿Estás seguro? —le preguntó Relin.

—Yo diría que bastante seguro —intervino Khedryn.

—Sí —dijo Marr, contemplando primero a Relin, y luego a Khedryn—. Estoy seguro.

—Muy bien —declaró Relin.

Khedryn sacudió su cabeza, y terminó de beber su taza de café.

—Todos estamos locos a bordo de esta nave. Necesito otra taza. ¿Alguien más quiere una?

Todos asintieron.

—Entonces, bebidas para todos —dijo Khedryn, y empezó a levantarse.

—Yo iré por ellas, capitán —dijo Marr. El cereano se puso de pie, colocando una mano sobre el hombro de Khedryn al momento de marcharse, un pequeño gesto que constituía un recordatorio de todos los años que habían estado juntos siendo amigos.

—Hablemos de cosas más específicas —le dijo Khedryn al Jedi—. ¿Cuáles son tus planes?

Relin hizo un gesto, permitiendo que Jaden fuera el primero que tomase la palabra.

—Pienso bajar hasta esa luna, y encontrar lo que se supone que deba ser hallado.

—¿Solo?

Jaden asintió.

—No —dijo Khedryn—. No pienso hacer aterrizar mi nave sobre esa luna, por si encuentras… algo inesperado. Puedo transportarte allí en el *Flotsam*. Podremos evadir los sensores del crucero, y llevarte hacia la atmósfera. Desde allí, podrás localizar la procedencia de esa señal de auxilio. Pero espero obtener más, una vez que lo hayamos conseguido. La Orden va a quedar endeudada conmigo. Otros cinco mil más de lo que ya habíamos quedado. ¿Sí?

—De acuerdo.

—¿Escuchaste eso, Marr?

—Lo escuché, capitán.

El regatear acerca de las ganancias, hacía que Khedryn se sintiera más como sí mismo, más en control de lo que estaba sucediendo. Miró a Relin.

—¿Y qué hay acerca de ti? ¿Cómo planeas abordar ese crucero?

—Necesito que Marr me lleve hasta allí.

—¿Hasta allí, dónde?

—Hacia dentro de la nave.

Khedryn había empezado a dejar ver una expresión burlona, pero luego frunció el ceño cuando se dio cuenta de que Relin estaba hablando en términos serios.

—Eso no va a suceder.

Las mandíbulas de Relin se pusieron tensas, y luego se aflojaron, mientras mascullaba sus pensamientos.

—Mi padawan murió intentando derribar a esa nave. Yo voy a abordarla nuevamente, y destruiré lo que tenga que ser destruido. Y sólo hay una forma en que pueda hacerlo. Volar esta nave directo hasta su garganta.

—Volar *mi* nave, querrás decir.

—Sí, tu nave. —El tono de voz de Relin se hizo más ferviente—. Escúchenme. El sistema de armas del *Harbinger* está fuera de línea. Debe estarlo. De otra forma, ellos ya habrían volado esta nave del recuerdo del espacio. Para atacarnos, Saes debió desplegar sus cazas, ya que no estaban funcionando sus baterías. Así que Marr conducirá tu nave hacia fuera de los anillos, y en dirección hacia la bahía de aterrizaje, antes de que puedan detenernos.

—Te ves un poco menos enfermo cuando hablas de arriesgar vidas —dijo Khedryn—. Esa nave tiene activados sus deflectores. ¿Cómo piensas atravesarlos?

Sintió una espina clavada en su costado desde el mismo instante de hacer la pregunta.

La expresión de Relin se puso consternada.

—¿Los escudos? No… lo sé.

Khedryn lo sabía, pero las palabras no querían llegar hasta su boca.

—Debe haber alguna forma —dijo Relin.

Khedryn se quedó contemplando a Marr, quien estaba escanciando el café, deseando que se mantuviera en silencio, pero el cereano decidió ignorarlo.

—Podríamos emplear el cristal de energía pata abrir un agujero temporal en los escudos.

Khedryn dejó escapar un suspiro molesto.

Jaden se veía aturdido.

—¿Tienen un cristal de energía?

Khedryn miró a Marr, a Jaden, y a Relin.

—Ya lo hemos empleado un par de veces, para abordar naufragios abandonados, en circunstancias en las cuales el piloto automático mantenía operacionales los escudos.

—¿En dónde fue que lo consiguieron? —les preguntó Jaden.

—Hay un montón de cosas flotando en medio de la inmensidad de lo oscuro, Jedi. Ya te lo he dicho. Tan sólo se necesita saber en dónde buscar.

Jaden empezó a mirar a los alrededores, como si esperara ver un cristal de energía emergiendo de algunos de los armarios.

—¿En dónde está?

—En mi bolsillo —restalló Khedryn, y luego recobró la compostura—. Montado en el proyector de rayos, detrás del disco del *Junker*.

—Está en el foso de energía —dijo Marr—. Tendremos que derivar la mayor parte de nuestra energía para poder operarlo. Pero debe funcionar.

—El problema parece solucionado —dijo Relin—. Gracias, Marr.

—Sí, gracias, Marr —repitió Khedryn.

Relin continuó, como si no se hubiese dado cuenta del sarcasmo de Khedryn.

—Saes no se esperará algo como eso. Él piensa que hemos sido destruidos. Con los cazas-Cuchilla patrullando por allí, estarán demasiado lejos como para poder interceptarnos, y ninguno de los cazas que todavía permanecen en la nave, podrá ser desplegado a tiempo para hacer lo mismo.

—Esto es una locura —dijo Khedryn—. Marr, ¿escuchaste esto?

—Lo escuché, capitán.

Regresando a la mesa, Marr ya estaba distribuyendo el café. Khedryn arqueó las cejas.

—¿Y?

—¿Qué otra opción nos queda?

—Regresamos a Fhost, y nos olvidamos de todo este asunto —dijo Khedryn, pero nadie reaccionó, como si no hubiese dicho nada en absoluto. Los sucesos habían terminado por desbordarlo.

—Eso hace que llegues a bordo del *Harbinger* —dijo Jaden—. ¿Cómo piensas regresar?

Relin vaciló por un momento ligeramente prolongado, según Khedryn.

—Marr tan sólo necesita dejarme, y podrá volver aquí. Podrá saltar a cualquier lugar que desee, después de eso. O podría volar de regreso hacia los anillos hasta que tú y Jaden regresen de esa luna.

Marr haló una silla, y tomó asiento.

—Los cazas me perseguirían, y yo no podría pilotar el *Junker* a través de los anillos. Tendría que saltar, para regresar luego.

Khedryn intentó sorber su café, pero su mano estaba temblando. Avergonzado, depositó la taza sobre la mesa.

—¿Están entendiendo completamente todo esto? Esto no es un plan. Es una locura.

—Eso concluye la forma en que Marr logra salir —dijo Jaden, inclinándose hacia adelante—. ¿Cómo es que *tú* planeas salir?

Esta vez, Relin contestó un poco aceleradamente.

—En una cápsula de escape, de la misma manera en que ya lo hice antes.

Las miradas de Jaden y Relin se entrecruzaron por un largo período, antes de que Relin enterrara sus ojos en las profundidades de su taza de té.

—¿Y cuándo piensan poner todo esto en marcha? —preguntó Khedryn, temiendo escuchar la respuesta.

Relin levantó la mirada.

—Ahora mismo.

* * *

Kell mantenía al *Predator* a una distancia prudente del crucero, y seguía en su escáner a los cazas, mientras éstos metían y sacaban sus narices de en medio de los anillos, retomando su persecución del *Junker*. Se dio cuenta de que saliendo, había algunos cazas menos de los que habían entrado al inicio.

Kell decidió que, o se les había escapado el carguero, o que simplemente la persecución había sido cancelada. Tenía la certeza de que no habían logrado destruirlo. La madeja del Destino era demasiado fuerte. El destino de Jaden Korr no era morir en un intercambio de disparos de láser. Era morir en las manos de Kell, mientras éste devoraba su sopa, y llegaba a trascender.

Satisfecho de que su destino estuviera desenvolviéndose como debía, enganchó los motores iónicos de baja potencia del *Predator,* y condujo la nave cerca del borde de los anillos. Sus deflectores y sus pantallas, lo mantenían invisible para los escáneres del crucero. Allí se decidió a aguardar, como una araña al acecho.

La opalescente luna resplandecía contra el negro telón del espacio. Se quedó contemplando su movimiento rotatorio, la esfera tan poco singular en donde su vida lograría alcanzar su culminación. Podría pensar en circundar la luna, y reportarle sus hallazgos a Darth Wyyrlok. Pero decidió no hacerlo. Se quedaría a esperar, expectante, y descendería a su superficie tan sólo en el caso de que Jaden Korr lo hiciera. Sus líneas del Destino se encontraban anudadas en un sino común, atadas la una a la otra, y la suya sería halada hacia la luna, sólo cuando la de Jaden tirase de ella al momento de descender. Él no podría considerar ir a la superficie de la luna sin Jaden, de la misma forma en que una twi’lek no podría separarse de su lekku.

Sus manos se encontraban temblando, en parte debido al hambre que sentía, en parte debido a la excitación. No se había alimentado desde que había abandonado Fhost, pero tampoco consideraba que fuera el momento para hacerlo. Su próximo alimento sería, *tendría que ser*, Jaden Korr.

Apagó los sistemas del *Predator*, exceptuando los escáneres, el soporte vital y el altavoz que repetía la llamada de auxilio imperial, el sonido que los había convocado a todos a este mismo lugar, al mismo tiempo, y se decidió a esperar.

—Voy a preparar el *Junker* —dijo Marr, y se puso de pie para retirarse.

Khedryn colocó sus manos sobre la mesa, y se impulsó a sí mismo, como si su peso se hubiese incrementado en cientos de kilos.

—Y yo… me encargaré de algunas cosas más. Stang, no puedo creer que me hayan convencido de hacer esto.

Ambos Jedi no dijeron nada, mientras se daba vuelta para retirarse. Al momento de detenerse en la compuerta que conducía hacia el exterior, Khedryn volvió la mirada, y les dijo a Relin y a Jaden:

—Escuchen, cuando estemos de regreso en Fhost, vamos a jugar una partida, todos nosotros, ¿entendido? Con unos sujetos tan temerarios como ustedes, seguramente yo podría ganar algunos créditos. En tanto que Jaden no haga trampa. ¿Tenían créditos en tu época, Relin?

—Sí, por supuesto.

—Entonces tienes algo que podría interesarme ganar. ¿Juegas sabacc?

—No sé qué cosa es eso.

—Ya te enseñaré —aparentando haber pensado en hacer algo mejor antes de salir, regresó al contenedor de alimentos, se sirvió y bebió una medida final de pulkay—. Haré que el *Flotsam* esté preparado. Y luego empezaré a rezar.

Jaden sonrió para sí mismo. Después de que Khedryn se hubiera marchado, Relin, también empezó a levantarse, pero Jaden lo contuvo con una sola palabra.

—Detente.

Relin se deslizó nuevamente en su asiento, revelando un gesto de dolor frente a la incomodidad que provenía de sus costillas.

Pero Jaden sabía que no era el dolor físico el que lo estaba impulsando a retirarse. Esperó hasta estar seguro de que Khedryn ya no volvería.

Antes de que Jaden pudiera decir nada, Relin se le adelantó:

—No necesitas decirlo.

Pero Jaden lo hizo:

—La ira está consumiéndote. Puedo sentirla de manera más fuerte que con respecto a los propios efectos del lignan.

—Saes debe pagar. Mi padawan…

—Te perderás a ti mismo, Relin. Y no puedes permitirte eso. Además que has hecho de Marr tu nuevo auxiliar de vuelo para esta misión.

Los labios de Relin se curvaron en un gruñido.

—Él entiende los riesgos.

—Y fueron tus palabras las que lo alentaron a hacer algo *significativo*.

Jaden logró distinguir el gesto de contención en el tono de voz de Relin, y supo que el hombre ya estaba casi perdido por completo. Ni siquiera podía rebatir las acusaciones que le estaba haciendo Jaden.

—Vas a traerlo de vuelta contigo, ¿entendido? Quiero que me des tu palabra.

Con la mano que le restaba, Relin cepilló el oscuro cabello que caía sobre su frente, y Jaden se quedó sorprendido de ver cuán pálido y exhausto lucía el hombre.

—Veré que él logre regresar.

Jaden sabía que no conseguiría nada más. El silencio se asentó pesadamente entre ambos hombres. Mucho más que simplemente cinco mil años los separaban.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Jaden? —le preguntó Relin finalmente.

Al principio, Jaden no pareció entenderlo, pero cuando apreció esa mirada conocida en el rostro de Relin, su corazón empezó a bombear fuertemente frente a la acusación que traía implícita:

—¿A qué te refieres?

Relin se inclinó hacia adelante, con sus acuosos ojos inyectados clavando firmemente a Jaden a su asiento.

—¿Que la ira está emanando de mí? Pues bien, la duda emana de ti; no demuestras estar muy seguro. Y yo sé qué es lo que da origen a eso. *¿Qué fue lo que tú hiciste?*

Jaden levantó su taza de café, escondiendo su rostro detrás del borde del utensilio. Por medio de su Ojo de la Mente, logró distinguir aquellos rostros a través del ventanal, rogándole que no lo hiciera.

Relin sonrió, aunque se las ingenió para parecer rudo.

—Fue algo que dañó tu imagen personal, ¿no es verdad?

Jaden asentó su taza de café, y se decidió a confesar.

—Así es.

Relin rio entre dientes, el primer signo genuino de alegría de que Jaden había escuchado de él.

—Los Jedi no han cambiado en cinco mil años. Nuestras expectativas propias siempre exceden la realidad de lo que llegamos a ser. No tengo consejos sabios para darte Jaden —se levantó, extendiéndole la mano—. Buena suerte. Necesito descubrir una manera de hacer que mi sable de luz esté cargado.

Jaden también se puso de pie, tomó su mano, un poco perplejo por las palabras de despedida de Relin. Consideró ofrecerla a Relin el sable de luz que había confeccionado cuando todavía era un niño en Coruscant, ya que no requería celdas de energía. Pero sabía que Relin no lo hubiera aceptado.

—Estoy seguro de que Marr te será de gran ayuda —le dijo Jaden.

—Lo sé —le respondió Relin.

Antes de salir de la cocina, Jaden dijo a sus espaldas:

—Que la Fuerza te acompañe, Relin.

Relin ni siquiera detuvo sus pasos.

Khedryn encontró a Marr en la carlinga del *Junker*, verificando sus instrumentos, y evaluando los sistemas. Khedryn dudó por un momento en la puerta de entrada, recordando todos los vuelos en los que él y Marr habían estado sentados uno al lado del otro en aquel reducido espacio, mientras el *Junker* atravesaba las sombrías inmensidades del espacio. La nave los había transportado a ambos en medio de épocas azarosas. Se aclaró la garganta.

Marr miró sobre su hombro, pero no volvió el rostro.

—¿Está lista la nave? —le preguntó Khedryn.

—En verdad lo está —le dijo Marr—. El daño ha sido mínimo, y ha sabido capear la exigencia de los motores remarcadamente bien. Probablemente sea debido a tu buen afinamiento.

Khedryn reconoció el elogio como un gesto de reconciliación. Apoyó una mano sobre la pared, percibió bajo ella el frío duracero de su nave, y a su vez, decidió que debía corresponder el gesto.

—Ha pasado un buen tiempo desde que voló sin que ambos de nosotros estuviéramos sentados en este lugar.

—Es verdad —dijo Marr, de manera más delicada.

Khedryn se sacudió del sentimentalismo, dio un paso hacia el frente, y realizó una somera inspección de todos los instrumentos, sin estarlos revisando realmente de manera detenida.

—Esos Jedi se meten en todo, ¿no es cierto?

Marr sonrió, se puso de pie, y volteó para mirarlo a la cara.

—Es lo que hacen. Presionan a los demás hasta que obtienen lo que quieren, ¿correcto?

—Correcto —Khedryn sonrió a su vez, pero su sonrisa se esfumó rápidamente—. No estoy completamente seguro de la razón por la que estamos metidos en esto.

—Porque es lo correcto —le dijo Marr.

—¿Cómo estás tan seguro de ello, Marr? Esto no se trata de matemáticas.

—Yo no siempre estoy *tan seguro* de las cosas, pero estoy convencido con respecto a todo esto.

—¿Porque averiguaste que eres sensible a la Fuerza?

El rostro de Marr se puso de color encarnado.

—Quizás. En parte.

Khedryn supo que no debía presionarlo. Pensó en todos los encontronazos por los que él y Marr habían atravesado a lo largo de los últimos seis años, y comprendió que todos ellos habían sido provocados por su persona. Marr simplemente se había limitado a seguir su liderazgo, y había respetado todos los requerimientos de Khedryn. Khedryn se imaginó que le debía la misma consideración a Marr, al menos por esta vez.

—Intenta hacer que no consigan volar al *Junker,* ¿eh? Y recuerda que estás en servicio de transporte, y ésa es una orden. Si las cosas se ponen demasiado peludas, abortas y saltas fuera del sistema, sin importar lo que diga Relin. Si logras abordar ese crucero, desembarcas a ese Jedi y sales volando. El *Flotsam* podría llevarnos a Jaden y a mí fuera del sistema, si es que hubiera necesidad.

Marr no decía nada, y a Khedryn no le agradaba aquel silencio en absoluto.

—Ésa fue una orden, Marr. ¿Entendido?

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió Marr.

Khedryn le dio un empujoncito cariñoso.

—Si regresas con esa misma mirada en tus ojos que esos Jedi, por tu bien, voy a tener que arrojarte de la nave.

Marr sonrió; el diente que había resultado astillado en una riña que Khedryn había iniciado en Dantooine, era un mellado recuerdo de su lealtad. Khedryn levantó la mirada hacia afuera del ventanal de la carlinga, a la rugosa superficie del asteroide en el cual Jaden había hecho aterrizar al *Junker.*

—Esto no ha ido exactamente como lo teníamos planeado, ¿no es verdad? —le comentó.

—Raramente lo hace —le respondió Marr—. Hay variables involucradas. Siempre hay variables.

Khedryn sintió un nudo en la garganta. Contempló su reflejo en la superficie de transpari-acero, y deglutió saliva. Deseaba decir algunas cosas más, al mejor y único amigo verdadero que había conseguido desde que abandonase el Imperio de la Mano siendo un hombre joven, pero logró contenerse para simplemente darse vuelta, poner algo de distancia entre ellos, y concluir:

—Buena suerte.

Marr estrechó la mano de Khedryn, sacudiéndola fuertemente.

—También para ti.

Khedryn le dio una última mirada a la carlinga del *Junker*, dio algunos pasos para alejarse de Marr, y empezó a retirarse, pero la voz de Marr hizo que regresara una vez más.

—Capitán. Es para ti.

Khedryn se volvió para ver que Marr estaba sosteniendo una barrita de goma de mascar.

La tomó entre sus manos, asumiendo correctamente que aquel gesto, revelaba más que cualquier otra cosa que necesitase ser dicha entre ambos.

Una vez que Khedryn tuvo preparado al *Flotsam*, y ya vestido completamente con su traje de exploración, se conectó a la frecuencia de comunicación interna del *Junker*.

—Todo el mundo a la cocina una vez más. Su presencia es obligatoria.

Tomó un rodeo que llevaba hasta la cocina recorriendo los corredores del *Junker*, sabedor del hecho de que era probable que la nave, junto con Marr, quizás no lograrían regresar de la bahía de aterrizaje del *Harbinger*.

Si es que llegaban a acercarse hasta dicha bahía de aterrizaje.

Sabía que estaba empezando a ponerse sentimental; también sabía que no podría afrontar continuar de esa manera. Él era el capitán, y ostentar dicho cargo, implicaba determinadas obligaciones.

Empezando con ésta, pensó.

Cuando llegó a la cocina, se encontró con que Jaden, Relin, y Marr, ya se encontraban sentados a la mesa, planteando interrogantes a cada uno de los demás.

—El tiempo se nos acaba —dijo Relin.

—Van a tener que hacer tiempo para esto —le respondió Khedryn.

Se dirigió al contenedor de alimentos, extrajo cuatro vasos para bebidas, y a todos les sirvió una dosis doble de la única botella de keela decente que tenía a bordo de su nave. Les ofreció los vasos a los otros tres hombres, entregándoselos uno a la vez. Relin olisqueó el vaso.

—Yo no bebo alcohol —le dijo.

—Ahora lo haces —le respondió Khedryn—. Son órdenes del capitán.

Relin sonrió a medias, y se ablandó con un encogimiento de hombros.

Khedryn sostuvo su vaso en lo alto, y todos los demás imitaron su gesto. Sin nada mejor que decir, recitó un brindis de los viejos viajeros espaciales que todavía recordaba de sus tiempos de adolescente.

—Bébanlo hasta el fondo, muchachos, que el espacio es frío. Bébanlo hasta el fondo, muchachos, que es mejor vivir intensamente y morir joven, que no vivir y morir como un anciano.

Todos sonrieron. Nadie dejó escapar ninguna carcajada burlona. Todos brindaron en conjunto.

Habiéndolo vaciado, Khedryn estampó su vaso sobre la mesa.

—Nos vamos.

CAPÍTULO XI

Khedryn tomó el asiento giratorio del copiloto en la diminuta carlinga del *Flotsam*. Había pasado un largo tiempo desde la última vez que había estado en la carlinga del Starhawk, y sus estrechos confines hacían que se sintiera como en un ataúd de metal.

Los instrumentos estaban en línea. Se sacudió de la sensación de extrañeza, y llevó a cabo una verificación final antes del despegue. Todas las luces estaban en verde. Contempló hacia afuera del pequeño ventanal de transpari-acero, observando el remolino de roca y de hielo —tenuemente iluminado desde atrás—, por la cerúlea esfera del gigante gaseoso. Estaban dando vuelta para llegar al lado no iluminado del planeta. El profundo óvalo de color azul de la súper tormenta en su superficie, ahora era visible por completo. Pasarían sin casi notarlo, por el gigantesco ojo del planeta.

—Vamos a realizar el desacoplamiento —informó.

—Iniciando secuencia —dijo Jaden desde el asiento del piloto—. Calentando los motores. Desacoplando.

Los anillos de acoplamiento modificados, dejaron escapar una serie de profundos clics, y el *Flotsam* quedó liberado del *Junker*, tan sólo otra pieza de desechos flotando en medio del cinturón de roca y hielo del gigante. Los repulsores empezaron a alejarlos con determinación del *Junker* y del asteroide.

Khedryn sintió un momento de mareo intenso mientras empezaban a deslizarse, y supo que no tenía nada que ver con el vértigo del movimiento. Jaden debió darse cuenta de las sensaciones que estaba experimentando.

—¿Cuándo fue la última vez que te sentaste en la carlinga de cualquier nave que no fuera el *Junker*?

—Ha pasado bastante tiempo —reconoció Khedryn—. Usualmente, Marr solía volar el *Flotsam*, si era necesario emplearlo para realizar alguna tarea. Marr se hará buen cargo de la nave.

—Por supuesto que lo hará —le aseguró Jaden. Activó el comunicador, y le informó al *Junker*—. Nos hemos desacoplado.

—Copiado —dijo Relin—. Están libres.

El escuchar la desencajada voz de Relin, golpeó de manera rara a Khedryn, haciéndole experimentar la misma sensación de desconexión que cuando veía los acontecimientos desacompasados en las pantallas de video de «El Agujero».

Excepto porque en el caso de Relin, el desacompasamiento era de cinco mil años, más que de algunos cuantos meses. Era como si Relin fuese una circunstancia ya pasada, como si fuese una conclusión resuelta a la que Khedryn podía contemplar, pero no afectar.

Intentó aclarar su mente, su garganta, y sintió la quemazón del keela en su flema.

—¿No encuentras raro que Relin no quisiera saber nada acerca del estado actual de las cosas en la galaxia? Yo me sentiría más curioso que un mono-araña[40].

[40] Mono-araña: especie de criatura reconocida por su naturaleza curiosa. N. del T.

Jaden jugueteó con los instrumentos, y Khedryn se imaginó que estaba intentando colocar una barrera alrededor de sus pensamientos.

—No, no me sorprende en absoluto.

—¿No?

—Él sabe que va a morir —dijo Jaden con un tono de voz que no admitía réplica—. Ya sea que logre conseguir su objetivo o no, él ya está muerto. La radiación terminará por matarlo.

La voz de Khedryn no sonaba tan categórica.

—¿Y qué hay acerca de Marr? —colocó una mano sobre el comunicador, sin estar muy seguro de lo que debía decirle a su amigo, pero la mano de Jaden aferró la suya.

—Relin se asegurará de que la integridad de Marr esté garantizada, de la mejor manera que pueda. Él es un Jedi.

—Un Jedi —escupió la palabra como si estuviera intentando deshacerse de algo con un sabor amargo. Volvió a recordar las historias acerca de la traición de C'baoth con respecto al Proyecto «Vuelo de Expansión», y algunos sentimientos que no sabía que aún guardaba, hicieron explosión en sus entrañas, y se deslizaron a través de sus labios.

—Ustedes los Jedi piensan que saben la diferencia entre el bien y el mal, siempre tomando decisiones con respecto a la vida o muerte de todos los demás. ¿Cómo pueden tener tanta certeza con respecto a ello? Se trata de vidas, de personas.

—Yo no tengo ninguna certeza de nada —le dijo Jaden, y Khedryn logró captar una sorprendente resignación en el tono de voz del Jedi. La ira de Khedryn empezó a disiparse entre las rocas y el hielo que había afuera.

—Realmente, ¿por qué estás aquí, Jaden? Me refiero a ¿por qué realmente? La visión, ya lo sé, pero apuesto a que hay mucho más que eso.

Jaden pasó la lengua por sus labios, se quedó contemplando por fuera del ventanal de la carlinga, y finalmente se dio vuelta en su asiento, para encarar a Khedryn.

—¿Realmente deseas saberlo?

Khedryn sintió que Jaden realmente quería que él lo supiera. Asintió frente a la interrogante.

Jaden lo miró directamente, sin evasivas, y empezó a hablar en un tono sin entonaciones, tan llano como el de un droide.

—Durante la Guerra Civil, cuando los Jedi completaron el asalto a la Estación Centerpoint, yo dirigía uno de aquellos contingentes.

—He escuchado acerca de eso. La estación completa fue destruida.

—Mis órdenes eran las de movernos rápidamente, y no dejar vivo detrás a nadie, a medida que íbamos avanzando. En cierto punto, encontramos una encarnizada resistencia por parte de la Confederación y algunos simpatizantes corellianos. Eventualmente, los forzamos a retroceder, y todos ellos se refugiaron en un compartimento de cargo, y sellaron las puertas.

Khedryn pudo percatarse de que Jaden no estaba mirando el presente. Tenía la mirada puesta sobre Khedryn, pero sus ojos estaban perdidos en los recuerdos del pasado

albergados en su memoria. Él estaba contemplando a quienes fueran esos fantasmas que andaban persiguiéndolo.

—¿Y volaste las puertas? ¿Lograste abrir un acceso a través de ellas?

La voz de Jaden se hizo más sonora, como si temiera el no ser escuchado.

—Activé la esclusa de aire, y los «espacié».

Por un momento, Khedryn pensó que había oído mal.

—¿Que los «espaciaste»? ¿Los separaste? ¿O hiciste que fueran *absorbidos por el espacio*?

Jaden asintió, sus ojos se estrecharon, fijos sobre algún punto distante en su pasado, en donde seguían viviendo sus remordimientos.

—La mayoría eran soldados de la Confederación —aclaró Jaden—. Pero allí había también personal no combatiente. Ingenieros. Mujeres. Pero yo no podía tomarme el tiempo para sacarlos, o para negociar una rendición. No dejar a nadie detrás, a mis espaldas. Ésas eran mis órdenes. De un camarada Jedi. Yo debía cumplirlas.

Khedryn observó cómo se contraían y se soltaban la mandíbula y los puños de Jaden, mientras su árbol traqueal se elevaba y descendía en su garganta, como si estuviera siguiendo el ritmo de los latidos de su corazón.

—Stang —musitó Khedryn, dándose cuenta de que la palabra era patéticamente inadecuada para el trabajo de articular la mezcla de emociones que estaba sintiendo.

Los ojos de Jaden volvieron a enfocarse en el presente.

—Así que, Khedryn, cuando se trata de distinguir el bien del mal, yo no puedo asegurar que lo conozca todo. Ya no más.

Khedryn buscó en su mente algunas palabras que le pudieran ofrecer algo de consuelo.

—Se trataba de la guerra, Jaden. La gente muere en las guerras. ¿Qué diferencia puede haber si es por un bláster, por un sable de luz, o por el vacío?

Jaden inhaló profundamente, y miró más allá de Khedryn.

—Sí que hay una diferencia.

Khedryn empezó a pensar en aquello que había escuchado. Finalmente, asintió.

—Supongo que sí.

Jaden dejó ver una acongojada sonrisa semi-consciente detrás de su barba.

—¿Tienes pecados que desees confesar, capitán? Ahora podría ser el momento adecuado. Quizás sea algo de esta carlinga, quién sabe.

Khedryn rompió a reír, despejando algo del estado de ánimo imperante.

—Si yo empezara a confesarte mis pecados, Jedi, nunca llegaríamos a empezar con esta misión. ¿Estás listo?

Jaden contempló las circunvoluciones de los anillos, alrededor del gigante gaseoso.

—Enganchando motores iónicos —envió su reporte al *Junker*.

—Confirmado —respondió Relin.

—A esta velocidad, nos tomará una hora el dar la vuelta al planeta, y ya estaremos listos para empezar a descender —añadió Khedryn por el comunicador.

—Una hora, diecisiete minutos, y treinta y seis segundos estándar —acotó Marr, despertando una sonrisa por parte de Khedryn.

—Registrado —dijo, y marcó el punto en el chrono de la nave, para empezar con la cuenta regresiva.

Navegarían de manera lenta a través de los anillos —una tarea fácil a bajas velocidades—, llegarían alrededor del lado no iluminado del gigante gaseoso, e intentarían arribar a la luna desde el lado opuesto, sin llegar a ser detectados por los sensores del *Harbinger*, mientras el *Junker* saltaba de los anillos, y volaba directamente hacia la garganta del crucero.

Relin sintió que su cuerpo empezaba a flaquear, sus células empezaban a reventar bajo la presión de la ponzoña de la radiación. La fatiga y el agotamiento emocional hacían que su visión se enturbiara de tanto en tanto. El sudor humedecía su túnica y sus pantalones por debajo de sus vestimentas, enfriando sus carnes. Buscó sentir algo de comodidad en su conexión con la Fuerza, pero aquella también se encontraba bajo asalto, explotando bajo el peso de su propia ira.

Se encontró con que era difícil mantener una postura de defensa pasiva contra la energía ambiental liberada por el lignan. Su poder se infiltraba a través de sus defensas, entre idas y venidas, aunque sentía que ya no lograba provocarle el mismo grado de incomodidad que anteriormente. Se había vuelto inmune frente a sus peores efectos. La radiación había contaminado su cuerpo. El lignan había contaminado su espíritu. Sentía que estaba colapsando por completo.

Marr sostenía los controles del *Junker*. Incluso si Relin no hubiese perdido una de sus manos, los instrumentos con los que estaba tan poco familiarizado, constituirían una dificultad para que él pudiera volar la nave. El chrono proyectado en el HUD, continuaba con la cuenta regresiva, al tiempo que iban colocándose en posición.

Sintió una regresión hacia el pasado, a *su* pasado, recordando estar sentado al lado de Drev en el Infiltrator, innumerables veces; recordó la risa de su padawan, su alegría. Parecía como si hubiera sido hacía mucho tiempo atrás, aunque para Relin tan sólo había transcurrido un día. La herida producida por su congoja todavía sangraba libremente, sin formar costra, sin llegar a conformar una cicatriz.

—Te encuentras muy pensativo —le dijo Marr, ajustando su curso.

—Estaba pensando en mi padawan.

—Ya veo —respondió, Marr.

Enormes trozos de roca y hielo flotaban a través del ventanal de la carlinga. Marr realizaba un buen trabajo, esquivando los desechos. Sin duda, se trataba de un excelente piloto.

Al igual que Drev.

—Antes de que atacáramos el *Harbinger*, Drev condujo nuestra nave a través de un cinturón de asteroides no muy diferente de éste.

—¿A gran velocidad?

—Sí, haciendo uso de la Fuerza.

Relin recordó la sonrisa de Drev, e intentó corresponderla con una sonrisa propia, pero simplemente no pudo completar el gesto. Sus labios se retorcieron formando algo que se imaginaba, se veía más como un gruñido al desnudo, que como una sonrisa.

—Él debe haber sido un extraordinario piloto —dijo Marr—. Yo nunca he visto nada como eso que Jaden Korr hizo con el *Junker*. Y tú debes haber sido un Maestro ejemplar.

Relin apreciaba lo que Marr estaba intentando hacer, pero aquello apenas si le produjo algo de alivio. Sacudió su cabeza. Había perdido a uno de sus padawans en manos del Lado Oscuro, y al otro, en medio de una batalla.

—Mucho me temo que sólo fui un Maestro mediocre.

Frente a ello, Marr no dijo nada.

—No te he visto consultar la computadora de navegación —le dijo Relin—. ¿Haces todos los cálculos en tu cabeza?

Marr asintió.

—Nunca he visto en nadie, un don de la Fuerza tan estrechamente enfocado. Supongo que tiene un propósito que tú aún no logras distinguir.

Marr sonrió, y Relin se dio cuenta de su diente astillado.

—Quizás su propósito sea este momento.

—Quizás —dijo Relin, sintiendo que a pesar de sí mismo, empezaba a sentir algo de aprecio por Marr.

Desplazándose a un octavo de la potencia de sus motores, mientras continuaba vigilando el chrono del HUD, Marr los hizo maniobrar a través de los anillos, hasta que llegaron cerca del borde.

—Aquí es suficiente —dijo Relin. No deseaba que anduvieran vagabundeando demasiado lejos por allí, con la posibilidad de poder ser detectados por los escáneres pasivos del *Harbinger*. Los desechos en los anillos les preverían de la necesaria cobertura, hasta que el *Flotsam* estuviera en posición. Mientras tanto, podrían recabar algunas informaciones de inteligencia acerca de su situación actual.

A través del campo de desechos, podían apreciar el resplandor lechoso de la luna del gigante gaseoso.

—Voy a agrandarla en el HUD —dijo Marr.

La luna, copando una sección del ventanal de la carlinga, se hacía más grande cada vez que Marr oprimía el mismo botón —más y más grande—, hasta que llenó casi la mitad del ventanal. Los trozos de roca y hielo flotaban delante de ellos, e impedían una visión clara, pero Marr podía ver lo suficientemente bien como para darse cuenta de la elongada y sombría silueta que opacaba el brillo de la luna.

—El crucero se ha puesto en órbita alrededor de la luna —exclamó.

—Ésa es una distancia mayor de la que pensábamos cubrir —dijo Relin—. El *Harbinger* tendrá más tiempo para responder a nuestra aproximación.

Marr golpeteó algunas teclas en su consola.

—Doscientos ochenta y un mil trescientos ochenta y dos kilómetros de distancia de allí hasta aquí.

Relin hizo los cálculos en su cabeza.

—¿Cuán rápido puede volar el *Junker* a velocidad sub-luz?

—Podríamos cubrir esa distancia en aproximadamente un minuto.

—Un minuto —dijo Relin, pensativo—. Es demasiado. Los cazas-Cuchilla de respuesta rápida estarían sobre nosotros en un instante.

Marr pasó la lengua por sus labios.

—De manera alternativa, podríamos intentar saltar justo hasta debajo del *Harbinger*.

Los pensamientos de Relin se exaltaron frente a la sugerencia de Marr.

—¿Saltar? Todavía nos encontramos dentro del campo gravitatorio del planeta, al igual que el *Harbinger*. Y además, también tenemos el campo gravitatorio de esa luna.

—Nos encontramos fuera del campo gravitatorio del gigante gaseoso, y el campo de la luna es bastante débil. Yo podría calcular todas esas variables para realizar un salto corto.

Hizo una pausa, inclinando su cabeza.

—Quizás.

—¿Quizás? —Relin levantó la mirada hacia el HUD. Los rocosos conglomerados de los anillos impedían que se vieran la luna y el *Harbinger*—. Estás hablando de emplear tu hiper-impulsor para saltar entre un planeta y su luna. Un segundo en el hiperespacio, quizás menos.

—No le veo ninguna alternativa ¿Y tú?

Relin tampoco la veía.

—Nunca he escuchado que eso pudiera ser hecho.

—Ni tampoco yo —dijo Marr—. Pero quizás ahora veamos claro cuál es el propósito de que me fuera concedido mi particular talento.

Relin decidió que tendría que confiar en el don de Marr, tendría que confiar en la Fuerza. La hipocresía de la situación estaba apuñalándolo.

—Hazlo —se oyó decir. Volvió a mirar el chrono, contando el tiempo que había transcurrido—. Tienes menos de una hora para completar los cálculos.

Marr se inclinó hacia adelante en su asiento, y empezó a volver a su tamaño original, la pantalla copada por la imagen agrandada del HUD. El *Junker* había desaparecido de la pantalla, y ahora podían ver, una vez más, la luna y el *Harbinger*.

—Permíteme encargarme de eso —le dijo Relin.

Mientras Marr empezaba a trabajar, Relin se sentó en su propio asiento, contemplando la nave de Saes, dejando que sus recuerdos liberaran una chispa que volvió a encender su ira. Mientras observaba el dreadnought, se fijó en la negra cicatriz de metal

retorcido, que era todo lo que quedaba de su puente primario; todo aquello no hacía más que recordarle una y otra vez a Drev.

El dolor que aquejaba sus costillas y su brazo, había empezado a amenguar, cediendo su espacio a las llamaradas del dolor de su corazón. La energía ambiental desprendida por el lignan, avivó su ira quiescente, y permitió que sus llamaradas se hicieran más voraces, sin apenas prestar atención a lo que estuvieran consumiendo.

Hizo que el HUD agrandara la imagen una vez más, haciendo crecer al *Harbinger* en aquella perspectiva, de la misma manera que su ira se intensificaba en sus entrañas. Y la alquimia de semejante ira, transformó el dolor de su pérdida, en el poder desencadenado por el odio. Ocultó sus sentimientos en su interior, sin demostrar señales externas de lo que lo estaba consumiendo, aunque bien sabía que terminaría por estallar tarde o temprano.

—Apresúrate, Marr —se escuchó decir, con la voz sofocada por el tumulto emocional que estaba carcomiéndolo.

Marr no dijo nada, simplemente continuó con sus cálculos. Aun con sus dotes matemáticas, él requería fuertemente de la asistencia de la computadora de navegación. Relin no era capaz de seguir la secuencia de las fórmulas, pero podía ver que Marr estaba haciendo grandes progresos.

Jaden planeaba a través de los anillos con tan sólo la mitad de la potencia de sus motores, y el *Flotsam* giraba y variaba el rumbo para evitar las rocas y el hielo, en cuanto se hacía necesario.

Khedryn se reclinó sobre su asiento, con ambas manos cruzadas por detrás de su cabeza.

—Lo estás controlando un poquito mejor que en tu trayectoria previa, Jaden.

Jaden sonrió de manera ausente, mientras contemplaba la abertura del ventanal de la carlinga, con la mente perdida en alguna otra cosa. Khedryn se preguntó si acaso el Jedi estaba arrepintiéndose de haberle confesado su secreto.

Khedryn no dijo nada más, mientras circunnavegaban el gigante gaseoso, utilizando los anillos para evitar ser descubiertos. Eventualmente, llegaron hasta la súper tormenta de color azulado que se veía como si fuera el ojo del planeta, cuya mitad más alejada, ya se encontraba en el lado nocturno, mientras que la otra mitad permanecía en el lado iluminado del planeta, contemplándolos fijamente. Jaden lo observaba como si estuviera hipnotizado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Khedryn, preocupado porque Jaden pudiera hacer estrellar el *Flotsam* contra una de las rocas.

—Estoy bien —le dijo Jaden, con un tono de voz delicado.

Habían planeado rodear al gigante gaseoso, y colocar a la luna más o menos entre ellos y el *Harbinger*, con la esperanza de que su pequeño tamaño, les permitiera ocultarse

detrás de la lectura de la luna que pudiera ser obtenida por los escáneres de la nave de los Sith.

El HUD en el ventanal de la carlinga, proyectaba la cuenta regresiva. Si todo iba como lo habían planeado, el *Flotsam* y el *Junker* emergerían de los anillos justo al mismo tiempo.

Khedryn tomó la goma de mascar que Marr le había entregado, y la partió por la mitad, Le ofreció una parte al Jedi.

—¿Jaden?

—Sí, gracias.

—Guárdala hasta que realmente la necesitemos —le sugirió Khedryn.

Jaden asintió. Juntos, fijaron sus miradas en el chrono, y decidieron que debían aguardar.

Marr completó los cálculos con bastante tiempo de ventaja, y decidió que debía volver a verificarlos.

—Tengo plena confianza en los resultados —declaró el cereano, después de haberlo hecho.

Relin se limitó a asentir, mientras su mente ya estaba adelantándose a lo que haría, una vez que pusiera el pie en la cubierta del *Harbinger*. Sintió un inesperado regocijo frente al pensamiento de destruir la nave, y de matar a todos los que se encontraban a bordo, incluyendo a Saes. Convertiría la tumba de Drev, en una ardiente pira que los consumiría a todos. Haría que…

La mano de Marr se cerró sobre su hombro, y sintió estremecerse frente a su contacto. Su piel se había vuelto extremadamente sensible.

—Relin, no estás bien.

Relin sabía que estaba sudando, y respirando de manera agitada.

—Me encuentro bien.

Levantó la mirada hacia el chrono: diez segundos.

Había viajado cinco mil años hacia el futuro para tener su vida pendiente del hilo del minúsculo momento en que atravesarían el hiperespacio. Tuvo una regresión hacia la salvaje trayectoria de la cápsula de escape que había sido atrapada por la estela del *Harbinger*, los nauseabundos giros y vueltas producto del fallido salto.

Marr colocó su mano sobre la palanca que engancharía el hiper-impulsor.

—Voy a frenar en el momento en que salgamos del hiperespacio. ¿Estás listo?

Relin hizo una inspiración profunda, y volvió a sentir que sus costillas estaban rotas.

—Sí.

Ambos miraron el chrono, mientras éste proseguía con su cuenta regresiva de los instantes finales.

—Prepárate para confrontar el poder del lignan —le recomendó Relin.

Marr enganchó el hiper-impulsor.

Khedryn y Jaden colocaron la goma de mascar en sus bocas, en el momento en que Jaden sacó al *Flotsam* por fuera del borde de los anillos. El espacio abierto se extendía frente a ellos, con la luna en medio de la intersección de los rayos luminosos del sol. Khedryn no se atrevió a escanear los alrededores en busca del *Harbinger*, por el temor de que los escáneres pasivos del crucero, pudieran detectar el sondaje.

Ambos contemplaron el chrono del HUD, hasta que éste llegó a cero.

—Ahora —exclamó Khedryn.

Jaden aceleró al máximo, y el *Flotsam* salió volando por el espacio, en dirección hacia la luna.

Kell andaba acechando en la oscuridad, entre la luna y los anillos del gigante gaseoso. Había posicionado el *Predator* lo mejor que podía, para asegurarse que sus escáneres pudieran detectar a cualquier nave emergiendo de los anillos en dirección hacia la luna.

La cabina del *Predator* se había vuelto gélida, pero Kell se limitó a modificar su metabolismo, con el fin de mantener una temperatura corporal confortable. Permanecía sentado en la oscuridad de su carlinga, contemplando el vacío del espacio, preguntándose acerca de su oculto significado, tratando de encontrar la verdad de sus muchas líneas entrelazadas.

Su mente divagó hacia los nubarrones de sus recuerdos. Pensó en los otros anzati que había conocido a lo largo de los siglos. Ellos no podían distinguir los *daen nosi*. Alguno de ellos había pensado que Kell estaba loco. A cambio de aquella insinuación, Kell lo había consumido lentamente en forma de sopa durante todo un mes estándar, manteniéndolo vivo hasta el momento preciso del final.

Kell no estaba loco. Había sido bendecido, era un ser único, un elegido para develar la verdad de la existencia, tal como estaba escrita en las líneas del destino del universo. Y pronto, hallaría su significado.

En el mismo momento en que escuchó el pitido de la consola de sensores, el cual indicaba un contacto, supo que se trataba de Jaden Korr. Además, también supo hacia dónde estaba dirigiéndose el Jedi… y que lograría matarlo en aquel lugar.

Examinó las lecturas que la pequeña nave arrojaba en los escáneres, saliendo apresuradamente de los anillos. Se trataba de una Starhawk, desplazándose rápidamente, en dirección hacia el lado no iluminado de la luna. No se trataba del *Junker*; sino, de la lanzadera que había tenido acoplada.

¿En dónde estaría el Junker*?*

Kell apartó el pensamiento de su mente, realizó un conteo de diez segundos para darle una ventaja inicial a la lanzadera Starhawk, y luego colocó el *Predator* justo detrás de ella, y se lanzó en su persecución.

La señal de alarma imperial advertía de alguna clase de peligro en la superficie de la luna, pero dado que la señal databa de hacía bastante tiempo, y tomando en cuenta las condiciones medioambientales extremas de aquel astro celeste, Kell no esperaba hallar más que algunas ruinas completamente sepultadas por el hielo.

Aun así, se prepararía para cualquier clase de eventualidad… como siempre solía hacerlo.

Relin no parpadeó, pero sintió como si lo hubiese hecho. Su sentido de la vista tan sólo registró una imagen pasajera de color azulado, más que un túnel hiperespacial. En un instante, el *Junker* se encontraba flotando al borde de los anillos, y al siguiente, se encontraba debajo del *Harbinger,* y el frío metal y los marcados ángulos del dreadnought, copaban todo su campo visual.

El poder procedente del lignan, ocupaba todo el espacio que se encontraba alrededor del dreadnought, como si se tratase de una espesa neblina. Relin sintió que empezaba a rezumar en su interior, alimentando su aparentemente insaciable ira, su ilimitada necesidad de venganza. Al inicio empezó a resistirse, pero sabía que no lo estaba haciendo de manera decidida.

Era *correcto* que alimentara su ira, avivándola hasta que llegase a convertirse en toda una monstruosidad. El destino sufrido por Drev ameritaba semejante ira. El sentir algo diferente, equivaldría a deshonrar la memoria de su padawan.

—¿Puedes sentirlo, Marr?

Los dientes de Marr crujieron entre sus mandíbulas contraídas, mientras la grieta en su incisivo, se sentía como un túnel a través del cual los efectos del lignan podían desencadenar toda su influencia.

—Lo estoy sintiendo —dijo Marr, tomándose un momento para corregir el ángulo de la nave de manera apropiada, y para verificar su velocidad actual—. Frenando. Desviando todo el poder hacia el dispositivo de energía del cristal.

Golpeó el apagado de emergencia para casi todos los sistemas de la nave, incluyendo el soporte vital, y re-direccionó toda la energía hacia el dispositivo del cristal. La carlinga del *Junker* se puso tan oscura como el espacio, y tan sólo el sonido de la respiración de ambos seres, rompía el súbito silencio. Relin se sentía destrozado por el dolor, por la sensación de culpabilidad, y de poder; Marr se veía afectado, pero parecía estarlo superando. La temperatura ambiental descendió varios grados en tan sólo un momento. Las pantallas visoras permanecían encendidas, aunque la claridad de imagen era poco definida, y la estática terminaba de nublarla. Un grueso rayo de color rojo, emergiendo de la parte superior del *Junker*, dividía la pantalla, y de inmediato golpeó los escudos del

Harbinger, explotando en una espiral de líneas rojizas, un anticuado sacacorchos intentando abrir un agujero en medio de los deflectores de la nave Sith.

—¿Se supone que deba verse así? —le preguntó Relin.

Marr inhaló profundamente, y colocó una de sus manos sobre su estómago.

—Me siento nauseoso. ¿El mineral no te afecta a ti?

—No de la forma en que lo hace contigo —le respondió Relin, y dejó allí la explicación—. Yo podría escudarte.

Marr sacudió la cabeza, y su rostro reveló una expresión de incomodidad.

—No debes gastar tus energías. Soy capaz de soportarlo.

Relin recordó una de las primeras lecciones que eran enseñadas por los Jedi a los seres sensibles a la Fuerza. Recordó que le había sido enseñada a él mismo por Imar Deez, y recordó que se la había enseñado a Drev. Las palabras salieron de su boca sin pensarlo, como un reflejo, mientras el *Junker* se deslizaba por el frío del espacio en dirección hacia el *Harbinger*.

—Imagina en tu mente, una fortaleza de piedra y acero, con paredes con almenas. Dentro de ella, se encuentra una torre, amurallada.

Marr lo miró de manera interrogativa.

—Repite lo que digo —restalló Relin—. Se trata de una lección bastante simple, y te será de gran ayuda.

—De acuerdo.

Relin recitó las palabras repetidas por generaciones de Jedi, mientras su corazón desfallecía en medio de su pecho, mientras el lignan empezaba a devorar su espíritu. Se había convertido en un mentiroso, y lo que era peor, aquello ya no le importaba.

—Nuevamente, imagina una poderosa fortaleza, amurallada, inexpugnable. Dentro de ella, se encuentra una torre, fortificada de manera similar. ¿Logras verla?

—Yo no he recibido ningún entrenamiento. Yo…

—¿Logras verla?

—Yo… puedo imaginármela, sí.

—Tú eres la torre, Marr. La Fuerza es la fortaleza. Debes sentirla.

—Esto…

—Debes sentirla. Abre tu mente ante ella —le repitió las palabras que alguna vez le había dirigido a Drev. El recordar a su padawan, arrojó carbón al caldero de su ira, pero no permitió que se escuchara en su tono de voz.

—No lo analices. Tan sólo siéntela.

Marr sostuvo la mirada de Relin por un instante, y luego cerró sus ojos, aquietando su respiración.

Relin decidió que debía conducirlo más allá por aquel sendero, pero a la vez, sintiéndose más hipócrita con cada momento que pasaba.

—Imagina cómo es que calculas una trayectoria a través del hiperespacio. Enfócate en ese sentimiento. Aférrate a él.

Marr casi no necesitó de mayor tiempo, y Relin estaba seguro de que sería así. Un ser sensible a la Fuerza, estaba usualmente acostumbrado a hacer uso de la Fuerza de manera casi inconsciente. Marr lo hacía cada vez que empleaba las matemáticas. Por lo general tan sólo hacía falta un pequeño empujón para hacer que un individuo sensible a la Fuerza, empezase a utilizarla en cosas simples. A pesar de haber transcurrido cinco mil años, las cosas seguían siendo iguales.

Marr abrió los ojos, y la parte más espesa de sus cejas, se arqueó formando una muda interrogante.

—Esto es…sorprendente. ¿Es esto lo que tú haces para que no ser afectado por este tipo de cosas?

Relin vaciló, ya que no estaba en capacidad de ocultarle a Marr que aquellas cosas no habían dejado de afectar su ser. Porque ahora sí se sentía afectado. En lugar de ello, decidió encubrirse diciendo otra mentira.

—Así es.

El *Junker* se deslizó bajo la lisa superficie de la parte inferior del *Harbinger*, pasó por algunos ventanales, así como por algunas torretas de cañones láser. Relin se imaginó que su súbita aparición por debajo la nave, ocasionaría una consternación bastante ominosa entre la tripulación del *Harbinger*. Seguramente estarían chocando entre ellos mismos, mientras intentaban responder a la amenaza.

La bahía de aterrizaje, iluminada con luces en todo su perímetro, se abría delante de ellos, como si se tratase de las fauces de una descomunal bestia. En cuestión de momentos, terminarían siendo engullidos.

—Ya casi hemos abierto un agujero en sus deflectores —declaró Marr, con la voz todavía sobrecogida a causa de la sorpresa ocasionada por su primer empleo consciente de la Fuerza.

Mientras Marr dirigía al *Junker* a través del agujero excavado por el cristal de energía, Relin sintió como si estuvieran siendo absorbidos por un drenaje.

El vientre del *Flotsam* golpeó la capa superior de la atmósfera de la luna, y toda la nave empezó a vibrar en medio de la turbulencia, como cuando se agitaban los dados en un cubilete. Algunas llamaradas se formaron alrededor del recalentado casco, y lamieron los costados, revistiendo de fuego la nave. Jaden no lograba distinguir nada más que una nube de color naranja envolviendo el ventanal de la carlinga, mientras la nave se deslizaba a través de la atmósfera. En su mente, resonaba repetidamente la llamada de auxilio. Se encontró a sí mismo contemplando los pulpejos de sus dedos, los mismos pulpejos en los cuales su ira o su miedo, lograban desencadenar los rayos de la Fuerza.

Comprendió que ya no podía confiar más en sí mismo. La duda se había apoderado de la parte más interna de su ser. Relin había podido percibirlo.

—Veinte segundos —le informó Khedryn—. Activando los repulsores.

Jaden se inclinó hacia adelante en su asiento, deseando contemplar la superficie de la luna en el preciso momento en que las llamas se disipasen, con la esperanza de que algo en la luna, ayudase a aclarar sus dudas, devolviéndole la confianza.

El color anaranjado dio paso a un espeso remolino de nubarrones. A medida que iban descendiendo, y el aire se iba haciendo cada vez más denso, la presión sobre la nave se transformó, de una intensa vibración sostenida producida por el ingreso en la atmósfera, al golpeteo irregular de los poderosos ventarrones. La nieve y el hielo impactaban contra la superficie de transpari-acero de la carlinga a medida que iban desplazándose en medio de ellos, cubriendo su exterior con una delicada capa de escarcha.

Todo aquello le hizo volver a vivir a Jaden su visión de la Fuerza: recordó la sensación del gélido viento sobre su piel, la escarcha acumulándose en su barba, la fría superficie bajo sus pies.

—Vientos con velocidad de hasta noventa kilómetros por hora —confirmó Khedryn mientras las ráfagas hacían bambolear al *Flotsam*.

Jaden tenía fija la mirada sobre el remolino, con el corazón latiendo aceleradamente. Rompieron la capa de nubes, pero la espesa nieve y la capa de hielo que cubría la superficie del ventanal, no le permitían distinguir nada en absoluto. Todo lo que lograba ver, era una mancha difuminada de color blanco. No había ninguna revelación a la vista.

—Debes establecer un punto fijo con respecto a esa señal de auxilio —le indicó a Khedryn.

—Triangulando —le respondió éste.

Oprimió un botón, y la señal de auxilio resonó en los altavoces interiores de la carlinga, más intensa que nunca.

Jaden niveló el *Flotsam* a unos ciento cincuenta metros, y disminuyó su marcha. Las lecturas topográficas revelaban amplias mesetas congeladas, así como imponentes océanos de hielo, rodeados de enormes montañas.

—Ahí lo tienes —le dijo Khedryn, y sus palabras provocaron un revoloteo en el estómago de Jaden—. Sur-suroeste, a unos quince minutos de distancia. Cerca de la línea ecuatorial de la luna.

Una vez que Khedryn le hubo proporcionado la localización de la señal a la computadora de navegación, Jaden ajustó su trayectoria de acuerdo a los datos suministrados. Se dio cuenta de que estaba sudando. Aceleró a la máxima velocidad que podía permitirle el *Flotsam* en la atmósfera, y la nave cortó como un cuchillo a través del viento, el hielo, y la nieve.

—Como siguiendo un rastro de migajas de pan —le dijo Khedryn, haciendo un gesto en dirección al altavoz del cual emergía la señal de auxilio.

Jaden asintió. Los vellos de su nuca permanecían completamente enhiestos. Sentía como si estuviera siendo observado. Antes de que pudiera determinar el origen de dicha sensación, Khedryn le preguntó:

—¿Qué es lo que esperas encontrar allí, Jaden?

Jaden no dudó ni un instante.

—Una respuesta.

Realmente la necesitaba. No podía continuar de la forma en que lo había estado haciendo. Activó el sensor de un escáner para asegurarse de que no estaban siendo perseguidos. Nada.

Khedryn puso la mirada en blanco, mientras observaba el desolado panorama que había por fuera de la carlinga.

—¿Y cuál es la pregunta?

Jaden sonrió, sintiendo cuán en concordancia estaban dichas palabras con sus propios pensamientos.

Al ver que no lograría obtener ninguna respuesta por parte de Jaden, Khedryn continuó:

—Espero que Marr y Relin se encuentren bien.

—La Fuerza está con ambos —le aseguró Jaden.

Khedryn asintió de manera ausente, mientras registraba las lecturas topográficas, los reportes meteorológicos, y las condiciones atmosféricas.

—Los elementos traza en la atmósfera, sugieren que aquí hay actividad volcánica —le informó.

Jaden se imaginó hirvientes oasis en la superficie del planeta, en donde el calor y el magma se abrían paso para transformar el hielo, en una especia de baños termales. Además, también empezó a imaginar que los océanos debajo del hielo, podrían estar atestados de seres vivos.

—El aire es frígido, pero respirable —añadió Khedryn—. Sin embargo, necesitaremos de los trajes de protección.

Jaden escuchaba tan sólo de forma parcial a Khedryn. La computadora de navegación mostraba que estaban aproximándose a las coordenadas a partir de las cuales se originaba la señal de auxilio. Una vez más, se inclinó hacia adelante en su asiento, impaciente por distinguir algo en medio de aquel tiempo inclemente.

Se quedó sin aliento al momento en que algo como una ciudad perdida, emergió en medio del borroso panorama azotado por el clima.

Khedryn bizqueó, mientras contemplaba la visión a través del transpari-acero de la carlinga.

—¿Qué es eso?

* * *

El *Junker* maniobró, en medio de las sombras y el frío, a través del agujero abierto por el cristal de energía.

Relin contemplaba el túnel que los conducía hacia la bahía de aterrizaje, recordando la última vez que había entrado en ella, cinco mil años atrás, montado en la parte posterior de una lanzadera de transporte. En aquel momento, había podido mantener una comunicación con Drev a través de su comlink. Ahora, tendría que ingresar solo,

desconectado de todo el mundo, enfocado no su sentido del deber, sino en sus sentimientos de rabia.

Sintiéndose satisfecho, absorbió el poder del lignan, de la misma forma en que la tripulación del *Junker* solía consumir el café.

—Ya hemos pasado —le informó Marr, exhalando las palabras como si hubiera estado conteniendo el aliento—. Encendiendo los sistemas.

La luz regresó a la carlinga, y los instrumentos volvieron a la vida en medio de un zumbido audible.

—El *Junker* vuelve a la vida —dijo Marr.

—Si no lo han hecho todavía, los del *Harbinger* ya nos habrán logrado detectar para este momento —le dijo Relin, sin brindarle importancia a su comentario.

Marr asintió.

—Enganchando los repulsores. Allá vamos.

Saes permanecía meditando en la cubierta que albergaba sus recámaras, perdido al interior de la Fuerza, intentando descifrar un papel para su persona en medio de aquellos nuevos tiempos. El pitido que devolvió a la vida a su comlink, perturbó por completo su sensación de calma. Ordinariamente, se habría desprovisto de él, en el momento de dedicarse a meditar, pero bajo las actuales circunstancias, no deseaba permanecer desconectado ni siquiera un solo instante.

La voz de Llerd llegó a través de la frecuencia asignada, y la tensión difícilmente lograba ser mantenida bajo control en su tono de voz. Saes logró escuchar el gemido de una alarma en el fondo: una alerta de proximidad.

—Capitán, una nave ha saltado directamente debajo de nosotros, y se ha abierto paso a través de nuestros deflectores, hasta la bahía de aterrizaje.

Saes abrió los ojos, respirando profundamente.

—¿Una nave? ¿Qué nave?

—Ya he desplegado todos los equipos de seguridad que tenemos disponibles, y he aislado toda el área, en el posible caso de que dicha nave se encuentre cargada de alguna clase de explosivos.

—¿Qué *nave*, teniente?

Se produjo una pausa, y luego, se escuchó nuevamente la voz de Llerd:

—Creo que se trata de la nave que estuvimos persiguiendo a través de los anillos del planeta, señor.

—Nuestros pilotos reportaron que la nave había sido destruida —dijo Saes.

Se puso de pie, lanzando al piso sus túnicas, con una rabia que iba haciéndose cada vez más intensa, enfocada en un único objetivo.

—Sí, señor —dijo Llerd—. Parece que estaban… equivocados.

—Fueron engañados —tuvo que admitir Saes.

—Sí, señor.

En épocas ordinarias, Saes hubiera ejecutado sin dudar a los pilotos de los cazas-Cuchilla, pero los tiempos que corrían, no eran nada ordinarios. Necesitaba de toda su tripulación, al menos por el momento. Ya se le ocurriría algún castigo que no involucrase la muerte, pero tendría que ser luego.

—Hablaré con esos pilotos más tarde —murmuró.

—Sí, señor.

Saes cortó la comunicación con Llerd, y abrió otro canal, esta vez, a través de la Fuerza. Se abrió a ella, pero de manera tentativa, de la forma en que tocaría cautelosamente con el pulpejo de un dedo, algún objeto que pudiera estar demasiado caliente.

Inmediatamente, sintió una presencia familiar.

—Bienvenido de regreso, Relin —susurró, sorprendiéndose por hallarse complacido en su interior.

Se dirigió hacia uno de los armarios empotrados en la pared de sus habitaciones. Cinco antiguas máscaras de caza kaleesh, lo contemplaban de manera lasciva por detrás del vidrio, cada una de ellas tallada a partir de los huesos de un erkush, un fiero reptil nativo de Kalee. Algunas runas chamánicas cubrían la frente y las mejillas de cada una de las máscaras, invocando a los espíritus que lo harían portador de una mayor fortaleza, velocidad, o habilidad.

Saes abrió el armario, tomó de la vieja galería un envejecido rostro que se había vuelto amarillento por el paso de los años, lo probó sobre su cara, y lo ajustó completamente. De inmediato, se sintió transformado con aquella acción tan simple, reconectado con el maravilloso salvajismo anónimo de sus ancestros.

Se enfrentaría a Relin portando la máscara que había solido utilizar cuando todavía era el padawan de Relin. Le pareció que era adecuado que las cosas finalizaran de aquella manera. Salió de su recámara dando grandes zancadas.

Iba a la caza de un Jedi.

CAPÍTULO XII

La nieve mantenía sepultadas la mitad de las paredes de metal y duracreto de las instalaciones. Estacas de hielo colgaban en deformes acúmulos de cada una de las cornisas. Tres cuartas partes de la torre de comunicaciones, sobresalían de la tundra, como un dedo acusador culpando al cielo por la crudeza de su destino. Una tenue luz opacada parcialmente por la nieve, destellaba de manera intermitente en la parte superior de la torre, de manera concordante con la señal de auxilio que resonaba en los altavoces de la carlinga del *Flotsam*, y con un ritmo acompasado a los latidos del corazón de Jaden.

—Parece abandonada —dijo Khedryn.

Jaden volvió en sí mismo, tragando la saliva de una boca que se había quedado completamente seca.

—Sí.

—Definitivamente, se ve lo bastante vieja como para ser una instalación imperial —añadió Khedryn.

Jaden se vio forzado a asentir, aunque una sensación de déjà vu estaba constriñendo sus entrañas. Por un instante, se sintió situado en el espacio de ensoñación que había entre su visión de la Fuerza y sus sentidos reales, y de improviso, se sintió inseguro de querer asentar un pie sobre la superficie de la luna.

Luchando contra sus dudas, se abrió a la Fuerza, esperando sentir la amarga resaca del contacto con los Sith de su visión.

Nada.

Retiró su mano de la palanca, sus dedos se contrajeron queriendo formar sendas garras, y contempló sus pulpejos, los mismos pulpejos que permitían dejar escapar los rayos de la Fuerza, cuando se sentía abrumado por la ira o el temor.

Nada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Khedryn, tomando el asiento del co-piloto—. ¿Qué estás haciendo?

Avergonzado, Jaden hizo como si estuviera flexionando sus dedos para combatir su rigidez.

—Nada. Estoy bien.

—¿Quizás un vuelo de reconocimiento antes de aterrizar? —le preguntó Khedryn, sin soltar la palanca; además, parecía sentirse complacido de haber vuelto a asumir el control de la nave.

—De acuerdo —dijo Jaden.

Khedryn disminuyó la altitud y la velocidad, volando bajo sobre toda la superficie del complejo.

Con muchas de las edificaciones habiendo perdido su batalla contra la nieve, Jaden encontró difícil delinear los límites del complejo. Pequeños montículos sugerían estructuras terciarias, aunque era algo difícil de precisar.

—Podría ser el generador de un escudo —empezó a especular, señalando un cúmulo en forma de domo, cubierto de nieve.

—Eso lo sabes tú mejor que yo —dijo Khedryn.

La edificación central, una masa metálica rectangular cubierta de hielo, y aparentemente forjada en una sola pieza, se veía como muchas otras de las instalaciones que Jaden había visto con anterioridad. La estructura podría haber contenido cualquier cosa, desde un depósito para almacenamiento de materiales peligrosos, hasta un complejo de entrenamiento deportivo.

—Ésa parece ser una entrada —dijo Khedryn, señalando un pórtico cubierto por las sombras, a uno de los lados de la construcción central—. No logro ver si es que tiene una compuerta.

Khedryn jugueteó con los instrumentos, haciendo que la imagen de su escáner se deformara.

—Todavía hay energía en el complejo principal, aunque no mucho. El sistema de soporte vital está funcionando, pero apenas. Probablemente algún tipo de sistema de respaldo, o de suministro de emergencia. Para haber durado todo este tiempo, estoy seguro de que se trató de una buena construcción.

—Sí —respondió Jaden de manera ausente, contemplando la aullante nevada, y recordando los contactos fantasmales de Lassin, Mara, y Kam Solusar. La llamada de auxilio todavía resonaba a través de los altavoces de la carlinga, con sus voces suplicantes.

Ayúdennos. Ayúdennos.

—Si el sistema de soporte vital todavía está funcionando, podría haber alguien con vida allí.

—Es poco probable —declaró Khedryn—. Han pasado décadas. ¿Podríamos apagar ese sonido, Jaden? *¿Jaden?*

Jaden canceló el sonido de la señal de auxilio.

Completaron el vuelo de reconocimiento, sin haber podido descubrir mucho.

—¿Y bien? —dijo Khedryn, mirando a Jaden a través de la carlinga, con un ojo sobre él, y el otro enfocado sobre un punto distante—. ¿Estás pensándotelo mejor?

—No. Hagamos que la nave descienda —dijo Jaden. Sabía que no encontraría sus respuestas permaneciendo sentado en la carlinga del *Flotsam*.

El enganche de los repulsores fue completado, lanzando a Relin y a Marr hacia adelante desde sus asientos, mientras el *Junker* se adentraba en la bahía de aterrizaje. Dejando que Marr se encargase de pilotar la nave, Relin repasó los planos del *Harbinger* en su mente, y eligió la mejor perspectiva para su asalto. Presa de la agitación, liberó sus amarras, se puso de pie, y verificó su sable de luz y su traje, y se dirigió a Marr al mismo tiempo en que lo hacía.

—A unos ciento cincuenta metros de distancia, vas a encontrar un amplio corredor que se conecta con la bahía de aterrizaje del lado de estribor. Es un corredor para transporte de carga. Haz descender al *Junker* contra ese corredor, y coloca la compuerta de carga de manera que quede mirándolo directamente.

El sudor no lograba ser contenido por la barrera de las cejas de Marr.

—Si lo que deseas es bloquear ese corredor, tendremos que aterrizar de panza. Sin el trineo deslizador.

—Correcto —convino Relin. No había pensado en eso—. Sin el trineo.

Si el *Junker* fuese a aterrizar sobre su trineo deslizador, la tripulación del *Harbinger* podría simplemente caminar o reptar debajo de la nave, y llegar al corredor, y a Relin.

—Deberías volver a colocarte tu cinturón de seguridad —le dijo Marr—. Va a ser un aterrizaje escabroso.

Relin se sentó y ajustó su cinturón de seguridad.

—No necesito que te quedes demasiado tiempo. Quizás algunos pocos minutos, y haces que el *Junker* se largue de aquí. Una gran cantidad de corredores se abren a ese corredor de carga. Ellos no lograrán descubrir hacia dónde me he dirigido, y yo… soy hábil para evadir las persecuciones.

—Comprendido —dijo Marr, mientras aceleraban hacia la garganta de la bahía de aterrizaje, mientras las luces de orientación pintaban de rojo la carlinga. Marr no disminuyó la velocidad una vez que estuvieron dentro del túnel de lanzamiento, y el *Junker* arañó uno de los mamparos del *Harbinger*. El metal chirrió frente al rudo contacto, y en su mente, Relin imaginó que una lluvia de chispas era liberada a su paso. Marr maldijo, y logró apartar la nave de la pared.

—Con calma, Marr —dijo Relin, aunque él tampoco parecía sentirla en su interior. La proximidad del lignan estaba conmocionando su espíritu.

Dejaron atrás el túnel de lanzamiento, y se deslizaron por la mucho más amplia bahía de aterrizaje, pasando más allá de unas pocas lanzaderas alojadas en sus compartimentos de almacenamiento, y de un par de droides de carga a los aplastaron. Algunos pocos tripulantes del *Harbinger*, vestidos con sus uniformes de color negro, salieron tropezando de sus naves, mientras que otros salían corriendo a los largo de la bahía de aterrizaje, al tiempo que los observaban pasar, con sendas expresiones de inquietud en sus rostros. Relin se imaginó que ya algunos reportes debían estar siendo enviados a Saes, y a los tripulantes al mando.

—Éste es un lugar enorme —dijo Marr, contemplando toda la escena con una mirada de maravillada expresión, quizás dándose cuenta de que estaba volando en el interior de la bahía de aterrizaje de una nave que había luchado una guerra cinco mil años antes. O quizás sorprendido porque hubieran podido llegar a realizar construcciones de semejante envergadura.

Relin señaló con su muñón el corredor de carga.

—Por allí.

Marr asintió, y no disminuyó la velocidad.

—Agárrate fuerte —dijo el cereano.

Tres droides estaban descargando cosas de una plataforma levadiza. Marr los impactó directamente, aplastándolos, mientras hacía girar al *Junker* con sus repulsores, golpeando con su puerta lateral, el abierto corredor de carga. El impacto hizo traquetear los dientes de Relin. El *Junker* protestó con un gruñido de metal sometido a gran presión. Relin protestó con un gruñido de dolor. Se sentía como si alguien hubiera clavado un puñal en sus costillas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Marr, liberándose del cinturón de seguridad.

Relin contuvo el aliento, desabrochó sus fajas de seguridad, se levantó, y le dio un golpecito a Marr en el hombro.

—Sí. Bien hecho.

De inmediato, Marr activó los sistemas de seguridad. Coberturas metálicas se deslizaron sobre cada uno de los ventanales: el *Junker* estaba cerrando sus ojos.

—Eso protegerá a la nave contra las armas de fuego ligeras. Pero sigue siendo vulnerable al armamento pesado. No puedo quedarme en este lugar por mucho tiempo.

—No creo que piensen volarla sobre su propia bahía de aterrizaje, al menos no hasta que la hayan aislado con una barrera de fuego improvisada. En lo que a ellos se refiere, nosotros podríamos haber cargado la nave con una gran cantidad de explosivos. No, pienso que los droides van a levantar una barrera de fuego, mientras que sus equipos de seguridad, intentan obtener un acceso.

Y como si hubieran estado escuchando a Relin, los disparos de bláster empezaron a escucharse desde fuera de la nave, sordos golpeteos inofensivos sobre los mamparos.

—Lo cual no evitará que algunos torpes pilotos lancen disparos a la nave —declaró Relin—. Debemos apresurarnos.

Se dio vuelta como para ponerse en marcha, pero la mano de Marr hizo que se quedara en el lugar. El cereano no logró mantener el contacto visual.

—¿Cuán a menudo los cereanos han sido seducidos por el Lado Oscuro? En tus tiempos, me refiero.

Relin comprendió el origen de la pregunta. La proximidad del lignan, y el empleo consciente de la Fuerza por parte del Marr, lo habían expuesto cara a cara con los dos extremos de sus potencialidades. Relin recordó que había experimentado aquella misma sensación en sus días tempranos en la Orden, la sensación de que se encontraba parado sobre una línea muy delgada, y que podía caer de ella en cualquier momento.

—El Lado Oscuro puede alcanzar a cualquiera —dijo Relin, apenado por la veracidad de sus palabras.

Marr consideró sus palabras, asintió, y soltó el brazo de Relin.

—Gracias —se escuchó decir—. Por enseñarme lo que me has enseñado.

Relin se encontraba conmovido, pero no dejó que se expresaran sus emociones.

—Debo irme, Marr. Ahora.

* * *

Relin y Marr se lanzaron a través de los corredores del *Junker*, con Marr a la cabeza, hasta que alcanzaron la puerta de la bahía de carga. La bahía se sentía como una estructura cavernosa, tan vacía como Marr jamás había visto en años. Su moto deslizadora, la moto Searing de Khedryn, y algunos pocos contenedores sellados, eran todo lo que quedaba en su interior. Se habían desprendido de casi todo el resto.

Se apresuraron a través de la bahía, mientras sus botas resonaban con un ritmo de staccato sobre la cubierta de metal, hasta que se detuvieron frente a la compuerta de carga. Marr colocó un dedo sobre el botón rojo que bajaría la rampa, y miró a Relin. Se daba cuenta de que el Jedi no se hallaba en buenas condiciones. El sudor perlaba su pálida piel, cayendo desde la negra cabellera que cubría su cuero cabelludo. Su respiración era trabajosa, dolorosa, como la de un animal herido. Pero sus ojos profundamente hundidos, se veían decididos, como iluminados por algún tipo de resolución interior, y aquello le infundió ánimos a Marr.

—¿Listo? —le preguntó Marr.

Relin inhaló y se balanceó sobre los primeros metatarsianos de sus pie, contemplando la puerta de la bahía de carga, como su pudiera abrir ardientes agujeros en medio de ella con sus ojos. Encendió su sable de luz, y la verdosa hoja zumbó en medio de la quietud de la bahía.

—Ábrela.

Marr golpeó el botón, y la puerta de la bahía empezó a descender. El gemido de las alarmas del *Harbinger* se hizo presente a través de la abertura.

—Cinco minutos, y te marchas —dijo Relin, sin siquiera mirar a Marr.

Antes de que la compuerta estuviera a mitad de su descenso, los disparos de bláster procedentes del corredor de carga, chisporrotearon en los mamparos, chamuscando el metal. Marr se lazó contra la pared, saliendo de la línea de fuego. Relin casi ni se movió, mientras la puerta continuaba bajando. Una mayor cantidad de disparos de bláster se filtró a través de la abertura. Relin desvió dos de los disparos con su sable de luz, y casi de manera casual, los lanzó contra los mamparos del *Junker*.

Mirando directamente al frente, Relin empezó a decir algo, se detuvo, y empezó nuevamente; sus labios apenas si se movieron.

—Que la Fuerza te acompañe, Marr.

Marr percibió una sensación de tristeza en las palabras de Relin, así como algunas lágrimas en los ojos del Jedi.

—Relin… —empezó a decir Marr, pero antes de que pudiera añadir algo más, la puerta de la bahía se había abierto por completo, y Relin saltó hacia afuera en medio de una lluvia de disparos de bláster, mientras que la brillante estela de sus sable de luz, se transformaba en una figura ocho, por la rapidez con que se defendía. Rugió como un rancor, mientras se lanzaba hacia el enorme pasadizo.

Las ráfagas de bláster obligaron a Marr a buscar refugio contra la pared, y perdió la línea de visión hacia el corredor. Se dio cuenta de que los gritos de Relin eran correspondidos por algunos gruñidos guturales, y que se escuchaba una gran cantidad de

disparos de bláster, lo que hacía presumir que Relin se estaba enfrentando a una gran cantidad de enemigos. Las explosiones se hacían presentes a lo largo de toda la bahía de carga, ennegreciendo los contenedores de almacenamiento.

Una tregua en los disparos, le permitió a Marr un momento para asomarse, y observar el corredor.

Un par de cuerpos —voluminosos humanoides de piel de color rojo, enfundados en negros uniformes—, yacían en un charco de sangre a unos ocho metros de distancia del corredor, ambos decapitados. Una de las cabezas estaba mirando a Marr, con sus amarillentos ojos aun abiertos, mientras una carnosa barba compuesta de apéndices de la longitud de un dedo, ocultaban parcialmente una boca provista de colmillos. Marr nunca había visto semejantes criaturas con anterioridad.

Relin se encontraba agazapado detrás de uno de los múltiples portales que partían del amplio ambiente, quizás a unos quince metros de la rampa del *Junker*. Una mayor cantidad de aquellos humanoides de piel rojiza, todos ellos armados de enormes pistolas bláster, permanecían arrodillados a determinados intervalos en los otros portales y nichos sembrados a lo largo del corredor. Dos más estaban refugiados en medio del ambiente, detrás de un droide provisto de orugas para desplazarse, el cual emitía lastimeros quejidos, debido al predicamento en el que se encontraba. Marr comprendió que las criaturas eran parte de algún tipo de equipo de seguridad. Logró contar hasta catorce de ellos.

La humeante atmósfera, transportaba el acre sabor de las descargas de bláster y del metal chamuscado. Las alarmas del *Harbinger* continuaban aullando.

Las criaturas se gritaban la una a la otra con profundas voces de tono grave, aunque Marr no llegaba a identificar su lenguaje. Una y otra vez, alguna de ellas hacía un disparo que impactaba en las cercanías de la localización de Relin, pero ninguna hacía algún intento por dar un paso hacia el frente. Parecían conformarse con mantener contenido a Relin. Probablemente, ya habían llamado a sus refuerzos.

Relin permanecía agazapado con la espalda contra la pared, de cara a Marr, sosteniendo sus costillas rotas. La ira deformaba tanto su expresión, que bien podría decirse que se trataba de otra persona. Sus ojos se veían como agujeros. El resplandor de su sable de luz bañaba de verde su pálida piel.

Debió haber sentido los ojos de Marr clavados sobre él. Levantó la mirada e hizo un gesto fastidiado con su muñón, ordenándole a Marr que sellara el *Junker*.

Como Marr no hacía ningún movimiento para cumplir la orden, Relin soltó un gruñido, y salió del portal, moviéndose de manera tan veloz, que parecía ser una mancha borrosa. Su sable de luz ondeaba como si se tratase de un escudo de luz de forma oblonga alrededor de su persona. Todo el equipo de seguridad empezó a abrir fuego al unísono, y los disparos de bláster inundaron el corredor. Relin empezó a dar vueltas como un trompo, desviando todos los disparos con rapidez, pero sin mayor control. Los impactos golpearon sobre el techo, a las lámparas superiores, desatando una lluvia de vidrio sobre

el piso, hacia la bahía de cargo, de manera tan cercana, que Marr percibió el calor de sus emisiones hasta en su misma cara.

Relin se aproximó a la pareja más cercana de humanoides de piel rojiza, haciendo aspavientos con su muñón, a medida que se acercaba. Los blásters de las criaturas volaron de sus manos, y ambos dieron un paso hacia atrás, con los ojos enormemente abiertos, lanzando sus enormes antebrazos cubiertos de metal, en dirección hacia sus espaldas.

Antes de que pudieran llegar a apoyarlos, Relin re-direccionó los disparos de bláster de sus compañeros hacia ellos, y le abrió sendos agujeros negros en medio del pecho, salpicando los mamparos con su negra sangre.

Relin se agachó en medio del nicho en donde habían estado refugiadas ambas criaturas, utilizando parcialmente sus cuerpos como cobertura. Marr lo vio de perfil, con el dolor pintado en su cara, y con la furiosa contracción de sus mandíbulas. Un disparo de bláster había rozado el brazo con la mano cercenada, aunque parecía tratarse de una herida menor. Unas marcas chamuscadas rodeaban los raídos agujeros en las túnicas y en la camisa de Relin.

Las ráfagas de bláster lo mantenían clavado contra la pared.

Marr sabía que estaba desplazándose muy lentamente. Ya debería haberse marchado. De hecho, no habían esperado semejante clase de resistencia. La tripulación del *Harbinger* sabía en dónde se encontraban situados, en dónde estaba el *Junker*, y una mayor cantidad de ellos estaría reuniéndose allí, con el fin de detenerlos. Relin miró una vez más a Marr y nuevamente le hizo un gesto enfadado para que sellase la nave.

—¡Ciérrala! —le gritó Relin.

Las andanadas de bláster lo forzaron a aplastarse contra la pared.

Desde la parte de afuera de la bahía de aterrizaje, algo pesado iba golpeando contra el *Junker*, y el chillido agudo de alguna clase de motor, era transmitido a través de los mamparos. Marr sabía que los tripulantes de la bahía de aterrizaje, pronto intentarían cortar una vía de acceso, o simplemente volarían la nave que obstaculizaba la cubierta. Tenía poco tiempo. Si llegaban a infiltrarse en el *Junker*, nunca lograría abandonar el *Harbinger*.

Llegó hasta el botón que cerraba la rampa de la bahía, colocó su mano sobre él, y… se detuvo.

Recordó el empalagoso toque del lignan sobre su espíritu, su frialdad, su agudeza. No comprendía completamente el peligro que representaba, pero sabía que las advertencias de Relin con respecto a lo que los Sith podrían hacer con él, eran algo real. No podía permitir que Relin sufriera un fracaso. Bajó la mano, y sus ojos se clavaron en los de Relin.

Quizás Relin había llegado a percatarse de la resolución de Marr.

—¡No! —gritó Relin—. ¡Lárgate, Marr! ¡Hazlo!

Marr asintió, pero no con respecto a Relin.

—Yo soy la fortaleza —se dijo a sí mismo.

* * *

El fuego de cobertura de los blásters, impactaba en los mamparos que se encontraban cerca de Relin, haciendo que el metal se recalentase y se volviese negro. La ira, la frustración y el dolor, competían por hacerse más predominantes en el interior del Jedi. Cada respiro hacía que su costado se sintiese como si estuviese siendo apuñalado. Sabía que no estaba logrando avanzar demasiado. Una mayor cantidad de massassi debía estar llegando. Saes debía estar llegando. Había subestimado su capacidad de respuesta.

Un grito de rabia se arrastró por su garganta, pero logró contenerlo, se apoderó de su fuerza, y lo utilizó para enfocar su mente. La Fuerza empezó a fluir de manera poderosa a través de él, pero era incapaz de emplearla para mitigar su fatiga o para confortar su espíritu o su cuerpo. Su poder, amplificado por el lignan, tan sólo respondía a su ira, tan sólo respondía a su odio. Debido a ello, tan sólo podía ser capaz de destruir o de matar, no de curar.

Sabía lo que eso significaba, pero ya no le importaba.

Había dejado de ser lo que alguna vez fue, hacía cinco mil años en el pasado. Ahora, él era algo diferente, era alguien más. Tan sólo *deseaba* destruir y matar, vengar la muerte de Drev, redimirse por los dos grandes fracasos de su vida, en medio de una conflagración de fuego y sangre. Su sentido de duelo se había metamorfoseado en uno de odio, y sentía que aquel cambio le complacía.

Pero primero necesitaría salir del corredor, y adentrarse profundamente en las entrañas de la nave. Inhaló lo mejor que pudo, y se estaba alistando para salir hacia adelante, cuando un rugido en la bahía de carga del *Junker,* opacó el sonido de los disparos de bláster. Por un momento, no pudo localizar el origen del sonido, pero luego le quedó claro: se trataba de un motor.

El *Flotsam* se asentó a unos veinte metros de la enorme estructura principal. Los trenes de aterrizaje de la nave, provocaron una nube de nieve. Jaden se retiró los cinturones de seguridad de su asiento. Khedryn hizo lo mismo.

—No es necesario que vengas conmigo, Khedryn.

Khedryn sonrió, mientras que su ojo perezoso contemplaba la parte exterior, a través del ventanal de la carlinga, y el otro miraba directamente al rostro de Jaden.

—Ésa es una verdad tan cierta, como lo que has declarado, Jedi. Pero creo que de todas formas, voy a ir contigo —le guiñó su ojo perezoso—. Podría haber algo que valiera la pena rescatar.

Jaden sonrió, agradecido por poder contar con su compañía.

—Entonces, vamos a ponernos los trajes.

Ambos se embutieron en sendos trajes de protección medioambiental, sellaron los cascos, probaron los comlinks, y abrieron la puerta de salida del lado de estribor.

El aire y la nieve congelados del gélido mundo, los golpeó directamente, e inundaron el suelo a sus pies. Los trajes de protección medioambiental embotaban la mordida del frío, pero la piel de Jaden se puso como si fuera de gallina. Decidió permanecer en la parte superior de la rampa, contemplando los vientos y la nieve que continuaban arremolinándose.

La voz de Khedryn resonó en su casco.

—¿Jaden? Debemos ponernos en movimiento. Incluso con los trajes, no deberíamos permanecer afuera más de lo necesario.

Pero Jaden necesitaba sentir el aire, saborearlo. Desactivó el cierre de su casco, desconectándolo con un leve siseo.

Khedryn lo tomó del brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito hacer esto, Khedryn.

—¿Por qué?

Jaden no respondió, pero Khedryn lo dejó hacer, haciéndose de la vista gorda, y profiriendo innumerables maldiciones.

Jaden levantó el casco, y jadeó frente al fuerte olor del aire, y al viento cortando su piel. Se encontraba viviendo plenamente su visión de la Fuerza, mientras lo real y lo imaginario, se fundían en una sola materialización en medio del gélido aire de la luna.

Inhaló profundamente. El aire se sentía como fuego en su garganta, y se imaginó a sí mismo, siendo purificado por el dolor. La humedad de su aliento formaba pequeñas nubes en el aire delante de su boca; era recolectada por su barba, y quedaba congelada allí mismo. El viento siseaba al pasar por sus orejas. En la distancia, escuchó el crujido del hielo.

Todo era como lo había percibido en su visión.

Se arrodilló, se retiró uno de los guantes, y tomó un puñado de nieve de la superficie de la cubierta, permitiendo que se fundiera al contacto con su mano. Miró hacia el remolino que estaba arreciando, y distinguió la luz roja de la torre de comunicaciones, destellando por encima de todo el resto del complejo, haciéndole un guiño a través de la nieve.

Ayúdennos. Ayúdennos.

Él lo haría.

Poniéndose de pie, deslizó nuevamente su guante sobre su mano congelada, volvió a sellar su casco, y luego activó su sable de luz. El calor que desprendía su arma, terminó por calentarlo.

—Sígueme —le dijo a Khedryn.

Khedryn desenfundó su bláster, y lo siguió en dirección hacia las instalaciones.

—Estoy empezando a preocuparme cada vez más al pensar que todos los Jedi están volviéndose locos.

Jaden sonrió, pero no se detuvo a contestar el comentario. Khedryn golpeteó algunas teclas de un panel de control en el antebrazo de su traje, y cerró y aseguró a distancia el Starhawk.

Las profundas capas de nieve querían absorber sus pisadas, como si pretendieran ralentizar su avance, y darles tiempo para reconsiderar la decisión que habían tomado. Jaden levantó la mirada, contempló el pizarrón del cielo, y se imaginó que no era la nieve la que estaba cayendo, sino la propia maldad materializada.

—¿Crees que se encuentren bien? —se escuchó a Khedryn a través del comlink, aparentemente, malinterpretando la mirada del Jedi—. ¿Tú llegarías a enterarte… si algo hubiese ocurrido?

—La Fuerza está con ellos —declaró Jaden.

—Ya lo dijiste antes, pero ésa no es una respuesta.

—No dispongo de muchas de ellas.

Para Jaden, las instalaciones no se veían como un edificio ordinario, sino como una tumba que contenía alguna maldad inconmensurable, algo que convenía dejar en su sitio. No estaba seguro de lo que terminaría desenterrando, pero tampoco le quedaban muchas opciones. Sus pasos se hicieron vacilantes.

Khedryn se colocó a su lado.

—Vamos, Jaden. Sigue avanzando. Hay una compuerta allí adelante.

Jaden continuó con la marcha, caminando al lado de un rescatista con un ojo torcido, sobre una luna que no se encontraba registrada en ninguna carta estelar.

—Hey, ¿yo estaba incluido en tu visión? —le preguntó Khedryn.

—No.

—Eso no es muy reconfortante —dijo Khedryn, riéndose entre dientes.

Jaden también optó por reír, contento una vez más por la compañía de Khedryn.

Se aproximaron a la compuerta, y Jaden tuvo la certeza de que cualquiera que fuese el destino que la Fuerza tuviera guardado para él, se encontraría acechándolo detrás de ese portal.

Marr sostenía un bláster en una de sus manos, y con la otra, las barras direccionales de la moto swoop Searing de Khedryn. El motor de la moto era tan sonoro, que se escuchaba como si estuviera a punto de explotar.

Los latidos del corazón de Marr estaban tan acelerados, que difícilmente podía respirar. Recordando las palabras de Relin, se volvió hacia su interior, enfocó su mente en la fortaleza que había dentro de él, se imaginó a sí mismo como si estuviera sumido en medio de unos dificultosos cálculos, y logró obtener un distante y cálido aislamiento que le trajo la calma.

Su corazón y su respiración se tranquilizaron, y se sintió invadido por una placentera serenidad.

Enfocado, resoluto, aceleró el motor de la moto, y salió disparado de la bahía de carga hacia el corredor, disparando su bláster tan rápido como podía tirar del gatillo, con la esperanza de que la Fuerza pudiera guiar algunos de sus disparos.

Múltiples ráfagas de bláster de las fuerzas de seguridad del *Harbinger*, respondieron ante su desafío, siseando mientras rozaban sus orejas, y haciendo impacto en la moto, la cual se estremeció como si se tratara de un bantha enfurecido, pero no lograron hacerle caer de su asiento. Logró distinguir un punto en el enorme ambiente —en donde los dos humanoides se cubrían detrás del droide de las orugas—, se agachó detrás del parabrisas de la moto, y todavía disparando de manera salvaje, voló directamente hacia ellos.

Jaden había esperado hallar la compuerta completamente sellada por el óxido, o al menos, protegida por un sistema de seguridad. En lugar de ello, encontraron que tan sólo estaba apoyada sobre la abertura, dejando un resquicio de algunos centímetros. Khedryn y él se quedaron contemplándola por un largo momento, mientras el viento aullaba alrededor de sus cascos.

—¿Qué piensas de eso? —le preguntó Khedryn, haciendo un gesto hacia el objeto que mantenía abierta la compuerta.

Jaden se arrodilló, y lo tomó entre sus manos: la placa dorsal de mano de la armadura de un soldado de asalto imperial.

—¿Le pertenece al traje de un soldado de asalto?

Jaden asintió, dando vuelta a la placa de plastoide en su mano.

—Lo es. Pero se ve rara.

—Probablemente haya estado allí por décadas —dijo Khedryn, pero no sonaba muy convencido. Miró por encima de su hombro, como si estuviera temiendo que todo un escuadrón de la Legión 501, pudiera estar llegando a la carga en medio de la nieve.

—Probablemente —convino Jaden.

Poniéndose a un lado, hizo que la pesada puerta de metal quedase completamente abierta, la misma que daba paso a un pequeño recibidor. Un ventanal de observación hecho de transpari-acero en una de las paredes interiores, revelaba una estación de vigilancia. Otra compuerta, completamente abierta, daba acceso a un pasadizo que conducía a las profundidades de las instalaciones. Por encima de la compuerta, escritas en *básico* con letras dibujadas, se leían las palabras:

ENTRADA OESTE. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

Jaden se abrió a la Fuerza, en busca de seres sensibles a la Fuerza que pudieran estar presentes en las cercanías, pero no pudo percibir a ninguno.

—Sígueme —dijo, conduciendo a Khedryn más allá de la advertencia escrita, y empleando su sable de luz como una antorcha en el sombrío corredor carente de iluminación. Khedryn activó una varilla luminosa, añadiendo su luz al brillo del arma del Jedi.

Al caminar en medio de aquellos ambientes abandonados, con piso de metal, Jaden sintió como si estuviera dando pasos hacia el pasado, de una manera tan similar, a como Relin había estado dando pasos hacia el futuro.

—Diez grados de temperatura —declaró Khedryn, mirando las lecturas de su traje. Se quitó el casco, dejando que sus conexiones cayeran sobre su espalda—. Alguien se está encargando de mantener confortable el lugar.

Jaden se retiró su propio casco, y su aliento formó humaredas en medio del aire. Continuaron avanzando, mientras sus pies se movían en medio de los restos de una retirada precipitada: chatarra electrónica; plastifino, con la tinta de sus escritos deslustrada hacía tiempo; cristales de datos extraviados; de manera rara, un peine.

Khedryn se aclaró la garganta, emitiendo un sonido nervioso.

—¿Qué se supone que ocurrió aquí?

Jaden sacudió la cabeza.

Se desplazaron de un ambiente al otro, habitación tras habitación, y en todos lados encontraban lo mismo: restos diseminados por los suelos, en medio del silente aire frío. No encontraron nada que les indicase el propósito para el cual habían sido construidas aquellas instalaciones.

Con el tiempo, llegaron a una serie de pequeñas habitaciones personales estoicamente provistas, en donde algunas vestimentas todavía colgaban en los armarios, y las camas permanecían sin haber sido hechas. El conjunto de todas las habitaciones, le parecía a Jaden como si se tratase de una enorme casa de muñecas que hubiese dejado de tener interés para algún niño, quien la habría abandonado en mitad del juego.

Examinó las ropas y los zapatos que habían sido dejados en los armarios. Además de las vestimentas ordinarias, encontró un uniforme imperial completamente reconocible, y diversas batas pertenecientes al personal de los laboratorios. El parche de identificación bordado sobre el pecho de una de las batas, decía: DR. BLACK.

—Uniformes de la era de Thrawn —dijo Jaden, agarrando los puños de las camisas, en donde se veían las insignias de rango—. Cuerpos Médicos Imperiales.

—¿Cuerpos Médicos? —preguntó Khedryn, mientras su respiración empezaba a acelerarse un poco—. ¿Crees que se trate de un laboratorio de investigación de armas biológicas? No creo que en los trajes tengamos escáneres para detectar armas biológicas que pudieran ser esparcidas en aerosoles.

—No tendrías razón para tenerlos —le dijo Jaden—. Y lo que está hecho, hecho está. Si hubiera algo en el aire, para este momento, ya estaríamos sufriendo sus efectos. Yo me siento bien. ¿Y tú?

—También.

—Entonces, creo que todo está bien.

—Quizás deberíamos volver a ponernos nuestros cascos.

—Todo está bien.

Khedryn pareció aceptar aquella aseveración, y ambos empezaron a rebuscar en las gavetas de la mesa que estaba al costado. Jaden se sintió incómodo explorando los

efectos personales de otras personas, pero no le quedaba mayor opción. Encontró productos de aseo, una luz de lectura, y una colección de novelas contenidas en cristales de datos ordenados en una elaborada caja de regalo. Khedryn extrajo una pantalla de video de la parte posterior de una de las gavetas.

—Aquí —dijo en tono excitado. Golpeteó los botones, primero suavemente, y luego con más fuerza—. No funciona. Con algo de tiempo, probablemente Marr podría recuperar los datos.

—Deja eso —dijo Jaden. Había empezado a moverse, cuando algo hizo que se sorprendiera, deteniendo sus pasos. Dio una mirada a los contornos, y luego dijo en voz alta:

—No hay imágenes.

—¿No hay qué?

—No hay cuadros, no hay hologramas, no hay videos. De sus amigos, de sus familias. Mira a tu alrededor.

Khedryn dio una vuelta completa, con los ojos retorcidos.

—Tienes razón. ¿Quizás se las llevaron con ellos?

—Quizás —dijo Jaden, pero estaba seguro de que no había sido así. Parecía que ellos habían salido huyendo de manera apresurada, dejando abandonados todos sus efectos personales. Al menos hubieran dejado algunas imágenes u hologramas.

—Sigamos avanzando —dijo Jaden.

Pronto llegaron a un cuarto de esparcimiento, en donde dos juegos de cartas y una partida en una mesa sónica de billar, parecían haber sido dejadas de lado abruptamente. Khedryn examinó las cartas en una de las mesas.

—Un juego de sabacc —dijo, y volteó las cartas de todas las manos, menos de una de ellas—. Una baraja barata, y ninguna mano buena entre todas ellas. Un grupo poco afortunado.

Recién pareció escuchar sus propias palabras después de haberlas pronunciado, y se puso encarnado por lo que ellas implicaban.

—En las cartas, me refiero.

Una cocina por fuera del ambiente, todavía tenía un café lodoso en dos de las tazas, provisiones no perecibles, así comida fresca que se había podrido hacía un buen tiempo. Jaden le echó una mirada a las paredes, y observó una gran altavoz de forma cuadrada al lado de las ventilas de filtración de aire. Se imaginó una señal de alerta aullando desde su interior, mientras todo el mundo dejaba de hacer lo que estaba haciendo para responder a su llamado, pero ultimadamente, escapando de las instalaciones en forma apresurada.

Asumiendo que hubiesen logrado salir para afuera. Ya no estaba tan seguro.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Khedryn, con sus brazos extendidos abarcando toda la vastedad del complejo—. ¿Te has dado cuenta de que no hay nada que indique de qué se trata? Nada. Tomando en cuenta que los imperiales solían ponerle etiquetas a *todo*. Normalmente, las paredes de los pasadizos deberían estar repletas de señalizaciones y

flechas indicando laboratorio de armamento por aquí, área de investigaciones por allá. Este lugar era un secreto incluso para sí mismo.

Jaden tuvo que aceptar la validez de lo que estaba escuchando. Algo acerca de estas instalaciones se sentía completamente fuera de foco. Había demasiado secretismo.

—Debe haber un núcleo central de computadoras —dijo Jaden—. Debemos encontrarlo.

Continuando su camino a través de los corredores, encontraron más habitaciones de reposo para el personal de los laboratorios. Las batas de laboratorio, también tenían identificaciones bordadas sobre el pecho. Después de revisar algunas de ellas, el patrón se hizo evidente: DR. BROWN, DR. RED, DR. GREEN, DRA. GRAY.

—¿Qué kark[41]…? —preguntó Khedryn, sosteniendo entre sus manos otra de las batas de laboratorio para leer el nombre—. DR. BLUE.

Una hipótesis había empezado a cobrar forma en el cerebro de Jaden.

—Ninguno de ellos sabía el nombre real de los otros. Ésa es la razón por la cual no hay imágenes u hologramas en sus habitaciones. No había nada personal, nada con lo cual uno pudiera identificar posteriormente a los otros.

Jaden sabía que en algunas de las instalaciones de máxima seguridad de la era de Thrawn, los científicos que habían sido reclutados, eran forzados a sufrir modificaciones quirúrgicas de sus estructuras faciales mientras se encontraban participando de sus proyectos, volviendo a recuperar sus facciones, tan sólo una vez que hubiese concluido su trabajo. Después de ello, ninguno de ellos era capaz de reconocer al otro. Empezó a preguntarse si algo de eso había ocurrido en aquellas instalaciones, y de ser así, por qué.

—Y sin instrucciones en las paredes —añadió Khedryn—, los visitantes jamás sabrían nada. Probablemente los doctores tenían el mapa de las instalaciones impreso en sus cerebros.

Se relamió los labios de manera nerviosa, y se quedó observando a Jaden por un largo instante, e incluso su ojo perezoso había quedado fijo de forma directa.

—Pienso que deberíamos marcharnos, Jaden. Aquí hay algo malo.

Jaden estaba de acuerdo, pero sabía que no podía marcharse, al menos, todavía no.

—No puedo hacerlo, Khedryn. Pero no te sientas obligado a quedarte.

Jaden se dio cuenta, por la expresión de Khedryn, que la vergüenza y la resolución estaban librando una batalla en su interior. Sus dedos se abrían y se cerraban a manera de reflejo, sobre el mango de su bláster. Su ojo perezoso se desalineó por un momento, antes de volver a quedar fijo sobre el rostro de Jaden.

—Dije que iba a quedarme contigo, y me quedo contigo. Demonios, si Marr puede volar al interior del *Harbinger* con Relin, yo bien puedo recorrer algunas instalaciones abandonadas contigo.

—Gracias —dijo Jaden, conmovido por la lealtad de Khedryn.

---

[41] Kark: fuerte imprecación originada al menos un tiempo antes de las Guerras Clon. Empleada por muchas especies a lo largo de la galaxia, podía ser empleada como un adjetivo derogatorio, o como una palabra sola, y había logrado trascender a la República Galáctica, y después, al Imperio Galáctico. N. del T.

—¿En qué crees que estuvieran trabajando aquí?

—En algo de la mayor prioridad. Un secreto máximo.

—En algo peligroso.

—Así es.

Continuaron avanzando, mientras la cautela ralentizaba sus progresos. Eventualmente, pasaron a través de un enorme jardín botánico en donde algunas plantas rígidas por el frío, y con las flores amarillentas por el tiempo transcurrido, se hundían en sus macetas, como si fueran cadáveres disecados. Algunas lámparas solares colgaban de los techos, contemplando la muerte que habían provocado en los seres vegetales. El tenue olor de los suelos y de la descomposición orgánica, llenaban todo el cavernoso jardín.

Lo atravesaron por completo, intentando no inhalar el olor de la muerte, en busca del núcleo central de computadoras. Pasaron por lo que Jaden se imaginó que serían las barracas: camarotes dobles montados sobre las paredes, frazadas de uso militar, y una mesa central con propósitos recreativos. Pedazos de armaduras de soldados de asalto yacían tirados aquí y allá. Ninguna de las armaduras exhibía señales de identificación de la unidad a la cual pertenecían. Jaden comprendió que se había tratado de soldados de élite reclutados de diversas unidades, para servir como cuerpos de seguridad en las instalaciones. Supuso que a todos se les habría borrado la memoria, luego de dejar las instalaciones.

Un casillero de armamento adyacente a las barracas, tan sólo contenía bandejas vacías, excepto por un solitario BlasTech E-11 en una de los travesaños, un bláster pesado utilizado comúnmente por parte de los soldados de asalto. Jaden y Khedryn decidieron dejarlo en su sitio.

Atravesaron una mayor cantidad de corredores, más habitaciones, pero Jaden apenas si se fijó en ellos. Deseaba llegar al núcleo central de computadoras. Allí lograría encontrar la respuesta, si es que la había, al propósito para el cual habían sido construidas aquellas instalaciones.

—Mira eso —dijo Khedryn, haciendo un gesto hacia las paredes.

Jaden volvió en sí mismo, y echó una mirada a lo que había llamado la atención de Khedryn. Marcas chamuscadas en las paredes, una gran cantidad de ellas, incluso, algunas cuantas en el techo. Khedryn deslizó sus dedos enguantados sobre ellas.

—Disparos de bláster —dijo Jaden.

—Parece que aquí tuvo lugar una batalla —dijo Khedryn. Dio una vuelta completa, examinando las paredes, el piso, y el techo. Había marcas por todos lados—. Alguien disparó de manera desenfrenada aquí. Disparos de desesperación.

—Así es —convino Jaden—. Continuemos avanzando.

Las señales de una batalla desigual se hacían cada vez más pronunciadas a medida que iban adentrándose más y más en el complejo. Una mayor cantidad de marcas chamuscadas de blásters, trajes enteros de armaduras de soldados de asalto dispersos en pedazos a lo largo del suelo, con agujeros en el pecho o en los cascos.

—No hay cuerpos —afirmó Khedryn, tocando con el pie una placa pectoral vacía—. Los pedazos lucen dispersos, como si todo hubiera sido hecho por un animal.

Se puso de cuclillas, y empezó a estudiar una de las placas pectorales. La levantó entre sus manos, y colocó un dedo en medio de un estrecho agujero que tan sólo mostraba un pequeño anillo chamuscado en el lugar de entrada.

—Mira esto. ¿Qué clase de bláster podría hacer un agujero de entrada tan pequeño como éste?

—Éste agujero no fue producido por el disparo de un bláster —reconoció Jaden—. Fue hecho por un sable de luz.

* * *

La aparición de Marr sobre la moto swoop, atrajo la atención de algunos de los disparos de los massassi. Los impactos de los bláster empezaron a abrir humeantes agujeros en los costados del vehículo, pero Marr lo condujo directamente hacia ellos, pasando como un rayo al lado de Relin, mientras el sonido del motor de la moto swoop, cambiaba de tono, y empezaba a chisporrotear, producto del daño recibido.

La sorpresa no paralizó a Relin. Por medio de la Fuerza, hizo que su velocidad se incrementase, y salió a la carga fuera de su refugio. La pareja de massassi más cercana, quienes estaban apuntando a las espaldas de Marr después de que éste se hubiese alejado, nunca vio llegar al Jedi. Relin los decapitó a ambos con un movimiento circular, antes de que pudieran darse vuelta.

El motor de la moto swoop empezó a aullar, y Relin se volvió justo a tiempo para ver a Marr lanzarse rodando al suelo, un momento antes de que el vehículo impactara contra el droide de carga, y explotase. El fuego, el humo y una granizada de partes metálicas, llovieron sobre el corredor. La onda expansiva lanzó a Relin contra la pared. Las llamas engulleron a la moto, al droide, y a los dos massassi que habían buscado refugio detrás de él. Ambos se tambalearon cuesta abajo del pasadizo, ardiendo en llamas y chillando, pero apenas si pudieron dar tres pasos antes de que sus piernas perdieran fuerza, cayendo de cara sobre la cubierta.

Uno de los brazos del droide de carga emergía de la llameante amalgama de plástico y metal, ondeando en un movimiento retardado, como si estuviera despidiéndose. El acre olor a carne quemada, a descargas de bláster, y a plástico fundido, llenaba todo el ambiente.

Lo inesperado de la explosión congeló la acción por un momento. Incluso los blásters de los massassi permanecieron en silencio temporalmente. Marr yacía tirado en medio del ambiente, con una mirada de aturdimiento en su rostro.

El momento pasó, y la violencia volvió a arreciar.

Los massassi que estaban cerca de Marr, fueron los primeros en recuperarse, y apuntaron sus blásters en su dirección. Pero antes de que pudieran disparar, Relin invocó

todo el poder que había obtenido del lignan, para desencadenar un estallido de la Fuerza —una explosión telequinética de fuerza de concusión— sobre dos de ellos.

Levantó su mano, y un violento impulso liberó un estallido dirigido sobre sus gargantas, y aplastó de manera visible ambas tráqueas. Ambos cayeron sobre el piso, con las manos aferrando sus lastimados cuellos. Uno de ellos logró descargar su bláster sobre el cielorraso, a medida que iba desplomándose.

—¡Cúbrete, Marr! —gritó Relin, con un tono de voz cortante y duro, que no parecía ser el suyo.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo. Estaba fuera de sí mismo, era alguien más.

Marr, con su cara renegrida, y sangrando de la nariz, hizo caso a las palabras de Relin, y se lanzó contra la pared, disparando a cualquier cosa que se moviese. Golpeó a uno de los massassi caídos en la cara, y al otro en la pierna, y luego se colocó en una posición completamente boca abajo cerca de uno de los portales, mientras las ráfagas de bláster impregnaban el aire que estaba a sus alrededores.

Relin dio algunos pasos hacia la parte central del ambiente, cerca de los restos de la moto swoop y del droide de carga, con su sable de luz destellando, con su espíritu en llamas producto del lignan, con la rabia alimentando la conflagración. Su risa se escuchó de manera sonora, mientras se percataba de todo el poder que recorría su cuerpo, y absorbía el mar de energía que había sido puesto a su disposición.

Los massassi concentraron todos sus disparos sobre él, pero Relin pudo desviarlos por completo, casi como si estuviera en medio de una práctica. Desplazándose por todo el ambiente, repeliendo los disparos de bláster a medida que iban llegando, avanzando metódicamente por en medio de las filas del equipo de seguridad, iba reventando gargantas y aplastando el pecho de sus enemigos, a medida que los iba alcanzando. El último sobreviviente de los massassi arrojó su bláster, extrajo el lanvarok de la funda que colgaba en su espalda, y se lanzó a la carga. Relin fijó mentalmente la garganta del massassi, y lo hizo arrodillarse, jadeando, a tan sólo dos pasos de distancia.

Relin contempló sus ojos amarillentos, observó los colmillos desnudos que iban dejando escapar la saliva, así como los pequeños implantes de metal y hueso que desfiguraban el rostro del massassi, y los tortuosos y tirantes trayectos venosos que surcaban su cuello y sus brazos. Deslizó su sable de luz sobre el pecho del massassi, y su cuerpo se desplomó boca abajo ante sus pies.

Alrededor de Relin, las alarmas *Harbinger* resonaban, mientras el droide de carga completamente calcinado, articulaba pitidos ininteligibles, y los pocos aturdidos massassi que aún permanecían con vida, jadeaban en los últimos momentos de vida que les quedaban. En la privacidad de su mente, Relin logró escuchar la risa de Drev, y el irresistible llamado de su propia furia.

El peso de lo que había hecho, y la forma en que lo había hecho, en lo que se había convertido, empezaron a asentarse en su interior. Enderezó su postura, y decidió ignorarlo. Desactivó su sable de luz, y sintió que la mano de Marr se cerraba sobre su hombro.

—Debemos irnos —dijo el cereano—. Ahora. Más de ellos están por llegar. Indícame el camino.

El toque de Marr hizo volviera a poner los pies sobre el piso. Sus piernas se hicieron débiles y torpes, pero se acordó de Drev, y consiguió conservar el equilibrio. Mirando directamente a Marr, se dio cuenta de que la nariz del cereano estaba sangrando. Marr parecía no haberlo notado. Una contusión estaba pintando de púrpura su mejilla derecha.

—Gracias —le dijo Relin a Marr—. Mis heridas… han hecho que esté algo torpe.

Marr hizo un gesto hacia los cadáveres.

—¿Qué clase de seres son éstos?

—Son massassi —le respondió Relin de manera ausente—. Guerreros desarrollados por la alquimia Sith, a partir de sus existencias de criaturas primitivas de los Sith.

Marr asintió.

—Algo similar ocurrió con los clones en una guerra reciente de estos tiempos.

Se arrodilló sobre uno de los massassi muertos, y tomó su bláster, tanteando su peso en su mano. Al encontrarlo satisfactorio, lo deslizó en la cartuchera de su muslo, mientras mantenía desenfundado su propio bláster.

—No le queda mucha carga al mío —explicó.

Por encima de sus cabezas, las alarmas continuaban bramando.

Marr intentó hacer que Relin se pusiera en movimiento.

—Indícame el camino.

Relin permaneció en su sitio, sacudiendo la cabeza.

—No, Marr. Tú debes irte.

—Sé lo que vas a decir, pero yo podría serte de mucha ayuda —intentó nuevamente empujar a Relin hacia adelante—. Nos queda poco tiempo. Y tú no estás sano, Relin. No vas a lograrlo solo.

En realidad, Relin *no estaba* sano, pero no de la manera a la que Marr se refería. Y debía hacer aquello por sí mismo.

—Ya he perdido dos padawans, Marr. Uno frente a la oscuridad, el otro frente al fuego. No pienso hacerme responsable por otra muerte.

Marr se enderezó por completo.

—Ésa es una decisión que yo debería tomar.

El fuerte temperamento de Relin terminó por aflorar, y clavó un dedo sobre el pecho del cereano.

—No lo es. Tú vas a regresar al *Junker* y saldrás de esta nave. Ahora.

Marr se veía como si Relin lo hubiese golpeado. Su expresión se hizo vacía.

—Pero… y lo que tú me enseñaste en la nave, acerca de la Fuerza. Yo no… yo puedo percibir el poder del lignan. Sé que esta nave debe ser destruida.

La ira de Relin se escapó de entre sus manos.

—¡Tú no sientes *nada,* cereano! ¡Nada!

Sintió una quemazón en los pulpejos de sus dedos, y bajó la mirada para ver el brillo azulado de la Fuerza desprendiéndose de ellos, serpenteando alrededor de la empuñadura

de su sable de luz desactivado. Sintió que estaba poniéndose rojo de la vergüenza. Al momento de hablar con un tono más educado, no logró levantar la mirada.

—Debes irte, Marr. Por favor.

—Pero yo puedo sentir la Fuerza…

—Entonces, permite que tu despertar sea mi legado. Pero ya no puedo enseñarte nada más. Debes irte.

Sintió que la mirada de Marr estaba clavada sobre él, estudiándolo, como si Relin fuese un problema de computación que Marr necesitase resolver.

—Tú no pretendes salir de aquí.

Relin no quiso negarlo.

—Ya no soy más un Jedi, Marr. Tan sólo soy… un asesino. Y hay más muertes que debo llevar a cabo.

Marr mantuvo inalterable su expresión.

—No debes hacer todo esto de esta manera.

—Adiós, Marr. Sella bien el *Junker* y lárgate. Las cosas terminarán como deben terminar.

Marr vaciló, pero finalmente le extendió la mano. Relin colocó su sable de luz debajo de su brazo izquierdo, y apretó la mano de Marr.

—Que la… —Marr se detuvo de improviso, y empezó de nuevo—. Buena suerte, Relin.

Relin hizo una mueca frente al cambio de palabras, y frente a lo que aquello significaba.

—También para ti, Marr. Y hazme un servicio. Dile a Jaden que él tenía razón. Y también dile que igualmente estaba equivocado. *No hay nada completamente certero*. Tan sólo es certera la búsqueda de las mismas. Las cosas sólo se vuelven peligrosas cuando uno piensa que la búsqueda está por concluir. Él sabrá a lo que me refiero.

—Se lo diré —le aseguró Marr.

Para sí mismo, Relin decidió que también aquellas palabras podrían ser parte de su legado.

Sin decir nada más, le dio la espalda a Marr y se dirigió hacia un corredor colateral. El mismo momento en que se alejó de Marr, fue el momento en que la vergüenza ya no logró contener su ira, el momento en que abrazó por completo aquello en lo que se había convertido.

Kell siguió el rastro del Starhawk por unos cincuenta kilómetros, siempre fuera del rango visual y encubierto por la tormenta de nieve. Los escáneres del Starhawk jamás podrían detectar los bloqueadores de sensores del *Predator*. Por el contrario, la nave de Jaden estaba claramente identificada en los escáneres del *Predator*, y Kell había logrado trazar su trayectoria mientras iba acercándose a la fuente de la señal de auxilio imperial. Se dio

cuenta de que la habían alcanzado, porque el Starhawk había empezado a ralentizar su marcha, dando vueltas en círculo. Kell mantuvo el *Predator* a una distancia prudente, aguardando a que Jaden aterrizara.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Guardó una distancia de un cuarto de hora de vuelo, antes de pilotar el *Predator* en dirección a la nave de Jaden, pero se mantuvo a una altura suficiente como para detectar visualmente cualquier tipo de complicación.

Por debajo, logró divisar un complejo de edificaciones, cuyas paredes estaban cubiertas por el hielo, mientras la punta de la antena de comunicaciones emitía sus parpadeantes señales de color rojo en medio de la tormenta. Tomó algunas fotografías con la cámara frontal de su nave, con la intención de enviárselas a Wyyrlok por vía subespacial en cuanto regresase al espacio exterior.

A pesar de la advertencia de la señal de auxilio, no esperaba encontrar mucho peligro de cualquier ser o cualquier cosa más que de Jaden. Suponía que allí debía quedar algo de restos inservibles, y algunos dispositivos de seguridad automatizados —todavía en funcionamiento—, pero no imaginaba que nada orgánico pudiera haber sobrevivido tanto tiempo sobre la superficie de la luna.

Hizo aterrizar el *Predator* a un kilómetro de distancia del Starhawk, y se apresuró a dirigirse a la cubierta de carga. Las cámaras de éstasis estaban vacías —se había alimentado de toda la carne almacenada—, pero eso no había hecho más que exacerbar su hambre de Jaden. Sus probóscides alimentadoras se retorcían en los sáculos de sus mejillas.

Se embutió en su traje mimético, activándolo, desenfundó su bláster, y envainó sus vibro-cuchillos. Se colocó un grueso traje de protección ambiental encima de todo, y se subió a su deslizador encubierto.

El viento golpeó la cubierta de carga en el mismo momento en que abrió la puerta. El deslizador se balanceó sobre sus repulsores. La nieve y el hielo soplaban sobre el vehículo, empañando su ventanal delantero. Kell activó el sistema de seguridad del *Predator* mientras conducía el deslizador hacia afuera de la bahía.

Deslizándose por encima del congelado panorama, descargó, desde la computadora del *Predator*, la localización exacta del Starhawk, y aceleró a toda velocidad, en busca del Destino. Detuvo su deslizador a quince metros del lugar de aterrizaje de Jaden, se colocó la capucha de su capa impermeable, y descendió de su vehículo.

El viento y el frío estrujaron su capa, serpentearon debajo de su cubierta de aislamiento, y se clavaron sobre su piel. Un tenue aroma a azufre podía percibirse en medio del gélido aire, probablemente debido a la actividad volcánica.

Con un esfuerzo de voluntad, elevó la temperatura de su núcleo corporal, hasta que empezó a sentirse cómodo. Subió penosamente hasta la cima de una duna de nieve —el viento continuaba intentando arrancarle sus vestimentas—, y logró divisar el lugar de aterrizaje del Starhawk con un par de macro-binoculares.

La nave estaba asentada sobre sus trenes de aterrizaje, justo por encima de un claro de hielo compactado, y aparentemente, estaba completamente sellada. Aumentó la capacidad de amplificación de los binoculares, y confirmó que las pantallas de seguridad cubrían los ventanales.

Con toda probabilidad, Jaden ya había salido de la nave.

Examinando la zona alrededor de la nave, pensó haber visto indentaciones en la nieve, que podrían corresponder a pisadas en camino hacia las instalaciones, pero tendría que acercarse para cerciorarse de eso. Decidió examinar todas las instalaciones.

La nieve lo mantenía todo cubierto, a excepción de la torre de comunicaciones, y las instalaciones centrales de forma rectangular. Se fijó en la construcción de acero y duracreto hecha de una sola pieza, en la falta de ventanas, en las compuertas selladas en lugar de puertas. Todo el lugar olía a funcionalismo imperial, con nada de esteticismo superfluo.

Kell supuso que probablemente se trataría de instalaciones para investigar algún tipo de cosa. Se imaginó uno o dos niveles inferiores por debajo de la superficie. Alguna cosa experimental que hubiese salido mal, podría ser la explicación del mensaje de auxilio.

Caminado de regreso de la duna, volvió al deslizador, y utilizó los escáneres de a bordo para verificar las instalaciones en busca de radiación. Su cuerpo podría soportar niveles de radiación que matarían a la mayoría de otros seres sintientes, pero no había razón para correr riesgos de esa naturaleza.

Al no detectar nada peligroso, condujo su deslizador hacia el Starhawk. Se quitó su traje de protección medioambiental, dejando ver su traje mimético y se colocó la capucha y la máscara. A medida que iba desembarcando del deslizador, incrementó aún más la temperatura de su núcleo corporal. El traje mimético hacía que se viera de color blanco, incluso de manera semejante a la nieve que iba cayendo.

Desenfundando su bláster, recorrió el área alrededor de la nave, hasta que consiguió hallar las pisadas. Eran tan profundas, que el viento y la nieve no habían logrado borrarlas todavía. Dos pares de botas habían dejado una cadena de pequeñas marcas en la nieve, en dirección de una enorme compuerta de entrada situada en el complejo principal.

Jaden no se encontraba solo. Debía estar acompañado ya sea por Khedryn Faal o por Marr Idi-Shael. El hacer una sopa de ellos, ya no provocaba a Kell, ya no más. Su apetito se encontraba limitado a Jaden Korr.

Se apresuró a regresar a su deslizador, aparcándolo fuera de la vista del Starhawk, y se dirigió hacia la compuerta.

Su traje mimético lo convirtió una vez más en parte de una tormenta de nieve.

Era un fantasma.

CAPÍTULO XIII

Una vez que Jaden y Khedryn llegaron al núcleo central de computadoras, se encontraron con que había sido saqueado. Todas las terminales de las computadoras parecían estar destruidas, algunas obviamente partidas por el golpe de sables de luz, otras simplemente aplastadas por alguna cosa pesada. Las pantallas visoras, los servidores y las CPUs, todos destrozados, estaban sembrados por el piso. Fragmentos de cristales de datos hechos pedazos, crujían debajo de sus pies como si fueran abrojos.

—A alguien no le agradaban mucho las computadoras —dijo Khedryn.

Jaden había mantenido la esperanza de poder hallar una respuesta en el núcleo central de computadoras. Pero en lugar de ello, había encontrado el mismo estado ruinoso que caracterizaba al resto del complejo. Sintió que una opresión empezaba a hacerse presente sobre su pecho, y también, justo por debajo de la base de su cráneo.

Por primera vez, empezaba a sentir algo de preocupación acerca de que el complejo no tuviera nada para mostrarle.

Pero ¿cómo podría ser eso posible?

Deambuló de mesa en mesa, escarbando entre los desechos.

—Algo que funcione, Khedryn. Debe haber algo por aquí. ¡Mira esto! ¡Mira esto!

Khedryn se reunió con él, mientras ambos rebuscaban entre los estratos de material destruido, como si fueran arqueólogos.

Khedryn extrajo una tosca copia con manchas de humedad de unos planos, sosteniéndola delicadamente por una de sus esquinas.

—Parece como si se tratara del diseño de estas instalaciones.

Lo estudió por un momento, le dio vuelta, y empezó a desplegarlo lentamente.

—Con cuidado —le dijo Jaden.

Khedryn logró desplegarlo por completo sin que se rompiera, y continuó estudiándolo.

—Hace mención de un nivel inferior en el recuadro guía, pero aquí no llega a mostrarse.

—Buen trabajo. Sigue buscando.

Jaden necesitaba algo más sólido, algo que le mostrase a dónde deseaba la Fuerza que se dirigiera. No se sentía en capacidad de ayudarse con su capacidad de premonición. Estaba demasiado nublada por la incertidumbre. Deseaba encontrar hechos. Deseaba —necesitaba—, comprender el propósito para el cual habían sido construidas aquellas instalaciones, la razón de todo aquel misterio.

Debajo de un escritorio que se encontraba contra la pared, encontró algunos cristales de datos aparentemente extraviados, algunos raídos cables de corriente, y una única computadora que no aparentaba haber sido dañada. Sus celdas de energía debían estar muertas hacía tiempo.

—Necesito un cable de corriente —dijo por encima de su hombro.

—Aquí tienes —dijo Khedryn, tomando un cable que estaba cerca de sus pies en el piso, y alcanzándoselo a Jaden.

Jaden contuvo el aliento mientras conectaba uno de sus extremos a la computadora, y el otro en una terminal de energía de la pared, y luego encendía la máquina.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando zumbando, la máquina volvió a la vida. Se imaginaba que hasta Khedryn debía haber estado escuchando los latidos de su corazón.

—Hay varios cristales de datos debajo de ese escritorio. Pruébalos. Alguno de ellos podría estar intacto.

Khedryn lo hizo. Había docenas.

Intentaron con uno tras otro, y rápidamente se dieron cuenta de que todos ellos se encontraban encriptados, o estaban inutilizados. La alegría de Jaden empezó a desvanecerse. Aquellas instalaciones continuaban intentando esconderle sus secretos.

—El penúltimo —le dijo Khedryn—. Es un holocristal.

Se lo lanzó a Jaden. Éste lo atrapó en el aire, y le dirigió una mirada de reproche por ser tan descuidado. Khedryn le respondió con una mirada de inocencia.

Jaden insertó el cristal en la computadora que todavía funcionaba, e intentó obtener alguna información útil. Como había sucedido con los demás, se desplazó por una serie de archivos, y encontró que la mayoría de ellos estaban deteriorados. Logró abrir dos o tres, y el holo-reproductor de la computadora tan sólo mostró una imagen distorsionada, y un audio indescifrable.

Khedryn sacudió la cabeza, y empezó a alejarse, presa de la frustración.

Hacia el final de la relación de archivos, Jaden encontró un grupo de archivos que parecían estar menos dañados que los demás.

—Aquí —le dijo a Khedryn, e hizo correr los archivos.

—¿Qué tenemos?

—Vamos a ver.

El holo-proyector de la computadora se encendió, y un tembloroso holograma se materializó ante ellos. El Dr. Black —podían leer el nombre en su bata de laboratorio—, un canoso hombre barrigón, con una calvicie incipiente y dos ojos demasiado juntos, estaba hablando sin hacer muchas inflexiones.

—*...de nosotros va a tener una clave de acceso. Ésta es la mía. Clave de acceso de los experimentos. Día uno. La Dra. Gray, finalmente fue capaz de recombinar la muestra de ADN de una forma que nosotros podemos usar. Le dije que se había ganado un trago de nuestras existencias de whiskey. Los Dres. Green y Red están de acuerdo con los medios de cultivo. Ya hemos hecho nacer a los sujetos, desde el A hasta el I.*

Dejó escapar una diminuta sonrisa, asintió ligeramente como si se sintiera satisfecho, y la grabación finalizó.

—¿ADN? —exclamó Khedryn—. Entonces estaban trabajando con clones, o con alguna arma biológica.

—Es probable —dijo Jaden, aunque no se atrevía a seguir el hilo de sus propios pensamientos hasta llegar a semejante conclusión. En lugar de ello, continuó con el holo-

archivo. Largas porciones del mismo estaba arruinadas. Lograron apreciar momentos estáticos capturados por el tiempo, como si hubiesen sido congelados por el hielo de la luna: la expresión inalterable del Dr. Black con un gesto de triunfo o de derrota, el momento en que pronunciaba una sola palabra o una frase corta que significaba poco, ya que carecía del resto del contexto.

—Jedi y Sith —decía el Dr. Black, mientras las palabras flotaban solas en el frío espacio del deteriorado cristal de datos; nada antes o después de ellas tenía significado.

Jaden detuvo el holo, regresó la grabación hasta un punto anterior, mientras que al mismo tiempo volvía a rememorar en su cabeza, las voces y las imágenes que había tenido en su visión.

—Jedi y Sith —decía el Dr. Black.

Jaden[42], había dicho Mara Jade Skywalker.

Jaden volvió a correr la imagen una vez más.

—Jedi y Sith —decía el Dr. Black—. Jedi y Sith.

Jaden, había dicho el Maestro Solusar.

—No hay nada más en esa grabación, Jaden —le dijo Khedryn—. Hazla avanzar.

Jaden, había dicho Lassin.

—Jaden —dijo Khedryn en voz más alta, poniendo una mano sobre la mano de su compañero—. Haz que avance más rápido.

Jaden volvió en sí, y asintió, mientras su mente andaba dando vueltas; a continuación, volvió a activar la grabación. Sintió que los lazos iban uniéndose, que las piezas iban depositándose en su lugar. Una única palabra volvió a estremecer su sangre.

—*...Palpatine* —había dicho el Dr. Black.

—Pensé que nos encontrábamos en unas instalaciones de la época de Thrawn —dijo Khedryn.

—Lo estamos —le contestó Jaden, pero no añadió ni una palabra más.

—Sigue avanzando —dijo Khedryn, también deseoso por desvelar el misterio.

Jaden lo hizo, y luego, llegaron a un archivo más grande.

—Allí —dijo Khedryn.

Jaden lo activó.

—*...treinta y tres. El experimento ha tenido un éxito incuestionable. Logramos retardar el proceso de maduración tanto como nos fue posible, para asegurar una tasa de crecimiento adecuada, pero aun así, los sujetos llegaban al estado de madurez mucho más rápido de lo que nuestros otros modelos habían previsto. La implantación de recuerdos empezará dentro de poco, aunque los sujetos parecen haber nacido con un conocimiento propio de su sensibilidad a la Fuerza. Todos han exhibido maestría en las técnicas básicas y moderadamente avanzadas de la Fuerza. Las pruebas revelan que existe un recuento extraordinariamente alto de midi-clorianos en todos los sujetos. El Gran Almirante Thrawn ha sido informado de los resultados.*

La grabación finalizó, y ni Khedryn ni Jaden lograron decir ni una sola palabra.

[42] Juego de palabras. Las palabras «Jedi and» suenan de manera muy similar a «Jaden». N. del T.

Ignorando la mirada de Khedryn fija sobre su persona, Jaden se lanzó a continuar revisando el grupo de archivos, buscando algo más que pudiera tener coherencia, intentando apresurarse por descubrir la catástrofe que había tenido lugar en aquellas instalaciones.

Algún tiempo después, una entrada incompleta mostraba a un Dr. Black que se veía demasiado demacrado. Todo su cuerpo se veía retraído, como si estuviera soportando un gran peso encima. Algunas pocas manchas no identificables, teñían la bata que utilizaba en el laboratorio.

—Parece como si hubiera perdido diez kilos —insinuó Khedryn.

Jaden logró activar el holograma. El Dr. Black les hablaba como si estuviera regresando del pasado.

—El sujeto H fue asesinado por los otros sujetos en medio de un incidente de… rabia colectiva. No estamos seguros de qué fue lo que desencadenó ese incidente.

El holo se desvaneció. Jaden continuó avanzando, pero no logró encontrar nada por un buen tiempo. Y entonces, Black volvió a aparecer, con unas ojeras tan oscuras, que parecían haber estado sumergidas en tinta. Se relamía los labios nerviosamente, a medida que iba hablando.

—...parecen tener una inusual conexión el uno con el otro, ciertamente empática. Posiblemente telepática. Esto es algo inesperado. La Dra. Gray cree que…

La imagen se desvaneció nuevamente, y en la siguiente entrada disponible, la voz del Dr. Black se oía visiblemente temblorosa.

—Hoy hemos descubierto que el sujeto A ha logrado reunir de contrabando, algunas piezas dispersas de equipos en sus habitaciones, como para poder construir un sable de luz rudimentario. Una subsecuente requisa en las habitaciones de los otros sujetos, ha revelado que todos ellos habían estado construyendo de manera parcial, sendos sables de luz, los cuales estaban en diferentes estadios de desarrollo. El equipo de seguridad ha sido…

La entrada se puso de color negro. Tal como lo estaban los pensamientos de Jaden.

—¿Sables de luz? —preguntó Khedryn, con un tono de voz casi inaudible—. ¿Acaso estaban clonando…Jedis?

Por un momento, los labios de Jaden se rehusaron a pronunciar palabras. En su cabeza, había visto a Lassin, a Kam, a Mara, todos ellos con presencias en la Fuerza, más propias de los Sith que de los Jedi. ¿Cómo era posible que Thrawn hubiese obtenido sus ADNs? El de Mara hubiese sido fácil de conseguir, pero ¿el de Kam? ¿El de Lassin? ¿El de los otros?

—No lo sé con certeza —declaró, mientas las palabras de la grabación original del Dr. Black, se clavaban en su cerebro como si estuvieran siendo martilladas por un estilete: *recombinar la muestra del ADN.*

¿El ADN de quién? ¿O de qué?

Jedi and Sith.

Palpatine.

Jaden sentía su boca tan seca como los desiertos de Tatooine. Hizo avanzar el grupo de archivos, mientras un pozo del tamaño de un puño, iba abriéndose paso en medio de su estómago. Se detuvo en cuanto la voz de una mujer cubierta por su bata de laboratorio, aparecía delante de ellos. Tenía su oscuro cabello recortado, y se veía más joven que el Dr. Black. Su mano izquierda se veía temblando a medida que iba hablando. Jaden leyó el nombre en su bata: DRA. GRAY. Se preguntó qué era lo que le había sucedido al Dr. Black, pero de inmediato se imaginó que no deseaba saberlo.

—*...su hostilidad hacia su situación de confinamiento, es cada vez mayor, así como sus poderes. Incluso los soldados de asalto se sientes atemorizados por sus…*

A continuación, lograron activar una entrada final. Nuevamente, estaba hablando la Dra. Gray.

—*...perdieron el control. El nivel inferior ha sido sellado, y le he requerido al Gran Almirante, que el experimento sea dado por finalizado, junto con todos los sujetos, por medio del protocolo de gas trihexalon*[43]*. Todos los miembros sobrevivientes del equipo de investigación, están de acuerdo con estas recomendaciones.*

La proyección se detuvo, con la imagen congelada de la Dra. Gray colgando en el aire frente a ellos, como si se tratase de un fantasma. Jaden y Khedryn permanecían de pie en silencio, cada uno sumido en el amasijo de sus pensamientos. Jaden fue el primero en decir algo.

—Existe un nivel inferior. Debe haber un elevador.

—Ellos tenía *hex* en este lugar —le dijo Khedryn, con el ceño fruncido por la preocupación—. Si llegaron a usarlo, incluso las partículas residuales podrían ser dañinas. Yo he visto un holo-video que demostraba lo que esa cosa podía hacer. Estamos a mucha profundidad aquí, Jaden.

El Jedi apenas si estaba escuchándolo.

—Necesitamos encontrar el ascensor, ir allá abajo, y ver si hay alguien en ese lugar —dijo, examinado el diseño de las instalaciones. Para aquel momento, ya habían recorrido la mayoría de su superficie. El ascensor debía estar cerca.

Khedryn dio un paso poniéndose delante de la imagen de la Dra. Gray, y así mismo, colocándose delante de Jaden.

—¿Me has estado escuchando?

—¿Y tú escuchaste esa grabación? Ellos tenían personas aprisionadas en este lugar.

—Sujetos —le aclaró Khedryn—. Clones. Ratas de laboratorio.

—Fueron confinados en contra de su voluntad.

—Por lo que hemos logrado escuchar, pues eso era lo correcto. Ellos los consideraban lo suficientemente peligrosos como para gasearlos con *hex*, Jaden.

Jaden fijó en Khedryn una mirada como si estuviera a un kilómetro distancia.

—Necesito ir allá abajo.

---

[43] El trihexalon (abreviado como hex), también conocido como «Aliento de Dragón», era un arma biológica de destrucción masiva. La Federación de Comercio lo producía a partir de un mineral extraído del Monte Merakan en Maramere, y lo refinaba y lo convertía en un arma, en una fábrica en Nod Kartha. N. del T.

El ojo bueno de Khedryn siguió a su ojo perezoso en su afán por alejarse del rostro de Jaden.

—Ellos lograron combinar el ADN de los Jedi con alguna cosa más, y lo hicieron crecer dentro de esos clones. Son clones peligrosos.

Jaden inspiró profundamente, y luego decidió intentar explicárselo, de los forma en que podría hacerlo con R6, de la forma en que lo hacía cuando debía confesar que había cometido una transgresión.

—Sospecho que lograron recombinar el ADN de los Jedi, con el ADN de los Sith.

El ojo perezoso de Khedryn flotaba en medio de su cuenca ocular, fijo sobre la nada, como si no desease ver a ningún lugar.

—¿Por qué harían algo así? Ser un Jedi o un Sith es una elección personal, ¿no es así? No se trata de una predeterminación biológica.

Jaden sacudió la cabeza.

—No conocemos todo lo que hay que saber con respecto a la forma en que la biología interactúa con la capacidad de poder emplear la Fuerza. Quizás ellos pensaban crear alguna clase de iniciado en la Fuerza avanzado, uno no constreñido por las limitaciones de la Luz y de la Oscuridad.

—¿Cómo es eso posible? La Luz y la Oscuridad son mutuamente excluyentes, ¿no es verdad?

Jaden apagó la computadora, y la Dra. Gray desapareció.

—La línea entre la Luz y la Oscuridad no es tan clara como muchos pudieran pensar.

—Mayor razón para que nos larguemos, Jaden. Ellos lograron crear alguna clase de monstruos aquí, y…

—¡No son monstruos! —casi gritó Jaden, y la rudeza de su tono de voz los tomó a ambos por sorpresa. Dejó caer su cabeza.

—Necesito ir allá abajo, Khedryn. Si algunos de ellos todavía continúan con vida, debo… ayudarlos.

—¡Ayudarlos! —exclamó Khedryn, y luego dijo de manera más delicada—. No estamos hablando de ellos. Tú y yo lo sabemos. Jaden, cometiste un error en Centerpoint. Uno que puede ser comprensible. De acuerdo. No vayas a cometer otro error aquí. Es momento de largarnos.

—No puedo hacerlo.

Khedryn continuó hablando, mientras sus palabras resonaban como golpes de martillos.

—Crearon a los sujetos A hasta el I. Ciertamente, uno de ellos está muerto, pero eso nos deja hasta ocho clones que podrían continuar con vida. Yo he visto lo que tú puedes hacer, pero tan sólo eres un hombre. Son ocho, Jaden. Y tenemos razones para sospechar que pudieran ser hostiles.

—Ya sé todo eso.

—¿Me está pidiendo que arriesgue mi vida, para que tú puedas salvar tu conciencia?

—No sé en qué punto las cosas se volvieron de esa manera, Khedryn —dijo Jaden, y realmente quería decir lo que estaba diciendo—. Regresa al *Flotsam,* y espera por mí en la nave.

—Yo no renuncio, Jaden. Ésa no es…

Los pensamientos de Jaden se cristalizaron alrededor del hecho que ya le había pedido demasiado a Khedryn. Relin había hecho lo mismo con Marr. Ellos —los Jedi—, exigían un precio demasiado alto a todos aquellos que los rodeaban. Jaden ya no deseaba ser responsable por tener más sangre en sus manos.

—Escúchame, Khedryn. Tienes razón: todo esto se ha tratado, y se trata de mí, aprendiendo algo acerca de mí mismo. Ahora, yo… estoy en capacidad de emplear los poderes del Lado Luminoso y del Lado Oscuro; y no sé lo que eso significa para mí.

Aquellas palabras ocasionaron que Khedryn diese medio paso hacia atrás, como si Jaden lo hubiese golpeado. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Que puedes hacer qué? ¿Al igual que los clones?

Jaden dio un paso adelante, sin contestar la pregunta.

—Pero creo que podría hallar la respuesta aquí, en este lugar. Y no deseo que tú te arriesgues más de lo que ya lo has hecho…

—Te dije que yo no renuncio, Jedi.

Jaden asintió.

—Y no te lo estoy pidiendo. Tan sólo te estoy pidiendo que reconozcas el hecho de que no vas a ser capaz de hacer nada para impedir que yo vaya al encuentro de esos clones. Ellos son peligrosos, demasiado peligrosos para ti. Regresa a la nave. Nos mantendremos en contacto vía el comlink. Si algo me ocurre, entonces deberás irte, y te reunirás con Marr y con Relin.

Khedryn sacudió la cabeza, mientras que su simple tozudez iba apoderándose de él.

—Relin no piensa regresar. Tú y yo lo sabemos. Incluso Marr lo sabe mejor que nosotros.

—Regresa a la nave —le dijo Jaden—. Regresa a la nave, Khedryn.

Khedryn continuó sacudiendo su cabeza, pero Jaden se dio cuenta de que su resistencia iba desmoronándose.

Colocó una mano sobre el brazo de Khedryn.

—Regresa a la nave.

—¿Estás usando nuevamente ese truco mental conmigo?

Jaden sonrió.

—Sí, lo estoy haciendo. ¿Sabías por qué no cargas armas a bordo del *Junker*?

—Porque yo salgo huyendo —dijo Khedryn en voz baja, y su ojo perezoso miró más allá de donde estaba Jaden, hacia un costado, sin duda dándose cuenta de lo retorcido de la situación. Volvió a fijarlo en Jaden—. ¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—Aun así, no pienso largarme de aquí sin ti.

Jaden sabía que había hecho lo correcto. Se percató del alivio en el lenguaje corporal de Khedryn, en su expresión facial. Parecía que Khedryn dejaba escapar un profundo suspiro por primera vez desde que habían abandonado el *Junker*.

—Comprendido, Khedryn. En marcha.

Establecieron una frecuencia de comunicación en el comlink, y Khedryn se puso en camino, mientras Jaden estudiaba los planos que mostraban la distribución de las instalaciones. Colocó su dedo sobre el ascensor que conducía al nivel inferior.

—Vas a encontrar dragones —se dijo.

Kell se deslizó a través de la abierta compuerta que conducía hacia las instalaciones, atravesó la estación de los guardias, y descendió por el sombrío pasadizo. Activó los implantes de amplificación luminosa que tenía en sus ojos, y avanzó por los tenuemente iluminados corredores. Su traje mimético lo hacía completamente invisible contra aquellos grises muros sin rasgos distintivos. Sus habilidades lo hacían completamente sigiloso.

Por un tiempo, se le hizo completamente fácil rastrear a Jaden y a su acompañante a través de las húmedas huellas que habían ido dejando atrás. Cuando aquellas terminaron por desaparecer, decidió poner en práctica sus capacidades. Examinó los patrones dibujados en el polvo, las depresiones en la alfombra, se fijó en ciertas cosas —una estación de computadoras, en la puerta de un armario—, los cuales aparentemente parecían haber sido alterados de manera reciente. También empleó su aguzado sentido del oído, enfocado en el camino que tenía por delante.

De cuando en cuando, escuchaba el siseo de unas voces distantes, el rechinar de una puerta abriéndose, el resonar de unas botas sobre el metal.

Las instalaciones eran parte de alguna clase de secreto laboratorio de investigación, aunque sus propósitos particulares, eran algo que escapaba a la comprensión de Kell. Decidió que no debía desperdiciar mucho tiempo pensando en ello. Su apetito lo impelía hacia adelante. Se imaginó a sí mismo lanzando —como si fuera una caña de pescar—, una línea del destino en medio de un océano de posibilidades, logrando enganchar a Jaden Korr. Ahora, todo lo que necesitaba hacer, era rebobinar el carrete, y empezar a alimentarse.

Su hambre se acrecentaba con cada paso que daba.

Marr estampó la palma de su mano sobre el botón que cerraba la puerta de la bahía de carga del *Junker*, la puerta que finalizaba su breve relación con los massassi muertos, con los restos de la moto Searing de Khedryn, y con los restos de Relin.

No hay nada completamente certero.

Una vez que la compuerta empezó a cerrarse, le echó una última mirada al corredor de carga, a los cadáveres dispersos y a la destrucción, y luego se dio la vuelta y corrió hacia la carlinga. Se detuvo como si ya no tuviera fuerzas al momento de llegar a la cocina, con su pecho subiendo y bajando como si se tratara de un fuelle de forja.

La taza de café que aún permanecía sobre la mesa, se encontraba volteada, mientras que el contenido vertido, todavía iba escapando por un costado, goteando sobre el piso. Se quedó contemplándolo, como si el patrón de derramamiento del líquido, constituyese un profundo misterio que prometía la sabiduría a quien pudiera resolver el acertijo.

El brusco aterrizaje debía haberlo derramado.

Dio algunos pasos, y se detuvo una vez más.

Si aquello fuese cierto, el café ya no estaría goteando hasta este momento.

Algo más había hecho que se derramase. Muy recientemente.

El estruendo metálico de una compuerta que se abría, resonó en alguna parte detrás de él, en alguno de los corredores que se encontraban en la parte posterior de la cocina.

Su corazón empezó a acelerarse más rápido que la moto Searing. Por un momento, el miedo hizo que se quedase congelado. Sus pensamientos se hicieron caóticos, llegando de manera tan rápida e incoherente, que no llegaban a tener sentido.

Ellos debían haber logrado acceso a la nave desde el lado de la bahía de aterrizaje. Debían haber logrado abrir una de las compuertas exteriores, o abrirse camino cortando alguna de las paredes, o algo por el estilo.

Otra de las compuertas empezó a resonar, esta vez más cerca. Escuchó las suaves pisadas de unas botas sobre las superficies de metal del *Junker,* unas vigorosas pisadas intentando moverse con sigilo, y fallando en el intento.

La proximidad del peligro lo liberó de su sensación de parálisis, y salió disparado de la cocina, aferrando su bláster con una mano sudorosa, a medida que iba corriendo. Después de que hubiera abandonado la cocina, la razón se impuso al miedo, y comprendió que salir hecho una furia por los corredores, era como telegrafiar su posición, y potencialmente, aquello lo mandaría directamente a los brazos de quien quiera que se encontrase a bordo. Y no tenía idea de en dónde estaban, ni de *qué cosa* eran.

Disminuyó la marcha, mientras su corazón continuaba latiendo de manera desenfrenada, y se agachó en medio de un compartimento para tripulantes que raramente solían emplear. La pequeña habitación no tenía nada, excepto unos camarotes gemelos montados sobre la pared, y un ventanal de forma redonda, bloqueado por el gris acero de un escudo de seguridad.

Tenía que volver a asumir el control de sus actos, debía pensar racionalmente.

Recordando lo que le había enseñado Relin, intentó refugiarse dentro de la fortaleza, pero la encontró cerrada como con barricadas. Nuevamente, el miedo hizo presa de su persona. Ni siquiera parecía ser capaz de contener su aliento.

Haciendo acopio de todo su valor, y tranquilizando sus respiraciones, empezó a repasar los cálculos que demostraban la validez del teorema de Vellan[44], y lo intentó una vez más.

Empezó a relajarse a medida que iba abriéndose a la Fuerza. El toque de ella empezó a confortarlo, a abrigarlo, a tranquilizarlo. La Fuerza estaba desvaneciendo sus miedos, dejándolo con la cabeza despejada, y calmado por completo.

Marr empezó a comprender que Relin había estado equivocado. Sí existía *algo* certero. La Fuerza era algo verdadero, tan constante como la velocidad de la luz.

Reconsideró sus opciones, y comprendió que todas ellas lo llevaban a un único lugar: a la carlinga. Pero primero necesitaba llegar al casillero de almacenamiento que estaba cerca de la compuerta de aire delantera.

Colocó su mano sobre el frío metal de la escotilla, la giró, y la dejó abierta. Encogiéndose debido al chirriante sonido, salió de la habitación, moviéndose sobre sus puños y sus pies a lo largo de los corredores del *Junker*. Cada escotilla sin ventana, provocaba en él, un ejercicio de terror controlado, ya que no sabía qué era lo que podría encontrar al otro lado. De la mejor manera que pudo, se asomaba alrededor de las esquinas, escuchando atentamente antes de realizar cualquier movimiento. De rato en rato, lograba oír algunos sonidos de movimiento detrás de él, así como las conversaciones apagadas realizadas a través de un comlink. Quien quiera que estuviese a bordo, se oía más fuerte en aquel momento, más negligente que antes, como si la tripulación del *Harbinger*, pensara que la nave estaba vacía.

Llegó hasta la compuerta de aire, abrió el casillero de almacenamiento, tomó un equipo de oxigenación y un traje de vacío. No se trataba de un traje demasiado resistente, diseñado para una larga exposición al vacío, pero era una prenda de mallas y placas flexibles que podía ser empleada para caminatas espaciales de corta duración. Él solía emplearlo en sus travesías durante el trabajo de salvataje, para realizar reparaciones sencillas en el exterior del *Junker*, y en circunstancias como ésta.

Consideró colocárselo allí mismo, pero sintió que quedaría expuesto en medio del corredor. En lugar de ello, se lo lanzó sobre los hombros, gruñendo bajo su peso, y decidió cargarlo a través de los corredores.

Antes de que hubiera podido recorrer diez metros, una voz gutural gritó algo a sus espaldas. No entendía el lenguaje en que habían sido pronunciadas las palabras, pero comprendía perfectamente el tono.

Dándose vuelta, vio a dos de los massassi envueltos en sus negros uniformes, y lanzó un tiro con su bláster. Su arma hizo clic y dejó escuchar un siseo sibilante: su carga estaba agotada. Maldiciendo, la dejó caer, apuntó el bláster que había tomado del massassi muerto allá en el corredor de carga, y disparó.

Falló por un gran margen, y se lanzó contra la pared, al tiempo que los dos massassi se lanzaban en su dirección, liberando verdosos pulsos de energía con sus blásters, los cuales se estrellaron sobre el mamparo que estaba por encima de su cabeza.

---

[44] Teorema de Vellan: teoría matemática. N. del T.

La rueda giratoria de una escotilla presionó su espalda. Lanzó un par de disparos, forzando a los massassi a aplastarse contra la pared en busca de refugio, y abrió la escotilla. Se agachó dentro del corredor, y cerró la escotilla detrás de él. No tenía cerradura. Maldiciendo, miró a su alrededor en busca de algo que pudiera trabar los radios de la rueda giratoria, pero no logró ver nada.

Escuchó a los massassi en el otro lado de la perta, y entonces, la rueda empezó a girar nuevamente. Marr se aferró a ella, pero aquellas criaturas eran demasiado fuertes. Desesperado, colocó el bláster del massassi en medio de la rueda giratoria, acuñándolo entre la rueda y el manillar. Habiéndolo atascado, se detuvo el movimiento giratorio de la rueda, pero Marr sabía que no lograría durar demasiado.

Sin preocuparse por el hecho de encontrarse con otros massassi, corrió tan rápido como pudo en busca de la carlinga. La adrenalina hacía que se sintiera más decidido, pero el traje de vacío y el equipo de oxígeno, hacían que se notara pesado. Para el momento en que logró distinguir la puerta de la carlinga delante de él, sus pulmones le ardían, y sus piernas se sentían laxas.

Un disparo de bláster siseó mientras rozaba una de sus orejas, y se estrelló sobre el mamparo. Los gritos de los massassi, esta vez más de dos, resonaban por detrás de él. Se agachó todo lo que pudo, sintiéndose sorprendido de que la Fuerza le estuviese dando fortaleza y velocidad, y entró en la carlinga tambaleándose.

Un lacerante dolor hizo presa de sus espaldas al momento en que una lluvia de pequeños discos metálicos, docenas de ellos como si fueran pequeñas navajas volantes, inundaron todo el ambiente. Una tibia corriente de sangre se abrió paso a lo largo de su espalda, pero él tan sólo mantenía la esperanza de que no hubiesen comprometido alguno de sus riñones.

Lanzó el traje de vació y el equipo de oxígeno hacia el piso, pero el movimiento hizo que cayera sobre sus rodillas; se volvió para cerrar la puerta de seguridad de la carlinga. Tres de los massassi intentaron apresurarse a través del pasadizo, mientras sus piernas como troncos de árboles iban devorando la distancia, al tiempo que el fuerte sonido de sus botas resonaba como disparos de bláster sobre la superficie metálica. Otros dos que iban detrás de los tres que estaban a la carga, iban descargando *sus armas como lanzas* por encima de sus cabezas, recibiendo el impacto de la retrocarga, a medida que Marr iba cerrando la puerta de seguridad. Una lluvia de los diminutos discos metálicos voló desde el extremo de las armas largas por encima de los otros massassi, pero la puerta ya estaba cerrada, salpicándola como si se tratase de una delicada llovizna.

La respiración de Marr resultaba notoria en medio de los estrechos confines de la oscura carlinga. Un acceso de mareo hizo que se estremeciera. Estaba perdiendo sangre rápidamente.

Algunos impactos iban sacudiendo la puerta de seguridad —golpes de hombro o de pies cubiertos por pesadas botas—, pero estaba seguro de que no lograrían atravesarla, al menos durante un momento. No tenía mucho tiempo. Podía escuchar a los massassi gruñendo en su idioma, al otro lado de la puerta.

Necesitaba abandonar el *Harbinger*, pero no se atrevía a levantar los escudos de seguridad por el temor a que la tripulación de la nave, pudiera disparar a través de los ventanales del *Junker*. Tendría que volar sólo por medio de su instrumentación.

Se puso de pie, colocó el piloto automático en preparación para el lanzamiento, y metódicamente se colocó el traje de vacío y el equipo de oxígeno, mientras los disparos de bláster de los Massassi, tentaban nuevamente la puerta de seguridad. A juzgar por el sonido, Marr tenía la certeza de que una mayor cantidad de criaturas debían estar reuniéndose con los primeros cinco. Los disparos de sus blásters golpeaban la puerta, pero no lograban penetrarla.

El piloto automático completó la secuencia de pre-lanzamiento, y Marr se acurrucó en el asiento del piloto. Enganchó los repulsores, y el *Junker* empezó a elevarse sobre la cubierta.

Por un momento, los massassi abandonaron su asedio sobre la puerta de seguridad de la carlinga. Con toda seguridad, habían sentido el inicio del despegue.

La boca de Marr se puso completamente seca, mientras rotaba el eje vertical del *Junker*, empleando tan sólo sus instrumentos para poder orientarse.

Una explosión producida en las afueras de la nave, sacudió uno de sus costados en medio de los mamparos del *Harbinger*. Marr sintió que su asiento se arañaba como si estuviera raspando metal contra metal. Durante un momento de terror, la luz de la energía que alimentaba la nave, se puso de color marrón, y el *Junker* empezó a hundirse, pero las reservas de energía se activaron, y lo pusieron en línea nuevamente.

Dejó escapar una imprecación, al tiempo que volvía a subirse a su asiento, temeroso de que su traje de vacío hubiese sido perforado, pero sabía que no tendría tiempo para revisarlo. Verificó su tablero, y maldijo nuevamente al comprobar que la explosión había alterado las lecturas de sus instrumentos. Una gran cantidad de información sin sentido aparente, llegaba procedente de los escáneres. Activó un programa de diagnóstico, pero no podía aguardar a que dicha herramienta lo solucionase todo.

En su cabeza, se imaginó la estructura de la bahía de aterrizaje del *Harbinger*. Para sí mismo, todo se trataba ángulos, proporciones, distancias en metros. A medida que iba sumiéndose en la geometría de su mente, sintió que su conexión con la Fuerza iba haciéndose cada vez más fuerte. Dicha conexión siempre había estado allí, pero ahora lograba reconocerla, y era capaz de poder utilizarla. Las matemáticas eran su interface con la Fuerza.

Otra explosión sacudió el *Junker* después de golpear contra los mamparos del *Harbinger*. En el corredor por fuera de la carlinga, los massassi habían reiniciado su asalto contra la puerta, en medio de un ataque cada vez más frenético, y desesperado.

Marr permanecía en calma, aunque la pérdida de sangre hacía que se sintiera ligeramente mareado. Pensando en la forma en que Jaden había logrado pilotar el *Junker* a través de los anillos, se aseguró a su asiento lo mejor que pudo —su traje de vacío no le permitía asegurar completamente el arnés de seguridad—, cerró los ojos, decidió confiar en sus instintos, y condujo el *Junker* en la dirección que consideraba, era la de salida. Si

estaba equivocado, entonces no volaría sino hacia las profundidades de la bahía de aterrizaje. En ese caso, muy pronto acabaría muerto.

Luchó contra sus dudas, y mantuvo el curso.

Una andanada de disparos de bláster golpeó la nave, como si se tratase de alguien golpeando urgentemente la puerta en busca de ingresar. Los massassi que se encontraban por fuera de la puerta de seguridad, la golpearon nuevamente como si se tratase de rancors en medio de un aquelarre sangriento.

Cegado, pero no ciego, Marr pudo sentir los mamparos del *Harbinger*, pudo sentir las otras naves que se encontraban en las cercanías, el tenue pulso de la tripulación del *Harbinger* congregada alrededor del *Junker*. Estaba en la dirección correcta.

Empezó a entender la interconexión de todas las cosas a través de la Fuerza, empezó a comprender la forma en que Jaden había pilotado el *Junker* a través de los anillos del gigante gaseoso. Semejante comprensión hizo que dejara ver una sonrisa, mientras el *Junker* se deslizaba sobre sus repulsores hacia la boca de la bahía de aterrizaje. Mantuvo la sonrisa mientras la sangre continuaba filtrándose desde sus espaldas, y empezaba a dejar manchas negras.

Una vez que logró poner algo de distancia entre él y los tripulantes de la cubierta del *Harbinger*, levantó los escudos de seguridad. La boca de la bahía de aterrizaje del *Harbinger* se encontraba justo delante de él, y tras ella, la negra sima del espacio y el arco incompleto de la luna perteneciente al gigante gaseoso.

El chillido de metal retorciéndose, hizo que se diera vuelta en su asiento, y que su corazón empezara a acelerarse. Los massassi habían logrado forzar la puerta de seguridad, abriendo un acceso de un centímetro, y estaban acuñando uno de los apéndices metálicos que llevaban incrustados en sus pieles, entre la puerta y el tabique. Alguno de ellos debía haberlo arrancado de sus carnes. Sus voces se oían claras y cercanas —demasiado cercanas—, a través de la hendidura. Podía apreciar el movimiento a través de la brecha, y se agachó al ver que pretendían insertar el cañón de un bláster a través de ella. La apertura no era lo suficientemente ancha, pero lo sería dentro de poco tiempo.

Logró escuchar una exclamación, y vio el extremo distal de una palanca que iba introduciéndose en la brecha. La habían tomado de una de las cajas de equipamiento de emergencia, montadas sobre las paredes.

Soltó una nueva imprecación, y enganchó los motores iónicos. El *Junker* aceleró hacia afuera de la bahía de aterrizaje del *Harbinger,* y salió hacia el espacio abierto. Tenía la presunción de que los deflectores del *Harbinger* actuarían con el mismo principio de «mirar hacia afuera» que sus contrapartes más modernas, así que no se molestó en desacelerar y contornear los deflectores. En lugar de ello, mantuvo los motores a plena marcha, y salió disparado.

La puerta de seguridad crujió al quedar un poco más abierta, mientras sus goznes y sus palancas iban perdiendo su resistencia contra la fortaleza de los massassi. Marr miró por encima de su hombreo, y vio el agujero del cañón de un bláster apuntado a través de hendidura, y el único ojo amarillento de un massassi fijo sobre él.

Como si fuera un reflejo, Marr se acurrucó en medio de su asiento, aunque con toda seguridad, éste no lograría detener un disparo de bláster. Volvió a aferrarse a los controles del *Junker,* y aceleró por completo, haciendo que la nave siguiera una trayectoria vertical. El súbito cambio en la dirección y en la velocidad, hizo que quedara aplastado contra su asiento, y lanzó a los massassi lejos de la puerta. La palanca quedó colgando al aire, y el sonido de una descarga de bláster acompañó los frustrados rugidos de sus atacantes.

Debilitado por sus heridas, Marr casi cayó desmayado producto de la maniobra. El campo de visión a través del ventanal de la carlinga, se contrajo a un túnel con unas pocas estrellas, mientras intentaba mantenerse aferrado a su conciencia. Su sangre bombeaba como un tambor en sus orejas. El sonido lo condujo como si se encontrara en medio de una lenta trayectoria sostenida, con un ruido blanco que le recordaba la navegación en su planeta natal, en Cerea. El túnel de su conciencia se había reducido al tamaño de una cabeza de alfiler. Estaba cayendo…

Luchó por regresar, se aferró a su conciencia con ambas manos, y las colocó sobre la palanca y sobre los botones que debían activar la secuencia de desfogue de emergencia. Le parecía estarse moviendo en cámara lenta, como si estuviera viéndose a sí mismo en una pantalla de video.

Digitó la secuencia de control, y una alarma empezó a emitir algunos pitidos. Diseñado para apagar un fuego eléctrico ocasionado en las paredes de la nave, el desfogue de emergencia provocaría una rápida despresurización, y haría que todo el oxígeno de la nave, escapara hacia el espacio. Los massassi terminarían muertos en menos de un minuto, mientras el traje de vacío debía proteger a Marr.

En teoría

El pitido de la alarma se transformó en un aullido prolongado, anunciando el inminente desfogue. Marr comprendió que no había tenido oportunidad de verificar su traje de vacío. Su caída podría haberlo desgarrado, o quizás alguno de los afilados proyectiles en disco de los massassi, podrían haberlo dañado.

No había nada que pudiera hacer.

La alarma cayó en medio del silencio, a medida que el interior del *Junker* iba cayendo en el vacío. Marr escuchaba el sonido de su respiración dentro de su casco, el siseo del equipo de oxígeno suministrándole su soporte vital. Verificó las lecturas en la consola, las cuales demostraban la ausencia de oxígeno en la nave.

Se dio vuelta en su asiento, tan sólo para encontrarse contemplando la musculada forma cubierta de piel roja de un massassi. La puerta de la carlinga se encontraba abierta por detrás de la criatura, una boca abierta que había vomitado al massassi hacia adentro de la carlinga. Algunos capilares rotos hacían que los amarillentos ojos del massassi, se hubiesen convertido en una trama negruzca. La criatura estaba balanceándose sobre sus pies, ya casi muerta por la falta de oxígeno. Por lo que pareció ser una eternidad, el massassi se quedó contemplando a Marr, y Marr se quedó contemplando al massassi a través del visor de su traje.

Poniendo al descubierto sus colmillos, la criatura se abalanzó contra Marr, proyectando sus manos provistas de garras. Marr intentó apoderarse de las muñecas del Massassi, a medida que éste iba cayendo sobre él, pero la pérdida de sangre lo había dejado casi exánime, y la criatura logró liberar sus manos de la sujeción de Marr. El massassi intentó sacar a Marr de su asiento, pero la malla de seguridad lo retuvo en su lugar.

La mano libre de Marr rebuscó en su costado, intentando tomar su bláster, pero se dio cuenta de que no tenía ningún bláster. El massassi, con la boca completamente abierta, y jadeando en busca del inexistente aire, golpeó la liberación de emergencia de la malla de seguridad de Marr, y ambos cayeron amontonados sobre el piso de la carlinga.

El massassi se las compuso para colocarse encima, con su peso aplastando el pecho de Marr. Sus manos provistas de garras dieron algunos zarpazos sobre el traje de Marr. La respiración de Marr resonaba dentro de la cámara hueca del casco. Nuevamente, intentó aferrar las manos del massassi, pero su fuerza no tenía punto de comparación con la del alienígena. Golpeó a la criatura en la cara, en los hombros, pero sus golpes eran tan débiles, que el massassi apenas si parecía notarlos.

El rostro de la criatura se asomó delante de la placa facial de Marr. Gotas de negra sangre iban cayendo de sus orejas, de sus ojos, y de la nariz del massassi, empañando el vidrio. Una vez más, Marr tuvo la extraña sensación de que estaba contemplando los eventos que le estaban sucediendo a alguien más, a través de una pantalla de video. Las garras del massassi iban cerrándose sobre el anillo que estaba en el cuello del traje, y luego cada vez más cerca, alrededor de la garganta de Marr, y empezaron a contraerse.

El cuerpo de Marr ya no lograba resistir. La fuerza lo abandonó como si estuviera siendo drenada a través de un agujero. Ya no podía ni siquiera levantar un brazo para poder defenderse. Levantó la mirada a través de la placa facial empañada, apenas capaz de seguir viendo nada, apenas capaz de seguir respirando.

El massassi estrujó la garganta de Marr, la apretujó, y luego… perdió la sujeción, y se desplomó encima de él, muerto. El vacío había logrado lo que Marr no había podido.

Por un momento, Marr tan sólo logró escuchar el sonido de su rápida respiración. Después de algunos instantes, hizo rodar el voluminoso cuerpo del massassi hacia un costado, y se sentó, sintiéndose mareado de inmediato. Todos los músculos de su cuerpo estaban quejándose. Intentó ponerse de pie, pero sus piernas se negaron a obedecerle, y se desplomó nuevamente sobre el piso. Su cuerpo parecía desmotivado para responder a sus demandas.

Gateando sobre sus cuatro extremidades, se incorporó sobre el cuerpo del Massassi, y se dirigió hacia el panel de instrumentos, con la intención de desactivar el desfogue, y volver a presurizar el *Junker*. Intentó limpiar la sangre coagulada sobre su placa facial, pero aquello no hizo más que empeorarlo todo. Sus ojos eran incapaces de enfocarse correctamente, y de igual manera, su mente. No lograba recordar cuáles de los botones hacían qué cosa.

Sólo entonces se percató del siseo.

Su traje de vacío estaba perdiendo aire.

Bajó la mirada y vio un tajo en la barriga del traje, una boca sonriente dejada allí por una de las garra del massassi. Se quedó mirándola de manera tonta, observando mientras los bordes desgarrados, dejaban escapar el oxígeno del equipo de suministro, hacia el vacío.

Colocó ambas manos sobre la consola de instrumentos, y se inclinó sobre ella, como si pudiera lograr que colaborase a través de la intimidación. Forzándose a sí mismo para enfocarse sobre los instrumentos, intentó aclarar su mente lo suficiente como para recordar cuál era la secuencia de botones que lograrían volver a presurizar la nave.

Cuando pensó que ya lo había conseguido, los digitó, y haló la palanca.

No ocurrió nada.

Se desplomó sobre el asiento del piloto, mientras su visión empezaba a nublarse. Iba a terminar muerto, a menos que lograra hacer algo. Parpadeó mirando el piloto automático, y le hizo un guiño, esperando que le arrojase una trayectoria.

Habiendo logrado enfocarse en la computadora de navegación, bizqueando en medio de su dolor y su mareo, golpeó un botón al azar, y contempló las coordenadas mostradas en la pantalla. Al inicio, no logró reconocerlas, pero luego las identificó plenamente: provenían de la señal de auxilio en la superficie de la luna del gigante gaseoso.

Se le ocurrió que terminaría siendo derribado por los cazas del *Harbinger*, incluso antes de que llegara a la atmósfera de la luna, pero se dio cuenta de que aquello ya no le importaba. La privación de oxígeno y la pérdida de sangre, ya habían empezado a matarlo.

Transfirió las coordenadas de la computadora de navegación hacia el piloto automático.

Miró hacia afuera del ventanal de la carlinga, a medida que el *Junker* iba dando vuelta. La luna se hizo visible, junto con el gigante gaseoso y sus anillos, así como el *Harbinger*. Se preguntó brevemente cómo se encontraría Relin, y luego se hundió en su asiento, en la Fuerza, y no se movió más.

Su mente andaba vagabundeando. Dejó escapar una sonrisa, pensando que al menos Khedryn podría haber dejado un droide médico a bordo. Pero el capitán era tan obstinado como un bantha, en lo que se refería a los droides.

Encontró que hasta el respirar se estaba poniendo difícil, constituía un esfuerzo agotador. Tan sólo deseaba cerrar sus ojos, y echarse a dormir.

Relin estaba acechando por los corredores del *Harbinger*, más cazador que presa. Era como si Marr hubiese sido el compás para su conciencia: la presencia del cereano era como una aguja que señalaba hacia lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ahora, a solas con su ira, junto con el lignan, Relin dio rienda suelta a la oscuridad de sus emociones. Las alarmas globales de la nave, continuaban aullando, pero él ya no las percibía,

escuchando tan sólo el llamado de la venganza. Ni siquiera se molestaba en tratar de ocultar su presencia en la Fuerza: la transmitía. Deseaba que Saes pudiera encontrarlo. El poder del lignan lo saturaba por completo, ansioso por ser empleado al servicio de su furia.

Mientras había estado pensando en cómo llevar a cabo su ataque —en su período a bordo del *Junker*—, había planeado regresar una vez más a la cámara del hiper-impulsor del *Harbinger,* y en manipular los motores para irradiar o hacer explotar toda la nave. Pero ahora, todo aquel influjo de poder le había sugerido una nueva idea.

Moviéndose a través de los corredores del *Harbinger,* recordó la última vez que había estado a bordo. Se imaginó que podría volver a escuchar la voz de Drev a través de su comlink —la risa de Drev—, pero estaba consciente de que nunca volvería a escuchar la voz de su padawan una vez más. Su ira iba incrementándose con cada paso que daba. Su poder se hacía cada vez más fuerte. Empezó a emplear su creciente conexión con el lignan para orientarse a través de la nave: gira a la izquierda aquí, toma ese ascensor hacia arriba o hacia abajo

Ríete, aun cuando estés a punto de morir.

La risa burbujeó entre los apretados dientes de Relin, como el vapor a través de una válvula de escape, desfogando el sobre-influjo de su ira, para evitar que terminase explotando sobre él.

Dio vuelta a una esquina, y se encontró de frente con tres seres humanos, todos ellos varones, y un droide mecánico provisto de orugas. Los humanos portaban cascos, y mostraban unas expresiones de sorpresa. Se detuvieron apenas vieron a Relin y su sable de luz. Uno de ellos levantó la caja de herramientas portátil hasta la altura de su pecho, como si ello pudiera protegerlo.

Nada podía protegerlos.

Los pitidos del droide conformaban una interrogante.

Relin sonrió.

Los tres humanos dejaron caer sus cajas de herramientas, se dieron vuelta, y salieron corriendo, lanzando grandes alaridos de auxilio.

Relin aumentó su velocidad por medio de la Fuerza, dio un salto por encima del droide, alcanzó a los humanos, y deslizó su sable de luz por en medio de sus cuerpos, uno después del otro. Apenas si se percató de sus gritos.

Un único guardia de seguridad massassi, quizás después de haber escuchado el tumulto, trotaba por el corredor con afán investigatorio.

—¡Tú! —gritó el massassi, tomando su bláster—. ¡Alto allí!

Relin le hizo un gesto con su muñón, cerró una mano mental alrededor de la tráquea del massassi, y la aplastó con tan sólo un pensamiento. La criatura se desplomó sobre el piso, sus piernas tamborilearon sobre el suelo, y sus garras parecieron aferrarse a su garganta.

Pasando por encima del agonizante massassi, Relin decidió continuar con su camino. Bajó la mirada a la mano que le quedaba, y contempló las largas prolongaciones de rayos de la Fuerza, danzando a partir de los pulpejos de sus dedos.

Rio más fuertemente, gritando su odio a través de las paredes del *Harbinger*.

—¡Saes!

Hacia adelante, quizás a unos veinte metros, las puertas de un turbo-ascensor quedaron abiertas, revelando la presencia de seis miembros de la tripulación del *Harbinger*, todos ellos humanos. Ninguno de ellos portaba ningún bláster.

Uno de ellos había empezado a salir del turbo-ascensor, vio a Relin, y se detuvo en seco. Sus labios empezaron a abrirse, pero no logró decir nada. En lugar de ello, retrocedió hacia el ascensor, les dijo algo a sus compañeros de viaje, y frenéticamente empezó a golpear el panel de control, intentando cerrar las puertas del turbo-ascensor.

—¡Rápido! —dijo una mujer entre ellos, mientras en la parte posterior, comunicaba algo a través de su comlink.

Relin rugió, intensificó su velocidad a través de la Fuerza, y se lanzó hacia ellos. Los seis miembros de la tripulación se aplastaron contra la pared distal del ascensor, como si se tratase de un mural vivo, pero para ellos no había sitio a dónde escapar. El terror copaba sus miradas, y la sangre abandonó sus facciones. Las puertas habían empezado a cerrarse, pero Relin las contuvo por medio de un movimiento telequinético.

Habiéndolo visto, los tripulantes clamaron por ayuda, se aplastaron más aun contra las paredes, como si estuvieran intentando fundir sus carnes con el metal. Relin ingresó a través de las paredes del ascensor, riendo como un loco. El zumbido de su sable de luz intentaba hacer competencia con los aullidos de sus víctimas, pero no duró mucho. Dio una vuelta completa, cortando y destazando, sintiéndose complacido cuando la hoja de su sable de luz, encontraba la tenue resistencia de la carne humana. En pocos momentos, loa aullidos quedaron apagados, y solamente seguía siendo audible el persistente zumbido.

Relin contempló la matanza que había ocasionado. Las lágrimas empezaron a perlar su rostro, mezclándose con la sangre de aquellos a los que había asesinado. Vomitó sin previo aviso: el café del *Junker* y su última cena, se unieron al torrente de sangre que discurría sobre el piso del ascensor. Se quedó contemplando todo aquello por un momento, hasta que sus ojos se quedaron secos.

Lo que fuera que hubiese quedado de Jedi en su interior, acababa de dejarlo ir en un acceso de vómito.

Sobre el panel de control, vio un botón que conducía al nivel inferior de la bahía de carga. Sabía que allí terminaría por encontrar el lignan. El toque del mineral era el anzuelo que se había tragado, y que estaba atrayéndolo desde el interior de sus entrañas.

¿Alguna vez has ido de pesca, Drev?

Había pronunciado aquellas palabras hacía toda una vida.

Oprimió el botón.

—¿Cuándo fue la última vez que yo sentí algo? —exclamó, haciendo eco del desafío que le había lanzado Saes, en su último encuentro.

—En verdad, cuándo —dijo entre dientes, mientras reía oscuramente para sus adentros.

* * *

Las alarmas resonaban a través de los altavoces de la parte superior, pero su alarido había quedado embotado por la máscara de hueso de erkush que se había colocado Saes. Con cada paso que daba, se sentía más en sintonía con sus antecesores tribales, de lo que se había sentido en mucho tiempo. Se había sentido perdido por completo desde el momento mismo en que se había unido a la Orden Jedi, forzado por las enseñanzas de los Jedi, renunciando a la fiereza de carácter y al espíritu apasionado que hacían de él, lo que era. Se había recuperado parcialmente cuando había desdeñado a los Jedi, y había abrazado las enseñanzas de los Sith. Pero nunca se había sentido más unido a su todo, que en aquel momento, instantes antes de llegar a asesinar a su antiguo Maestro. Él era un cazador, un guerrero, un kaleesh.

Lanzó hacia atrás su cabeza, y dejó escapar un grito de guerra *ingmal* a través de los colmillos de su máscara. Unos rostros sobresaltados emergieron de las escotillas y de los corredores colaterales, pero él pasó de largo sin ofrecerles ninguna explicación.

Por medio de su conexión con Relin, logró percibir la creciente ira de quien alguna vez fuera su Maestro, con respecto a la pérdida de su padawan. Por un momento, pero sólo por un momento, Saes sintió un destello de empatía por Relin, un destello de afinidad. Se encontraba complacido de que Relin hubiese sentido la punzada de la pérdida, en lugar de las emociones distantes, atenuadas y abortivas que los Jedi se permitían a sí mismos.

Saes sabía que todos los hombres deberían experimentar el dolor de la pérdida alguna vez antes de morir. De esa forma, llegarían a saber que habían vivido. Relin no era la excepción, y Saes se encontraba complacido por él. Ahora, podría encargarse de matarlo sin sentir una verdadera aflicción en su corazón.

La ira de Relin terminaría por conducirlo a un único lugar. Allí, Saes se enfrentaría con él, y terminarían la historia que los había unido. Activó su comlink.

—Señor —estaba diciendo Llerd—. Aparte del rastro de cadáveres, todavía no tenemos idea de cuál es la localización del Jedi.

—Está en camino hacia la bahía de carga —le aseguró Saes—. El lignan está atrayéndolo.

—Voy a alertar a los de seguridad y…

—No —le cortó Saes—. Ordene que la bahía sea evacuada. Yo voy a enfrentarme con él allí. A solas.

—Sí, señor.

El ascensor zumbaba mientras iba descendiendo varios niveles en dirección hacia la bahía de carga del *Harbinger*. El sable de luz de Relin siseaba, entibiando los estrechos confines del ascensor. Se había quedado extasiado frente a su luz, hipnotizado por el remolino de color verdoso. Sabía que ahora debería ser de color rojo. *Ansiaba* que fuese de color rojo.

Las puertas quedaron abiertas, y el poder desnudo del lignan se esparció por la cabina del ascensor, envolviendo a Relin. Mareado, exaltado por su poder, dio algunos pasos en medio de la cavernosa bahía de carga. Rumas de contenedores de almacenamiento, estaban alineadas en todas las paredes. Si es que las vicisitudes del salto fallido habían volcado algunas de ellas sobre el piso, u otras circunstancias habían terminado por desordenar la bahía de carga de la nave, pues la tripulación ya se había encargado de limpiarlas y ordenarlas.

Piezas de aparatos ligeros de carga operados por seres humanos —paletas de levitación, elevadores con ruedas de oruga—, yacían abandonados sobre la metálica superficie del suelo. No logró distinguir a nadie en la bahía, ni siquiera ningún droide de carga, y sabía perfectamente qué significaba todo aquel abandono. Dio algunos pasos sobre la superficie, mientras el ascensor se cerraba a sus espaldas, y las pisadas de sus botas resonaron fuertemente en la inmensa cámara.

Siguiendo la estela de su furia, avanzó por en medio de un laberinto de contenedores de almacenamiento, hasta que llegó a las docenas que contenían el mineral de lignan. Estaban apilados en elevadas columnas, dispuestos en forma de una caja, de tal manera que contorneaban un perímetro cuadrangular de unos diez metros de lado. Varios de los contenedores habían sido parcialmente aplastados, y estaban abiertos. Una delgada estela de mineral yacía sobre la cubierta, emergiendo de los rotos contenedores. Caminó cautelosamente en medio del mineral, sin tocar ninguna de las piedras. No necesitaba tocarlo con su piel desnuda; estaba conectado con el mineral través de su espíritu. Aquella cosa *lo conocía*, y sabía lo que él andaba necesitando.

El poder que flotaba en el aire, casi podía hacer que levitase del suelo. Se encontraba nadando en él. Una furia exaltada bullía a través de su cuerpo, poniendo en llamas su espíritu. Alrededor de sus dedos y de sus antebrazos, serpenteaban unos rayos de Fuerza cada vez más prolongados.

Se sentó con las piernas cruzadas en medio del mineral, sintiéndose la encarnación de su necesidad de asesinar a un padawan para vengar a otro, y decidió aguardar a Saes para dar inicio a la batalla.

CAPÍTULO XIV

Jaden sintió el agobio de la soledad, desde el momento mismo en que él y Khedryn decidieron separarse. Se encontraba sorprendido de lo mucho que había llegado a depender de la presencia de los tripulantes del *Junker*. Se había aislado durante tanto tiempo, que había llegado a olvidar el valor de la simple compañía. Aquellos eran unos buenos hombres, tanto Khedryn como Marr. Granujas, es verdad, pero aun así, granujas invalorables.

Se movió tan rápido como podía a través de las instalaciones. El brillo de una varilla luminosa, y la hoja de su sable de luz, contribuían a aumentar la tenue iluminación emanada de las luces de emergencia. No necesitó consultar los planos plegados en su bolsillo para averiguar la dirección del ascensor. El camino hasta allí había quedado grabado en su cerebro.

Sin la presencia de Khedryn a su lado, las paredes metálicas de los estrechos corredores se sentían cada vez más opresivas, su inalterable aspecto liso de color gris, se asemejaba a un cielo invernal que la luz del sol jamás lograría penetrar. Empezó a preguntarse cómo era que los científicos imperiales habían logrado permanecer allí por prolongados períodos de tiempo sin llegar a volverse locos.

Quizás no lo habían logrado, pensó, recordando la condición de progresivo deterioro físico del Dr. Black en la holo-grabación, La mano de la Dra. Gray mostraba espasmos nerviosos.

Sus exhalaciones formaban volutas de vapor en medio del gélido aire. El eco de sus botas sobre el piso, parecía estar siendo transmitido a todos los rincones. Y en algún lugar del complejo, en la base de la torre de comunicaciones, aquellas instalaciones emitían su pulsante llamado de auxilio hacia el espacio.

Ayúdennos. Ayúdennos.

Tragó saliva y deslizó una mano a través de su cabello, tomándose un momento para recomponerse. No tenía miedo de encontrarse con los clones, si es que alguno había logrado sobrevivir. Como todos los Jedi, no temía a los enfrentamientos ni a la muerte. Pero se encontraba sintiéndose cada vez más temeroso de poder hallar una respuesta a sus preguntas; tuvo la certeza de que el ascensor lo llevaría hasta ella.

Una descarga de estática crujió a través de la abierta conexión de su comlink con Khedryn. Algo en los alrededores de las instalaciones debía haber provocado una interferencia en el espectro de comunicaciones de corto alcance. En medio de los estallidos de estática, logró escuchar la respiración de Khedryn, una imprecación ocasionalmente susurrada, y el resonar de las botas de su compañero sobre el piso, a medida que iba regresando hacia la nave. Aquellos sonidos le recordaban a Jaden que no se encontraba solo, que todavía lograba mantener cierto tipo de conexión con el exterior.

—¿Está todo bien? —dijo, en respuesta a una nueva imprecación de Khedryn. Una descarga de estática rugió, copando el silencio después de que hubiera hablado.

—Bien —dijo Khedryn, con un tono de voz susurrante, como si temiera despertar lo que fuera que estuviese durmiendo en las instalaciones—. Es que me estoy tropezando con una gran cantidad de despojos, eso es todo. Esta varilla luminosa no es exactamente una…

La estática engulló el resto de su respuesta.

—Hazme saber cuando llegues a la nave —le dijo Jaden.

—Así lo haré —le aseguró Khedryn en medio de la interferencia.

Tranquilizado por otra descarga de estática, Jaden continuó avanzando a través de las instalaciones. Las puertas y los pasajes laterales, permanecían abiertos aquí y allá. Logró percibir la visión de una cocina que olía levemente a comida podrida hacía tiempo atrás, un ambiente de recreación con equipamiento de gimnasio cubierto de polvo, salones de conferencias: toda la mundanal disposición de unas instalaciones de investigación como cualquier otra a lo largo de la galaxia.

Excepto por las marcas de bláster que chamuscaban las paredes y el techo, las cuales configuraban una críptica escritura que pretendía narrar la muerte de aquellas instalaciones.

Por delante, al final del largo corredor, distinguió las puertas dobles cerradas del ascensor, ennegrecidas, y cuya superficie había sido desgarrada por una barrera de disparos de bláster. Un cuerpo decapitado yacía sobre el piso, cerca a las puertas del ascensor, medio apoyado contra la pared, y con los brazos extendidos, como si fuese a abrazar a alguien. Se dio cuenta de que portaba una de las batas del laboratorio.

Pedazos de armaduras de soldados de asalto conteniendo en su interior segmentos disecados de partes de cuerpos, estaban diseminados por todo el corredor, entre Jaden y el ascensor. Grandes pedazos de droides de seguridad yacían esparcidos por todo el ambiente, como si hubiesen sido desmembrados: aquí una pierna, allá un torso, ahí una cabeza, con los ojos apagados por completo. Jaden logró reconocer el trabajo de un sable de luz, y de un eximio iniciado en su empleo.

El sentimiento de culpa entorpecía los pasos de Khedryn. Sabía que Jaden tenía la razón —Khedryn no sería de ninguna ayuda al momento de enfrentarse a los clones, si es que alguno había logrado sobrevivir—, pero aun así sentía como si estuviera dejando abandonado al Jedi.

Frente a todo el poder de Jaden, frente a todo su talento, Khedryn se veía notablemente frágil, y completamente solo. Y a pesar de todo el cinismo de Khedryn, a éste le agradaba Jaden.

—Porque yo salgo huyendo —murmuró Khedryn, avergonzado incluso de haber pronunciado aquellas palabras, a pesar de que eran completamente ciertas. Desearía no reconocer tan bien su propia naturaleza, el poder vivir ignorando los defectos de su carácter.

Se sentía como un cobarde.

Aun así, aquel miedo estaba justificado. Se había involucrado mucho más de lo que hubiera podido esperar, y lo que fuera que hubiese ocurrido en esas instalaciones, era mejor dejarlo sin molestarlo. Ya no se sentía como si estuviera atravesando algunas instalaciones de investigación. En lugar de ello, se sentía como si estuviera caminando por la escena de un crimen.

El sudor humedecía sus ropas, por debajo de su traje de protección medioambiental. Sus dedos se ceñían a la empuñadura de su bláster de una forma demasiado persistente, teniendo que relajarlos a través de un esfuerzo de voluntad. Avanzaba muy lentamente en su camino de regreso hacia la nave, tratando incluso de tranquilizar el ritmo de su respiración, demasiado al corriente de lo que podría terminar por suceder en los alrededores.

La holo-grabación lo había amilanado. Había logrado distinguir la mirada de preocupación en los ojos de los doctores, había visto florecer ese temor hasta transformarse en miedo.

Si es que la Fuerza había conducido a Marr a escoger una trayectoria para traerlos hasta esta luna, entonces, la Fuerza bien podría arder por completo, acurrucándose en algún rincón para morir. Khedryn no deseaba nada más que abandonar la luna, regresar a bordo del *Junker*, y tomar algunas copas de pulkay.

El destino de Marr había dado vuelta en una esquina que él no había logrado distinguir. Había abandonado el retorcido punto de vista de Khedryn con respecto a la galaxia, por el franco punto de vista de los Jedi. Parecía estar ansioso de volar con Relin. Ansioso.

Khedryn se sentía preocupado por Marr.

Y a pesar de sí mismo, se sentía preocupado por Jaden.

Yo no renuncio, Jedi.

Él había pronunciado aquellas palabras, que ahora sonaban como una burla ante sí mismo, como un mal chiste. Él había renunciado. Estaba renunciando.

Sin pedir permiso, las palabras de Relin burbujeaban en la sopa de sus recuerdos: las palabras de aquel Jedi paliducho, demacrado, casi un muerto viviente:

No siempre vas a poder salir huyendo, Khedryn.

Pero él siempre lo había hecho. No tanto por el miedo del peligro, sino por el miedo de quedarse sin poder hacer nada.

Dejó escapar algunas imprecaciones mientras iba quedándose sin aliento al caminar, mientras cada zancada producía una explosión amenguada en su interior. El sentimiento de culpa no disminuía, y no podía creer en lo que estaba transformándose. Estaba considerando seriamente dar la vuelta para quedarse al lado de un Jedi al que recién acababa de conocer, para posiblemente enfrentar amenazas contra las cuales él no podría hacer nada.

Quizás también él había logrado dar la vuelta a una de esas esquinas.

Y quizás se había quedado contemplando demasiados ventanales hacia el vacío, mientras completaba sus andanzas por el hiperespacio, y había terminado por volverse loco.

El comlink arrojó algunas descargas de estática, haciendo que su corazón, ya de por sí acelerado, subiera hasta el nivel de su garganta.

—Stang —siseó, mientras sus pasos empezaban a ralentizarse. Todavía estaba avanzando en la misma dirección, pero sólo en función de la inercia, no de su propia determinación.

Es momento de cambiar la trayectoria.

Jaden estudió la escena, imaginándose la batalla en su cabeza. Los droides de seguridad, respaldados por un escuadrón de soldados de asalto, habían estado esperando en el momento en que los clones emergieron del ascensor. Las descargas de blásters, y el humo, habían copado todo el ambiente. Los clones, desviando los disparos con sus sables de luz, se habían abierto camino en medio de hombres y máquinas. Cuando todo había quedado calmado, una de las doctoras del cuerpo médico se había aproximado a donde estaban los clones, quizás rogando piedad, o invocando alguna razón para que todos se tranquilizaran.

Ellos habían terminado decapitándola.

Sospechaba que ninguno de los miembros de la estación, había logrado escapar de las instalaciones, y por primera vez, consideró seriamente la posibilidad de que no quedasen clones en la luna, que se hubiesen apoderado de cualquiera de las naves que había estado a disposición de los investigadores, y que hubiesen huido hacia las Regiones Desconocidas.

Mientras las terribles implicancias de aquel hecho iban apoderándose de su mente —clones Jedi-Sith vagabundeando por el espacio—, un estallido de estática surgió de su comlink. Hizo un gesto de fastidio, como si se hubiese tratado de un disparo de bláster.

—¿Puedes repetirlo, Khedryn?

Más estática. Quizás estuvieran perdiendo el contacto por completo.

Eligió un camino a través de los restos de la batalla, sintiéndose como si estuviera caminando en medio de un camposanto, en donde los grandes pedazos de los droides, constituían las metálicas lápidas. Cuando llegó hasta las puertas, bajó la mirada para observar el cadáver. El tiempo transcurrido había fijado estrechamente su piel a los huesos, y la había decolorado con un tono cenizo. Los pantalones y la bata de laboratorio, acompañados de un cuerpo sin cabeza, le parecieron como una declaración obscena. Leyó el nombre en la bata: DRA. GRAY.

Volvió a recordar la holo-grabación, el miedo que había notado en sus ojos al momento de grabar la última entrada.

Había tenido razón de estar temerosa. Uno de los clones la había decapitado, probablemente sin haber estado armada.

Jaden contempló las puertas del ascensor, y le vino a la mente, el recuerdo de la compuerta de aire allá en la Estación Centerpoint, los ojos aterrorizados que lo contemplaban a través del diminuto ventanal. Habían sido los de alguien que, al no estar armado, no era peligroso.

Alcanzó el botón que llamaba al ascensor, consciente de que la misma mano y el mismo gesto, habían «espaciado» a dos docenas de personas en Centerpoint.

El algún lugar por detrás de las paredes, un mecanismo empezó a zumbar. El ascensor continuaba funcionando. Permaneció allí, aguardando por él, viviendo por un momento en su pasado, en su propia culpabilidad.

El ascensor llegó hasta su nivel, abriéndose de par en par. La cabeza de la Dra. Gray yacía en el medio, con los ojos abiertos en medio de su mirada momificada, como dos agujeros que se abriesen hasta el interior de su alma.

Por un momento, sus pies permanecieron clavados sobre el piso, fijos allí por la mirada de la Dra. Gray. Algunas descargas aleatorias de estática, provenientes de su comlink, lo despertaron de su parálisis.

—Me dirijo hacia abajo —le informó a Khedryn.

Entró en el ascensor, le dio las espaldas a la Dra. Gray, y observó cómo las puertas iban cerrándose. Sobre el panel de control, oprimió el botón que marcaba el nivel inferior. El ascensor empezó a hundirse, y Jaden junto con él.

Para el momento en que Khedryn llegó de regreso al cuarto de recreación, y a su mesa de sabacc, ya estaba decidido a quedarse en el lugar.

—Estoy regresando —le dijo a Jaden, pero temeroso de que la estática imperante en la conexión, hubiese alterado sus palabras. Por mero impulso, y sin echarles ninguna mirada, tomó las cartas de la única mano de sabacc que permanecía sin mostrarse sobre la mesa, y las guardó en su bolsillo. Decidió que totalizaban un veintitrés, sin importar cuál era su valor real. Alguien en las instalaciones, debía ser bastante suertudo.

Su comlink arrojó otra descarga de estática, pero logró captar el final de lo que estaba diciendo Jaden.

—…abajo.

—¿Puedes repetirlo, Jaden?

Una voz habló en su oído, y un aliento que olía a carne podrida, entibió la parte posterior de su cuello.

—Dijo que estaba dirigiéndose hacia abajo.

Khedryn se revolvió por completo, intentando apuntar su bláster. Kell aferró la muñeca derecha del humano, y desvió el arma hacia un costado, mientras el bláster abría fuego, perforando un agujero humeante en la mesa de sabacc. Las cartas volaron por los aires, como si se tratara de pájaros vivos.

Los *daen nosi* de Kell y de Khedryn, se enroscaron alrededor de ellos, formando los brazos de su galaxia en espiral particular. Mirando directamente a los ojos mal alineados de Khedryn, Kell proyectó las palabras:

Quédate tranquilo.

El humano demostraba una inesperada resistencia, y lanzó un gancho de izquierda que impactó en la sien de Kell. El golpe podría haber dejado inconsciente a cualquier ser humano, pero a Kell tan sólo le produjo algo de sorpresa.

Frunciendo el ceño, apretujó fuertemente la muñeca de Khedryn, sintiendo cómo los huesos empezaban a crujir.

Khedryn hizo una mueca de dolor, dejando escapar un gruñido a través del muro de sus dientes apretados. Intentó girar su crujiente muñeca para liberarla del retorcimiento que le estaba provocando la sujeción de Kell, pero no podía competir con su fortaleza. El humano volvió a golpear el rostro de Kell una vez, dos veces, y cada vez más y más. Kell absorbió todos los golpes, mientras su nariz iba dejando gotear su sangre, y oprimiendo tan fuertemente como podía.

Los huesos en la muñeca de Khedryn finalmente se rompieron, y el humano chilló agónicamente, dejando escapar una lluvia de saliva. Kell no moderó su sujeción, y en lugar de ello, hizo que los fragmentos de los huesos se astillaran unos contra otros: la tosca fricción desataba una dolorosa sinfonía bajo las carnes del humano.

Los aullidos de Khedryn fueron aumentando más y más, y sólo finalizaron en el momento en que Kell lo tomó por la garganta con su mano libre, y lo levantó del suelo. El humano colgaba entre sus brazos, con su mano buena clavada sobre la sujeción que seguía manteniendo Kell, intentando recuperar el aliento, mientras sus piernas se contraían espasmódicamente con el esfuerzo.

Kell notó que su propio *daen nosi* se enroscaba alrededor del *daen nosi* del humano, abrumándolo por completo, estrangulando los posibles futuros de Khedryn, de la misma manera que Kell estaba estrangulando su cuerpo. Contempló los ojos de Khedryn, anegados en dolor.

Quédate tranquilo, proyectó Kell, de manera más apremiante, y Khedryn finalmente terminó por relajarse. Uno de los ojos del humano se enfocó sobre Kell, mientras el otro derivaba hacia la izquierda, quizás contemplando el final que iba acercándose.

Rompiendo sus hábitos, Kell dejó abrir las hendiduras de sus mejillas, y sus probóscides alimentadoras quedaron libres. El humano, perdido en medio de su dolor y del laberinto del control mental de Kell, no pareció darse cuenta de su presencia, hasta que empezaron a deslizarse por debajo de sus fosas nasales.

Logró lanzar unas débiles patadas y sacudió su cabeza, luchando contra el control mental de Kell. Pero sus esfuerzos demostraron ser poco útiles. Las probóscides

alimentadoras de Kell se abrieron paso a través del tejido nasal. Los ojos de Khedryn empezaron a humedecerse. La sangre empezó a gotear alrededor de las probóscides alimentadoras, emergiendo de las fosas nasales del humano, en dirección hacia su barba y hacia su boca.

Sólo en ese momento, Kell comprendió lo que estaba ocurriendo: comprendió que con Khedryn no sentía nada, que estaba arriesgando el objetivo de conseguir su ansiada revelación, al rendirse prematuramente frente a las necesidades de su apetito.

La posibilidad de alimentarse con la sopa del humano, ya no le provocaba más, no lograba producirle ninguna expectativa con respecto a la ansiada revelación. Miró los *daen nosi* de Khedryn, encontró que eran completamente simplones, líneas de destino que no hacían más que curvarse sobre sí mismas una y otra vez, sin conducir a ningún lugar, sin lograr ofrecerle nada.

Khedryn Faal no le ofrecía ninguna posibilidad de revelación. Nadie podía hacerlo.

Excepto Jaden Korr.

Las líneas de ambos estaban conectadas, las del Kell y las de Jaden. Tan sólo las líneas del destino de Jaden, una vez que estuvieran completamente envueltas por las de Kell, le revelarían la ruta hacia el entendimiento, podrían escribir los caracteres de la revelación para que Kell pudiera leerlos. Sólo entonces Ken podría obtener lo que había estado aguardando durante tantos siglos.

Disgustado consigo mismo —y con Khedryn—, hizo que sus probóscides alimentadoras empezaran a retraerse. Abandonaron el rostro de Khedryn con un sonido húmedo y absorbente. Un chorro de sangre y de moco emergió de la nariz de Khedryn. Kell bajó a Khedryn hasta el piso, relajando su sujeción sobre la garganta del humano.

En su intento por absorber algo de aire, Khedryn aspiró algo de la sangre y del moco, y empezó a toser. Cuando su acceso de tos hubo finalizado, levantó la mirada hacia el rostro de Kell. Los ojos del humano estaban humedecidos; una red de pequeños vasos sanguíneos estallados, dibujaban el contorno de sus ojos; la sangre y la mucosidad cubrían su bigote y su barba.

—¿Qué cosa eres tú? —le preguntó mientras tanto, con una voz tan áspera como una escofina.

Kell casi le respondió de manera refleja: *Soy un fantasma*, pero logró contenerse a tiempo.

—Soy un peregrino —dijo en lugar de ello.

El rostro de Khedryn se contrajo de manera inquisitiva, y Kell, sin prestarle demasiada atención, dirigió un puño hacia el centro de su cara. Khedryn no logró articular ningún sonido. Su nariz quedó aplastada, su sangre salpicó todo el ambiente, y Kell lo dejó caer sobre sus espaldas, encima del piso, inconsciente. Se apoderó del bláster de Khedryn, rebuscó todo su cuerpo en busca de otras armas sin encontrarlas, lo despojó de su comlink, y lo dejó abandonado a su suerte.

Había considerado cortarle la garganta con su vibro-cuchillo, pero comprendió que el destino de Khedryn Faal le resultaba indiferente. Y que ya no encontraba placer en matar

con indiferencia. Quizás sus apáticas carnicerías habían sido la reveladora razón que tanto tiempo había estado evadiéndolo. Debía matar tan sólo cuando su espíritu se encontrase en llamas.

Y ahora estaba ardiendo en llamas por Jaden Korr.

Y Jaden se había dirigido hacia abajo.

Kell dejó atrás a Khedryn, y siguió tras el rastro de Jaden. Su peregrinaje estaba a punto de llegar a su fin.

Khedryn se retorcía de dolor, ahogándose, revolviéndose, buscando alivio…

Despertó sobre la congelada superficie del ambiente recreativo, con un acceso de tos provocado por la sangre. Cada exhalación provocaba una punzada de dolor por todos los huesos de su nariz, y por sus cavidades nasales. El sabor metálico de la sangre, se sentía adherido al piso de su boca, cerca de la parte posterior de su garganta. Se estremeció al recordar, con dolor y terror, los aguzados apéndices que se retorcían saliendo de las mejillas de su atacante, y que habían estado serpenteando hasta su nariz. Se había encontrado sin capacidad de respirar, incapaz de pensar, violentado.

Las náuseas se apoderaron de su persona. Se sentó, y consiguió vomitar un contenido sanguinolento junto con su última comida, encima de la cubierta, en donde éste desprendió algo de vapor en medio del frígido ambiente. Sin haber tenido tiempo de hacer el recuento de sus heridas, se apoyó sobre el piso con una mano, y la quebrantada muñeca aulló a modo de protesta. El dolor provocado por el hueso raspando sobre el hueso, casi hizo que perdiera el conocimiento una vez más. Logró permanecer consciente por medio de un decidido esfuerzo de voluntad.

Después de que la habitación dejara de dar vueltas, luego de que el dolor de su muñeca se hiciera más soportable, decidió utilizar una silla de la mesa de sabacc para ayudarse a ponerse de pie. Su aplastada nariz no permitía que pasase el aire, por lo que su aliento silbaba al pasar por su boca, la cual permanecía abierta como la compuerta de una bahía de carga.

Mientras iba levantándose, sus ojos se fijaron en una de las cartas de sabacc que habían caído de la mesa, y contempló la imagen que había en ella, la cara de un payaso sonriente con un sombrero absurdo. El Idiota. Casi se puso a reír.

Su cuerpo estaba resentido, producto de la paliza. La adrenalina había terminado por evaporarse, y los efectos secundarios del terror que había experimentado, hacían que se sintiera débil, tembloroso, y difícilmente conseguía mantenerse de pie. Intentó recurrir a su ingenio, aclarar sus pensamientos, sobrellevar el dolor que sentía en su muñeca.

¿Acaso aquella criatura había resultado ser uno de los clones? Le había parecido que se trataba de un iniciado en la Fuerza. Había sentido que lograba deslizarse en su mente, ordenándole que se mantuviera tranquilo. La asquerosa sensación de sentirse violado mentalmente, le había recordado aquel truco de control mental de Jaden.

¿Por qué razón lo había dejado con vida?

No lo sabía, pero tampoco le importaba. Para él, era suficiente el continuar con vida.

Buscó su comlink, pensando en advertirle a Jaden, pero no estaba. La criatura debía haberse apoderado de él. Miró a los alrededores, en busca de su bláster, pero también tuvo que darlo por perdido.

Parecía que la criatura tan sólo había estado preocupada por lograr desarmar a Khedryn, y porque no pudiera advertirle a Jaden. Aparentemente, no tenía ningún interés particular en Khedryn. Khedryn comprendió el mensaje:

Déjanos, y eso es todo.

Había estado en el lugar incorrecto, en el momento equivocado.

Había sido siempre así, desde el primer momento en que se había encontrado con Jaden Korr.

—Un problema después de otro —murmuró.

El mareo hizo presa de su cuerpo. Sus piernas perdieron fuerzas, y terminó deslizándose cautelosamente en una de las sillas de la mesa de sabacc, pero sin dejar de sentirse atemorizado por el hecho de que las últimas personas que habían estado sentadas allí, ahora se encontraban todas muertas.

Tanteó su nariz, hizo una mueca de dolor, y lentamente empezó a tamborilear con sus dedos sobre la mesa. Pensó en Marr, en Relin, en Jaden. Todos ellos estaban poniendo en riesgo sus vidas por… ¿qué?

Por algo más grande que ellos mismos, comprendió. Por algo en lo cual creían.

¿En qué creía Khedryn?

Los dedos que habían estado tamborileando, se detuvieron, aguardando una respuesta. Decidió que tendrían que esperar por un largo tiempo.

Empezó a recordar su última conversación con Marr. Su amigo le había dicho que el ayudar a los Jedi era lo correcto. Tenía plena certeza de ello.

Khedryn decidió que sus dedos ya no deberían tamborilear más.

Él no siempre podría salir huyendo.

—El kriffing hijo de un murglak[45] me rompió la kriffing nariz.

Se puso de pie, luchó contra la sensación de mareo que sentía, y se dirigió de regreso por donde había venido. Su muñeca palpitaba agónicamente. La sangre se filtraba de su nariz, y la sentía como si la hubieran golpeado con un martillo. Pero ya se encontraba en marcha.

Recordaba la ruta hacia el ascensor, pero tuvo que hacer una parada en el camino.

Jaden se sentía mareado, a medida que el ascensor iba descendiendo hacia las entrañas de la luna. Se aferró a la Fuerza, mientras el zumbido de los motores del ascensor,

[45] Murglak: especie de criaturas, a menudo consideradas repugnantes y asquerosas por la comunidad galáctica. «Murglak», o «hijo de un murglak», eran consideradas frases ofensivas. N. del T.

anunciaban su rápido descenso. Para el momento en que empezó a ralentizar su marcha, calculó que habían bajado algo más de un centenar de metros.

Las puertas se abrieron de par en par: el oxidado mecanismo chirriaba de manera tan fuerte, que le provocó un gesto de disgusto. La temperatura era diez grados más cálida que en las instalaciones de la superficie, y el aire viciado de la instalación fluyó al interior del compartimento del ascensor. Traía el olor de las cosas muertas mucho tiempo atrás.

Dio un paso hacia afuera hacia una habitación circular provista de un escritorio y una silla volcados cerca de la única puerta que conducía a la salida. Trazos de sangre seca, de color marrón formando costras, teñían las paredes.

No se trataba de un patrón de salpicado, se dio cuenta Jaden. Alguien la había esparcido por las paredes, como si se tratase de alguna clase de pintura. Las formas y los patrones no tenían sentido para él, su distribución tan sólo lograría tener significado para alguien lunático.

Las puertas del ascensor se cerraron a sus espaldas. Activó su comlink.

—Khedryn, ¿me copias?

En medio del silencio, su voz sonaba como si estuviera hablando a través de un amplificador de voz. El agua se escurría desde algún lugar por detrás de las paredes, con la misma cadencia de la señal de auxilio que era irradiada por la estación.

El comlink contestó con un estallido de estática.

—Khedryn, ¿me copias?

Más estática. Se encontraba muy abajo en las profundidades. Colocó el comlink en modo silencioso, y dio algunos pasos por el ambiente. Comprendió con horror, que estaba caminando sobre matas de cabello, una gran cantidad de ellas. Cabello humano. De color marrón, negro, rubio, gris. Estaba esparcido por toda la habitación, como formando enormes copos de nieve.

Se arrodilló, y tomó algunos cabellos en la palma de una de sus manos. Pedazos de raíces arrancados, colgando de las matas de cabellos, pequeños trozos marrones de cuero cabelludo seco, que hicieron que la boca de Jaden se pusiera seca. El cabello había sido arrancado en manojos.

El temor empezó a asentarse por encima de Jaden, como si se tratase de un sudario fúnebre. De improviso, el techo parecía estar demasiado bajo, la luz, demasiado tenue, toda la integridad del complejo, tan opresiva como una tumba. Lo que fuera que hubiese sucedido en aquellas instalaciones, no había sido un hecho meramente violento, sino que se había tratado de algo macabro.

Una gran mancha de color marrón cubría el suelo cerca del escritorio, como si alguien se hubiese desangrado en aquel lugar. Además de la inquietante distribución el cabello, no había señales de ningún cuerpo.

Pasando la lengua por sus labios, colocó una mano sobre el control de la puerta —no se trataba de ninguna compuerta, se trataba de una puerta ordinaria—, e hizo que se abriera. Una antigua hediondez a muerte —un hedor rancio y enfermizamente dulzón—,

flotó en su dirección, más fuerte que antes. Se preguntó cuándo es que se tropezaría con los cuerpos. Sabía que tan sólo era cuestión de tiempo.

Un amplio corredor en forma curva, se prolongaba en su camino. Por el ángulo del arco, asumió que el corredor formaba un círculo completo, y al final regresaba sobre sí mismo.

Colocando su mano libre sobre el bláster, y sintiéndose tan tenso como un muelle en espiral, se dirigió hacia la izquierda. Marcas de disparos de bláster atravesaban las blancas paredes de duracreto, aquí y allá. La sangre salpicaba las paredes. En conjunto, las marcas chamuscadas y la sangre, se veían como alguna clase de antigua e indescifrable escritura, pictograma de los violentos episodios que habían tenido lugar allí. Nuevamente, encontró piezas diseminadas de armaduras de soldados de asalto, recordatorio de la carnicería que se había desatado. Nuevamente, no logró encontrar ninguno de los cuerpos.

A ciertos intervalos, se encontraba con puertas dobles a lo largo de la pared interior. Todas estaban cerradas, y habrían requerido un lector de tarjetas para poder ingresar, pero los lectores habían sido destruidos ya sea por los disparos de los bláster, o por los sables de luz.

Deseando comprender la distribución del complejo, evitó abrir alguna de las puertas, hasta que hubiese recorrido todo el corredor. Como había sospechado, se trataba de un círculo. Cada par de puertas dobles, estaba en el lugar opuesto a un nuevo par de puertas. Trazando una línea entre ellas, se obtendría una bisectriz perfecta del círculo circundado por el corredor, otro ejemplo del fetichismo imperial por las cosas simétricas.

Caminó hasta el par más cercano de puertas metálicas dobles. Además del lector de tarjetas destrozado, las puertas también estaban provistas de una cerradura y una barra de uso manual. La barra, una vara de aleación de titanio, yacía sobre el piso, cerca de las puertas, retorcida.

Lo que fuera que estuviese detrás de esas puertas, los doctores no habían querido que lograse escapar.

Pero no habían logrado impedirlo, y se había producido la masacre de todas las personas que se encontraban en las instalaciones.

Jaden colocó una mano sobre la cerradura, consciente de cuán frío se sentía el metal en medio de su palma, y empezó a abrirla.

Un estrecho corredor se extendía en línea recta unos diez metros, antes de finalizar en otra puerta metálica. Por encima de ella, estaba escrito:

CUBIERTA DE OBSERVACIÓN

Pasadizos y habitaciones se abrían a cada uno de los lados del corredor, y Jaden les echó una somera mirada al pasar, unas pocas oficinas con sillas y escritorios volcados, dispersas hojas de plastifino desparramadas sobre el piso, computadoras destrozadas y cristales de datos diseminados por todos lados, un salón de conferencias con las sillas derribadas, la mesa de conferencias rebanada por un sable de luz. Como una singularidad, una pantalla de video montada sobre la pared, presentaba un agujero de quemadura en su

mismo centro. Asumió que se encontraría con algún laboratorio en algún sitio, pero no se detuvo a buscarlo. Sus pies lo llevaban por voluntad propia, a la puerta que conducía a la cubierta de observación.

Una vasija medio llena de café, descansaba sobre el piso en la esquina de una de las oficinas; de alguna manera, había conseguido no ser afectada por el caos que había imperado allí. Además, algunas tazas de café se veían desparramadas sobre el piso, por aquí y por allá, todos restos de una interacción y actividades ordinarias.

Sus ojos captaron una imagen inesperada, haciendo que se detuviese, mientras se quedaba contemplándola.

Colocado por encima de un escritorio volcado, se encontraba un único zapato, el zapato de una mujer, manchado de color marrón por una capa de sangre seca, y todavía envuelto por una esteri-pantufla amarillenta por el tiempo transcurrido, de la misma clase de la que solían utilizar los técnicos de laboratorio.

La escena pulsó una tecla visceral en el interior de Jaden, provocándole repulsión. Algo o alguien debía haber *colocado* de manera consciente, el ensangrentado zapato en ese lugar, como si su presencia exactamente en ese lugar, fuese algo importante, como si fuese una especia de trofeo, como si el hacerlo, tuviese alguna clase de sentido definido.

Se sintió impactado porque por fin había logrado comprender algo. Estaba contemplando la propia locura encarnada.

La cabeza de la Dra. Gray, el cabello esparcido sobre el piso, el zapato, todos eran actos de unas mentalidades trastornadas.

Los clones se habían vuelto locos. Quizás habían sido incapaces de reconciliar ambos polos de su origen, Jedi y Sith. Quizás un paso en falso a lo largo del sendero aguzado como el filo de una espada que solían transitar los iniciados en la Fuerza, los había conducido no hacia el Lado Oscuro, sino a una progresión hacia la locura.

El cerebro de Jaden se enfocó en Khedryn, en las historias que había escuchado con respecto al fracaso del Proyecto «Vuelo de Expansión». El Maestro C'baoth se había vuelto loco, y sus acciones habían provocado una gran cantidad de muertes.

Jaden empezó a temer que le estuviera ocurriendo lo mismo; sentía que había un abismo a ambos lados de su sendero. Aun así, no podía quedarse allí, sin hacer nada. Ansiaba escapar de la incertidumbre, de la misma forma en que un hombre que estaba ahogándose, ansiaba conseguir aire. Sacó su comlink del modo silencioso, y la estática crujió fuertemente a su alrededor.

—Khedryn —susurró, sabiendo que hacerlo era algo inútil, pero deseando poder decir algo en voz alta, escuchar un sonido humano para romper el silencio fúnebre de unas instalaciones que se sentían como si fueran una cripta.

Un clang metálico en algún lugar por delante de él, hizo que se pusiera tenso. Moviéndose muy despacio, nuevamente colocó su comlink en modo silencioso, y se aproximó a la puerta que conducía a la cubierta de observación. Se detuvo delante de ella por un momento, mientras su sable de luz siseaba en una de sus manos, mientras que la

otra continuaba reposando sobre su bláster, pero el sonido no volvió a repetirse. Hizo abrir la puerta, agachándose para reducir su silueta.

Una gran cámara de forma redondeada se abrió ante sus ojos. Las luces suspendidas del elevado techo, habían sido destrozadas, sus restos parecían una alfombra de hielo desmenuzado sobre el piso, por lo que hizo resplandecer su vara luminosa alrededor de toda la habitación. Debía tener unos buenos cien metros de diámetro. Unas torres de consolas de computadoras que se levantaban hasta la altura de la cintura, se elevaban desde el piso como si se tratase de estalagmitas, cada una de ellas como si fuese un escalofriante recordatorio de la torre de comunicaciones que radiaba hacia el espacio exterior en busca de ayuda.

Dio un paso hacia la parte interna, y la consistencia del piso hizo que se sintiera extraño. Se agachó e hizo resplandecer su vara luminosa directamente sobre él.

Se trataba de transpari-acero, polarizado de la misma manera en que el ventanal de la carlinga del *Junker*, podía oscurecerse cuando la nave ingresaba al hiperespacio. Además se dio cuenta de la presencia de una celosía compuesta por delicados filamentos capilares que corrían a través del piso, cabello dejado allí con un propósito desconocido. Se arrodilló y observó a través del transpari-acero; tan sólo podía imaginarse las formas fantasmales que recorrían el ambiente inferior, pero no había nada distintivo.

En el extremo distal del ambiente, observó el sombrío agujero del abierto foso de un ascensor, con la puerta medio cerrada, un ojo congelado en el acto de terminar de cerrarse.

Se levantó, y caminó hacia una de las consolas de computadoras. La interfaz era intuitiva, y controlaba la iluminación del ambiente en el que se encontraba, así como el brillo, la temperatura, y el ruido en las habitaciones que eran visibles a través del piso. Encendió el contacto que proveía de energía a las habitaciones de abajo, esperando que las luces no funcionaran. Pero funcionaron, iluminándolo todo con el equivalente a la luz de una pecera. Oprimió otra tecla para eliminar el efecto de polarizado sobre el piso.

La cubierta de observación se veía como un sub-complejo de cuartos individuales que —según presumía Jaden—, debían haber sido las habitaciones en las que vivían los clones. Algunos pasadizos derivaban desde un ambiente central para reuniones, y un comedor adjunto. Dos juego de dejarik[46] se encontraban por encima de la mesa en el ambiente de reuniones, mientras las estáticas criaturas holográficas permanecían unas frente a otras en medio del campo de batalla, sin que el juego hubiese llegado a finalizar. Las sillas en ambas habitaciones, habían sido empujadas cuidadosamente por debajo de la mesa. Los platos y los utensilios de comida, se encontraban colocados en pilas ordenadas por encima del mostrador de servicio, en medio de todo aquel caos imperante. A diferencia del resto de las instalaciones, todo en las habitaciones de los clones, se

[46] Dejarik: también conocido como vrax, era jun entretenido juego holográfico parecido al ajedrez, muy común en los largos y aburridos viajes estelares. Se originó como un juego Jedi, pero se volvió muy popular con el paso del tiempo. N. del T.

encontraba ordenado, limpio, e invariablemente era de color blanco, crema, o de algún tono de gris claro.

—Ratas womp metidas en medio de un laberinto —murmuró.

Jaden dio algunos pasos por la cámara de observación, lentamente, contemplando las habitaciones que estaban debajo de sus pies, memorizándolas como si estuviera caminando a través de ellas mismas. Los pasillos conducían a habitaciones personales escasamente amobladas, nueve en total. Cada una de ellas contenía una cama, un escritorio, dos sillas, y algunos libros antiguos hechos a la vieja usanza de impresión.

Él no había visto un libro verdadero en mucho tiempo, y se sintió intrigado por su presencia allí —un único cristal de datos podía contener una biblioteca entera de información, y esencialmente no ocupar espacio en absoluto— hasta que recordó las palabras del Dr. Black en la holo-grabación.

Los doctores les habían suministrado a los clones, libros impresos, de tal manera que no pudieran tener datapads a partir de los cuales pudieran escamotear algunos componentes electrónicos. De hecho, Jaden se dio cuenta por primera vez, que no había computadoras de ninguna clase en las habitaciones de los clones. Sin embargo, de algún modo, se las habían ingeniado para construir sables de luz.

Continuó su recorrido, percibiendo pequeñas afirmaciones de individualidad en cada una de las habitaciones personales, una planta en una maceta, muerta hacía tiempo, una interesante escultura en arcilla de una mano humana, una repisa en la cual descansaban cuatro botellas de color verde, cuyo tono contrastaba con los grises y blancos del complejo.

Al detenerse sobre la última de las habitaciones, se quedó congelado, al tiempo que los pelos de su nuca empezaban a erizarse. Algunas palabras estaban escritas en el techo, lo que era lo mismo, en el suelo que estaba pisando Jaden. Estaban en *básico* y subrayadas, y eran las irregulares letras hechas de color marrón seco, proveniente de sangre antigua.

¡Dejen de estarnos mirando!

De improviso, Jaden se sintió culpable por caminar sobre las huellas que habían dejado los doctores. Se imaginó a los clones viviendo en aquellas habitaciones, día tras día, mientras los pies de los dioses que los habían creado, caminaban sobre su techo. No había privacidad de ninguna clase, no tenían libertad. No era de extrañar que se hubieran vuelto tan hostiles. Las gruesas paredes de dura-acero que encasillaban la zona asignada a los clones, bien pudieran haber sido barrotes. A pesar de lo que les hubieran hecho a las demás personas que se encontraban en el complejo, Jaden no pudo evitar compadecerse de ellos.

Caminó hasta la consola más cercana, y apagó las luces. Las habitaciones que estaban por debajo, quedaron sumidas en la oscuridad. A le mente le vino el pensamiento de que sería mejor que permanecieran de esa forma.

En algún lugar de abajo, en el foso del ascensor, una lata o algún tipo de barril metálico, cayó sobre el piso, rodó por encima de una superficie dura, y quedó tintineando por un momento.

Sorprendido, Jaden hizo resplandecer su varilla luminosa por todo el ambiente. La luz penetró la oscuridad, pero no logró iluminar nada. Sus dedos empezaron a calentarse, a medida que delicadas prolongaciones de rayos de la Fuerza de color azul, iban serpenteando desde los pulpejos de sus dedos, y se enroscaban alrededor de la varilla luminosa.

Intentó apaciguar su mente, se abrió a la Fuerza, e intentó calmarse. Se recordó a sí mismo que los clones habían sido prisioneros, víctimas. Expandió su conciencia a través de la Fuerza, en busca de algún otro iniciado en la Fuerza en los alrededores, pero no encontró nada.

—Estoy aquí para ayudarlos —dijo en voz alta, mientras su voz despertaba ecos por toda la enorme cámara, contestando con su propia versión, la llamada de auxilio.

Ayúdennos, ayúdennos…

No obtuvo ninguna respuesta.

Se deslizó hacia las abiertas puertas del ascensor, con el sable de luz preparado. El panel de control había sido destrozado. Un hedor sepulcral emanaba de las puertas, como si fueran las fumarolas de algún olvidado infierno. Cubriéndose la nariz con el antebrazo, hizo resplandecer su varilla luminosa por el foso del ascensor. Tenía una caída de unos treinta metros. La cabina del ascensor estaba asentada sobre la parte inferior, y su interior era visible a través de un gran agujero rectangular en su techo. Supuso que un sable de luz era lo que había abierto ese agujero.

Permaneció contemplando el vacío por un largo momento, oliendo la muerte, escuchando el único sonido de los latidos de su corazón. Tendría que ir hacia abajo. Algunos peldaños metálicos atravesaban la pared más cercana del foso del ascensor, pero no se molestó ni siquiera en mirarlos.

Confiando en la Fuerza, fijó su mirada en la parte superior del ascensor, y realizó el salto. La Fuerza amortiguó el impacto, y cayó agachado sobre el ascensor. Sin detenerse ni un instante, deslizó su cuerpo a través del agujero del techo, hacia la cabina del ascensor, con el sable de luz en la mano.

El olor a muerte era cada vez más fuerte. Iba a gritar nuevamente que estaba allí para ayudar, pero se lo pensó mejor.

Su varilla de luz iluminó un largo y estrecho corredor que iba descendiendo progresivamente. El aire se sentía húmedo, embebido de putrefacción. Largas y gruesas franjas de sangre seca, manchaban el piso de duracreto. Jaden siguió las franjas, como si se tratase de un rastro de migajas de pan.

Todas ellas conducían a una amplia escalinata que caía otros diez metros. Una gran compuerta de metal se encontraba en su parte inferior. Bajó de costado, con la espalda apoyada contra una de las paredes. Una lectora de tarjetas se encontraba en la pared al

costado de la compuerta, con sus cables y circuitos colgando sueltos como si se tratase de las tripas de algún animal.

Veinte o treinta cascos de soldados de asalto yacían sobre el piso, a cada lado de la compuerta, apilados en forma de una burda pirámide. Algunos de ellos todavía tenían la cabeza de su propietario en su interior: Jaden pudo observar sus muertos ojos detrás de algunos de los lentes.

La escena le hacía recordar a Jaden, el escenario preparado para llevar a cabo una ofrenda.

Dibujadas sobre la pared que estaba encima de la compuerta, se encontraban las palabras:

A PARTIR DE ESTE PUNTO, SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

Cruzando la compuerta, escrito con unos enormes garabatos diagonales de sangre seca, se veían cuatro palabras. Jaden sintió un escalofrío después de leerlas.

La madre está hambrienta.

Jaden se quedó contemplando la compuerta por un largo momento, clavado sobre el último escalón. El empezar a moverse le parecía como tener que dar un paso fatídico, como el verse obligado a realizar un acto portentoso. Manteniéndose sobre el mismo lugar, nuevamente se expandió por medio de la Fuerza, buscando la presencia de otros iniciados en la Fuerza que pudieran estar cerca.

Habiendo hecho contacto casi de manera inmediata, sus facciones hicieron un gesto de desagrado frente al amargo culatazo ocasionado por el toque de un iniciado en el Lado Oscuro, pero no era tan sólo un iniciado puro en la Lado Oscuro. Jaden percibió el Lado Oscuro como si estuviese adulterado con… algo más, de la misma forma que su propia presencia de iniciado en el Lado Luminoso, estaba siendo adulterada con… algo más.

El ser un ente sintiente, nos impone la maldición de querer categorizarlo todo.

Bajó la mirada a su mano, como si fuese una entidad apartada de su cuerpo, una parte de él que hubiese traicionado al resto, y por ende, corrompido a todas las demás. Diminutas flamas de rayos de la Fuerza se enroscaban alrededor de la varilla luminosa, retorciéndose como si se tratara de serpientes vivas.

La atención del iniciado en la Fuerza que se encontraba al otro lado de la compuerta, estaba completamente fija en él. Su toque mental se sentía tan nauseabundo como el aire, igual de corrompido por la putrefacción.

Bajó del último escalón, decidido a abrir la compuerta.

CAPÍTULO XV

El hedor fue lo primero que lo golpeó, el olor a una vieja podredumbre. Estaciones de computadoras se encontraban alineadas a lo largo de la enorme cámara de forma rectangular. Múltiples pantallas de lecturas en blanco, adornaban las paredes, aquí y allá. Cables sueltos colgaban de todos sitios, las entrañas de la ciencia.

Un agujero había sido abierto en el centro de la habitación, un círculo perfecto de varios metros de diámetro, como si se tratase de la garganta de alguna bestia gigantesca. Algunos dispositivos colgaban de sus soportes por encima del agujero. Jaden reconoció los aparatos de manera inmediata: un cilindro de clonación Spaarti[47].

—Has venido a rendir tu homenaje a la Madre —exclamó una voz, una versión burda y reseca de la voz de Kam Solusar.

Una figura dio un paso al frente desde la oscuridad imperante en el extremo más alejado de la cámara. Un poblado cabello de color blanco —del color del cabello del Maestro Solusar—, colgaba suelto hasta casi la cintura del clon. La mayoría de sus caracteres también le recordaban a Jaden al Maestro Kam —su frente amplia, sus mejillas anguladas—, pero no sus ojos. Los ojos del clon eran tan oscuros y tan carentes de vida, como depósitos de agua estancada.

—Kam Solusar —dijo Jaden, sin poder contener las palabras que terminaron por escaparse antes de que pudiera pensarlo.

El clon hizo un gesto de desprecio, y al hacerlo, sus expresiones perdieron cualquier similitud con las del Maestro Solusar, quien tan a menudo se expresaba con una sonrisa.

—No reconozco ese nombre —dijo el clon—. Yo soy Alfa.

Alfa estaba vestido con algunos atuendos que no combinaban: vestimentas rescatadas de las instalaciones, pedazos de armaduras de soldados de asalto sobre ambos hombros, antebrazos y manos, y una capa hecha a mano a partir de la piel de alguna criatura que debía haber vivido bajo el hielo en los mares de la luna. Por medio de los movimientos del clon, Jaden percibió el indicio de un salvajismo bajo un fuerte control físicamente impuesto Se veía más alto que Kam, y más, en *aquel lugar*…

Jaden se aclaró la garganta, y dio un paso hacia adelante. Decidió bajar su sable de luz, pero no lo desactivó.

—He venido aquí para… ayudarles.

El clon mantuvo su expresión de desprecio.

—Nosotros no requerimos de tu ayuda. Tan sólo necesitamos la nave que te ha traído hasta aquí.

—¿Nosotros?

—¿Eres un Jedi o un Sith?

---

[47] Cilindros de clonación Spaarti: dispositivos empleados para la creación de ejércitos personales de clones por individuos ricos y/o lo suficientemente bien relacionados como para poder adquirirlos. El crear clones a partir de los cilindros Spaarti, era la forma más rápida conocida de poder desarrollarlos. N. del T.

Jaden dio medio paso hacia un costado, como si haciéndolo, pudiera evitar la fea implicancia de la pregunta. Llegó hasta el borde del cilindro de clonación, e hizo una mueca cuando vio lo que contenía en su interior.

Los cuerpos yacían apilados en un grotesco amontonamiento, una maraña de extremidades, torsos, cabezas y ropas hechas jirones, en avanzado estado de descomposición, los putrefactos desechos de una carnicería. Algunas cuencas oculares vacías miraban a Jaden. Labios deteriorados por el tiempo, mostraban unos dientes desnudos como haciendo gruñidos.

—Hermoso, ¿no es verdad? —le preguntó el clon de Kam—. La Madre está en donde la vida empieza y también donde termina.

El hedor provocó que los ojos de Jaden se humedecieran. Supo que casi todas las personas que habían sido destacadas a aquellas instalaciones, habían terminado en el cilindro, en el interior de la Madre.

Intentando luchar contra la sensación de disgusto que lo abrumaba, preguntó:

—¿Cuántos de ustedes quedan? ¿Cuántos lograron sobrevivir?

—¿Cuántos de ellos…? —dijo el clon, y una evidente malicia se asomó a sus ojos sin vida—. ¿O de nosotros?

El clon dio un paso para colocarse al lado de la Madre, y empezó a circundar el borde del cilindro, en dirección hacia Jaden.

De manera instintiva, Jaden empezó a recorrer la circunferencia en la misma dirección, alejándose del clon, mientras ambos parecían caminar sobre la superficie de un chrono, haciendo que el tiempo se deslizase bajo las sombras de lo inevitable.

El clon hizo un gesto hacia el cilindro, una reverencia irreal que dulcificó la expresión de sus facciones.

—Regresamos aquí de tiempo en tiempo para agradecerle a la Madre por nuestras vidas. Ella puede crear la vida a partir de la raíz de un cabello, me dijo alguna vez el Dr. Green. Usted tenía razón, Dr. Green —dijo, dirigiéndose a uno de los cadáveres.

Jaden sintió que se encontraba en una situación comprometida. Una mayor cantidad de ellos podrían aparecer en cualquier momento. Se proyectó a través de la Fuerza. No logró percibir a nadie más, pero posiblemente ellos podrían ser capaces de enmascarar sus presencias.

Continuaron dando vueltas, pero empezaron a acelerar el paso. Jaden sabía lo que estaba por llegar, pero deseaba postergarlo, inconforme por el hecho de que todo lo que había llegado a soportar, todo lo que les había pedido a los demás que soportasen, había dado como resultado, el llevarlos a un lugar que no le ofrecía ninguna clase de respuesta. La existencia de los clones no le había revelado nada. El clon de Kam estaba loco. Quizás todos lo estuvieran. Quizás también él mismo lo estaba.

—¿Por qué continúas apartándote de mí? —le preguntó el clon de Kam.

—Es que no tiene porqué terminar de esta manera.

—Así debe ser —dijo el clon, mientras su mano derecha empezaba a crisparse—. La Madre está hambrienta.

Jaden detuvo su marcha, y su abrupta detención pareció tomar por sorpresa al clon.

—No puedo ayudarte —musitó.

—Sí que puedes —dijo el clon, deteniéndose a su vez—. Y lo harás. Vas a entregarnos tu nave.

—No.

Desde debajo de su capa, el clon extrajo su sable de luz, y lo encendió. Una larga hoja inestable de color rojo, cortó las sombras, escupiendo chispazos enfadados.

La expresión facial del clon se deshacía como la cera de una vela, al tiempo que las llamas de su furia derretían la calmada máscara de sus rasgos, revelando el salvajismo anidado en su interior. Con los ojos contraídos, y los dientes apretados, dejó escapar un gruñido… y en aquel sonido, Jaden logró escuchar la violenta naturaleza de un ser que había masacrado cientos de personas, y tirado sus cuerpos a una cámara de clonación convertida en una fosa común.

—¡La Madre está hambrienta!

Jaden se preparó para el ataque, aferrado a la calma que le proporcionaba la Fuerza.

El clon corrió en una de las direcciones alrededor de la fosa común, y Jaden corrió en la opuesta. Se encontraron después de quince pasos, todavía al borde la Madre, con ambos sables de luz zumbando. Jaden se agachó para pasar por debajo del mandoble decapitante del clon, e intentó apuñalar su abdomen.

El clon retrocedió hacia atrás, balanceándose sobre el borde de la fosa, y cargó nuevamente contra Jaden. Hizo una finta baja, y luego liberó una descarga violenta, luego otra y otra más. Jaden las bloqueó todas, pero los golpes empezaron a entumecer sus brazos. Dejó que la Fuerza aliviara sus músculos, y aumentara su fortaleza, y contestó con una andanada de golpes por su parte.

El clon no le dio tregua, pero Jaden no pudo penetrar sus defensas. Sus mandobles se entrecruzaban a la altura del pecho, sus armas siseaban y las chispas desprendidas de la hoja del clon, abrieron marcas chamuscadas sobre el traje de Jaden. El clon gruñó, empujó a Jaden dos metros hacia atrás, y arremetió en su búsqueda.

Jaden saltó por encima de su cabeza, haciendo una voltereta, al tiempo que su hoja lanzaba un mandoble hacia abajo, al mismo tiempo que volaba sobre el clon, pero éste logró contener el ataque. Jaden aterrizó justo al borde la fosa, y ya el clon estaba encima de él, haciendo que levantara su sable de luz, y al mismo tiempo, alojando una patada potenciada por la Fuerza, en medio de su pecho. Sus costillas crujieron, y Jaden vaciló, retrocediendo.

Acto seguido, el clon saltó hacia adelante, y lanzó un tajo a la altura de las rodillas de Jaden. Jaden saltó por encima de la hoja, y empleó un regate para desviar la hoja del clon sobre la cubierta, en donde desencadenó una lluvia de chispas. Jaden giró completamente, y lanzó un golpe de reversa angulado, buscando la cabeza del clon.

El clon se lanzó hacia atrás, pero la punta de la hoja de Jaden, abrió un tajo en su garganta. Tambaleándose, jadeando, el clon se revolvió salvajemente con su sable de luz, al tiempo que liberaba un estallido telequinético en contra del pecho de Jaden.

Jaden empleó la Fuerza para amortiguar el estallido, pero sus costillas rotas rozaron unas contra otras, y dejó escapar un quejido por el dolor. Para ese momento, el clon ya se había recuperado lo suficiente como para lanzarse a la carga. Lo atacó desde arriba, por debajo, por todo lo alto, con golpes cruzados; Jaden desviaba los ataques, mientras iba retrocediendo. El clon no contuvo sus ataques, presionando cada vez más, y más rápido, a Jaden. Éste contestaba los golpes a medida que podía, pero la hoja del arma del clon, parecía estar en todos lados. Jaden paraba los golpes a izquierda, a derecha, una vez, otra vez, hasta que sintió la aguda sensación de una punzada, y tanto su sable de luz, como tres de sus dedos, salieron volando hacia la oscuridad.

Una patada lateral del clon terminó por aplastar sus costillas ya rotas, y lo lanzó al interior de la Madre. Se vio en medio de los cadáveres, nadando en la sanguinolenta masa informe, sintiendo como si unas manos muertas estuvieran aferrándolo. Una fétida rezumación líquida, empezó a embeberlo. Antes de que pudiera sentarse, el clon saltó en la fosa tras él, y aterrizó de pie, con una pierna a cada uno de los lados de Jaden. El Jedi no podía distinguir el rostro del clon de Kam, tan sólo podía ver la resplandeciente línea de su sable de luz de color rojo, mantenido en lo alto, a punto de descargar un golpe mortal. Jaden enfocó su mente en la hoja, a medida que iba descendiendo. Lanzó un brazo hacia adelante, aferró la muñeca del clon, y desvió la hoja hacia un costado.

El clon gruñó producto de la frustración, se arrodilló, y cogió la garganta de Jaden con su mano libre.

—No te resistas. Deberías sentirte honrado de proveer su sustento a la Madre —dijo, al tiempo que empezaba a apretujarle la garganta.

Desesperado, pero todavía aferrado a la muñeca del clon para mantener la siseante roja línea de su sable de luz hacia un costado, Jaden utilizó su lastimada mano derecha para clavarse sobre la sujeción que mantenía el clon sobre su cuello, intentando meter sus dedos remanentes debajo de los del clon, haciendo palanca para poder lograr respirar. No habiendo obtenido resultado alguno, intentó rodar hacia un costado, para cambiar la opresiva posición, y poder conseguir algo de empuje, o para liberar una pierna con la que lanzar una patada; pero la fortaleza del clon, potenciada por la Fuerza, era mayor que la de Jaden.

Jaden se atragantó, intentó soltarse sacudiendo su cabeza, pero no pudo conseguirlo. Sus pulmones clamaban por aire. Incapaz de inhalar oxígeno, empezó a ver manchas negras. El clon gruñó al darse cuenta de que la sujeción de Jaden iba perdiendo fuerza, mientras sus oscuros ojos revelaban una mirada salvaje, y la saliva iba goteando de sus dientes apretados.

Los brazos de Jaden ya no eran más que troncos de madera muerta colgando de sus hombros. A medida que iba perdiendo fuerza, el sable de luz del clon iba acercándose a su garganta. Las chispas desprendidas por la inestable hoja, empezaron a salpicar el rostro y el brazo de Jaden, marcando su piel con diminutas huellas chamuscadas, y liberando pequeños brotes de dolor. Su corazón resonaba en sus orejas. Estaba cayendo. Estaba a punto de morir.

Aquella comprensión despertó algo en las profundidades de las grietas más oscuras de su mente, en donde él solía mantener resguardados algunos secretos, inclusive de su misma persona. Algunos rayos de la Fuerza estallaron desde su mano, estrangulados por la exigencia de las circunstancias. Las azules líneas formaron una espiral alrededor de la mano y el sable de luz del clon.

El clon jadeó por la sorpresa, su sujeción perdió firmeza, y terminó por disiparse. Jaden engulló una bocanada de aire, mientras la Oscuridad que habitaba en su interior empezaba a hacerse más intensa, y el estallido de rayos de la Fuerza se hacía cada vez más destructivo. Jaden sabía que el miedo había liberado la parte más oscura de sí mismo, y también sabía que podría desencadenar esa parte, rendirse a ella, y salvar su cuerpo, mientras a la vez, iba destruyéndose a sí mismo.

Pero pensó en Kyle, en su entrenamiento, en Relin, y se negó a seguir el impulso. Los rayos de la Fuerza terminaron por extinguirse.

El clon se recuperó, gruñó, y levantó su sable de luz.

Jaden rebuscó en sus espaldas, extrajo el sable de luz que había construido en su juventud, en su ignorante juventud, un sable de luz que no era demasiado diferente del que era sostenido por las manos del clon.

El clon se lanzó hacia adelante.

Jaden encendió su sable de luz y dirigió la punta a través del abdomen del clon.

El rugido del clon se transformó en un gruñido, pero su impulso había hecho que la hoja de Jaden lo atravesara por completo; al tiempo que la muerte iba haciendo que sus ojos se pusieran vidriosos, logró completar su golpe por encima de la cabeza de Jaden.

La resplandeciente hoja de color rojo, destazó los cuerpos que estaban por encima de la cabeza de Jaden, y cayó de la mano sin fuerzas del clon. Quedó tendida allí, una roja línea escupiendo chispas. No tenía un control de apagado automático, y su energía quemó los cadáveres, y abriendo un sendero en medio de la inmundicia. Jaden contempló su rojo torbellino durante un prolongado momento, mientras los muertos ojos del clon, permanecían fijos en su rostro todo el tiempo.

Finalmente, Jaden desactivó su sable de luz, y el cuerpo del clon cayó sobre su persona. Empujó el cadáver hacia un costado. Gruñendo por el dolor, se inclinó y recogió el sable de luz del clon, y lo sostuvo al lado de su propia hoja de color púrpura lo mejor que pudo con su mano lastimada.

Una línea de color rojo, y una línea de color púrpura, dos líneas, dos decisiones.

Desactivó ambas armas, y lentamente, se puso de pie. El agotamiento hacía que su cuerpo estuviera estremeciéndose. El dolor hacía que su visión estuviese borrosa. Cojeando, se aproximó hasta el borde del cilindro de clonación, hacia la Madre.

Los cráneos disecados y las vacías cuencas oculares parecían ser testigos de su travesía. Las abiertas bocas parecían querer gritarle que cayera junto con ellos, que se uniera a todos ellos. El hedor hizo que dejara escapar una mueca de desagrado. Al menos, él pensaba que se trataba del hedor.

Haciendo un esfuerzo sobre-humano, gruñendo producto del dolor, empezó a salir de la fosa.

Cuando llegó hasta la parte superior, se volvió y contempló una vez más la caótica masa de cuerpos amontonados, todos ellos retorcidos en medio de una masa informe, como si hubiera sido congelada en la lucha de los cuerpos por moverse los unos sobre los otros, queriendo prevalecer sobre los demás, o quizás, tan sólo como si hubiesen sido comprimidos formando una masa común, en donde su lucha, era algo que ya no importaba. Pensó que todo ello debía tratarse de una metáfora, o e algo similar, pero su afiebrada mente acongojada por el dolor —y la fatiga—, no le permitía decidirse por ninguna de ellas.

Había empezado a pensar en dejar caer el sable de luz del clon de regreso hacia la masa de carne que se encontraba en la parte inferior de la fosa, pero decidió que mejor sería conservarlo; insertó su empuñadura en su cinturón, se dio la vuelta, y se encontró mirando directamente a los ojos de un anzat. La sorpresa casi hizo que diera un paso atrás, y cayera nuevamente en medio de la fosa.

* * *

Envuelto por el silencio de la bahía de carga, sumergido en medio del poder del lignan, Relin se sentía consumido por sus propios fracasos cometidos a lo largo de su vida. Le había fallado a Saes, le había fallado a Drev, le había fallado a la Orden. Incluso le había fallado a Marr, incitando su despertar en la Fuerza, de tal manera, que su primera experiencia con ella, había sido el toque pervertido del lignan.

Su ira, que ya se había transformado en furia, llegó hasta el nivel del odio. Pero no lo rechazó; al contrario, decidió albergarlo con agrado. La proximidad del lignan intensificaba sus sensaciones.

Su mundo había quedado reducido a tan sólo tres cosas, él mismo, su odio, y el objeto de su odio, Saes. Su vida no había sido nada más que una serie de fracasos. Y ahora intentaría darle un mejor final, rectificando el peor de todos ellos: Saes.

El zumbido del ascensor de la bahía de carga, penetró en el interior de la neblina que turbaba su estado emocional. Se puso de pie, con el sable de luz en la mano, con el lignan empapando todo su ser, y decidió aguardar. Escuchó el sonido de la apertura de las puertas del ascensor, escuchó la resonancia de las botas sobre el piso de la bahía de carga, y a través de la Fuerza, sintió la presencia de Saes, el agujero negro en medio del cual Relin había desperdiciado su vida más temprana. Las cajas de carga apiladas, impedían que Saes apareciera ante sus ojos, pero Relin sabía que él se encontraba allí.

La voz de Saes llegaba desde algún lugar situado por detrás de los contenedores.

—Tu ira me complace. Tu pequeño trabajo manual en el ascensor, habría ganado la admiración del más salvaje de mis massassi. Bien hecho, Maestro.

La última palabra golpeó a Relin como si se tratara de un puño sobre su estómago, y supo que eso era exactamente lo que pretendía hacer Saes.

—Yo no soy tu Maestro.

—No, pero tú me enseñaste todo lo que sé. Quizás no de la forma en que era tu intención, pero es a ti a quien debo mi propia liberación de la esclavitud del Lado Luminoso.

Po medio de la Fuerza, Relin intentó definir la localización de Saes. Realizando un salto potenciado con el poder de la Fuerza, aterrizó sobre la parte superior de uno de ellos contenedores de almacenamiento. Aquella ventaja le permitió obtener una mejor perspectiva de la bahía de carga. Por encima del laberinto de los contenedores, observó que las puertas del ascensor se cerraban. Pero no logró divisar a Saes.

—Muéstrate ante mí —le dijo—. Deja que termine todo esto.

Las luces superiores parpadearon, y terminaron por apagarse, sumiendo a toda la bahía de carga en medio de las sombras.

La voz de Saes llegó desde detrás de él.

—¿Acaso sabes qué es lo que pasó, Relin? ¿Sabes en dónde estamos? ¿Y en *qué época* estamos?

Relin se dio vuelta hacia el sonido de la voz, y su cuerpo se retorció.

—Lo sé. Y no me importa. Nada de eso importa ahora.

—¿Porque tu padawan terminó muerto?

La rabia hizo que las mandíbulas de Relin se contrajeran tan fuertemente, que sus dientes empezaron a dolerle de manera intensa.

Saes dejó escapar una risa sardónica.

—Tu ira corre libremente, no cuando se trata de tu padawan, sino, cuando se trata de mí.

Relin tragó saliva para deshacer el nudo que se había estado formando en su garganta. Aquellas palabras que habían empezado a emerger desde lo más profundo, palabras que él jamás se habría dicho ni siquiera a sí mismo —*tu traición me partió el corazón*—, logró contenerlas detrás de la barricada formada por sus dientes apretados. Ahora lograba darse cuenta de que su descenso había comenzado desde el instante mismo en que la duda había sido sembrada en su persona, luego de que Saes se hubiese convertido hacia el Lado Oscuro. Simplemente, su propia caída había sido más lenta, pero sin embargo, y ultimadamente, inexorable.

—Ven hacia aquí —le dijo—. Es tiempo que finalicemos con todo este asunto.

La voz de Saes llegó desde el costado izquierdo de Relin.

—Todavía no es tarde. Únete a mí. Ésta es una nueva época, un lugar nuevo, perfecto para un nuevo comienzo.

Relin ya estaba sacudiendo la cabeza, pero Saes continuó:

—¿Has considerado que quizás el propósito de la Fuerza, nunca fuera en que tú me salvaras, sino que en lugar de ello, yo *te salvara* a ti? Únete a mí, Relin.

Aquella idea pareció arrastrar a Relin. Se sintió como un barco a la deriva, completamente perdido. Podría unirse a Saes…

—Si no lo haces, tu padawan habrá muerto en vano.

Pero con esas palabras, Saes tan sólo logró atravesar el límite de lo permitido. La furia de Relin estalló como una burbuja, lanzándolo a la acción. Telequinéticamente, se hizo con el control de los contenedores de almacenamiento que estaban cerca del sonido de la voz de Saes, e hizo que se aplastaran entre ellos. El metal se retorció al momento de golpearse; las puertas de los contenedores quedaron abiertas producto del impacto, y una mayor cantidad de mineral de lignan quedó desparramada sobre la cubierta.

Hizo que otro de los contenedores golpeara contra uno de sus vecinos, y luego uno más, y otro más. Se dio cuenta de que estaba gritando, un rugido incoherente de rabia proveniente de una vida que ahora consideraba que había sido desperdiciada en vano. Se contuvo, pues su respiración se había hecho dificultosa.

—¡Muéstrate!

Saes saltó por encima de un contenedor de almacenamiento que estaba en la parte opuesta al contendor sobre el cual estaba parado Relin. Un mar de lignan cubría la cubierta entre ambos, separándolos. Las sombras jugaban sobre las crestas de la máscara de hueso de Saes. Su sable de luz permanecía colgado de su cinturón.

—Hiedes a furia —le dijo Saes—. ¿En dónde está la tranquilidad de la Fuerza de la cual tan a menudo solías hablar? ¿En la placidez del combate? ¿O quizás todo aquello no fue más que una mentira, que mientras más repetías, más creías en ella?

Relin dejó que su ira consumiera su espíritu, permitiendo que lo llenara por completo, y con ese sentimiento se abrió a la Fuerza, dejando que potenciara su fortaleza, y su velocidad.

—Es adictivo, ¿no es verdad? —le dijo Saes—. Me refiero al lignan.

Habiendo dicho esas palabras, Saes levantó su mano, y unos azules rayos de la Fuerza explotaron desde su puño. Relin no hizo el intento por evitar el golpe. En lugar de ello, extrayendo fuerzas del lignan, y avivándolas por medio de su odio, interpuso su sable de luz, absorbiendo los rayos como si se tratara de virutas de hierro corriendo hacia un imán, y luego, hizo que la hoja de su arma diera una vuelta por encima de su cabeza, y arrojó la energía del Lado Oscuro de vuelta hacia Saes. Mayores cantidades del lignan tirado sobre el piso, se encendían a medida que Saes extraía su poder, y absorbía sus propios rayos de la Fuerza, sin demostrar ninguna afectación visible.

Parados en medio de las sombras de la bahía de carga, ambos estudiaban al otro por encima de la capa del lignan.

—Entonces, ¿cómo es que debemos continuar? —le preguntó Saes.

Relin contestó desactivando su sable de luz.

Ya no era un Jedi, ya no más, y no pelearía una lucha con un arma Jedi. Además, tan sólo había una manera de que el combate lograse saciar su furia. Dejó caer su sable de luz sobre las pilas de mineral de lignan que yacían por debajo de su cuerpo.

Saes se dio cuenta de sus intenciones, e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, en señal de reconocimiento. Desprendió su curvado sable de luz de su cinturón, y se lo lanzó a Relin. Flexionó sus dedos provistos de garras, e inhaló profundamente.

—Entonces, así es como será.

Relin dejó escapar un grito, y empleó un salto potenciado por la Fuerza para lanzarse a sí mismo en el aire, en dirección hacia Saes. Contestando con un gruñido, Saes también se lanzó hacia el aire, para ir a su encuentro. Ambos se encontraron a medio camino, colisionando por encima del lignan, ambos rebosantes del Lado Oscuro, más poderosos, más veloces.

Relin hizo que uno de sus brazos se envolviera alrededor de Saes, haciendo que su frente golpease la cara de Saes con ayuda de su otro brazo. La mitad inferior de la máscara de hueso se hizo añicos, sembrando sus fragmentos sobre el lignan. Los dientes inferiores de Saes, desagarraron un agujero irregular en el antebrazo de Relin, antes de que la carne quedara desprendida, y terminara uniéndose a los fragmentos de la máscara que iban cayendo sobre la cubierta.

Saes lanzó algunos tajos con sus garras por encima del rostro de Relin. Éste empleó la Fuerza para resistir el golpe, pero aun así, el ataque abrió surcos irregulares en su frente, y desgarró uno de sus ojos, aunque el escasamente lograba percibir el dolor.

Ambos rodaron juntos, retorciéndose, golpeando, intentando acuchillar al otro con tanta velocidad y con tanta fuerza, que todo aquello se veía borroso incluso para Relin. Cayeron sobre el piso en medio de un amasijo de golpes y patadas. El odio avivaba sus golpes. La sangre salía despedida a chorros, los huesos empezaban a crujir, y el lignan se encendía como brasas de carbón alrededor de ellos, a medida que iban repartiendo sus golpes, el uno sobre el otro.

—Te odio por lo que hiciste —escupió Saes entre sus colmillos.

—Me odias por lo que soy —le contestó Relin.

Rodó para alejarse de Saes, y sus rodillas lograron desprender un estallido telequinético que lanzó a Saes por encima del mineral de lignan, en dirección hacia uno de los contenedores de almacenamiento.

—Pero yo te odio más aún.

Se hizo con el control mental de todo un contenedor de almacenamiento —el mineral de lignan empezó a caer de su puerta abierta sobre el suelo, como si se tratase de gotas de sangre—, lo hizo levitar por encima de la cubierta, y lo dejó caer sobre Saes.

Saes logró atraparlo con su propia sujeción mental, antes de que lo golpeara. Crujiendo, el mineral de lignan cobró vida alrededor de él, y se lo lanzó de regreso hacia Relin.

Relin se zambulló hacia un costado, y el contenedor se estrelló contra otro de los contenedores. Por primera vez, Relin sintió las oleadas de furia controlada que irradiaban procedentes de Saes, una furia que era tan potente como la suya propia. Era raro que Relin nunca hubiera podido percibirla con anterioridad, en todo el tiempo que ambos habían pasado juntos como Maestro y Aprendiz.

Saes se puso de pie, y se colocó al acecho por encima del lignan desparramado por encima del suelo; el mineral iba brillando a medida que él iba avanzando, consumido por su odio.

—¿Piensas que tu odio de pocos días de descubierto, puede compararse con el mío, alimentado a lo largo de décadas? ¿Piensas que tu poder nacido de una ira infantil, puede equipararse al mío? ¡Yo he aguzado el filo de la hoja de mi odio a lo largo de años, esperando por este momento!

Levantó una mano, y una onda de choque concusiva golpeó a Relin como un martillo, lanzándolo por encima del lignan, y haciendo que impactara contra el contenedor de almacenamiento. Sus costillas crujieron, y sus pulmones dejaron escapar un silbido de dolor. Saes continuó acortando la distancia, sus ojos parecían oscuros agujeros detrás de la máscara, mientras su boca permanecía retorcida como símbolo de su odio. Levantó dos de sus dedos, y Relin sintió que la sujeción mental de Saes se cerraba sobre su garganta, y empezaba a comprimirla, ahogando sus sibilancias. Por su parte, Relin contestó también con una estrangulación propia, pero aquello detuvo a Saes por tan sólo un momento, antes de bloquearla con su propio poder.

La visión de Relin empezó a hacerse borrosa. Algunas manchas negras empezaron a aparecer ante sus ojos. Ya no podía ni jadear en busca de aliento.

Saes se detuvo delante de él, cerniéndose sobre su antiguo Maestro, con los ojos en llamas.

Las probóscides de alimentación colgaban de las mejillas del anzat, con sus extremos terminales cubiertos con una repugnante capa de queratina. Por un momento, parecía como si el anzat estuviera flotando libre en medio del aire, desprendido de su propio cuerpo, pero Jaden se dio cuenta de que la criatura portaba un traje mimético, y que se había desprendido de su capucha y de su máscara. El resto de su cuerpo simplemente estaba mimetizado con el fondo de la escena, incluso a aquella distancia tan corta.

Exhausto debido a su lucha con el clon, Jaden levantó sus defensas mentales demasiado tarde como para evitar que el anzat proyectara su mente a través del cerebro de Jaden.

Quédate tranquillo.

Aquellas palabras rebotaron en la mente de Jaden, y hallaron eco en las más antiguas estructuras reptilianas de las partes más profundas de su cerebro. Sus funciones superiores le gritaban que se pusiera en acción, que se defendiera a sí mismo, pero la proyección mental del anzat había logrado introducirse como si se tratara de una sanguijuela en el tronco cerebral de Jaden, congelado sus músculos voluntarios, y encadenando su fuerza de voluntad. Sintió como si estuviese soñando, con su mente atrapada en medio de una pesadilla, y con su cuerpo paralizado, incapaz de reaccionar.

Los ojos del anzat empezaron a resplandecer, así como las fosas nasales de su nariz ligeramente vuelta hacia arriba. Se inclinó para acercarse más, con la cara a tan sólo un centímetro del rostro de Jaden, pero sin llegar a tocarlo, como negándose a sí mismo por un momento, un capricho que hubiese estado anhelando por demasiado tiempo. Los ojos

del anzat empalaron a Jaden. Éste luchó contra el control que el anzat había empezado a ejercer sobre su mente, intentando desalojar la sanguijuela mental, pero su cerebro, exhausto por la batalla que había sostenido con el clon, no conseguía liberarse.

El anzat se percató de su lucha por demás inútil, y sonrió.

—Soy Kell Douro —dijo el anzat, con una voz provista de un acento que Jaden no pudo identificar—. Y tú eres mi salvación, Jaden Korr.

El anzat tomó a Jaden por los hombros, y las extensiones de los apéndices del alienígena, se hicieron borrosos en medio de las fosas nasales de Jaden, mientras sus afiladas puntas empezaban a abrirse paso por los sensibles tejidos nasales. El dolor estalló en su mente, despertando una agónica lluvia de sensaciones justo en frente de sus ojos, pero ni siquiera así logró empezar a moverse.

Kell inhaló profundamente, mientras dirigía sus probóscides alimentadoras a través de los resbaladizos túneles de vasos sanguíneos de las fosas nasales de Jaden. Se encogía de hombros cada vez que desgarraban una membrana, o cortaban un tejido. Las líneas de sus *daen nosi* revoloteaban alrededor de ellos, con movimientos rápidos, caóticos, un reflejo de la propia excitación que estaba sintiendo Kell. Ambos se entremezclaban tan íntimamente, que hasta él tenía problemas para distinguir el plateado de sus propias líneas, del rojo y del verde que denotaban los posibles futuros de Jaden. Sus piernas empezaron a temblar frente al simple hecho de pensar en consumir aquella sopa de Jedi, de llegar a comprender finalmente —después de siglos de búsqueda—, el diagrama completo del universo, y su propósito en medio de él.

Observó sus líneas entremezclarse con las de Jaden, las vio estrangularlas, borrar cualquier futuro que el Jedi hubiese podido tener. Sus probóscides alimentadoras atravesaron una membrana, y se revolvieron en búsqueda del cerebro del Jedi, de su sopa. El cuerpo de Jaden empezó a estremecerse.

Kell contemplaba los *daen nosi*, esperando ver el final de los rojos y verdes de Jaden, sobrecogidos por la plateada red del futuro de Kell.

En lugar de ello, observó cómo las líneas de Jaden empezaban a hacerse más fuertes, vio cómo sus propias líneas empezaban a anudarse, y empezaban a ser consumidas por las opacas hebras grises de otro remolino. Los tres conjuntos de líneas empezaron a resolverse en un patrón cada vez más notorio. Detrás de aquel patrón, en medio de aquel patrón, Kell distinguió el significado de la vida, su real propósito.

El cañón de un bláster se alojó en una de sus sienes. Tan sólo logró sentirlo de manera distante, burda.

—Gracias —dijo simplemente.

Al inicio, Jaden pensaba que no estaba mirando claramente, que quizás, su mente se había retraído a vagabundear por el mundo de los sueños, mientras él iba agonizando. Observó a Khedryn materializarse al lado del anzat. Algo de sangre goteaba de la destrozada nariz de Khedryn, y sus ojos estaban tan hinchados, que Jaden estaba sorprendido de que aún pudiera ver algo. Tenía el BlasTech E-11 entre sus manos, el bláster que habían dejado en la armería de las barracas. Tenía su cañón apuntado contra la cabeza del anzat.

Las probóscides alimentadoras del anzat empezaron a retraerse de la nariz de Jaden.

—¿Gracias? —dijo Khedryn, mientras el estrés que sentía, hacía que su voz se elevara una octava más de lo normal—. Que te fraggeen[48].

Oprimió el gatillo, y convirtió la cabeza del anzat en una fina neblina de color rojo. El cuerpo del anzat se desplomó sobre el piso, y la sangre empezó a emanar de su cuello decapitado. Los apéndices alimentadores, cercenados de la cabeza vaporizada por completo, aún permanecían colgados de la nariz de Jaden. Éste se encorvó, y se tambaleó. Khedryn lo contuvo.

— ¿Te encuentras bien? ¿Jaden?

La voz de Khedryn se escuchaba desde muy, muy lejos. Pero estaba acercándose cada vez más, y Jaden empezaba a volver a sí mismo.

—Estoy bien —le dijo a Khedryn—. Gracias.

Khedryn sonrió.

—Ése es un «gracias» que pienso aceptar.

Haciendo un gesto de desagrado, Jaden arrancó las probóscides alimentadoras de su nariz, y los dejó caer sobre el cuerpo del anzat. Las náuseas se apoderaron de su cuerpo, y vomitó sobre el piso. Khedryn colocó una mano sobre su hombro, e hizo un gesto en dirección hacia el cuerpo del anzat.

—Esa cosa logró atraparme antes de hacerlo contigo. ¿Qué es esa criatura?

Jaden se limpió la boca con el reverso de su mano, y se enderezó sobre sus temblorosas piernas.

—Un anzat. Creo que nos estuvo siguiendo desde Fhost, pero no podría asegurarlo.

— ¿Seguro que te encuentras bien?

Jaden se dio cuenta del desastroso estado del rostro de Khedryn.

—Eso es lo que yo debería estarte preguntando.

Khedryn tomó a Jaden por el brazo, y lo ayudó a sostenerse.

—Ya he sufrido palizas peores que ésta, Jedi —le contestó, echando una mirada hacia abajo, hacia la Madre, al clon asesinado, y al contenido parduzco de su garganta.

—¿Qué fue lo que sucedió aquí? ¿Son todos esos los doctores y los soldados de asalto? Stang.

[48] Frag you: Fragging, o en su forma abreviada, frag, era un término de jerga, a menudo empleado por Temmin Wexley para expresar rabia o disconformidad. Su madre solía ridiculizarlo por ello, indicándole que cuidase su lenguaje. N. del T.

—Así es —le contestó Jaden, y de manera deliberada, evitó mirar hacia el interior de la Madre—. Ya te explicaré el resto en camino hacia la salida. Debemos apresurarnos. Hay más clones que lograron sobrevivir, Khedryn. Todos ellos desean conseguir una nave, y eso es algo que no podemos permitirles. Necesitamos regresar al *Flotsam*. Y ahora.

Khedryn se aclaró la garganta, escupió sangre y flema sobre el piso.

—Si se llevan mi nave a cualquier parte, pienso perseguirlos, así sea a través de todo el universo.

—De acuerdo —le dijo Jaden, y activó su sable de luz de color púrpura. Apenas si podía sostenerlo con su mano lastimada—. Lo haremos juntos.

— ¿En dónde fue que conseguiste ese sable de luz? —le preguntó Khedryn.

—Ésa es una larga historia.

Juntos, se apresuraron a regresar a través de las instalaciones, ambos sosteniendo armas construidas décadas atrás, Khedryn con un bláster diseñado para los antiguos soldados de asalto, y Jaden con un sable de luz que había construido siendo un niño. Iban caminando sobre sus pasos, de la escena de una matanza, a la siguiente. Las instalaciones le parecían menos ominosas a Jaden en aquel momento, pero aún se sentía acosado por sus fantasmas.

Jaden le contó a Khedryn lo que había llegado a saber por medio de las revelaciones del clon: que otros clones habían logrado sobrevivir en la luna durante décadas, que deseaban desesperadamente abandonar aquel lugar, que estaban todos locos, y que eran peligrosos.

— ¿Tuvieron hijos?

La pregunta de Khedryn casi paralizó los pasos de Jaden. No había considerado semejante posibilidad.

—No… lo sé.

Para el momento en que se encontraban cerca de la Entrada Oeste, Jaden había recuperado parte de su fortaleza. No tenía el tiempo ni la capacidad de darle sentido a todo lo que había llegado a averiguar —acerca de las instalaciones, y de sí mismo—, pero ya lo haría, posteriormente.

—¿Lograste obtener la respuesta que andabas buscando? —le preguntó Khedryn, mientras se colocaba su casco, y sellaba el anillo del cuello.

—No lo sé —tuvo que admitir Jaden. Desactivó su sable de luz, y empezó a sellar su casco, pero comprendió que su traje estaba tan dañado, producto de su lucha con el clon, que hacerlo, no tenía mayor sentido.

Viendo aquello, Khedryn le dijo:

—Te vas a congelar.

—Podré arreglármelas —le contestó Jaden.

* * *

Relin estaba a punto de morir, iba a tener que aumentar un fracaso más a la larga lista de decepciones que componían su vida como Jedi. La rabia había terminado por abandonarlo, como si hubiese sido drenada a través de un agujero en alguno de sus talones. Y la desesperación había tomado su lugar, sombría y vacía.

Saes levantó una mano, y su sable de luz voló desde la cubierta, hasta su mano. Lo encendió, y en su zumbido, Relin pudo escuchar dictada su sentencia de muerte.

—Ahora logras entenderlo, al final —le dijo Saes. Se retiró los restos de su máscara, y contempló a Relin con unos ojos amarillentos que parecían estar casi cargados de empatía—. Eso me complace.

Relin se debatía en medio del vacío sin fondo de su desaliento. Y en aquel vacío, en su infinidad, logró ver que su propósito había logrado ser alcanzado.

Absorbió el poder del lignan, avivó su poder en el vacío que había en el centro de su corazón. El vacío que había en él, era insaciable, aspiraba todo aquel poder tan rápidamente como podía, sin que pareciera que nunca pudiera llegar a estar saciado.

Su cuerpo y su mente empezaban a hincharse con el influjo. El mineral esparcido sobre la cubierta, resplandecía en respuesta a sus deseos. De manera despectiva, Saes también absorbió el lignan para sí mismo.

Relin aferró la garganta de Saes con su sujeción mental. Saes intentó desprenderse de aquella estrangulación de la Fuerza por medio de su propio poder. Sus ojos empezaron a hacerse más grandes, a medida que iba comprendiendo que no podía hacerlo. Jadeó, empezó a encorvarse. Relin se sentó, pensó en Drev, y oprimió cada vez más.

Saes se lanzó hacia adelante, con el sable de luz sostenido en lo alto. Rebosante de poder, Relin empleó la Fuerza para apartar el sable de luz de Saes de su puño, el cual voló por los aires, y aterrizó sobre la única mano de Relin. Se levantó sobre sus rodillas, y Saes cayó ante Relin, todavía aferrando su garganta.

Relin no tenía nada más que decirle a su antiguo padawan. Dirigió el propio sable de luz de Saes hacia, y a través de su pecho. Saes se desplomó con la cara por delante sobre la cubierta, sin provocar el más leve sonido.

Relin contempló la roja hoja del sable de luz que tenía en su mano. Había decidido que no lucharía con un arma Jedi, y lo había cumplido. Había luchado con un arma Sith, y eso había sido lo correcto.

Su organismo se sintió recargado, tan rebosante de la energía del Lado Oscuro de la Fuerza, que ya no se sentía más como un ser humano. Había logrado trascender. Se agachó sobre el piso, en medio del resplandeciente mineral. El metal de la cubierta se sentía frío por debajo de sus pies. La sangre emanaba de su rostro, de su nariz. Acúmulos de lignan se clavaban en sus carnes. Con Saes muerto, recién empezaba a percatarse de sus heridas, y cada respiro resultaba ser toda una agonía.

Pero el dolor de su cuerpo palidecía en comparación con el dolor de su espíritu.

Gritó, intentando purgar el dolor y la desesperación con un bramido que conmocionó las vigas transversales de la bahía de carga. Pero ambos podrían haber sido infinitos. Podría haber permanecido gritando por toda la eternidad, sin encontrar alivio.

Aun así, se rehusaba a dejarse caer nuevamente.

Saes había llamado a su rabia, *odio de pocos días de descubierto*, pero se trataba de algo más que eso. Era una conflagración, la suma total de todo lo que comprendían las emociones reprimidas de la vida de Relin, agrupadas en una diminuta singularidad de ira y desesperación auto-consuntivas, de las cuales nada podía lograr escapar, ni siquiera él mismo.

Y aquello, comprendió, era la tácita e irreconocida esencia del Lado Oscuro, consumía a todo aquel que se dejaba seducir por su poder. Aun sabiéndolo, no quería abandonarla. No deseaba más que ser consumido, que ser reducido al olvido, aniquilado. Ansiaba llegar hasta ese punto.

Pero no se iría solo.

Continuó acumulando el poder del lignan, hizo que continuara alimentando el agujero en el que se había convertido, permitiéndole amplificar su odio y su desesperación, incluso aunque tuviera que morir. Las llamaradas de todo aquel poder ardían en su interior. Estaba vagamente consciente de que los cristales restantes alrededor de él, empezaban a resplandecer, un breve chispazo de vida, antes de que su poder fuera consumido, y se quedaran inertes y sin vida.

Sin tomar en consideración las preocupaciones por la posibilidad de su propia supervivencia, absorbió tanta energía como podía controlar. Algunas espirales de energía se formaron alrededor de su cuerpo. Sintió que su torso se hacía cada vez más ligero, que sus carnes se ponían cada vez más diáfanas, transformadas por el poder de estarse volviendo uno con toda aquella energía.

Apenas capaz de sentir sus propios tendones, aun así, intentó proyectarse para alcanzar a su padawan muerto. Sus dedos se cerraron alrededor del antebrazo de Saes, y se deslizaron por su superficie, hasta que lograron localizar la mano de su antiguo padawan.

Las lágrimas empezaron a fluir al tiempo que la energía iba acumulándose en su interior, revolviéndose, haciéndose cada vez más poderosa. Espirales de color azulado, como si se tratara de largas líneas de rayos de la Fuerza, se desprendían de su cuerpo, enturbiando el aire por encima de él, acometiendo el techo y los compartimentos de almacenamiento, penetrando toda la nave.

Absorbió más y más poder, hasta que toda la bahía de carga se encontraba iluminada con una red de retorcidas líneas dentadas, un sistema circulatorio a través del cual fluía su rabia. Las líneas se extendían desde la bahía de carga, y atravesaban toda la nave, cual si fueran venas, como si fueran un enorme garrote que terminaría por estrangular el *Harbinger* hasta provocarle la muerte. La mente de Relin se volvió una junto con toda aquella red. El poder y el odio eran impulsados a través de esos vasos sanguíneos con cada latido de su corazón. Conformaban una extensión de su persona, y él lograba sentir la forma en que se revolvían a través de toda la nave, envolviéndola en su red, desde la sección posterior, a lo largo de su columna vertebral, y en dirección hacia sección delantera junto con la negra cicatriz de la tumba de Drev arrancada de su parte frontal.

Para ese momento, ya se encontraba preparado.

Sabía que estaba perdido, y aun así, sentía que había sido encontrado.

—Ríete, aun cuando estés a punto de morir.

Apretó la fría mano escamosa de Saes, se imaginó la cara de Drev, y rio regocijado, mientras todo su poder iba tomando una curva in crescendo, y empezaba a consumir en llamas todo el *Harbinger*.

Marr percibió una tenue luz a través de sus párpados cerrados. Luchó por abrirlos, pero se sentían como si pesaran un kilo. Finalmente logró hacer palanca para mantenerlos abiertos, e hizo un gesto de sorpresa frente al deslumbrante resplandor que se veía a través de todo el ventanal de la carlinga del *Junker*.

El *Harbinger* caía sobre la delgada atmósfera de la luna, y se deslizaba por su superficie, una lanza en llamas que iba alargándose cada vez más en su camino. Con la vista nublada, observó cómo el fuego iba consumiendo toda la nave por completo, hasta que el masivo transporte explotó en medio de una nube de humo y llamas.

Comprendió que Relin lo había logrado, pero no sintió ningún tipo de regocijo.

No hay nada completamente certero.

El piloto automático estaba conduciendo al *Junker* directamente hacia la estela de la explosión, pero Marr sentía que no podía confiar en sí mismo lo suficiente como para modificar el curso de la nave. Necesitaba alcanzar la superficie, con la esperanza de que Jaden y Khedryn lo hubieran visto, y pudieran ayudarlo.

Estaba muriendo, y lo sabía. Aunque el dolor de su espalda estaba disminuyendo —lo cual no era un buen signo—, además sentía un frío progresivo que iba envolviendo por completo todo su cuerpo.

Intentó alcanzar la señal de auxilio para casos de emergencia, pensando en activarla, y que todo aquello terminara tal como había comenzado, con el pitido revelador de alguien en problemas.

Pero no pudo alcanzarla. Su cuerpo ya no lograba obedecer sus órdenes.

El dolor y la pérdida de sangre volvieron a sumirlo en las sombras.

Jaden y Khedryn dieron algunos pasos por fuera de la compuerta, hacia el hielo y la nieve que continuaban arreciando. Jaden se sintió agradecido por poder sentir aquellos elementos naturales, el gélido aire, y también el dolor. Inhaló profundamente, con la esperanza de limpiar sus pulmones de cualquier residuo de la Madre, o de aquellas siniestras instalaciones. Khedryn señaló algo hacia adelante.

—El *Flotsam* continúa estando allí.

Su voz sonaba metálica a través del micrófono externo de su casco.

Jaden también lo vio. Los escudos aún resguardaban los ventanales de la nave. Los clones no habían logrado apoderarse de ella, lo cual significaba que no habían logrado abandonar la luna… todavía.

—El anzat tenía una nave.

—Correcto —dijo Khedryn, y empezó a caminar penosamente sobre la nieve—. Subamos al *Flotsam* y pongámoslo en el aire. Podremos hallarla de esa manera.

No habían dado cinco pasos, cuando una nave apareció ante sus ojos, volando a baja altitud, con el zumbido de sus motores apenas audible por encima del aullante viento. Jaden reconoció inmediatamente la silueta por su bajo perfil y sus anchas alas, un caza de tipo CloakShape, modificado con un trineo deslizador hiper-espacial, y cubierto con la negra capa de fibro-plástico, característica de un StealthX. Hubiera sido casi invisible contra un telón de estrellas. En la atmósfera, se vería como si un pedazo de espacio exterior, en caso de que hubiese descendido al lado del planeta.

Jaden sabía que era demasiado tarde como para buscar cobertura. Khedryn también debió haberlo comprendido. Se colocó al lado de Jaden, apartó el hombro que tenía agarrado el E-11, y apuntó hacia la carlinga de la nave. Jaden activó su sable de luz, y se mantuvo firme en su posición. La empuñadura de su arma no conseguía mantenerse firme con tan sólo dos dedos sujetándola. Cambió el sable de luz hacia su mano izquierda, en donde no quedó muy seguro, pero al menos, podía ser sostenido con mayor firmeza.

El caza CloakShape disminuyó la marcha, maniobró por encima de ellos, y se quedó flotando a unos diez metros de distancia. La energía proveniente de sus motores, temperaba el aire. Las ánimas de sus cañones láser, se veían como túneles sin fondo. Jaden y Khedryn todavía permanecían de pie sobre la congelada superficie, cubiertos por la tenue sombra del caza. La nave bajó la nariz, de tal manera que en la carlinga, tuvieran una clara visión de ellos, así como al revés. Pero el transpari-acero se encontraba tan empañado, que ellos no pudieron apreciar nada en su interior. Jaden se proyectó por medio de la Fuerza —incluso aquel pequeño esfuerzo lo agotó, tomando en cuenta por todo lo que había pasado—, y detectó la presencia de diez seres.

—Ellos llevan niños a bordo —exclamó—. O había más clones de los que pensábamos.

Khedryn bajó su bláster, tan sólo como un gesto simbólico. El bláster no hubiera podido penetrar la cobertura del CloakShape.

—Quizás ellos no sepan quiénes son, o lo que… sucedió allí.

Jaden sacudió la cabeza, con los ojos fijos en la carlinga.

—No. Ellos saben que yo maté a uno de los suyos. La holo-grabación decía que ellos mantenían una conexión empática, quizás también una conexión telepática. Ellos ya lo saben.

—Stang —murmuró Khedryn.

Por un momento permanecieron allí, contemplando a la anónima tripulación a través del remolino. Finalmente, Jaden gritó a los de la cabina.

—Si se marchan, me veré obligado a perseguirlos.

Les dio un momento para que pudieran discutirlo, pero aun así no recibió ninguna respuesta. Desactivó su sable de luz, le dio la espalda al caza, y caminó a través de la nieve y el hielo en dirección hacia el *Flotsam*.

—Larguémonos, Khedryn.

—¿Largarnos? —le dijo Khedryn, y se apresuró a seguirlo, mirando por encima de su hombro al caza.

—O morimos o no. Es decisión de ellos.

Khedryn lo alcanzó, y se puso a su lado, agachado parcialmente, pensando anticipadamente en la llegada de un disparo.

Jaden no llegó a acobardarse —aunque Khedryn sí lo hizo—, cuando un chillido desgarrador llegó a través del cielo, no proveniente de los cañones del caza CloakShape, sino del gemido de unos motores empezando a fallar, el de una súper-estructura colapsando.

Jaden se volteó, y de inmediato regresó su visión; levantó la vista para contemplar el cielo en llamas. Una enorme nave —tan sólo podría tratarse del *Harbinger*—, estaba ardiendo completamente a través de la parte superior de la atmósfera, dejando un amplio rastro de fuego que se extendía a lo largo de kilómetros.

—Stang —murmuró Khedryn, como queriendo imponerle algo de silencio.

Con la brusquedad de un disparo de bláster, el crucero hizo explosión; la bola de fuego dio inicio en la sección posterior del motor, y se extendió rápidamente por toda la longitud de la nave, hasta que el transporte se vaporizó por completo formando un billón de billón de diminutas partículas resplandecientes que iluminaron el cielo, como si se tratara de fuegos artificiales.

Jaden las contemplaba sin respirar, a medida que iban cayendo sobre la superficie, una lluvia de maldad. Se debatía alternadamente entre el momento presente, y el recuerdo de su visión. Sentía el empalagoso toque del lignan, el familiar empujoncito en lo más profundo de su ser, arrastrándolo hacia la oscuridad. Aquel sentimiento no llegó a despertar en él todo el horror que recordaba haber experimentado en su visión, y se preguntó qué era lo que significaba todo aquello. Se resistió al tirón que estaba experimentando, su voluntad, su habilidad para decidir, eran algo propio, algo que no tenía por qué verse constreñido por los sucesos que estaban tomando lugar en el exterior.

Los motores del caza CloakShape se encendieron, y Khedryn y Jaden lo observaron acelerar a través del cielo: su silueta formaba una oscura silueta contra el cielo todavía brillante.

—Está dirigiéndose directamente hacia los desechos de la nave —dijo Khedryn—. ¿Qué piensan hacer?

Jaden comprendía exactamente lo que estaban haciendo. Estaban queriendo absorber el poder del lignan.

—Voy a tener que perseguirlos —dijo nuevamente, de manera más delicada, inseguro de lo que sentía al repetir aquellas palabras.

Otro estallido resonó a lo lejos, por encima de ellos; no se trataba de una explosión, sino más bien, de un estallido sónico, el de una nave entrando o saliendo de la atmósfera. Al inicio, Jaden asumió que se trataba del CloakShape abandonando la atmósfera de la luna, pero en lugar de ello, contempló la forma familiar de disco abriéndose paso a través del cielo, desprendiéndose de la tragedia de la muerte del *Harbinger*. El *Junker* se veía averiado, además de incompleto por la ausencia del *Flotsam* adherido a sus amarras, y de Khedryn sentado en la carlinga.

Jaden lo imaginó pasando a un lado del caza CloakShape y de su tripulación de clones del Lado Oscuro en su camino de descenso, imaginó que sus caminos empezaban a entrecruzarse, encontrándose en medio de sus trayectorias, corrientes convergiendo hacia una intersección. Pensó en Relin y sintió una profunda congoja. Sabía que el anciano Jedi no se encontraba a bordo del *Junker*.

—¡Ése es el *Junker*! —exclamó Khedryn. Tomó a Jaden por el hombro, y lo sacudió con regocijo. Jaden hizo un gesto de dolor, pero no pudo evitar sonreír a su vez.

Con la nave tan cerca, Khedryn intentó localizar a Marr por medio del comlink de su traje. No obtuvo respuesta.

—Mira la forma en que esa niña está volando —dijo Khedryn, mientras la alegría dejaba paso a la preocupación en su tono de voz—. Está en piloto automático.

Jaden se proyectó a través de la Fuerza, y logró sentir la tenue presencia de Marr en la Fuerza, y también pudo percibir que el cereano estaba a punto de morir.

—En marcha —dijo, y ambos salieron en busca del *Junker*, a medida que iba iniciando su descenso.

EPÍLOGO

La voz de Khedryn estallaba a través del comlink.

—¡Está despertando!

Jaden dio un salto desde la mesa de la cocina, derramando su café, y hecho un torbellino en dirección a la improvisada bahía médica a bordo del *Junker*. Khedryn había transformado una de las literas de pasajeros que estaban al costado de la cocina, en una rudimentaria sala de tratamiento. Los transparentes anaqueles de almacenamiento, mostraban una desordenada colección de gasas, tijeras, resucitadores, antibióticos, bacta, sinteti-tejidos, y un determinado número de otros implementos y dispositivos médicos misceláneos. Jaden se vio obligado a darle crédito por toda aquella minuciosidad, pero no por semejante desorden. Khedryn y Marr ya habían conseguido tratar sus heridas con anterioridad, de la mejor forma en que podían. Podrían obtener un mejor tratamiento cuando lograsen regresar a Fhost.

Marr yacía en el camarote, con una sábana blanca cubriéndolo hasta el pecho. Estaba parpadeando frente a la luz, intentando despejar la película viscosa que cubría sus ojos. Khedryn sostenía su mano de la misma forma en que un padre podría estar sosteniendo la de su hijo.

—Jaden —dijo Marr, sonriendo a pesar de su dolor. Jaden nunca había estado tan complacido de ver un diente astillado, y no pudo contener una sonrisa de parte suya.

—Es agradable verte, aunque no puedas mantener los ojos abiertos, Marr. Las cosas se pusieron bastante feas por un tiempo. Has perdido una gran cantidad de sangre.

Marr desvió la mirada, y habló delicadamente.

—Mis ojos *están* abiertos.

Jaden no supo cómo responder, así que intentó desviar el tema con una pregunta para la cual, él ya tenía la respuesta.

—¿Relin no logró abandonar el *Harbinger*?

Marr sacudió la cabeza, todavía con la mirada ausente.

—Ésa nunca fue su intención.

—No —dijo Jaden—. No lo era.

Jaden contemplaba en Relin, la consumación de su propio destino. Una lenta desviación hacia el Lado Oscuro. No había logrado obtener respuestas a sus preguntas. Seguía estando tan a la deriva, como antes de recibir su visión de la Fuerza. Empezaba a preguntarse cuál era el propósito de todo aquello.

Algunos parches inalámbricos adheridos al cuerpo de Marr, proporcionaban información a la estación de bio-monitorización que se encontraba al lado de su cama. Jaden le echó una mirada a sus lecturas. Khedryn siguió la dirección de sus ojos.

—No está nada mal, eh? —dijo Khedryn sonriendo. Una intensa coloración purpúrea contorneaba la piel debajo de sus ojos. Su nariz rota se veía más torcida ahora por sus propios ojos bizqueantes. Un flexi-arnés aseguraba su destrozada muñeca, aunque tendría que pasar por cirugía, una vez que hubiesen llegado a Fhost.

—Rudo como un engendro de bantha de diez años de edad, es este sujeto.

Marr sonrió. La pérdida de sangre lo había dejado tan pálido como la niebla matutina. Jaden se sentó próximo a la cama, contemplando a aquellos dos hombres que habían ofrecido su sangre a causa suya.

—Esa nariz no se ve muy bien —le dijo a Khedryn.

Khedryn asintió.

—Estaba pensando en mantener esta apariencia por un buen tiempo. Combina con mis ojos. Pero quizás sea un poco exagerado. ¿Tú qué opinas, Marr?

—Mantenla tal como está —dijo Marr—. Así no tendré que andarme preocupando porque andes contándole tus secretos a las bailarinas.

—Buen punto. Tendré que hacer que me la reparen. Tan pronto como regresemos a Fhost. La nariz y la muñeca.

—¿Cómo fue que terminó rota? —le preguntó Marr a Khedryn.

Khedryn tragó algo de saliva, y colocó un dedo al lado de su nariz.

—Ésa es una larga historia, amigo mío. Te la contaré toda cuando estemos por la tercera ronda de keela allá en «El Agujero».

—Encontramos esos cadáveres a bordo del *Junker* —dijo Jaden.

—Eran de los massassi —le contestó Marr—. Ésa fue la forma en que los llamó Relin.

Jaden conocía aquel apelativo, aunque nunca había pensado ver uno en carne y hueso.

—¿Qué fue lo que sucedió en esa nave, Marr? Parece como si hubieran muerto producto de la descompresión.

—Ésa es una larga historia, amigo mío —le respondió Marr—. Te la contaré toda cuando estemos por la *cuarta* ronda of keela. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —convino Jaden.

—Quedas comprometido, Jedi —añadió Khedryn.

—En verdad lo estoy.

El silencio se apoderó de los tres hombres, cubriendo con su manto, todo aquel ambiente. Tan sólo el rítmico pitido de la estación de monitorización, parecía romper a intervalos el silencio. Jaden sabía que tendría que mandar su informe a la Orden, contarle al Gran Maestro Skywalker acerca de las instalaciones de clonación, de los clones que habían logrado escapar, del lignan y de lo que era capaz de provocar; pero por el momento, simplemente deseaba disfrutar de la compañía de aquellos dos hombres que habían sangrado junto con él.

—¿Qué es lo que sigue en tu camino, Jedi? —le preguntó Khedryn—. Eres bienvenido, si deseas volar junto con nosotros por un tiempo.

Marr asintió su conformidad.

Jaden se sintió tocado en lo más íntimo de su ser, por aquella oferta sincera.

—Gracias a ambos. Pero no estoy muy seguro de que vaya a funcionar. Tan pronto como sea posible, tendré que reportarme con la Orden, por vía subespacial. Luego, deberé lanzarme a rastrear a esos clones.

—¿Clones? —preguntó Marr. Había empezado a sentarse, dejó escapar un silbido producto del dolor, y se recostó nuevamente.

—Como Khedryn acaba de decir —le aseguró Jaden—. Ésa es una larga historia.

Khedryn corrió una mano a lo largo de sus patillas.

—No hay razón para que no podamos ayudarte con eso, Jaden. Pocos conocen las Regiones Desconocidas tan bien como nosotros.

—¿Qué? —preguntaron al unísono Jaden y Marr.

—Ya me escucharon —les contestó Khedryn—. Un hombre no puede dedicarse al salvataje toda su vida, ¿correcto?

—No hay ninguna paga por hacer esto, Khedryn —declaró Jaden, y de inmediato deseó no haberlo hecho.

Khedryn hizo un gesto como si hubiera recibido una bofetada.

—No soy un mercenario, Jedi. Tan sólo trato de conseguir los medios para poder sobrevivir. Pero valoro más a mis amigos.

Jaden se dio cuenta de que había empleado el plural.

—Yo también. El cazar esos clones va a ser un trabajo peligroso.

—Por supuesto —dijo Khedryn, y volteó la mirada para contemplar el vacío espacio.

—¿Qué les parece un poco de café? —le dijo Marr a Khedryn, intentando aligerar el ambiente.

—Claro —dijo Khedryn—. ¿Jaden?

—Por favor.

Khedryn le dio una palmadita al brazo de Marr, se levantó, y abandonó la habitación. En el mismo momento en que salió, Marr empezó a hablar.

—Relin me enseñó a emplear la Fuerza.

Jaden no parecía estar sorprendido.

—Desearía que no lo hubiese hecho.

El ceño de Marr quedó fruncido.

—¿Por qué razón?

—El conocimiento puede ser algo doloroso, Marr. Tan sólo logra despertar una mayor cantidad de inquietudes.

Marr desvió la mirada, con los ojos preocupados, como si estuviera recordando un dolor pasado.

—Sí, pero lo hecho, hecho está. Yo no lamento en que Relin me lo haya enseñado.

—Entonces, debo retirar mis palabras. Yo tampoco lamento que te haya enseñado.

Marr estudió el rostro de Jaden por un momento.

—¿Vas a enseñarme más cosas?

La pregunta tomó a Jaden por sorpresa.

—Marr, como te estaba explicando…

Marr asintió.

—Sí, mi edad. El estrecho foco de mi sensibilidad. Yo entiendo todo eso. Pero aun así, quiero preguntártelo.

Jaden percibió toda la seriedad que había en la pregunta de Marr.

—Voy a consultarlo con la Orden.

—No tengo nada más que preguntarte. Gracias.

El grito de Khedryn llegó desde la cocina.

—¿Un chorrito de pulkay?

Marr asintió en dirección hacia Jaden, y éste le devolvió el grito a Khedryn.

—Sí. Para ambos.

—Sabía que terminaría por gustarte, Jedi —contestó Khedryn, y Jaden no pudo evitar sonreír.

—Relin me pidió que te dijera algo —confesó Marr.

El tono de la voz de Marr, hizo que Jaden sintiera como si un hacha estuviera a punto de caer.

—Dilo.

Marr cerró los ojos, como si estuviese intentando volver a vivir aquel encuentro en su mente.

—Él dijo que no había nada completamente certero, que tan sólo existe la búsqueda de la certeza, que él único peligro que existe, es cuando uno piensa que la búsqueda ha terminado —después de hacer una pausa, Marr añadió—: Él dijo que tú sabrías su significado.

Jaden intentaba digerir las palabras, mientras su mente parecía estar envuelta en medio de un remolino.

—¿Sabes su significado? —le preguntó Marr.

—Él piensa —pensaba— que es la duda la que nos mantiene alertas constantemente. Que no deberíamos considerar su presencia como un fracaso.

Marr se mordió el labio.

—Yo pude ver lo que le sucedió a él, Jaden. Creo que estaba equivocado.

Jaden también se había dado cuenta de lo que le había sucedido a Relin, y pensaba que quizás podría tener razón. Y mientras sus pensamientos iban cambiando, la observación de Marr se transformó en el campo de gravedad alrededor del cual orbitaban, se alineaban y cobraban significado, los planetas de los acontecimientos recientes. En medio de un destello de perspicacia, Jaden llegó a suponer que aquellos eventos no habían sido diseñados para que él dejara de tener dudas; habían sido diseñados para que pudiera abrazar sus propias dudas. Quizás era diferente para los otros Jedi, pero para Jaden, la duda era el polo de equilibrio que lo mantenía justo encima de aquel filo de navaja. Para él, no existía el Lado Oscuro o el Lado Luminoso. Había seres de oscuridad, y seres de luz.

Sonrió, pensando que después de todo, quizás había logrado encontrar su respuesta. Miró a Marr, y logró ver en Marr mucho de sí mismo, de cuando Kyle Katarn había accedido a tomar a Jaden como su padawan.

—Voy a enseñarte más conocimientos acerca de la Fuerza, Marr.

Marr se apoyó en uno de sus codos.

—¿Lo harás?

Jaden asintió, pensando en Kyle. ¿Habría su Maestro llegado a reconocer que aquella certeza que empezaba a desmoronarse, era la única cosa que podría salvar a Jaden de la oscuridad en medio de aquel largo camino? Sospechaba que Kyle lo había sabido con gran precisión.

—Vas a llegar a desear que nunca te hubiese enseñado nada.

Khedryn dio algunos pasos en la habitación, soltando imprecaciones, mientras el café caliente rebosaba por encima del borde de las tazas. Distribuyó el café, tomó un gran sorbo, y suspiró satisfecho.

—Así es la vida, caballeros —les dijo a Jaden y a Marr—: un cielo abierto lleno de oportunidades para los granujas.

Jaden rio entre dientes, miró a lo lejos a través del ventanal, y se puso serio.

—Vas a encontrar dragones.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Marr.

—Ya vas a verlo —le contestó Jaden, sorbiendo su café.